35 • Tierra de Nadie Narrativa

LA MAGIA DE UNA SIRENA

Juan Barco Oliván



Tierra de Nadie
Editores

La magia de una sirena

Juan Barco Oliván

Tierra de Nadie editores

A mis padres

Prefacio

Buenos Aires, 1984

Tras la muerte de Cochise, su padre Naiche nombró jefe de la tribu a Gerónimo, que se convirtió así en el líder de los indios apaches de América. Tras protagonizar varios ataques a convoyes, las tropas estadounidenses dieron la orden de su búsqueda y captura. Ante esa acometida, decidió huir a la zona mexicana de Sierra Madre junto a una treintena de guerreros. Se escondió entre la maleza de un peñón rocoso. La bala de un fusil acarició sutilmente su cabeza. Quedó entumecido por unos instantes y, cuando abrió los ojos, se cercioró de que aquel disparo no había sido más que un trozo de tiza arrojado por el profesor desde la otra punta de la clase.

—¿Sos tonto o qué tenés en la cabeza? —espetó el tutor a Ariel Godoy, quien acababa de volver al mundo de la realidad.

Sus compañeros no pudieron contenerse y estallaron en carcajadas. Godoy se convirtió en cuestión de segundos en un irremediable foco de burlas y muecas de mofa. Parecían vaqueros despiadados que solo querían sumirlo en el ridículo más absoluto. El último gran héroe apache caía derrotado en un colegio del barrio de La Boca de Buenos Aires. A la mañana siguiente Olivia, madre de Ariel, acudía a la escuela citada por el profesor.

—No es muy agradable tener que decirle esto —dijo el tutor.

—No se preocupe. Creo que ya estoy preparada para lo peor.

—Durante las últimas semanas, el comportamiento de su hijo ha empezado a crear cierto malestar entre sus compañeros de clase y el profesorado.

—¿A qué tipo de conducta se refiere?

—Hemos observado cambios importantes de personalidad.

—¿Qué mal hizo mi hijo?

—Entre el cambio de clase, se pone delante de la pizarra y adopta el papel de tutor.

—Siempre ha tenido mucha imaginación. Le gusta interpretar a numerosos personajes.

—Y después, mientras estudiamos la lección, se pone a imitar a cada uno de sus compañeros —apuntó el profesor—. Ayer, sin ir más lejos, se quedó dormido y tuve que llamarle la atención ante todos ellos.

—Hablaré con él para que no vuelva a suceder. Hasta la fecha nunca había dado problemas.

—Lamento comunicarle que, si continúa con este comportamiento, tendremos que tomar otras medidas —amenazó el docente.

Al cabo de unas semanas, como si hubieran actuado con la crueldad más infame con Alicia, el joven Godoy fue expulsado del País de las Maravillas y trasladado a un centro educativo especial para niños con problemas de conducta. La barrera que separa la locura de la cordura se abría a sus pies. Tenía que empezar a sobrevivir en un universo donde el delirio y la sensatez se daban la mano. Aquel cambio repentino no transformó demasiado su actitud. A cualquier mozo de su edad le hubiese afectado que le separaran tan drásticamente de sus amigos y compañeros de escuela. Pero Godoy se había forjado un mundo propio en el que acostumbraba a refugiarse cuando venían mal dadas. Y en ese universo interior existía una luz que brillaba como una estrella imperecedera. Ese lucero sempiterno era Irati Maidana. La chica que había conocido dos años atrás en una biblioteca se había convertido en su musa, en la fuente de inspiración de todos sus escritos. Quedó prendado de ella nada más verla. En el silencio de la sala hubiera gritado su amor sin concesiones.

Era viernes, y como mandaban los cánones en ese día de la semana, Irati y Ariel se reunieron en la biblioteca del barrio donde residían.

—Tendrías que aprovechar ese lado oscuro que tenés para escribir —susurró ella—. ¿Te lo planteaste alguna vez?

—He traído algunos borradores.

—¡Me encantaría leerlos! ¿Qué te parece si vamos a un lugar mágico?

Tras abandonar la biblioteca tomaron un autobús hacia la zona de la Costanera. Se sentaron en el muelle del Club de los Pescadores para contemplar de cerca el romper de las olas. Mientras el crepúsculo del día palidecía, él le fue mostrando los escritos que había creado en el transcurso de los últimos meses. Irati parecía cada vez más fascinada. Sus mejores augurios se estaban cristalizando y descubría el nacimiento del que podría ser un brillante autor.

—Son muy buenos. Tu forma de escribir es diferente al resto —dijo.

—No creo que todo esto le interese a alguien.

—A mí ya me llamó la atención. ¡Con eso alcanza! —exclamó de forma taxativa.

—Me miras con buenos ojos.

—¡Tenés talento, creéme!

—La mayoría de estos cuentos son bastante absurdos. Recuerdos de sueños —explicó él.

—Pues no dejés nunca de soñar.

—Solo ves la parte linda en lo que escribo, ¿no? —preguntó Ariel con tono mohíno.

—El físico tiene fecha de vencimiento. Algún día envejeceremos y nos saldrán arrugas.

—Eres buena; lo decís para que me quede tranquilo. Tendré que vivir el resto de mis días con esta marca —dijo el chico, con aire apesadumbrado, señalando su mejilla derecha.

—Prefiero la belleza íntima de las personas.

—Entonces, ¿podrás quererme algún día?

Irati desvió su mirada hacia el horizonte para recrearse con los últimos destellos de aquel cielo anaranjado. La marea iba ganando terreno poco a poco y las ondas marinas avanzaban despacio dibujando surcos sobre la arena. Sus ojos brillaban tan intensamente como el azul del río de La Plata. Recordó cómo su madre la había llevado hasta allí en alguna que otra ocasión cuando era más pequeña. Más de una vez se había quedado dormida en su regazo mientras escuchaba las antiguas historias mitológicas de sirenas que

le relataba su progenitora. Siempre se había sentido atrapada por el misterio que desprendían las ninfas con el busto de mujer y el cuerpo de pez. En aquel momento hubiese cambiado cualquiera de sus más preciados juguetes por escuchar el canto melodioso y cautivador de los seres que emergían de mar adentro. Parecía que iba a quedarse sumida en alguno de los sueños de antaño, cuando la voz de Ariel la devolvió a la realidad.

—Llevo días con una idea que no deja de darme vueltas por mi cabeza —anunció él.

—¿Qué es?

—Voy a empezar a escribir una novela.

—¡Eso está genial! —gritó ella, turbando el silencio de aquel primoroso paraje—. ¿Tenés ya la trama? —dijo con un tono de voz más suave.

—En eso estoy. Quiero escribir un argumento con intriga y mucho amor.

—¡Podrías meterle algún crimen o un secuestro! Eso siempre vende y le interesa al lector —propuso Irati.

—Claro. Puedo escribir algo tipo… no sé —masculló Ariel— un *thriller* psicológico.

—Suena bien ¡Me encantaría ayudarte!

—Te propongo algo —dijo él—, cada viernes por la tarde vendremos aquí y leeremos juntos mi manuscrito.

—¡No lo puedo creer! ¡Será todo un placer! ¿Cuándo empezamos?

Parte primera
La muerte de Max

1

Londres, 2016

Hacía años que su pluma de ave deambulaba sin dirección alguna. La imagen de su tintero evocaba a la de un pobre riachuelo que había sucumbido a los antojos de un desierto árido e inhóspito. Su inspiración se había evaporado y las musas, las que en otro tiempo fueron sus incansables compañeras de viaje, le habían usurpado la magia de la literatura. Su postrera novela, publicada diez años atrás, yacía en el más ignoto olvido. Y, por supuesto, en la memoria quedaban los cuadernos de poesía de juventud. Cientos de versos poéticos escritos al calor de un tenue candelabro en las noches aciagas de desamparo amoroso. Sin duda, era un romántico a la vieja usanza. Incomprendido y desubicado durante el día, aguardaba la entrada de la noche para dar rienda suelta a su compungido mundo interior. En veladas de luna llena, la excitación era tal que podía llegar a componer los versos más estrambóticos e inverosímiles que un trovador podía imaginar. A veces un tanto gótico, otras más cercano al estilo barroco, la prosa de William Wright alcanzaba las cotas más emocionales que un adolescente de su edad podía engendrar. Poesía de amor y desamor. Lírica de desatino y desazón. Cualquier encontronazo con una mujer se convertía en el hilo conductor para crear una historia repleta de emoción y fantasía. Muchas de las composiciones eran textos pueriles e inconexos, pero sin duda trasmitían ya la inquietud de alguien muy especial con una sensibilidad extrema. Acantilados, mares tempestuosos, naufragios en alta mar, una botella con un pergamino meciéndose en la orilla de una playa, castillos góticos, espadas ensangrentadas, damiselas cautivadoras, ensenadas bucólicas o cabellos ensortijados al viento eran los escenarios y arquetipos habituales en los que su desamor hallaba la guarida perfecta. Desde hacía unos cuantos años, Wright había cumplido uno de sus sueños. Había alquilado un antiguo

apartamento dúplex a ochenta millas del sureste de Londres para buscar la inspiración adormecida. Instaló su lugar sagrado en lo alto de la vivienda y allí creó su particular retiro espiritual. Las paredes de piedra, las vigas de madera que todavía rezumaban el olor de siglos pasados y una ornamentación asiática le ayudaban a recuperar despacio su literatura desterrada. Wright trabajaba para una editorial que, durante los últimos años, caminaba de manera inexorable a su desaparición. La crisis intelectual había calado muy hondo entre sus compañeros de empresa y desde hacía tiempo ningún autor daba con la varita mágica para poder salvar ese Titanic que navegaba a la deriva. La directora de la editorial, Katharine Snow, le había dado un ultimátum.

—¿Por qué no reescribes aquel manuscrito que cayó en nuestras manos? —insistió su editora.

—¿Crees que se trata de una buena idea?

—Nadie ha reclamado nada hasta ahora. ¿Por qué vamos a dejar que una gran obra quede en el olvido? Quizás el verdadero autor se sienta orgulloso algún día de que la hayamos rescatado.

—Con una condición —claudicó Wright.

—Dime.

—Respetaré el estilo y la idea original de quien la escribió.

Tenía poco tiempo para sacarse de la chistera algo así como un *best seller* que intentara reflotar la desvalida nave empresarial. Su última gran publicación se remontaba a la década anterior y, desde entonces, su singladura literaria había caído en picado. Durante los últimos años y debido a su crisis narrativa, Wright compaginaba el arte de su prosa con el de crítico de cocina. Amante de la buena mesa y devoto de los mejores caldos, William había viajado por medio mundo para degustar y puntuar los platos de infinidad de restaurantes. De esa manera, dulcificaba su apetito de escribir y, de paso, se regocijaba con los sabores y los aromas de las cocinas más lustrosas. Pero William necesitaba imperiosamente volver a

golpetear su vetusta máquina de escribir. Había conservado desde muy pequeño la joya heredada de su abuelo. Una añeja Underwood de principios del siglo XX que enaltecía el ambiente de su despacho. Era su incansable artilugio de combate. Durante las últimas semanas, una ilusión se había apoderado de su mente difusa: volver al Nepal para acabar de configurar la trama de aquel manuscrito que le había entregado la ínclita Katharine Snow.

ଔ

Tras casi diez horas de vuelo, la llegada a Katmandú no ofrecía lugar a dudas. Se intuía desde el primer momento que se trataba de un paraje mágico e idílico. Los verdes valles y las magnas montañas azotaban la mirada adormecida durante el viaje. Debido a la orografía del terreno, el descenso se realizaba casi en picado y el aeropuerto se atisbaba apenas sin momento para la contemplación. William Wright meció su cabeza al tiempo que entreabría con parsimonia su ojo izquierdo. Acababa de despertar de un extraño sueño. Sus devaneos oníricos le habían teletransportado a inicios del siglo XIX. Concretamente, a la abadía de Benediktbeuern, un antiguo monasterio benedictino situado al sur de Alemania.

ଔ

Después de un largo recorrido por carretera, su tatarabuelo Steven Wright y su camarada Johann Christoph von Aretin habían llegado hasta allí para elaborar un estudio de la forma de vida de los monjes de aquella orden monástica. Ambos eran publicistas. Y, en la labor de recabar información, en la antigua biblioteca de aquel paraíso encontraron uno de los mayores tesoros literarios de la historia. Se trataba de un manuscrito medieval conformado por una serie de poemas de carácter moral y satírico. Casi sin quererlo y merced a la magia del universo habían descubierto el preciado cofre de los Carmina Burana.

—¿Les apetece tomar algo? —susurró la voz de un clérigo con un color de piel blanco nuclear y un cabello rubio como el de un guerrero teutón.

—No quisiéramos molestar —contestó Wright.

—Acompáñenme, si son tan amables.

Los tres hombres bajaron unas escalerillas construidas a base de barro cocido hasta llegar a una cavidad de unos doce metros de profundidad. Se encontraban en las catacumbas de la biblioteca, pero el panorama había cambiado por completo.

—Aquí elaboramos nuestro propio vino. En este sitio tiene lugar la transformación de la uva en mosto. Primero la pisamos y después se prensa con el fin de sacarle todo el jugo de la fruta —relató el religioso.

—Y este artilugio, ¿para qué sirve? —preguntó Christoph.

—Se trata de un husillo que se utiliza como contrapeso para que la viga pise despacio la uva por acción mecánica.

—Parece un lugar mágico —dijo Wright.

—El lagar es nuestra guarida favorita donde poder soñar con esos escritos ancestrales de los grandes autores de la literatura. Con un buen vino, la prosa y la poética se perciben de otra manera.

—Me están entrando unas ganas bárbaras de probar ese hechizante brebaje —apuntó Wright.

—Aquí tienen. Saboréenlo como si no hubiera un mañana.

Los dos invitados quedaron redimidos por el aroma y el sabor de aquel jarabe de alcohol de fruta madura y, durante unos instantes, se olvidaron del tesoro que habían descubierto.

—¿Vienen de muy lejos?

—Hemos recorrido unas cuantas millas hasta llegar aquí, pero el esfuerzo ha valido la pena.

—Entonces, ¿se van felices y contentos?

—No podíamos haber corrido mejor suerte. ¿Por qué lo pregunta? —se interesó Wright.

—He tenido un pequeño presentimiento.

—¿Es usted un pitoniso o algo parecido?

—Mi nombre es Günther Weser, como el río homónimo. Suelo aconsejar y orientar a las personas que vienen a consultarme.

—¿Y qué nos aconseja a nosotros? Aparte de seguir saboreando este caldo maravilloso.

—He tenido un presagio que me ha inquietado.

—¿Está diciendo que nos va a ocurrir alguna desgracia? —dijo el tatarabuelo de William con cierto resquemor.

—No exactamente. Además, puede que mi presentimiento ocurra en otras vidas futuras a las suyas.

—¿Y qué ha visionado? —insistió Wright.

—Es un poco confuso. Había dos niñas pequeñas.

—Tengo una hija —se asustó.

—No se preocupe. No se trata de ella. Lo peor de todo es que he visto el asesinato de un hombre —desveló el monje con cierto hálito de misterio.

—¡Buf! Se me pone la piel de gallina —dijo Christoph.

—Disculpen. No era mi intención preocuparles.

—Pues ya lo ha hecho. Espero que sus predicciones nunca lleguen a cumplirse —sentenció Wright—. Vamos, Johann, parece que este vino empieza a subirse a la cabeza.

—Si algún día desean resolver ese enigma, que puede que ocurra en un futuro, lo podrán encontrar en los anales de nuestra biblioteca —sentenció el religioso.

ଔ

William Wright acabó de abrir su otro ojo y de nuevo se encontraba allí, dos siglos después, surcando el firmamento nepalí. Quizás por el regusto amargo del sueño que acababa de padecer, un inesperado calambre recorrió de modo fugaz parte de su cuerpo. Se olvidó rápido de ese momento de trance y se centró en lo que estaba por venir. Había viajado por gran parte del continente asiático, pero sin duda aquel país era una de sus grandes debilidades. Con la mirada proyectada a través de la pequeña ventana del avión, los recuerdos no tardaron en agolparse. En su anterior estancia había ido con una antigua pareja, Sophia. Aunque nunca llegaron a casarse, fue como una especie de viaje de nupcias. A William, la palabra matrimonio le producía urticaria. Ella le había acompañado en su primer periplo como crítico de cocina. Mientras Wright se agasajaba en los mejores locales de Katmandú, Sophia practicaba el turismo por la ciudad. El romance duró solo tres años y William quedó muy malherido de aquella relación que, en su etapa final, se tornó dramática e insostenible. Al tiempo que se desvanecía la

imagen de Sophia, Wright tomó un taxi hasta el centro de la ciudad. El trayecto hacia la gran urbe de poco más de un millón de habitantes era el caos total, un apocalipsis del tráfico: centenares de motocicletas y turismos destartalados hacían sonar sus bocinas como único método de comunicación. La presencia de los guardias urbanos era testimonial. Reinaba una absoluta anarquía entre los conductores y, como ocurre en la selva, se impone la ley del más avispado.

Desde el primer segundo que posó el pie en tierra, William notó cómo el olor a incienso comenzaba a secuestrarle. Una embriagadora y evocadora fragancia se adueñó al momento de su parte olfativa. Pese a la avalancha continua de turistas, la presencia de un occidental no pasaba desapercibida para los lugareños. Los asedios se sucedían sin cesar, principalmente por parte de los pilotos de los entrañables *rickshaws* que invitaban con ademanes vehementes a dar un paseo por la gran urbe. Poco importaba que el firme se hallara polvoriento y sin asfaltar. La retina de Wright no daba crédito ante la belleza acumulada en tan efímero espacio de tiempo. Ni tan siquiera las duras secuelas del *jetlag* lograron perturbar aquella escena tan conmovedora. La maraña de estrechas callejuelas le transportó de manera inexorable hacia la Durbar Square, el bullicioso centro neurálgico de la capital de Nepal. La Durbar Square culminaba a los pies de una plaza minúscula, ornamentada de arquitectura newari, Basantapur Square. En ella acostumbraba a celebrarse a diario un animado mercadillo ambulante donde comprar artilugios de toda índole.

Pese a que la gran mayoría de los nepalís profesan el culto al hinduismo, otra parte de ellos son de práctica budista. Ambas religiones conviven de forma respetuosa en una sociedad profundamente religiosa. Por cualquier rincón de la ciudad, los

devotos se agolpaban en torno al ingente número de templos para realizar generosas ofrendas de alimentos y orar con sus rezos a su único principio divino con sus tres principales manifestaciones: Brahma, Shiva y Vishnú. Mientras quemaban sus inciensos invocaban la llegada de un futuro mejor, que no era otro que la entrada en el Nirvana. El paso por la vida se concibe como una carga quejumbrosa de la que hay que liberarse y que conduce al final más ansiado: el edén que emerge tras quebrar el ciclo de las reencarnaciones. El sufrimiento terrenal verá su recompensa en el dulce jardín del más allá. El cuerpo es tan solo un lastre corpóreo y material que, tras su incineración, permitirá al alma alcanzar la rendición total y absoluta.

William Wright pensó por un instante que el influjo hinduista comenzaba a tejer sus hilos sobre él y, por un momento, imaginó que en tiempos pretéritos pudo haber sido un ciudadano nepalí.

—*¡Namasté!* —una jovial vocecilla despertó a Wright de su viaje astral.

—*¡Namasté*! —respondió él, inclinando con suavidad la cabeza y llevándose las dos palmas de la mano cerca del centro de su pecho.

—¿Inglés o americano?

—Londinense, sin duda —inquirió Wright.

—¡Oh! *Good morning, sir* —gritó entusiasmado aquel hombrecillo con un acento inglés más que correcto—. ¿Su primera vez en Katmandú?

—Hace tanto tiempo, que ya ni recuerdo.

—¡Oh! En ese caso, y por tan solo mil quinientas rupias, estaré encantado de enseñarle la ciudad —sugirió con rotundidad el joven intruso.

Wright pensó que no sería un mal plan que un guía perspicaz le mostrara de nuevo la fascinante parte antigua de la ciudad al mismo tiempo que intentaba adecuar su cuerpo y su mente a la nueva franja horaria en la que a partir de ahora debería dirimir el transcurso de su futuro más inmediato.

—Mi nombre es Rajiv —siguió en inglés el hombrecillo.

—William Wright —se presentó el escritor a su vez, al tiempo que le estrechaba la mano al nepalí.

—Lleva pocas horas en la ciudad, ¿no?

—En efecto. Todavía tengo mis maletas en el *hall* del lugar donde me hospedo. Pero antes de volver al hostal quería empaparme de nuevo del ambiente de la Durbar Square.

—Perfecto, *sir*. Sígame, por favor.

Wright siguió la estrecha estela de Rajiv aunque su mente comenzó a dispersarse en los primeros compases del periplo. El largo viaje, el descanso poco propicio del avión y un calor asfixiante comenzaban a hacerle mella. Cuando el sopor estuvo a punto de doblar su cuerpo en tierra, una repentina bocanada de aire fresco abortó la acción. Una muchacha de unos doce años jugueteaba haciendo castillos en la arena en una de las esquinas de entrada al templo Bhagwati. El londinense quedó absorto. Iba descalza y el atuendo apenas cubría su cuerpecillo. Wright ideó una sonrisa y clavó los ojos sobre ella. La joven no pareció inquietarse ante la presencia de aquel hombre misterioso que había perturbado tan de repente su lugar de recreo. Con seguridad, la presencia masiva de turistas le había inmunizado ante el asedio de cualquier intruso que pudiera aparecer por allí. Wright se apresuró a desembolsar su máquina de fotografiar con la intención de inmortalizar la preciosa estampa que tanto le había cautivado. Tomó varias instantáneas de la muchacha mientras ella proseguía distraída con sus juegos. Sin lugar a dudas, lo que más le había impactado a Wright era aquel rostro tan peculiar. Parecía que tenía alguna que otra pincelada asiática, pero sus rasgos eran claramente occidentales. Su enigmática e intensa mirada marina le había quebrado los esquemas. Por un instante, sintió cómo un escalofrío zarandeaba todo su cuerpo y su memoria viajó unos cuantos años atrás para rememorar no sabía qué pero que le había resultado familiar. ¿Dónde diablos había visto esa forma de otear? Podría ser herencia de alguna de las mujeres que había conocido tiempo atrás. Pero, ¿dónde? ¿En Londres, Madrid o quizás en París? William guardó su cámara en la mochila. La muchacha se levantó y con la elegancia de una modelo que luce su palmito a través de una pasarela se fue alejando del templo Bhagwati.

—¿Una cría hindú con ojos azules? —balbuceaba el británico una y

otra vez.

—Disculpe, Wright, ¿me preguntaba algo? —dijo el guía.

—Pues sí, me planteaba realizar un alto en el camino para tomar algún licor que me recupere el alma.

—¡Oh! Por supuesto. Venga conmigo. Creo que podré conseguir lo que desea.

Rajiv asió a Wright del brazo y lo condujo por una callejuela adyacente a la Durbar Square. Caminaron durante unos instantes por un jardín botánico repleto de estatuas budistas hasta llegar al umbral de una gran puerta decorada con retazos policromados de animales ancestrales. Alejados de la zona más comercial era misión harto complicada encontrar un lugar donde sirvieran una cerveza bien gélida o una copa de vino de importación procedente de algún país latinoamericano o de Nueva Zelanda. Esos benditos placeres tan solo estaban al alcance de algún turista adinerado. Pero Rajiv era un alumno aventajado en ese ámbito y conocía a la perfección los entresijos más recónditos de la ciudad de Katmandú. El Thamel es la zona más concurrida de la capital nepalí. Allí se ubican los restaurantes y comercios más importantes. Pero cuando comienzas a perderte por las polvorientas rúas de los extremos de la ciudad, Katmandú cobra una dimensión misteriosa y mística a la vez. Rajiv acomodó a Wright en una de esas inefables covachas que en la Europa más occidental sería uno de los antros menos concurridos. Al instante, el espíritu de Baco hizo su aparición en aquel sórdido escenario y la copa de vino le supo como una delicia comparable a cualquiera de las divinidades hinduistas. Al tiempo que cada gota de ese caldo excelso se colaba por su esófago, el prosista británico no se podía quitar de la cabeza la imagen de la muchacha de ojos color cielo. Se preguntaba una y otra vez cómo esa cría, con aquella

fisonomía tan diferente, había llegado a ese lugar tan inhóspito. Iba semidesnuda, con lo que no podía vivir muy lejos de allí. No cesaba de elucubrar y lanzarse hipótesis. Casi adormecido por los efectos del vino y del calor sofocante, asaltaron a su memoria sus últimos encontronazos emocionales. Lo cierto es que habiendo alcanzado la mitad de siglo vivido, Wright no había tenido demasiada suerte en el plano amoroso. Quizás su gusto exquisito por las mujeres y un listón demasiado exigente le habían impedido alargar en el tiempo cualquier romance interesante, amén de su relación con Sophia. Sostenía la teoría de las cuatro atracciones; la intelectual, la emocional, la física y la sexual. Según los teoremas de Wright, el *summum* era aunar esas cuatro atracciones en una pareja, pero si alguna de ellas fallaba lo cierto es que la relación se iba al garete. Habitualmente se había dejado tambalear por la gravitación física de las féminas. Y no reparaba en que la parte de las emociones era la que decantaba la balanza hacia el éxito o el fracaso. Su exacerbada sensibilidad le había jugado malas pasadas. Pese a sus continuas e interminables crisis amorosas, el londinense era un romántico empedernido y todavía cobijaba la posibilidad de encontrar a la mujer de sus sueños con la que poder envejecer de modo digno en algún lugar recóndito del planeta, con preferencia en cualquier rincón de España, merced a su envidiable clima y gastronomía, entre otros encantos.

ଔ

Caminando hacia el norte de Katmandú se erige el variopinto barrio de Boudhanath, el centro principal religioso del exilio tibetano en la ciudad. Una gran estupa de setenta metros de altura preside la inmensa plaza circundada por casi una decena de monasterios. A partir de 1960, este lugar sagrado se convirtió en el refugio ideal de

muchos tibetanos que huyeron tras el acoso del invasor chino. La presencia de multitud de monjes con su cabeza rapada y sus largas túnicas de color burdeos otorga al recinto un buqué extraordinario. Todo ello aderezado por la popular melodía del Om mani padme hum (la joya en el loto), el mantra más célebre, que te sumerge en el clímax espiritual jamás soñado y te transporta en volandas hacia el éxtasis imaginado. Embelesado por esa aureola mística, William Wright se acomodó en una de las terrazas de la plaza. No podía borrar de su cabeza la imagen de la muchacha que acababa de descubrir a la entrada de aquel templo. Siempre había presumido de gozar de una especie de sexto sentido. Si bien no lo había desarrollado demasiado, de vez en cuando tenía algunos presentimientos que a la postre se iban cristalizando. Y su instinto le sugería que algo no cuadraba con la muchacha de los ojos azules. Sacó de la mochila su máquina de retratar y repasó las últimas instantáneas que acababa de disparar. Aquella mirada tan intensa provenía de alguien o algo que ya había vivido. Pero ¿dónde y cuándo la había visto anteriormente?, tornó a preguntarse. Tenía que indagar sobre ello. No podía quedarse cruzado de brazos. ¿Cómo empezar a armar el puzle? No tenía ninguna pista al respecto. ¿Y si fuera una locura solo ideada en su cerebro? Debía salir de dudas. Si alguien tenía una mínima posibilidad de poder comenzar a husmear en el asunto ese no era otro que Max Labiano. Wright cogió su teléfono móvil y buscó el contacto de su amigo. Pese al transcurso inexorable de los años, la amistad entre ambos permanecía intacta. Habían compartido multitud de horas en el local de ensayo de Camden Town y otros tantos momentos a la deriva etílica tras un arsenal incalculable de pintas de cerveza negra. Labiano fue uno de los alma mater del grupo musical que conformaron en aquellos años mozos. El sonido de su guitarra recordaba a la de las bandas del britpop, un movimiento musical y cultural británico de mediados de los años noventa. Tras la disolución del conjunto, el periplo profesional de Max tomó un cariz diferente. Si bien Wright nunca supo a qué organismo o institución pertenecía su amigo, tenía la certeza que trabajaba como investigador privado, agente secreto o algo parecido. Labiano preservaba su identidad y Wright siempre

respetó aquel secretismo.

«Hola, Max. Ya disculparás las horas, pero tengo algo importante que comentarte», escribió William a través de un mensaje en su teléfono.

Mientras aguardaba la contestación de su amigo, Wright volvió a estrujar su memoria, tratando de hallar respuestas al rompecabezas en el que estaba inmerso. Tan difícil como encontrar una llave en el fondo del mar. Hizo un rápido flashback de las ciudades que había visitado durante los últimos años. Su dedicación como crítico culinario le había permitido viajar por media Europa, pero debió de ser un lugar que le hubiera marcado por algo en concreto. Podría tratarse de Madrid, París, Venecia o Estambul. Esa mirada no la había visto paseando por la calle ni haciendo cola en la boca del metro o de un supermercado.

Max

Ya sabes que tú nunca molestas.

William

¡Gracias, amigo! ¡No sé en qué berenjenales debes andar metido! Quizás no sea un buen momento para hablar.

Max

Cuando el cantante abre la boca hay que escucharlo.

Como si se tratara del doctor Watson, el novelista le relató a su particular Holmes el enigma que le embargaba.

Max

¿Y cuántos años crees que puede tener esa muchacha?

William

No más de doce. Trece a lo sumo.

Max

¿Sabes cuantas crías pueden tener los ojos azules en todo Katmandú?

William

Unas cuantas, lo sé. Pero su mirada penetrante me sorprendió y me recordó a algo ya vivido. Puede tratarse de una paranoia, pero no quisiera quedarme con la duda.

Max

¿Y por dónde empezamos? ¡Es como encontrar un tesoro en medio del océano!

William

Lo sé, aunque tengo un ligero presentimiento.

Max

¿No te habrás metido ningún éxtasis como aquellos que nos tomábamos de vez en cuando antes de los conciertos?

William

¡No, claro que no! ¡Joder, Max! Que ya tengo una edad.

Max

Ja, ja, ja, te creo.

William dejó un instante de escribir en el teléfono móvil. No sabía por qué, pero su mente había viajado hasta París. No era capaz de discernir los motivos de la extraña elucubración, pero se dejó guiar por su instinto. Se lo comunicó a Max.

Max

Bueno, algo es algo. Vamos a poner foco allí. Empezaré tirando de hemeroteca y ver si ocurrió un suceso destacable en esa ciudad años atrás.

William

Muchas gracias, amigo. Sabía que podía contar contigo.

Max

Podrías acudir de nuevo a la entrada de aquel templo. Quizás viva por allí cerca y puedas reconocer a alguien de su familia.

William

Es verdad, no lo había pensado.

Max

Puede que eso nos dé alguna pista más. Porque debe tener una madre o un padre, digo yo.

William

Sí, claro. Todo hijo pequeño suele vivir con sus padres. A no ser que…

Max

¿Qué?

William

Nada, no me hagas caso.

Max

Creo que estás obsesionando con esa cría.

William

Puede que sí, pero permíteme el beneficio de la duda.

Max

Claro, señor Wright. Me encanta investigar. Para eso me pagan. Te echaré una mano.

William
Gracias de nuevo, Max. Mañana a primera hora volveré al lugar donde la vi. Te mantengo informado.

Max
¡Cuídate, campeón!

Wright remató su taza de café. Apenas se advertía ya la estela de ningún monje por la plaza. La música celestial de los mantras se había diluido. Todo invitaba al recogimiento espiritual y a la introspección más absoluta. Caía irreparablemente la noche en el norte de Katmandú y las estrellas parecían estar más que nunca cerca de la tierra.

2

Barcelona 2016

Como gran apasionado de la música y un tanto fetichista, antes de acudir a su despacho ubicado en travesera de Gracia, Max Labiano acostumbraba a desayunar en un bar de la plaza de John Lennon. Allí leía las noticias del día. Le gustaba hojear el periódico y sentir en sus pulgares el paso paulatino de sus páginas. Después de disolverse la banda, estuvo un par de años componiendo canciones en solitario. Se decantó por un formato más acústico y, de vez cuando, le acompañaba a la voz la que había sido su pareja, la actriz Valentina Lombardi. La relación se quebró en cuestión de meses a causa de las obligaciones profesionales de ella. Max nunca llegó a digerir que su amor estuviera siempre lejos de casa. A veces, el fin justifica los medios y fruto de aquel idilio trajeron al mundo al pequeño Hugo. Tras la ruptura pensó en cursar estudios de Bellas Artes, pero su sempiterna curiosidad por las novelas policiacas le hizo decantar la balanza. Desde hacía un tiempo vivía apenas sin identidad. Solo el círculo familiar más íntimo conocía realmente cuál era su dedicación profesional. Max había instalado en la parte alta de la ciudad una de las sedes del Servicio Secreto Internacional (SSI). Tan solo conocía a su compañero de batallas de despacho, puesto que el decálogo tácito del susodicho organismo impedía tener contacto con cualquiera de sus superiores. No sabía para quién trabajaba y se ceñía a las investigaciones que le iban llegando vía correo electrónico.

—Ya veo que hoy te has puesto la camiseta del Barça. He leído en la prensa que habéis ganado la Liga —advirtió Max al comprobar que su condiscípulo Tomás Vallverdú irradiaba entusiasmo por todos sus poros.

—Y además lo hemos hecho en el campo del eterno rival. No hay mayor gloria que conseguir el título en el Bernabéu.

—Ayer había un griterío ensordecedor por toda la ciudad. Hasta bien entrada la madrugada no he podido conciliar el sueño.

—Tenemos que celebrar los campeonatos a lo grande. Ya vendrán tiempos de vacas flacas. Ahora a disfrutar.

—¿Algún email importante? —preguntó Max.

—Tenemos varios asuntos ocurridos en el sur de Francia —indicó Tomás.

—De acuerdo. Enseguida me pongo con ello.

El SSI para el que trabajaba Max contaba con dos sedes en España, una en Barcelona y la otra en Madrid, y colaboraba con la Interpol. Después de servirse un café, Max tomó asiento frente a su ordenador. A sabiendas de que Tomás se hallaba medio distraído festejando el triunfo barcelonista, se puso manos a la obra para iniciar la investigación del tema que había hablado el día anterior con su amigo William Wright. No sabía por dónde empezar, aunque una ligera intuición aterrizó en su cerebro; debía tratarse de algún caso sin resolver o que estuviera archivado.

«Si la premonición de Wright es coherente algo debió ocurrir con la muchacha para que acabara en Katmandú. ¿Quizás un secuestro?», se preguntó. «Es descartable que se encuentre allí de vacaciones. Se comporta como una lugareña, pero según William sus rasgos no son los típicos de la raza asiática de la zona». Era todo un riesgo, pero había que correrlo. Si entraba en el sistema, Labiano se exponía a una dura sanción. Podía incluso perder su trabajo. Estaba a punto de quebrantar la ley de protección de datos y su confidencialidad para un uso exclusivamente personal. Si alguien se daba cuenta de que accedía a esa información no permitida la penalidad podía ser mayúscula. Max comenzó a navegar por la base de datos de la policía internacional con la sensación de ser un ladrón que usurpa con elegancia una colección de diamantes en los

almacenes Harrods de Londres. El listado de casos archivados en la hemeroteca era considerable. Después de dedicarle más de dos horas a una búsqueda infructuosa, Max cogió el metro y se dirigió a la zona del Eixample. Había quedado con su actual pareja para celebrar el aniversario de ésta.

—Hola, mi amor. Disculpa el retraso, pero el metro está hoy desbordado —advirtió al tiempo que la besaba.

—No te preocupes que vienes de trabajar y no de fiesta —contestó ella con empatía.

—Así es. El *show* acaba de comenzar —masculló Max pensando dónde podían desembocar las pesquisas que había iniciado para ayudar a su amigo William.

—Bueno, ahora vamos a desconectar un poco. He reservado en un vietnamita. Hace tiempo que no nos damos un homenaje en un restaurante asiático.

—Me parece una idea genial.

Max había conocido a Azucena Castro después de la ruptura con Valentina. El romance comenzó a gestarse en un viaje a San Francisco donde se conocieron de forma casual. Tras casi un año de relación, él se instaló en el piso de la plaza de Ibiza que Azucena había alquilado a su llegada a Barcelona. Aquel pequeño estudio les otorgaba cierta tranquilidad. Aunque a veces no se sabe dónde se encuentra la paz soñada.

Los dados de pollo salteados con anacardos, patata, zanahoria y cebolla aderezados con una salsa de cacahuete todavía estaban en plato.

—Cariño, apenas has probado bocado —inquirió ella.

—Está todo muy rico, pero no tengo demasiado apetito.

—Es por algo del trabajo, ¿verdad?

—Todo se complica, ya sabes. Este curro no es para relajarse.

—¿De qué se trata? ¿Qué te preocupa? Ya sé que es secreto de sumario, pero me gustaría ayudarte.

—Lo sé, mi amor. En realidad, no está relacionado estrictamente con mi trabajo habitual.

—Entonces, ¿qué te está robando el hambre?

—Creo que alguna vez te he hablado de William Wright. Tocamos juntos en aquella banda en Londres, ¿recuerdas? Ayer se puso en contacto conmigo porque tenía una premonición.

Mientras Max Labiano relataba de manera exhaustiva el contenido de los mensajes que había mantenido con Wright, el recuerdo de Azucena se evadió a aquel dúplex de Dover donde había retozado salvajemente con el escritor londinense. Nunca le había confesado a Max ese episodio carnal con su amigo del alma. Quizás tendría que hacerlo en un momento u otro, se repetía una y otra vez.

—¿Sabes cuantas niñas puede haber en Katmandú con los ojos azules y con rasgos no asiáticos? —dijo ella.

—Lo sé. Eso mismo le contesté, aunque él insistía en que la mirada le resultaba familiar. No la recordaba, pero la había visto en algún lugar del planeta.

—¡Eso es como encontrar agua en el desierto del Sahara!

—Es evidente. He comenzado a tirar de hemeroteca en torno a hechos ocurridos en París en los últimos años.

—¿Y por qué en París?

—Según William, puede que todo provenga de allí.

—¿Y algo interesante?

—De momento, nada de nada.

—Entonces, ¿por qué estás intranquilo?

—Estoy accediendo a información confidencial. Si me pillan, estoy listo.

—¿Y merece la pena correr ese riesgo?

—Es poco probable que me enganchen, pero tampoco sabemos cómo van las cosas por aquí dentro. Ya sabes que hay mucho secretismo.

Max se despidió de su amada y enfiló el camino hacia su despacho. Su compañero de batallas parecía no haberse movido de allí.

—Buenas tardes, Max. ¿Qué tal la comida con tu chica? —preguntó Tomás Vallverdú mientras su compañero entraba por la puerta.

—Hemos estado en un vietnamita. Excelente calidad-precio —aseguró al tiempo que se colocaba de nuevo delante del ordenador

para continuar con sus pesquisas en torno a la investigación de William Wright.

—Me lo apunto para ir. Por cierto, me requieren el asunto del sur de Francia.

—Estoy elaborando el informe. En cuanto lo acabe te pongo en copia —respondió, un tanto nervioso ante la posibilidad de que su compañero comprobara lo que realmente estaba haciendo.

—De acuerdo. Si no te importa, esta tarde me iré un poco antes. Mi hermano está por Barcelona y hemos quedado para ir al cine y después tomar unos pinchos por el Born. ¿Te apuntas?

—No, gracias, Tomás. Estos días ando un poco liado.

—Pero todo bien, ¿no? ¿Algún problema con tu chica?

—Todo en orden —aseguró Max al tiempo que le guiñaba el ojo a su camarada.

Pasadas la siete, Tomás Vallverdú abandonó el despacho. La intranquilidad se había apoderado de Max durante la tarde y tenía la sensación de haber metido los dedos en un enchufe. Quizás porque preveía el riesgo de tormenta. Y no se equivocaba. El resplandor de un relámpago enalteció la sensación de claridad en la oficina. Cuando se marchó su compañero, había apagado las luces para crear una atmósfera más relajada. Comenzó a llover a chuzos y los rayos incrementaron su frecuencia. Justo en ese instante su mirada se detuvo en un informe que le llamó la atención:

«La pareja de la mujer que regenta Le Petit Château de Mayale, un importante restaurante de París, secuestra a la hija de ambos y desaparece sin dejar rastro. El supuesto inculpado, Gastón Sagairi, hijo de padre italiano y madre británica, no tiene antecedentes penales. La madre, María de Hita, es originaria de San José (Almería, España). Tras prestar declaración, la mujer reconoce una agravante crisis sentimental entre ambos, a priori, la razón por la que Gastón podría haber cometido el rapto. Sagairi se lleva consigo a la pequeña Mayale, que apenas cuenta con dos años de edad».

Max quedó absorto y percibió cómo su pulso se aceleraba por momentos. Quizás su amigo William no estaba tan zumbado como había creído en un primer momento. ¿Podría tratarse realmente de la misma niña que vio en Katmandú?, se preguntó. La cronología coincidía a la perfección ya que el informe databa de diez años atrás. El texto no acababa ahí y continuó leyendo unas líneas más:

«Los indicios apuntan a que el secuestrador podría haber contado con el apoyo de algún organismo institucional para escapar del país ya que nadie conoce su paradero ni el de la niña desde hace varias semanas».

Hizo algunas capturas de aquel escrito con la cámara de su teléfono móvil y salió de la página con la celeridad de un ladronzuelo que acababa de robar un bolso en plena Rambla de Barcelona.

3

Pekín 2016

La construcción de la magna obra arquitectónica dividió a pueblos y comarcas. Aquel milagro ingeniado por la raza humana, que duró casi tres mil años, empezó a ser un problema para algunos de los habitantes del lugar. La Gran Muralla china separó de modo irremediable a dos familias que compartían algo más que una bonita amistad. El clan de los Meng y de los Jiangü quedaba aislado por un montículo de piedra caliza. Ante tal adversidad, decidieron sembrar una planta trepadora por cada uno de los dos lados de la muralla. Era cuestión de tiempo el esperar a que ambas matas se entrelazaran en lo alto del muro. Llegado ese ansiado momento, las familias volvieron a encontrarse. Se reunían habitualmente en lo alto del muro hasta que un día observaron una enorme flor en la copa del árbol. Como era lógico, se sucedieron las disputas ya que cada estirpe argumentaba que aquel tesoro había crecido en su propiedad. En uno de esos amaneceres, la flor se abrió como por arte de magia y brotó una bella muchacha. Ante semejante hecho asombroso, los integrantes de ambas familias decidieron hacer las paces y acordaron criar de manera conjunta a aquel querubín nacido de las entrañas de la naturaleza. El neonato recibió el nombre de Meng Jiangü en honor

a cada uno de los clanes.

En el tiempo del trayecto hacia allí, Ariel Godoy quedó deslumbrado con la lectura de esa curiosa leyenda ancestral. Había acudido a visitar uno de los tramos menos turísticos de la Gran Muralla china. Se había tomado el día libre tras el incesante ritmo de trabajo. El periódico había confiado en él la cobertura de unos campeonatos mundiales de atletismo a celebrar en Pekín. Era el premio al buen trabajo realizado durante los últimos años. No cualquiera obtenía la condecoración de enviado especial para informar sobre un evento de esas características. Godoy abría y cerraba los ojos en medio de las pasarelas de piedra y más piedra, y sentía el aroma de la historia más remota. Su mirada se desvanecía en la inmensidad de las montañas y parecía que la construcción llegaba hasta el infinito. La emoción le embargaba. En aquel momento nadie podía robarle el deleite de una de las siete maravillas del mundo. Tras empaparse durante unas tres horas de aquel prodigio arquitectónico volvió a Pekín. El plan vespertino era acudir a un espectáculo de marionetas acuáticas. Había comprado una entrada para ir al Golden Dragon Theater. Se acomodó en la séptima fila. La gran mayoría eran turistas japoneses y algún que otro europeo. Se apagaron las luces y un violín de dos cuerdas entonó la melodía de una conocida pieza tradicional. Al instante se sumó el sonido de un laúd y una cítara. En el clímax de la tonada musical, un pequeño foco de color púrpura iluminó el escenario flotante. Y apareció en aquel diminuto plató un navío con una decena de tripulantes. En medio de todos ellos, el que se intuía como personaje principal se encontraba amarrado al mástil de la embarcación. Una voz en off narraba cuanto estaba aconteciendo y

advertía de lo que iba a suceder instantes después. El barco surcaba los mares y se acercaba despacio hacia una pequeña isla. Empezaba a caer la noche. Un haz de luz del techo del escenario apuntó a la orilla de la porción de tierra. Ante la perplejidad de los asistentes, tres sirenas emergieron de unas aguas que comenzaban a envalentonarse. Los títeres estaban tallados en madera de higuera y pintados a mano con llamativos colores. Aquella riqueza cromática destacaba de forma imponente en el azul del mar marino. El narrador dio paso al diálogo de varios personajes. Se vio cómo uno de los grumetes hacía gestos ostensibles y se negaba a desatar al hombre ligado al palo principal del barco. Mientras, a escasos metros, las tres sirenas no cesaban de entonar sus melodiosos cánticos. Intentaban persuadirlos para que se arrojaran a sus cercanos confines. Pero nadie podía escuchar esa armonía embrujadora. Todos los navegantes tenían sus oídos tapados con cera y el canto hechizante se perdía en la inmensidad del océano. Se encendieron las luces de la sala y con ello finalizó el *show* que había tratado de recrear la fábula de Ulises. Ariel Godoy aplaudió de forma efusiva cuando salieron a escena los actores que habían manipulado magistralmente las marionetas acuáticas. Abandonó el teatro y se dirigió a su posada. Al día siguiente tenía que acudir al estadio olímpico del Nido del Pájaro para cubrir la jornada de atletismo. Tenía la sensación de haber aprovechado el día al máximo. Había desestimado la opción de pernoctar en un hotel al uso de tres o cuatros estrellas y estaba alojado en un antiguo y tradicional *hutong* cercano a la torre del Tambor. Se trataba de una pequeña vivienda regentada por un matrimonio de la región de Manchuria.

Las habitaciones eran minúsculas y estaban alineadas en torno a un patio interior donde se alzaba un bonsái gigante. Se había hecho bastante tarde y la noche se avecinaba ya en la ciudad pekinesa. Antes de doblar la esquina para meterse en una bocacalle y llegar a su hospedaje, dos hombres con indumentaria europea salieron de un establecimiento de la vía principal. A Godoy le sorprendió la presencia de dos tipos que nada tenían que ver con la imagen de los lugareños de aquel barrio. Se quedó plantado como el árbol del *hutong* y siguió con la mirada a los dos transeúntes. Los foráneos cruzaron la calle por un paso de cebra y caminaron de forma paralela al lugar donde se había detenido. Aunque la oscuridad le impedía hacer un ejercicio minucioso de distinción, Godoy pudo observar con más o menos precisión el rostro de uno de ellos. El perfil de aquel hombre le resultó familiar. El argentino sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y con disimulo disparó varias fotografías. El instinto periodístico echaba fuego y tuvo el arrebato de husmear en lo desconocido. Le invadió la curiosidad y se adentró en el local donde habían salido los intrusos occidentales. Subió los peldaños de unas pequeñas escaleras y llamó al timbre. Escuchó el sonido de unos zapatos con suela de goma que se acercaban hacia él. Una mujer de unos cuarenta años abrió la puerta y con un gesto amable le invitó a que pasara. Sorprendido ante tal generosidad, Godoy hizo caso sumiso a las indicaciones y siguió la estela de la señora que tanta bondad y hospitalidad le había mostrado. La incertidumbre crecía por momentos. Estaba desafiando a la cordura. ¿Dónde diablos me metí?, era la frase que deambulaba por su mente. Debería estar ya durmiendo, pero su espíritu sagaz lo había llevado a aquel

lugar misterioso. Al cabo de un instante, apareció otra mujer que parecía mucho más curtida que la anterior y con la mirada doblemente astuta.

—¿Qué desea tomar el caballero? —inquirió ella en un inglés más que correcto.

—¿Qué me recomienda para estas horas de la noche? —respondió Ariel con otra pregunta.

—Le propongo una copita de Mijiu.

—Disculpe mi ignorancia, pero no tolero según qué licores.

—Es un vino de arroz fermentado, parecido al sake japonés.

—En ese caso, estaré muy agradecido de probarlo.

La mujer que le había abierto la puerta le trajo en una bandeja dorada el aguardiente que había elegido.

—¿Y usted no tomará nada?

—No acostumbro a beber mientras trabajo —respondió ella.

—Una sabia decisión.

—Siempre acostumbramos a preguntar a nuestros clientes si tienen alguna preferencia especial con nuestras muchachas —la mujer giró su mirada hacía el interior del local—. ¿Cómo le gustan? ¿Pequeñitas o más bien altas? ¿Con mucho pecho o apenas sin curvas?

Godoy trató de disimular su estado de sorpresa y sorbió de un trago aquel brebaje chino. Se habían disipado sus dudas. Había ido a parar a un burdel. Quizás de lujo, pero al fin y al cabo se hallaba en un prostíbulo en toda regla. Ahora entendía tanta amabilidad.

—Creo que este licor me está haciendo una reacción extraña —dijo Ariel ante la mirada atónita de quien parecía la madama de aquel garito.

—¿Quiere un poco de agua?

—No, gracias. Me tengo que ir. Cuando me ocurre esto lo mejor es que tome mi medicación y me vaya a dormir —argumentó.

Ariel Godoy aceleró sus pasos y salió de nuevo a la calle para respirar un poco de aire fresco. Si bien respetaba la práctica del oficio

más antiguo del mundo, el cronista nunca había tenido la necesidad de pisar un lugar como aquél. Todavía creía en el amor más puro e inmaculado. Recordó por un momento las lecturas de su primer manuscrito en el Río de La Plata junto a Irati Maidana. Tras saludar a la propietaria del *hutong* que estaba sentada en una mecedora poniendo remiendos a un viejo jersey de lana, entró en su habitación. Se sentó en la cama y empezó a repasar las fotos de los dos tipos. Aumentó con el zum las imágenes y la identidad de uno de ellos quedó más que latente. Se trataba de Enric Llauradó, uno de los ejecutivos del grupo editorial de su periódico. ¿Una canilla al aire? ¿Y qué carajo hace aquí tan lejos de Barcelona? ¿Habrá venido también al mundial de atletismo?, se preguntó. No encontraba una respuesta lógica a todas aquellas cuestiones. Movió la cabeza de arriba a abajo y exclamó en voz baja: «¡Mira vos el señor directivo!».

Como si se tratara de dos artistas rutilantes, Enric Llauradó y Giuseppe Zola volaron desde Pekín a Hanoi para proseguir con su particular gira asiática. En pocos lugares del planeta la imagen de tres o cuatro personas a lomos de una motocicleta deviene como algo habitual. En el corazón de su caótico casco antiguo, las estrechas callejuelas están distribuidas a tenor de los oficios que se practican en ellas. El tráfico de *rickshaws* es abrumador. El cableado de la luz y de la telefonía se desparrama por las fachadas y parece que vayas a electrocutarte en cualquier momento. En cada esquina se levanta un puesto ambulante para degustar la comida local preparada con sumo cariño. Old Quarter rezuma autenticidad por doquier. Es el encanto en mayúsculas de la capital vietnamita. Y esa seducción se torna curiosa en Train Street. En cuestión de segundos, la rúa

plagada de viviendas, tiendas y cafés se convierte en un escenario férreo para que un variopinto tren efectúe su recorrido habitual. Enric Llauradó y Giuseppe Zola habían llegado puntuales a la cita en la calle de Le Duan donde la locomotora de color azul y rojo deambulaba un par de veces al día. En el número 7 de la concurrida calle se hallaba uno de los centros de masaje más conocidos de Hanoi. Estaba regentado por Sheila Shimizu. Otrora había sido una bella geisha allá en su Kioto natal, pero desde hacía años había entablado una estrecha amistad con los dos hombres y su dedicación había cambiado por completo. Los turistas europeos fueron recibidos por un par de mujeres jóvenes que les guiaron hasta la sala principal del local. Enric y Giuseppe se despojaron de sus ropas quedándose en calzoncillos. Se estiraron en sendas camillas. La iluminación era tenue merced a dos lámparas de sal del Himalaya. El olor a palosanto impregnaba todo el ambiente. Las dos muchachas entraron en la sala e iniciaron un masaje ayurvédico con aceites calientes, piedras volcánicas y unas gemas para liberar la tensión del cuerpo y la mente. Cuando Llauradó y Zola se hallaban en el umbral de la fase REM, la voz sugerente y estimulante de Sheila los devolvió al centro de la tierra.

—¿Han tenido un viaje plácido? —preguntó la mujer asiática.

—Viajar en *business* siempre tiene sus ventajas —matizó Giuseppe.

—Espero que la estancia sea de vuestro agrado. Ahora una sesión reparadora y luego charlamos de nuestras cosas.

—Como dure esto mucho nos vamos a quedar completamente dormidos —se regodeó Enric.

La vibración de una llamada entrante en el móvil de Giuseppe perturbó esa aureola de calma. Enric giró la cabeza para ver el rostro de su amigo, que apenas había articulado palabra tras descolgar el

teléfono. Zola permanecía hierático escuchando a su interlocutor. La conversación duró apenas cinco minutos. Colgó el teléfono y se quedó en estado catatónico mirando el pequeño jardín de bambú que se vislumbraba a través de la ventana. Enric se temía lo peor, pero no osaba hablar.

—¡Mierda! ¡No puede ser! —exclamó Giuseppe a media voz quebrando el silencio sepulcral.

—¿Malas noticias?

—Preocupantes, muy preocupantes diría. Me acaban de comunicar que un mequetrefe acaba de meter las narices en un informe de la policía internacional.

—¿Cómo? ¿De cuál se trata?

—De la fuga de Gastón Sagairi a Katmandú.

—Pero ¿por qué han querido husmear en un asunto archivado después de tantos años?

—Ni puta idea y, para más inri, ha sido un subordinado mío. Un tal Max Labiano.

—Sabes que si ese tipo canta es nuestro fin —Enric se paseó el dedo pulgar por la garganta.

La irrupción de Sheila se convirtió de nuevo en un bálsamo tonificante para quebrar la energía negativa que comenzaba a expandirse por la sala.

—Espero que con esta sesión os hayáis recuperado del viaje —indicó la dama.

—Como es costumbre, ha sido un masaje maravilloso —dijo Enric, tratando de engullir el drama que se avecinaba tras la conversación con su camarada.

—He seleccionado a unas chicas que espero que os agraden. Ya he preparado el papeleo para que la semana que viene vuelen hacia Menorca —expuso la nipona al tiempo que mostraba con expectación las fotografías de todas ellas.

—Siempre nos dejamos llevar por tu sabia elección.

Los dos occidentales se vistieron y tras despedirse de Sheila salieron de nuevo a la mítica callejuela de la locomotora. Era la tercera vez que acudían a Hanoi para conocer *in situ* la criba

seleccionada que pasaría a formar parte de la oferta nocturna de La Guarida del Dragón. Las actuaciones musicales que se realizaban en el cabaret eran tan solo una tapadera para desarrollar aquel negocio turbio que otorgaba unos ingresos considerables. Un prostíbulo clandestino dirigido a clientes de las altas esferas de la ciudad condal.

—Tenemos que adelantar nuestro vuelo de vuelta a Barcelona. Esto no pinta nada bien —dijo Zola.

—Tomaré un avión hacia Menorca para tenerlo todo a punto para cuando lleguen las chicas.

—No, te necesito ahora a mi lado. Si es lo que parece va a ser chungo, muy chungo.

4

Barcelona 2016

Alejado de los circuitos comerciales, en el número 32 de la calle Verdi se ubican los entrañables cines con el mismo nombre de la travesía barcelonesa. La primera de las salas fue inaugurada el 11 de febrero de 1926 como Salón Ateneo Cine. Hacía ya unos cuantos meses que Tomás Vallverdú no veía a su hermano Sandro. Era siete años menor que él, pero la vida un tanto difusa que había llevado siempre lo hacía aparentar unos cuantos más. Sandro vivía en una antigua masía en la Vall de Uxó, en Castellón. Había abandonado los estudios de forma prematura y desde entonces se había convertido en un auténtico buscavidas. En tiempos difíciles traficó con drogas blandas para abastecer la demanda de antaño de la ruta del bakalao. Poco después intervino en algunas películas como figurante. Se apuntaba a los *castings* que anunciaban en algún periódico y era capaz de cruzar media Europa si le pagaban razonablemente. Pero

desde hacía cuatro años trabajaba como barquero en las cuevas de Sant Josep, la gruta con el río subterráneo navegable más largo de Europa. Sin duda alguna, el tramo donde se sentía más a gusto de aquel periplo fluvial era la sala de los murciélagos. Sandro era un tipo bastante oscuro; siempre vestía de riguroso negro y una larga melena morena se había convertido en su seña de identidad y le otorgaba cierto atractivo en el sector femenino. No se le conocía romance alguno por lo que su hermano había dudado en más de una ocasión de su inclinación sexual. Sin llegar a ser corpulento, su complexión era más bien fuerte y no hubiera desentonado en la plantilla de un equipo de rugby. Dos pendientes de aro, un *piercing* en la nariz y unas cuantas pulseras y collares constituían sus abalorios habituales.

—¡Siempre con tu imagen inconfundible de indio cheroqui! —exclamó Tomás al fundirse en un abrazo con su hermano.

—No hay que renunciar a la esencia de cada uno.

—¿Cuándo llegaste?

—Al mediodía. La verdad es que el tren va de lujo.

—De vez en cuando los ermitaños os dejáis caer por la gran ciudad.

—Te la regalo, Barcelona es tuya. Este mundo de cemento no está hecho para mí.

—Bueno, eso es como todo. Tiene sus ventajas e inconvenientes.

—No le veo ninguna ventaja —aseguró Sandro—. Por cierto, ¿qué reliquia cinematográfica me tienes preparada para hoy?

—Es un ciclo de películas cortas de cine mudo.

—Siempre vas contracorriente. Lo diferente al resto.

—Creo que lo llevamos en la sangre —confirmó Tomás.

Los dos hermanos entraron en una de las remodeladas salas y tomaron asiento en la penúltima fila. La sesión se inició con *Historia de un crimen.* La cinta está considerada como la primera película

policial francesa de cine mudo y de las pioneras en utilizar escenarios realistas y sórdidos. El film de Ferdinand Zecca narra el asesinato de un empleado de banco durante un allanamiento de morada a manos de un carpintero desempleado. Fue estrenada en 1901. En la oscuridad de la sala un sudor frío recorrió las entrañas de Sandro. Pareció como si su hermano hubiese tenido un augurio despiadado.

ଔ

Alrededor de las cuatro de la madrugada, el ruido ensordecedor de la ambulancia y de varios vehículos de la policía nacional invadieron las calles de Horta. Se detuvieron en la plaza de Ibiza. El inspector Sebastián Gómez bajó del coche oficial y subió por las escaleras del portal número 13 de la glorieta. Era un edificio sin ascensor. La puerta B del tercer piso estaba abierta. Gómez, acompañado del subinspector Jon Eringuren, el médico forense, varios policías de la científica y los asistentes de la ambulancia entraron en el vestíbulo y recorrieron el largo pasillo hasta el comedor. Azucena Castro se encontraba reclinada en el sofá. Todavía temblaba. Había ingerido un calmante para paliar los nervios.

—Está allí. En esa habitación —dijo la mujer en voz baja señalando el cuarto contiguo.

El cuerpo sin vida de Max Labiano se hallaba tendido sobre la cama en posición decúbito supino presentando cuatro puñaladas; dos en el tórax, una en el cuello y otra en el abdomen. Los integrantes de la científica comenzaron su exhaustivo y minucioso trabajo de captura de fotografías y recogida de vestigios de huellas dactilares para su posterior análisis en el laboratorio. A continuación, tras el primer examen *post mortem* del forense, los operarios del instituto anatómico colocaron a la víctima en una camilla para su traslado.

-—Lo lamento mucho. ¿Era su marido? —preguntó el inspector.

—Éramos pareja —respondió Azucena.

—La primera pregunta en estos casos siempre es la misma —avanzó Gómez mientras se sentaba en una silla delante de la mujer—. ¿Cuándo se percató que yacía muerto a su lado?

—Debían ser las tres de la madrugada, aproximadamente, cuando un intenso dolor de cabeza me despertó y sentí ganas de vomitar. Me levanté con la intención de ir al baño —hace una pequeña pausa para secarse las lágrimas con un pañuelo— y cuando volví de nuevo a la cama me di cuenta de que las sábanas estaban mojadas.

Azucena detuvo su descripción consumida por el dolor.

—No se preocupe. Tómese su tiempo —dijo el inspector.

—Al encender la luz de la mesita de noche descubrí el cuerpo ensangrentado de Max.

—¿Recuerda si hubo algún ruido antes de que se fueran a dormir o algún detalle que le llamara la atención?

—No, diría que no.

—¿Notó algún comportamiento diferente de la víctima durante las últimas horas?

—Nada relevante que recuerde.

—Y la pregunta del millón: ¿tiene alguna sospecha de quién ha podido ser?

—Si lo supiera, no estaría aquí sentada hablando con usted.

Gómez frunció el ceño ante la contundencia de las respuestas de Azucena.

—Por el camino hasta aquí he consultado su historial. Trabajaba para el Servicio Secreto Internacional (SSI), ¿verdad?

—Su vida laboral siempre ha sido un misterio. Era muy reservado para eso. Explicaba bien poco.

—¿Cree que haya podido ser un ajuste de cuentas por parte de alguien que hubiera tratado recientemente? ¿Había sufrido amenazas en los últimos días?

—Max era un hombre tranquilo. Jamás se metía en líos ni tenía ningún enemigo.

—Entonces, teniendo en cuenta mis años de experiencia, permítame que le diga que no es nada habitual que asesinen a un

hombre de bien sin motivo justificado.

—Usted es el poli. Y espero que sea bueno y el bueno.

—De acuerdo. De momento, no tengo más preguntas. No obstante, en breve la emplazaremos para ser oída en declaración en dependencias policiales —dijo el inspector echándose la mano a su chaqueta—. Le dejo mi tarjeta por si recuerda alguna cosa. Cualquier detalle nos puede resultar de gran ayuda en la investigación.

—Lo tendré en cuenta, inspector…

—Gómez. Sebastián Gómez. Estoy aquí para encontrar al asesino de su pareja. No lo dude.

Azucena Castro se levantó y se dirigió al balcón del comedor. La plaza empezaba a congregar a unos cuantos vecinos de los inmuebles contiguos. El zumbido de las alarmas había despertado la curiosidad del barrio. La conversación con el inspector le había creado cierto recelo. Lo siguió con su mirada hasta que abandonó el salón. El policía se dirigió a la habitación de los hechos.

—¿Tenemos alguna pista? —preguntó Sebastián a su compañero de la científica.

—Los primeros indicios apuntan a que el asesino abrió la puerta con una radiografía o una tarjeta de crédito. La cerradura no estaba forzada —relató Nachete Fernández.

—Un método rudimentario que siempre funciona.

—A continuación, se dirigió a la habitación de matrimonio y roció óxido nitroso para adormecerlos.

—Gas somnífero y una radiografía. Ese tipo no tenía demasiado presupuesto. Un asesino de poca monta.

—Hay huellas de sus zapatos por todo el pasillo. Ayer cayó una tormenta considerable. El sospechoso no reparó en limpiar su calzado. A priori, parece una persona alta con un 44 o 45 de pie.

—¿Alguna huella dactilar de ese grandullón? —preguntó Gómez.

—De momento, no. Puede que utilizara guantes.

—De acuerdo. Cualquier nuevo descubrimiento me lo hace saber. Voy para el despacho. ¿Me acompañas, Jon?

Gómez y el subinspector Eringuren abandonaron aquel piso de la plaza de Ibiza. Se montaron en uno de los coches oficiales e iniciaron el trayecto hacia la comisaría.

—A ver, mi querido Watson. ¿Qué le dice su intuición vasca? —formuló Gómez a su compañero.

—El móvil de este asesinato me tiene confuso. Si se trataba de un tipo tranquilo que nunca se metía en líos como bien explicaba su pareja me sorprendería que fuera un ajuste de cuentas. Nadie va matando por las casas sin motivo justificado.

—Trabajaba para el SSI. Eso no es curro fácil.

—Quizás había descubierto algo hace poco o tenía información privilegiada de algún asunto de suma importancia.

—Es una hipótesis interesante. ¿Y crees que esa información que encontró podría comprometer a alguien?

—Sería lo más lógico. Puede que alguna persona con poder quisiera quitárselo de en medio. Los entresijos del SSI son una caja de sorpresas. Es probable que la víctima ni tan siquiera conociera a sus superiores. Tengo entendido que trabajan por vía email y nunca se conocen en persona.

—En ese caso, ¿qué podría haber descubierto Max Labiano para que acabaran con su vida brutalmente?

—En cuanto el asunto aparezca en prensa quizás tengamos alguna nueva voz que nos ayude a esclarecer un poco más el tema.

—¿Crees que eso nos beneficia?

—Espero que sí, porque su pareja de momento no está muy dispuesta a colaborar con nosotros. Por cierto, puestos a elucubrar —indicó Jon—, nada indica que Azucena esté implicada en todo este asunto, ¿verdad?

—De momento, no veo que pueda estar relacionada con el crimen, pero me sorprende que se haya quedado tan mudita y no nos haya dado más información.

—Estaba demasiado nerviosa. Quizás por eso no tenía demasiadas ganas de hablar.

—Aunque puestos a imaginar… es una mujer muy atractiva.

—¿Qué insinúas? —Eringuren se sorprendió.

—Nada. Era un pensamiento en voz alta —dijo el inspector llevándose las manos a sus genitales—. Tenemos que seguir avanzando con las pruebas.

—¿Crees que podría tener un amante y Max la descubrió? ¿Y el

supuesto amante acordara con ella acabar con la vida de él? ¿Un crimen pasional?

—Todo eso lo estás diciendo tú. De momento no veo esa conexión.

Llegaron a la comisaría de la calle Balmes. La tormenta de la tarde anterior había dejado cierto aire de frescura y las primeras luces de la panadería de la esquina auguraban la proximidad del amanecer. Sebastián y Jon se aprovisionaron de café. El día se vaticinaba largo y prometía vertiginosas sensaciones.

Cuando los miembros de la policía científica abandonaron el lugar del crimen, Azucena Castro cogió su teléfono móvil y apretó el símbolo de llamada de uno de sus contactos. Al tercer tono, su interlocutor descolgó su aparato.

—Hola, encanto. ¿Cómo estás?

—Ahora no puedo hablar, pero ha sucedido algo terrible.

—Cariño, ¿qué ha pasado? ¿Por qué hablas tan bajo?

—Quizás me hayan intervenido el móvil. No sé, ahora mismo dudo hasta de mi sombra.

—¡Azucena, mi amor! ¡Me estás preocupando mucho!

—Lo sé, pero no puedo contarte demasiado. Max descubrió algo relacionado con un secuestro en París y lo han asesinado.

—¡Oh Dios! ¡Puedo imaginar por lo que debes estar pasando! Lo siento de corazón.

—Te lo agradezco. Ahora mismo estoy destrozada.

—Ya sé que no es el momento de hablar de eso, pero tiene algo que ver con Mayale, ¿verdad?

—Eso parece, pero… no puedo decirte más.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Voy a intentar salir del país. En un par de días podría estar ahí contigo. Aquí ya no me fío de nadie.

—¿Vas a venir a Arequipa?

—Así es. Te aviso cuando llegue al aeropuerto. Un beso —concluyó Azucena.

5

Arequipa, 2016

Cuando el atardecer asomaba por el gran ventanal de aquella sala,

la maquinaria pictórica iniciaba su singladura. Era la luz preferida para sus creaciones. Si bien era cierto que su obra nunca había sido reconocida por la crítica más exigente, ella se conformaba con dar rienda suelta a su inspiración para un público más minoritario. Había llegado a exponer algunos de sus cuadros en varias salas pequeñas de Nueva York y los medios locales no dudaron en exaltar su extrema sensibilidad para evocar los retratos más minuciosos y realistas. Pese al transcurso inexorable de los años, Mika Burton continuaba conservando una figura atractiva y seductora. Emanaba ternura. Su voz dulce y envolvente a la vez le había llevado a actuar en algún cabaret de renombre de Barcelona e incluso un productor musical le propuso dejar su impronta en un estudio de grabación. Pero Mika declinó la propuesta debido a que la maternidad llamaba a su puerta y porque una oferta laboral irrechazable le impedía cambiar el rumbo de su existencia. Desde hacía siete años, disfrutaba de las excelencias de un ático soleado en Arequipa. Era el reducto ideal para concentrar toda su energía y poder engendrar sus más bellas acuarelas. Atraída siempre por la cultura asiática, Mika desprendía una espiritualidad arrolladora. Practicaba yoga y reiki durante varias horas a la semana y cada noche antes de caer en los brazos de Morfeo, dedicaba media hora a su íntimo momento de la meditación. La negatividad absorbida durante el día languidecía irremisiblemente al instante que renacían los pensamientos más optimistas y esperanzadores. Todavía albergaba la posibilidad de realizar uno de sus sueños predilectos: viajar al corazón del Tíbet. Imaginaba cómo sería la experiencia de poder convivir durante unos meses con los monjes lugareños en un templo budista rodeada de tanto misticismo y ascetismo. Aunque también podía haber dedicado su inclinación profesional al mundo de la psicología. Su excelsa sensibilidad le otorgaba un hálito de empatía y comprensión fuera de lo común. La gran mayoría de sus familiares y amistades recurrían a menudo a ella para encontrar el estado de calma y sosiego necesario a las puertas de caer en una preocupante ansiedad. Relativizaba como nadie los problemas acuciantes de cualquiera que la requería y con su delicada retórica transmitía esa atmósfera de aplomo y tranquilidad capaz de amansar al más felino de la manada.

Aquella preciosa ciudad peruana se había convertido en su guarida favorita para evadirse del mundanal ruido y sufrir en soledad su gran pena. Una tristeza que había estado ocultando durante mucho tiempo a los ojos ajenos y que muy pocos conocían. Cualquier hombre podía sucumbir a sus encantos, pero había decidido vivir en el más puro anonimato. Mika Burton era el pseudónimo artístico de María de Hita. Había adoptado el apellido materno en primer lugar porque le resultaba más atractivo que el de su padre. Era oriunda de San José. Aquel pueblo almeriense forjó el carácter de una mujer fuerte y sencilla a la vez. Austera, pero elegante. Su padre, ya jubilado, había sido policía. De él aprendió a salvarse de los frecuentes naufragios que acaecían en su existencia y saber lidiar los sinsabores que la vida te pone por delante en las aguas más turbulentas. El talento y el arte que corrían por sus venas era herencia directa de su madre, una reputada profesora de piano que, en otros tiempos, adquirió cierta fama por toda la provincia. De ella cultivó la exquisitez por la música y el gusto por las artes plásticas. De tez morena y un color de ojos tan azul como el de un mar reposado, la belleza de Burton no pasó desapercibida para los mozalbetes del pueblo costero. Aunque por poco tiempo pudieron deleitarse los numerosos solterones de aquellos lares que acostumbraban a custodiar la puerta de su vivienda. Con apenas diecisiete años, esa mujer intrépida decidió embarcarse en la ignota aventura de cruzar gran parte del mar Mediterráneo hasta llegar a Barcelona donde iniciaría sus estudios en el mundo de la restauración.

ଔ

A medio camino entre el variopinto convento de Santa Catalina y la plaza de armas, la calle Jerusalén se convierte en una de las principales arterias del vaivén sanguíneo del centro histórico de Arequipa. Los domingos y días festivos se agolpan a ambos extremos de la calle decenas de artistas que exponen sus últimas creaciones. En una de sus esquinas, topando con la travesía Mercaderes, un tenderete de acuarelas emerge como una sirena en medio de la inmensidad del mar. Sobre un atril se aposenta el retrato de un Dalai Lama. Desparramados por el suelo, como fruto de un

advenedizo desorden, se advierte una lámina de David Bowie y una pintura de la Madre Teresa de Calcuta. Más allá, un lienzo de Johnny Depp y junto a él un cuadro de lord Byron. Ese arsenal de obras creado por Mika Burton no deja indiferente al afanoso público que no duda ni un segundo en detenerse para admirar los originales óleos. Tras sortear la presencia de una comitiva de japoneses que no cesaba de bombardear el tenderete con innumerables fotografías, Daniel Barragoitia logró hacerse un hueco entre la marabunta de nipones y se plantó ante la exposición de acuarelas. Bastó con una rápida radiografía para que un sudor frío se apoderara de gran parte de su cuerpo. No podía creer lo que tenía delante de su retina. Su cerebro se trasladó a París y posteriormente al comedor de su casa. El estilo pictórico de los lienzos le resultó muy familiar. La minuciosidad y el detallismo de los retratos no era difícil de olvidar. Barragoitia había elegido Arequipa para darse un respiro del trajín de sus últimos días. Necesitaba cargar las pilas. Un fin de semana redentor ante la vorágine que se le venía encima. La cumbre latinoamericana de los primeros ministros que se iba a celebrar la próxima semana en Lima le había exprimido el alma. Le flaqueaban las fuerzas y antes de caer en los avernos de la fragilidad decidió darse un baño de sosiego en una ciudad que siempre le había susurrado palabras de amor y pasión. A Daniel se le apagó la vida de repente cuando Verónica Amador se escurrió de su lado de forma precipitada tras una larga enfermedad. Aquella que tanto amó, pero que el cruel destino se la había arrebatado. Pese a haber enviudado relativamente joven, el recuerdo de su gran amor todavía continuaba latente. La súbita pérdida llegó a tambalear su carrera profesional y su cargo como embajador de España en Perú estuvo a punto de pender de un hilo. Pero, en una pirueta encomiable, logró sobreponerse a las desdichadas circunstancias.

—Dibujo con el alma para llegar a vuestros corazones —expuso la pintora al advertir la presencia de Barragoitia.

—Si me lo permite, debo admitir que tiene un gran talento.

—Ya sabe que el arte es algo muy personal. Lo que es maravilloso para alguien puede ser horrible para otro y viceversa.

—He recorrido toda la calle Mercaderes y le puedo asegurar que

no he visto cuadros tan preciosos como los suyos.

—Me siento muy halagada por sus palabras. Disculpe, pero por sus rasgos, diría que no es de por aquí —preguntó la artista con suma discreción.

—Su apreciación es correcta. Hace diez años que vine de España. Trabajo en Lima y, de vez en cuando, me dejo caer por Arequipa. Es una ciudad muy especial para mí.

—Doy fe de ello. Es un lugar con un magnetismo muy peculiar. Quizás el misterio de sus volcanes le da esa atmósfera tan diferente.

—Usted tampoco parece nativa de este país.

—La verdad es que ya no sé de dónde vengo ni dónde he estado. Es como si hubiese perdido la memoria, apenas recuerdo mi vida durante los últimos años —a Mika se le empezaba a quebrar la voz.

Las últimas palabras de la pintora golpetearon en la mente del embajador. Barragoitia intentaba descifrar los mensajes ocultos que se escondían en las frases plagadas de tanta tristeza y melancolía. No lograba entender cómo aquella mujer tan bella y fascinante se expresara con suma pesadumbre. Una parte de su mente seguía en París y en el comedor de su casa. Los lienzos tenían que ser del mismo artista. No había duda.

—Todos guardamos alguna que otra aflicción del pasado. Unos más que otros, se lo aseguro. La vida es un regalo tan preciado que a veces no la valoramos en su justa medida. Hasta que la situación más trágica nos vuelve a recordar de su importancia.

—Vaya. Lo lamento. Por el tono de su voz intuyo que no le han ido demasiado bien las cosas.

—Toda mi vida, mis ilusiones, mi felicidad se evaporaron en cuestión de meses. ¿Hay castigo más doloroso que perder a quien más amas?

—Lamentablemente puedo asegurarle que sé muy bien lo que puede llegar a sentir. Me arrancaron parte de mi corazón, el retazo más importante de mi vida y desde entonces deambulo por esta existencia sumida en la oscuridad, carente de luz, en un firmamento de estrellas que se apagaron para siempre —Burton parecía como si estuviera leyendo un texto poético—. Aun así, conservo la esperanza de encontrarla. Sé que está en algún lugar del mundo esperándome.

El instinto maternal casi nunca falla —añadió.

El embajador trataba de disimular la gran emoción que le embargaba. Hubiese abrazado con todas sus fuerzas a aquella mujer, pero su respeto hacia ella lo detuvo. Estaba tan ensimismado que se olvidó por completo del duelo de su difunta esposa.

—¿Tiene alguna pista de dónde puede hallarse?

—La policía internacional archivó el caso hace tiempo.

—Interpreto, entonces, que se trató de un secuestro.

—El rapto más ruin y miserable que un ser humano pueda perpetrar.

ଔ

Los encuentros entre ambos fueron sucediéndose y al cabo de un par de semanas, Daniel le propuso a Mika una pequeña escapada al sur del país peruano. Se sentía atraído por ella y tenía ganas de conocerla un poco más. Mika aceptó su invitación. La antesala de acceso a una de las siete maravillas del mundo es un lugar que poco tiene que ver con la sublime belleza de Machu Picchu. Los abundantes restaurantes turísticos, su prolífica oferta hotelera, el bullicio de luces y los frecuentes bares con la música a todo trapo conforman el universo nada atractivo de Aguas Calientes. Pero si deseas madrugar para contemplar las excelencias de aquella ciudad inca perdida en el tiempo no existe más remedio que pernoctar en ese alborotado y ruidoso lugar del sur de Perú. El ceviche mixto con pulpo, trucha y langostinos es una de las especialidades irrefutables de The Tree House, unos de los restaurantes más sublimes de Aguas Calientes. Mika y Daniel habían ocupado una de las mesas del fondo del comedor. Un gran mural del entorno paisajístico que rodea Machu Picchu dibujado por el pintor peruano José Milner presidía la sala. La decoración no era demasiado sofisticada, pero aun así confería cierto atractivo para todo el que asistía por primera vez a aquel local. Un pequeño estanque artificial con un jardín botánico en miniatura presidía el centro de la estancia.

—Muchísimas gracias por la invitación. Solo tengo palabras de agradecimiento por lo que haces por mí.

—No se merecen. Gracias a ti por aceptarla. Creo que la maravilla que vamos a contemplar mañana podría ser una de tus mejores

obras.

—La verdad es que nunca me lo había planteado. No suelo pintar este tipo de temáticas.

—Siempre hay una primera vez. Tengo que reconocer que me encantaría que ese lienzo presidiera mi despacho en Lima.

—Ya empiezo a notar esa presión sobre mis espaldas —ironizó Mika.

—¿Te das cuenta de que tu obra nos ha traído hasta aquí? Desde aquel día que descubrí tus cuadros en París no dejé de pensar en la vida que rodeaba a esa artista tan especial.

—Ya me contaron que un señor español había comprado varios de ellos y que teníamos que hacer un envío, a Euskadi creo recordar.

—En efecto. Al cabo de un mes, los cuadros ya estaban colgados en el comedor de mi casa.

—Es todo un halago. Nunca pensé que mis acuarelas pudieran llegar tan lejos.

—¿Recuerdas nuestra conversación cuando viniste a interesarte por nosotros a la mesa?

—Con vaguedad. La verdad es que me encantaba mantener siempre unas palabras con los comensales que acudían a mi casa. Es lo mínimo que podía hacer para agradecerles el haber elegido mi restaurante.

—Cuando llegamos a España, mi mujer y yo intentamos cocinar algunos de tus platos. Fue un auténtico desastre —desveló Daniel entre carcajadas—. En aquellos años aprendí que la cocina es pura alquimia. Hay que investigar mucho y hacer mil y una probaturas para dar con la receta que andabas buscando. Y después de tanto tiempo y prácticamente en la otra parte del mundo, descubro de nuevo tus lienzos en un puesto ambulante en Arequipa.

—Casualidad o causalidad, como se cuestionaría el filósofo.

—Existe una teoría que reza que, cuando dos personas tienen que encontrarse, tarde o temprano lo harán.

—Algo parecido a la fábula oriental del hilo rojo.

—Fíjate qué curioso. En París ambos estábamos en pareja y después de unos años la vida nos ha dado un vuelco que jamás podíamos imaginar.

—Es cierto.

—Desde que falleció mi esposa no he conocido a nadie. Todo esto es nuevo para mí.

—No te sepa mal, pero aún no estoy preparada para iniciar una relación con nadie —advirtió ella, antes de que el embajador le hiciera cualquier tipo de propuesta para pasar la noche juntos.

Mika Burton y Daniel Barragoitia se dirigieron a la pensión contigua al restaurante donde habían cenado. Las habitaciones eran austeras y el intenso olor a lavanda impregnaba las estancias. Se aposentaron en dos dependencias separadas. No pasaron ni cuatro horas hasta que el sonido del despertador quebró el descanso de Daniel. Tras desperezarse salió al pasillo y tocó levemente a la puerta de la habitación de Mika.

—Las cuatro de la mañana. El misterio de Machu Picchu nos espera.

Ambos bajaron a la zona donde se servían los desayunos y tomaron un café antes de encarar la subida en autobús hacia los restos de la mítica ciudad inca.

—Estoy agotada. Es como si no hubiera pegado ojo en este tiempo.

—¿Te encuentras mal? No tienes muy buena cara.

—He tenido un sueño muy extraño.

—¿De qué se trata si se puede saber?

Ella relató a Daniel el sueño que le había invadido:

El brillo de una luciérnaga había creado cierto resplandor e iluminaba una parte de aquel jardín repleto de orquídeas violetas. Por desgracia, la luna nueva apenas dejaba entrever la belleza de las flores. Me encontraba recostada sobre un sauce llorón casi centenario. Sostenía un libro en mis manos, aunque no le prestaba demasiada atención. Apenas podía concentrar la mirada en el tomo. Poco a poco notaba cómo el peso de los párpados apagaba mi visión y la mente se dirigía hacia un estado de enorme relajación. Iba descalza y vestía toda de blanco. A punto de entonar los acordes del trance, dos chicos jóvenes con unos atuendos parecidos al mío me ayudaron a levantarme. Cuando estaba adentrándome en aquel edificio antiguo de ladrillos color rojizo situado junto al acantilado dejé de escuchar cómo las olas golpeteaban con fuerza contra las rocas.

—Desde aquí ya no se oye el ruido del mar —me espetó la voz de un hombre

recostado en la puerta de entrada.

—Me hubiese quedado más rato ahí fuera, pero estoy derrotada.

—¿Te tratan bien esos tipos?

—No tengo queja alguna.

—¿Sabes? Me quedaré por aquí hasta el amanecer.

—Es la primera vez que te veo —le dije sorprendida.

—Llegué ayer por la noche. Me han dicho que mis ojos llevan mucho tiempo acostumbrados a la oscuridad.

—¿Vienes de muy lejos?

—De Transilvania.

—Eso está al este de Europa.

—Sí, vivía en una mansión medieval. Cuando salgas de aquí me gustaría que vinieras a conocerla.

—Claro, pero antes pasaré a recoger a mis hijas. Estoy segura que será una auténtica aventura para ellas.

—¿Y dónde están ahora?

—Con su padre. Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

—Soy Vlad el Empalador, príncipe de Valaquia. Dejé aquella vida un tanto oscura y ahora me dedico a mi auténtica vocación.

—¿Y cuál es?

—Contar historias.

Me despedí de aquel hombre tan extraño con apariencia de vampiro. Me arropó el silencio y, sin saber cómo, la oscuridad del largo y angosto pasillo me condujo a las entrañas de una paz eterna.

—¿Habías soñado alguna vez algo parecido? —preguntó Daniel, aún atónito ante el relato fantástico de Mika.

—De ser así lo recordaría. Creo que no.

—Llevamos unos días de mucho ajetreo. Además, el mal de altura de esta zona suele afectar nuestro ánimo. No te preocupes, es lógico que te encuentres así.

—Espero que todo esto no sea una locura —dijo Mika mientras cogía su mochila y retocaba con carmín sus labios voluptuosos.

6

Barcelona 2016

Las diferentes hipótesis entre los vecinos de la plaza de Ibiza eran una constante. Algunos de ellos jugaban a ser detectives y trataban

de encontrar una argumentación razonable a lo acontecido hacía pocas horas. Pese a que Max Labiano no era un tipo demasiado popular debido a la discreción de su trabajo lo cierto es que los comerciantes del barrio habían tenido la oportunidad de intercambiar de vez en cuando alguna que otra conversación con él. Antes de subir al piso, Azucena Castro se sentó en la terraza del bar Quimet para tomarse un café. Llevaba el pelo recogido con una goma negra, una gorra azul de los Warriors y unas gafas de sol estilo aviador a lo Bo Derek. Sabía que si algún vecino la reconocía el acoso sería incesante. Desde allí podía contemplar el balcón de su casa. Los recuerdos no tardaron en invadirla. Rememoró las noches de verano junto a su difunta pareja. Después de cenar, solían relajarse ahí afuera para contemplar el cielo estrellado de Barcelona. Apuraban la copa de vino que había quedado de la cena y charlaban hasta bien entrada la medianoche. Había conocido a Max en un viaje a San Francisco. Ella acudía con su amiga María de Hita y él lo hacía solo. Cuando se encontraban por las curvas reviradas de Lombard Street, Azucena le pidió a Max que le hiciera una foto con su amiga. La química surgió desde aquel preciso instante. Como ambos vivían en Barcelona, fueron quedando varias veces hasta que el amor que clamaba al cielo fue consumándose de manera inexorable. Desde que despertó junto al cuerpo sin vida de Max, la mente de Azucena era un auténtico rompecabezas. Antes de ponerse en contacto con la policía, hizo una primera revisión al móvil de Max con la intención de encontrar algún motivo por el cual su pareja había sido brutalmente asesinado. Accedió a la galería de imágenes y halló la captura que había realizado esa tarde en el ordenador de su despacho y leyó por encima algunas de las conversaciones recientes que Max había mantenido por diferentes aplicaciones de mensajería. Estaba claro que, si el móvil de su compañero caía en manos de la policía, la trascendencia del asesinato se multiplicaría por mil. De Max había aprendido que la apariencia no es sincera y que muchas veces el bueno es el malo y el malhechor puede convertirse en una persona entrañable. Por ese motivo, de momento prefirió ocultar la prueba del celular, y trató de emular las correrías de Miss Marple de Agatha Christie al realizar las primeras indagaciones por su cuenta.

El siguiente paso era comunicar a William Wright el fatal desenlace de su amigo al tiempo que le hacía saber el descubrimiento que había hecho Max a su requerimiento de aquella niña de ojos azules de Katmandú. Había pedido otro café; esta vez un descafeinado de máquina. Tenía claro que no podía realizar llamada alguna con su móvil ni tampoco desde el de Max. Aunque no existía ningún indicio palpable, tenía el presentimiento de que estaban vigilando cualquiera de sus movimientos. Buscó el contacto de William y, con un saludo escueto, abrió una conversación por mensaje. Mientras aguardaba su respuesta resultó inevitable que su mente viajara a través del tiempo y la transportara a la terraza frente al mar en Dover. Aunque se tratara de un encontronazo furtivo, siempre guardó un bonito recuerdo de aquel arrebato descontrolado de pasión entre un escritor en ciernes y una inexperta asesora inmobiliaria. Sin apenas tiempo de recrearse en la ardiente escena, su móvil vibró de repente. William había contestado a su mensaje.

William
Hola Azucena. ¡Qué sorpresa más grata!

Azucena
¿Eres tú de verdad?

William
Claro. El escritor, el músico, el crítico de gastronomía.

Azucena
Disculpa, pero no me fio ni de mi sombra. Algo terrible ha ocurrido y debo ir con sumo cuidado.

William
Hace unos días estuve hablando con Max y no me comentó que existiera ningún problema.

Azucena
Precisamente de él quería hablarte.

William
Pero ¿está bien? ¿Ha pasado algo?

Azucena aguardó un largo silencio antes de contestar. No sabía cómo comunicarle la triste noticia a su amigo.

William
Hola, ¿estás ahí?

Azucena
Han asesinado a Max.
Esta madrugada.
En nuestro piso.
Cuando dormíamos.

William
Dime que estoy soñando. Que no es cierto lo que estás diciendo.

Azucena
Por desgracia, sí. Y creo que todo esto no acaba aquí. Me siento vigilada, por eso he preferido no llamarte.

William
¿A qué te refieres? ¿Cuál crees que haya podido ser el motivo del crimen?

Azucena
No lo sé. A medida que pasan las horas empiezo a tener alguna hipótesis, pero ya sabes que Max era muy introvertido con su trabajo.

William
Hace unos días le pedí un favor; que investigara en torno a una cría que me había llamado la atención aquí en Katmandú.

Azucena
Puede que ello esté relacionado con su asesinato.

Azucena envió a William la captura que había realizado Max en su ordenador. Wright leyó con atención el informe que elaboró la policía internacional en torno al secuestro de la pequeña Mayale y que parecía cuadrar con los indicios que él tenía.

William
Lo lamento mucho, Azucena. Le pedí ayuda y por mi culpa lo han matado. Estoy destrozado.

Azucena
Es evidente que Max descubrió algo que puede resultar muy comprometido para no sabemos quién o quiénes.

William
La crónica dice que fue el padre de la niña quien realizó el secuestro. ¿Qué relación tendría con el descubrimiento que hizo Max?

Azucena
El caso podría haber quedado archivado por conveniencia de alguien.

William
¿Y crees que a ese alguien no le interesa que el caso pudiera salir de nuevo a la luz pública?

Azucena

Empiezo a pensarlo. Creo que existe una trama oscura que lo rodea.

William

Ha tenido que ser alguien con acceso al ordenador de Max. Algún compañero de trabajo o…

Azucena

O un mando superior a Max. El SSI se comunica por email. Nadie conoce a ninguno de sus superiores.

William

De ser así, estamos ante un caso de corrupción policial mayúsculo. Supongo que te habrán tomado declaración. ¿Le has contado a alguien todo esto?

Azucena

Vino un tal Sebastián Gómez acompañado de su subinspector. Contesté lo justo y oculté el móvil de Max. Solo lo sabes tú.

William

Creo que de momento has hecho lo correcto. Si se confirma nuestra presunción ya no podemos confiar en ningún estamento policial.

Azucena

Así es, aunque dudo ya si alguien puede entrar en esta aplicación y leer nuestros mensajes. La policía tiene prácticamente acceso a todo.

William

Resultaría interesante poder hablar con algún compañero de trabajo de Max, aunque entiendo que ahora estés muy asustada.

Azucena

Al margen de cómo me encuentre, no puedo hacer ningún movimiento por Barcelona. En breve me pedirán el móvil de Max para continuar con la investigación. Y si me niego, pueden acusarme de ocultamiento de pruebas. Podrían creer que esté involucrada en el homicidio.

William

Y, ¿entonces? ¿Qué vas a hacer ahora?

Azucena

Contarle a la madre de Mayale dónde se encuentra su hija.

William

¿Conoces a esa mujer? ¿A la dueña que regentaba aquel restaurante parisino?

Azucena

Fue una de mis alumnas en la escuela de hostelería. A raíz de ello, iniciamos una gran amistad hasta que…

William

¿Hasta qué?

Azucena

Tras el secuestro padeció una profunda crisis de ansiedad y se fue a Arequipa para desconectarse del mundo y sufrir en soledad aquella gran pena. Hace un rato he comprado el vuelo para Perú. Salgo mañana al mediodía.

William

Solo te pido que me mantengas al corriente de cuanto suceda, por favor.

Yo, desde aquí, poco puedo hacer.

Azucena

Tendrás noticias mías, William.

William

Lamento profundamente todo esto. Un abrazo enorme, queridísima.

Mientras Azucena Castro pagaba a uno de los camareros del bar Quimet los dos cafés que había consumido, Jon Eringuren compraba un billete de metro para dirigirse al barrio de Gracia. Albergaba la impresión que su jefe le ninguneaba en la investigación del asesinato de Max y decidió recabar información por su cuenta. Al fin y al cabo, también era poli. Desde que llegara de Euskadi siempre había soñado con resolver algún caso que meritara su trayectoria profesional y poder demostrar a sus mandos superiores su sagacidad y habilidad en el cuerpo. Quizás estaba ante esa oportunidad anhelada. No tenía nada que perder. Debido a la imposibilidad de poder hablar con Azucena por su poca colaboración pensó que la persona que pasaba más horas con Max era su compañero de trabajo. Cuando llegó al despacho de la travesera de Gràcia encontró a Tomás Vallverdú recostado en su silla, con la mirada perdida y removiendo el bolígrafo como un tornado devastador de Arkansas.

—Buenos días, caballero —entonó Eringuren.

—Sí, claro. Buenos días, por decir algo.

—Le acompaño en el sentimiento —añadió Jon, mientras se acomodaba enfrente de Tomás y en la misma silla que había ocupado Max durante los últimos años.

—Era un tipo sensacional, ¿sabe? De esos que ya quedan muy

pocos.

—No me cabe duda —dijo el subinspector—. ¿Tenían relación aparte de lo laboral?

—No. A Max le gustaba separar su vida personal con la de su trabajo. Alguna vez habíamos salido juntos a tomar unos pinchos, pero poca cosa más.

—¿Percibió algo extraño en él durante la tarde de ayer o los últimos días?

—Nada relevante que me llamara la atención. Ya le he comentado que era una persona de pocas palabras.

—¿Tenían algún caso importante entre manos?

—Aquí todo es extraordinario; no tratamos con drogadictos ni carteristas. Somos una organización internacional de crimen organizado.

—¿Cree que puede existir una conexión de alguno de esos expedientes con su homicidio?

—Trabajamos por internet. Nadie nos conoce en persona. Me costaría imaginar que alguien que no nos ha visto nunca pudiera matar a Max.

—¿No lo notó ayer más intranquilo o que tuviera una actitud fuera de lo normal?

—No, lo vi como siempre. Le propuse ir al cine con mi hermano, pero no quiso venir.

—¿Tiene un hermano?

—Sí, Sandro. Si nos viera juntos nunca diría que lo somos. Un tipo muy peculiar. Genio y figura hasta la sepultura.

—¿Y qué película fueron a ver?

—*Historia de un crimen*. La primera cinta francesa de cine mudo con una temática policial.

—Toda una premonición de lo que iba a acontecer esa misma noche. ¡Qué casualidad! —exclamó Jon.

—Pues no había caído en eso.

—Le dejo mi tarjeta por si recuerda algo más —dijo el subinspector mientras se despedía de aquel hombre que, como ocurriera con Azucena, tan escasa información le había proporcionado.

—¿Trabaja en la comisaría de Balmes? —preguntó Tomás al tiempo que se iba el subinspector.

—Sí, ¿por qué?

—Pues a ver si se ponen de acuerdo. Hace un par de horas estuvo por aquí un compañero suyo haciéndome casi las mismas preguntas. Un tal Sebastián Gómez. Aquí tengo su tarjeta. Seguro que lo conoce.

Jon Iringuren abandonó el despacho de la travesera de Gràcia con cara de póker y con la sensación de haber acariciado el ridículo más espantoso que recordaba. A medida que iban pasando las horas tenía la sensación de que su presencia molestaba en este caso o que existía un interés premeditado para apartarle de la investigación. No comprendía por qué su jefe no le había pedido acompañarlo al despacho donde trabajaba Max para interrogar a Tomás Vallverdú. Pensó que al margen de la incertidumbre que un homicidio puede generar había que añadirle este nuevo factor de misterio donde parecía que cada investigador iba por su lado tratando de encontrar sus propias pesquisas. Miró la hora en su móvil. Eran casi la una y media del mediodía. Recordó que había quedado con su pareja para comer. Cogió el metro y se bajó en la parada del Arco del Triunfo. Blanca Rubio tardó poco más de cinco minutos en llegar. Llevaban unos cuantos años de relación y se habían conocido a través de una página de amistad por internet. Pese a que ninguno de los dos apostaba por esa forma de relacionarse tan peculiar, lo cierto es que se fueron atrayendo durante las primeras conversaciones. Blanca siempre se había mostrado bastante escéptica ante ese álbum de cromos cibernético del que tienes que regirte por una simple fotografía para tener una cita con auténtico desconocido. Además, no era una mujer fácil de tratar y recelaba de cualquier situación que no estuviera bajo su control. Había sido una de las primeras mujeres en formar parte del ejército profesional español y posteriormente tuvo el galardón de convertirse en la primera agente encubierta del país. Durante aquella época llegó a cambiar de identidad en varias ocasiones y acostumbraba a dirimir investigaciones en Galicia para destapar redes de traficantes internacionales de drogas y armas. Tenía el lado masculino muy desarrollado y ello le confería un carácter más duro y áspero que cualquier otra mujer. Aun así,

derrochaba feminidad a raudales. Su melena morena, sus ojos color miel y la perfección de su silueta con unas curvas en su justa medida le habían permitido ejercer de modelo en su adolescencia para alguna que otra marca de perfume.

—Hola cariño, ¡no traes muy buena cara! —exclamó Blanca al cerciorarse de que Jon no derrochaba su mejor expresión.

—¡Qué tal, amor! Bueno, ya sabes, este trabajo es así.

—¿Algo que se pueda contar?

—Ayer por la noche hubo un asesinato en un piso de la plaza de Ibiza.

—¿Y? Aparte de la trágica noticia, debe haber algo más porque vaya careto que tienes.

—Todo esto es muy confuso. Primero, la pareja de la víctima se niega prácticamente a colaborar. Y para más inri, mi superior no cuenta conmigo en la investigación.

—Pero ¿qué se sabe de momento?

—Muy poco. El asesinado trabajaba para el SSI. Se lo han cargado con cuatro puñaladas. Y el autor parece más bien un tipo salido de los videojuegos.

—¿A qué te refieres?

—Por el método tan rudimentario utilizado para el crimen —contestó Jon mientras le revelaba cierto contenido del informe policial.

—¿Y por qué crees que el inspector no quiere que formes parte de la investigación?

—Eso mismo no dejo de preguntarme. No lo entiendo por más vueltas que le doy.

—¿Podría ser que alguien de la policía estuviera implicado en el crimen?

—Se me ha pasado la idea por la cabeza, pero no logro encontrar conexión alguna.

—Por mi experiencia te puedo asegurar que, a priori, no debe descartarse ninguna hipótesis por muy descabellada que parezca.

—Todavía no entiendo por qué dejaste este oficio. Debiste ser muy buena.

—Ahí quedó para los anales de la historia.

—¡Parecemos Brad Pitt y Angelina Jolie en *Mr & Mrs Smith,* pero en versión poli! —dijo Jon en tono hilarante.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! Menos mal que siempre le pones una nota de humor a todo.

7

Katmandú 2016

Mientras caminaba hacia Boudhanath, el sonido arpegiado de la guitarra de Max comenzó a dar tumbos por su cabeza. Su forma de tocar se asemejaba a la de Johnny Marr de los Smiths. Para William Wright, Max era un genio. En una tarde era capaz de componer las melodías más evocadoras y sugerentes para el estilo personal de la banda. Sin duda alguna, la esencia de Evening Shadows cobraba mucha relevancia merced al estilo particular de Labiano. Poco a poco aquellos acordes de antaño se diluyeron a medida que la música de los mantras entraba en escena. Había vuelto de nuevo al barrio tibetano de Katmandú. Tras la conversación con Azucena necesitaba un poco de calma. Tenía que digerir la tragedia de su amigo. Siempre se había identificado con el budismo como filosofía de vida. El sonido de las oraciones musicadas se hizo cada vez más notorio. Giró la cabeza a la izquierda y se percató de la presencia de un monje que le clavó la mirada. Debía de tener poco más de veinte años. Su tez blanca y su aspecto barbilampiño evidenciaban su lozana y vigorosa juventud. El resto del cuerpo se hallaba oculto en una larga túnica de color vino.

—¿Hablas mi idioma? —preguntó William Wright.

—A los cuatro años mi madre empezó a enseñarnos a mis hermanos y a mí a hablar inglés. Sabía que tarde o temprano tendríamos que abandonar nuestra tierra y necesitaríamos comunicarnos con el mundo.

—¿Llevas mucho tiempo en Katmandú?

—Desde los trece años. Después de acabar mis estudios fundamos esta academia —dijo señalando la placa que lucía en la fachada—. Damos clases de yoga e intentamos que nuestros alumnos alcancen ese estatus espiritual que tanto anhelan.

—La verdad es que no me vendrían mal unas cuantas sesiones —admitió el británico.

—¿Le preocupa algo?

—Hoy no ha sido un buen día.

—Tiene abiertas las puertas de mi casa. Venga cuando quiera —dijo el monje ofreciéndole una tarjeta con el nombre de la academia.

—Por cierto, ¿cómo se llama?

—Norbu Amithaba.

—Suena bien cacofónicamente.

—Simboliza la sabiduría y la misericordia, y en vuestro idioma significa la luz infinita más preciada —reveló el budista.

Bajo el influjo del misticismo de aquel monje que, por azar, había aparecido en su vida, Wright se dirigió a su hospedaje. No tenía apetito y optó por no cenar. Se acomodó en su lecho y quedó redimido por la magia de alguna deidad asiática para sumirse en el sueño más deseado. Durmió las primeras horas del tirón, pero el calor soporífero propició que se fuera despertando con frecuencia. Era tiempo de monzones y la habitual lluvia torrencial de madrugada no tardó en llegar. Abrió la ventana de par en par para escuchar con más detenimiento el temporal. El agua arreciaba de forma descontrolada por el tejado. Bien visto, se estaba gestando una atmósfera ideal para el escritor. En ese momento lo necesitaba para calmar el profundo dolor y sentimiento de culpa que sentía por la muerte de su amigo Max. Y en ese ejercicio de meditación literaria revolotearon de nuevo las palabras de Norbu Amithaba al desvelar el significado de su nombre. Y, como la luz infinita más preciada, la inspiración se adueñó de su mente. En unos instantes, la metamorfosis de su imaginación le asestó el golpe definitivo. Sabía que la aureola que impregnaba Katmandú le salvaría de su

sequedad creativa, por eso había viajado hasta allí. Era cuestión de tiempo y esperar el momento dulce en que las musas nepalíes hicieran su aparición. Atrás quedaban sus críticas culinarias que se habían encargado de enmascarar su talento literario. Ante todo, era escritor y había nacido con una pluma y un cuaderno bajo el brazo. Tenía un don innato, y sus lectores aguardaban con avidez su resurrección. El arte de la palabra le había acompañado siempre, pese a ese intervalo de crisis prosaica. Ya lo tenía. Había dado con la tecla adecuada. La de Chopin o la de Beethoven. Daba igual. El argumento para su nueva novela acababa de planear por su consciencia. La trama del futuro *best seller* era una realidad. Había llegado el momento de compartirlo con la humanidad. Y la primera en saberlo tenía que ser su editora. Para celebrarlo, descorchó una de esas preciadas botellas de vino tinto conseguidas de forma clandestina. Tras ingerir más de la mitad de ese divino jarabe quedó de nuevo traspuesto en los abismos oníricos. Con un ligero dolor de cabeza tras las secuelas del tinto, Wright retornó a la vida real después de unas horas. Pasaban pocos minutos de las ocho de la mañana. Un haz de luz asesino se colaba con alevosía por la ventana que había dejado abierta de madrugada. Tenía cierta aversión a la luminosidad. Se declaraba fotofóbico y huía como un polizonte de los flases y los destellos. Algunos de sus allegados lo comparaban con un vampiro del siglo veintiuno. Preparó un café bien cargado para combatir los efectos del alcohol. Pese a todo, estaba radiante y exultante. Había encontrado la pócima secreta para subsanar su caída narrativa. Buscó una aplicación en su móvil para poder llamar a su editora. El wifi llegaba con una señal muy pobre, pero probó

fortuna.

—¡Mi queridísima Katharine!

—¡Por Dios, William! Pensaba que te habías rapado la cabeza y convertido al budismo.

—Todavía no, pero no creas… no lo descarto.

—¿Qué tal tu vida por esos lares?

—Te puedes imaginar, aquí se vive de una forma diferente. No hay prisa para nada. Mucha tranquilidad y espiritualidad.

—Lo sé. El mundo occidental nos oprime cada vez más. La vida en Europa es un caos total ¡Para que luego hablen del tráfico en Nepal! Eso sí que es un cuento de Blancanieves —comentó Katharine con cierto sarcasmo.

—No te lo vas a creer, pero ya lo tengo. Esta madrugada he tenido una revelación.

—Vamos, William, ¿no estarás bajo el efecto de algún vino argentino o australiano que tanto te gustan?

—Ya he superado ese momento. Tengo el argumento para nuestro futuro *best seller* —desveló, con aires de victoria.

—Entonces, ¿estás dispuesto por fin a sacarnos de esta miseria?

—Eso espero.

—Dispara. No te hagas de rogar como siempre.

—De acuerdo, pero con una condición.

—Ya sabía yo que no sería nada fácil negociar contigo, ja, ja, ja.

—Te daré una breve pincelada, pero tendrás que prometerme que vendrás a hacerme una visita cuando la novela esté publicada. Me encantará enseñarte las localizaciones donde estoy enmarcando toda esta historia de intriga.

—¿Me estás diciendo que me suba a un avión y me atice ocho horas de vuelo para ver en directo los templos y los *rickshaws* de Katmandú?

—Creo que la ocasión lo merece. ¡No te arrepentirás! ¿No me has dicho siempre que deseabas nuevas situaciones vibrantes en tu vida?

—A eso se le llama presión subliminal.

—Es un trato justo.

—Permíteme que te diga que estás como un auténtico cencerro.

—¡Bendita locura, Katharine!

—Vamos, canta y luego lo debatimos.

—Retomaré la trama de aquel manuscrito que me diste y lo enlazaré con el argumento que tengo en mi cabeza.

—¡Cómo te gusta dar rodeos! ¿Me lo vas a contar o no?

—Ahí va: Un hombre secuestra a su hija y se fuga de París con destino a Katmandú. Al cabo de unos años, el escritor que había acudido a la ciudad para encontrar el argumento para su futuro libro, descubre por sorpresa la presencia de aquella niña, ahora ya adolescente. A partir de ese momento, se sucede la trama más inverosímil y trepidante que puedas imaginar ¿Qué te parece?

Cual glaciar de la Antártida, Katharine Snow quedó totalmente helada. No podía creer el relato que acaba de escuchar en boca de William. La realidad se había traspasado a la ficción.

—Katharine… ¿estás ahí? —preguntó William con la incertidumbre de haber perdido la conexión con su editora.

—Me pareció que se había ido la señal de tu wifi —dijo ella con la intención de ganar tiempo para su respuesta.

—Pues sigo aquí, vivito y coleando. Y muy ilusionado de haber encontrado, por fin, el hilo conductor de la novela.

—La verdad es que no pinta nada mal. ¿Y cómo se te ha ocurrido esta trama? —preguntó la editora.

—Es una larga historia. Ya te contaré con más calma cuando nos veamos.

—Pero avánzame alguna cosa. ¿Es real o fruto de tu imaginación?

—Un poco de ambas.

—Bueno, pues esto hay que celebrarlo. ¿Cuándo podemos darnos un baño de espiritualidad por ahí?

—Cuando finalice la novela. Estoy más que inspirado y, además, ahora tengo todo el tiempo del mundo.

—Aguardo noticias tuyas, William.

—Así será. ¡Cuídate mucho! Un fuerte abrazo.

Katharine dejó el móvil encima de la mesa de su despacho aún con la avalancha de hielo del glaciar merodeando por su cerebro. No podía creer lo que acababa de ocurrir. Llevaba años aguardando una

plática de esta índole con uno de sus escritores predilectos. Debería haber estado más efusiva que nunca. Uno de sus pupilos podía sacarla de la bancarrota en la que estaba inmersa su editorial. Apretó varias veces el dedo pulgar y anular de su mano derecha para cerciorarse de que no soñaba. De que la conversación que había mantenido con William era tan veraz como lo sucedido años atrás en su vida. Recordó la noche en París cuando aquel amante furtivo le había propuesto el descabellado plan de huir a Katmandú con una cría de dos años. Y ella, cual heroína de cualquiera de sus novelas favoritas, había aceptado con todas sus posibles consecuencias. Aquella proposición colmaba el espíritu aventurero que siempre había anhelado para su existencia. Había transcurrido tanto tiempo que no había llegado a pensar más en la trascendencia que todo aquello podría generar en caso de ser descubiertos. Ese hombre la había engatusado como nunca y, cual prestidigitador misterioso, había girado el rumbo de su vida. Y ahora su presente podía dar un giro de ciento ochenta grados. Cogió de su nuevo su móvil y apretó el contacto del hombre al que le llamaban polifacético.

—Hola, Gastón.

—¿Katharine? ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! —exclamó él con tono de sorpresa.

—Pues no tardaré mucho en estar ahí contigo.

—¿Vas a venir a Katmandú?

—Parece ser que no tengo otra elección.

—No tienes muy buenos recuerdos de tu estancia por aquí.

—Es cierto; me prometí que nunca más volvería.

—Debe haber un motivo más que justificado.

—Lo hay, te lo aseguro.

—Te noto muy extraña.

—No es para menos —aseguró ella.

—Bueno, ¿vas a contármelo? Al menos que sepa cómo tengo que morir.

—Alguien se ha ido de la lengua o ha habido una sorprendente confluencia de astros.

—¡No sé por dónde vas, Katharine!

—Me acaba de llamar uno de mis mejores escritores para

comunicarme que ya tiene la trama del nuevo libro, con el que pretende salvar la editorial.

—¡Pero eso es maravilloso! ¿Dónde está el problema? —instó Gastón.

—Está en Katmandú.

—¡Vaya, qué casualidad!

—Ni te imaginas.

—¿Y qué le ha traído por aquí?

—Eso no lo sé. El problema es lo que ha descubierto —desveló la editora.

—Vamos, Katharine, escupe.

—Sabe lo del secuestro de París. Y, además, ha visto a Mayale por Katmandú.

—Pero eso es imposible. La policía internacional archivó el caso deliberadamente. Nadie ha podido tener acceso a esa información.

—Puede que alguien dentro de la organización haya querido remover papeles.

—Después de tanto tiempo, ¿por qué debería hacerlo? A nadie le interesa ya este tema.

—Eso ya lo dejo en tus manos. Sé que tienes buenos contactos para tratar de averiguarlo. Por mi parte, poco más puedo hacer. Solo rezar para no ir a la cárcel.

—No dramaticemos. Debe tratarse de una estúpida coincidencia.

—Espero que así sea. De momento me voy a encender un par de cirios a la catedral de Westminster.

ଔ

A orillas del río Bagmati, uno de los ilustres afluentes del Ganges, aparece como caído de los cielos el templo de Pashupatinath. Quizás porque Shiva, uno de los ídolos divinos del hinduismo, quiso dar vida en aquel rincón a uno de los santuarios más importantes y sagrados de todo el Nepal. Pashupatinath emana olor a carne humana quemada. Mendigos, enfermos terminales y personas con pocos recursos económicos eligen ese lugar para pasar sus últimas horas de vida. Según las creencias, el que va a perecer allí vuelve a nacer al cabo de poco tiempo para continuar el ciclo de las reencarnaciones. A lo largo de la ribera del río se extienden las piras

funerarias donde se exhuman los cuerpos de los difuntos. El paisaje es tan espiritual como desolador.

William Wright se había sentado enfrente del templo, a la otra orilla del río, para contemplar los ritos religiosos. Conocía el lugar de su viaje anterior. Pensó que aquel paraje, con tanta carga energética, le inspiraría para seguir avanzando en su novela. Siguiendo las indicaciones de Max, había pasado por el lugar donde descubrió a la pequeña Mayale. Pero no hubo rastro de ella. Tan solo unos cuantos monos saltando de rama en rama esperando la presencia de algún turista para robarle la cartera. En su periplo hasta el templo le habían acompañado los ojos azules de la cría. Una mirada heredera de alguna mujer que lo había eclipsado en no se sabe qué lugar del mundo. Aquella niña iba a convertirse en uno de los personajes principales de su libro. Y la madre de esa misteriosa criatura podía convertirse en uno de los amores surrealistas de su trama. Esa incertidumbre pasional lo atrapaba. No había duda de que era un fiel reflejo de su propia vida. Tenía tintes de convertirse en un argumento autobiográfico. Puede que el personaje masculino acabara en los brazos de la madre de Mayale después de salvar a la menor del pérfido secuestrador de su padre. Era una posibilidad. Quizás el final más feliz y entusiasta para el lector. Pero quería darle más vueltas a la trama para que no todo resultara tan previsible.

Wright levantó la mirada de su bloc de notas y advirtió la presencia de tres adolescentes situados estratégicamente en medio del río Bagmati. Los mozalbetes examinaban si la corriente había traído alguna que otra extremidad de un cuerpo humano que hubiera quedado sin arder. Si había suerte, encontraban algún anillo o pulsera para después canjear por dinero o comida. Al británico se le empañaron los ojos de tristeza y decidió abandonar aquel lugar tan sagrado como conmovedor. Continuó durante casi un kilómetro por un sendero paralelo al río y, en menos de diez minutos, llegó a la gran estupa de Buda de Boudhanath. Necesitaba respirar una atmósfera diferente, y el barrio tibetano siempre era una redención ante cualquier adversidad emocional. Tenía que relajarse y le vino a la memoria la academia del monje que había conocido el día anterior. Removió su cartera para buscar la tarjeta que el hombre le

había entregado. Mientras se hallaba inmerso en aquella pesquisa encontró un pequeño recorte de papel antediluviano. En él figuraba el anagrama del su otrora grupo musical. Era una especie de dragón con cuatro cabezas. Cada una de ellas simbolizaba a los integrantes de los miembros de la banda con sus respectivos instrumentos. Se le hizo un nudo en la garganta al recordar la testa que encarnaba a Max Labiano. Y en ese arrebato de nostalgia se percató de que ni Robert Taylor ni Lázaro Espinosa conocían la trágica muerte del guitarrista. Por muy duro que fuera el hecho tenía que comunicarles la noticia del malogrado. Se sentó en uno de los bancos de la plaza y abrió el chat que compartía con los exmiembros de Evening Shadows. Desconocía el paradero de ambos.

«¿Hay alguien con vida por ahí?», escribió Wright sin albergar demasiadas esperanzas de que alguno de los dos contestara.

El escritor aguardó un instante al tiempo que observaba como una repentina brisa comenzaba a remover las bandas de oración multicolor que inundaban el cielo de la plaza.

R. Taylor

¡Aquí el comandante Taylor al habla!

William

¡Robert!! No esperaba una respuesta tan rápida.

R. Taylor

Y tú, ¿dónde diablos estás? Seguro que disfrutando de alguno de tus sabrosos menús degustación.

William

Estoy en Katmandú.

R. Taylor

¡No me habías dicho nada! ¡Estamos solo a tres horas de avión!

William

Lo sé, pero sucedió de forma muy repentina. Hace unos días me surgió la idea de venir aquí para inspirarme en la creación de mi nueva novela.

R. Taylor

¿Me estás diciendo que vas a enterrar el espíritu del gourmet?

William

En cierto modo, sí. Lo de crítico culinario está muy bien, pero lo mío es contar historias.

R. Taylor

¿Y de qué va tu nuevo libro? Si se puede saber, claro.

William

Como se suele decir, está basada en hechos reales.

R. Taylor

Venga, dame la primicia.

William

El germen del relato es el secuestro de una niña por parte de su padre. Se fugan de París a Katmandú. Al cabo de un tiempo, un escritor en horas bajas descubre a la cría y a partir de ahí se derivan los acontecimientos.

R. Taylor

¿Y eso sucedió realmente?

William

Por desgracia, sí, y alguien del mundo real lo descubrió y le ha costado la vida.

R. Taylor

¿Se cargan a alguien por descubrir eso? ¿Estamos locos o qué?

William

El caso quedó archivado por la policía internacional en su momento y desde entonces nadie había removido el tema.

R. Taylor

¿Se han cargado a ese tipo por husmear en un documento del pasado?

William

Todo parece indicar que así es. El misterio es saber quién está detrás de todo esto.

R. Taylor

¡Joder! Pues vaya mazazo para la familia de la víctima, ¿no?

William Wright dejó por un instante de escribir en el chat. Había tratado de ocultar la noticia que debía comunicar, pero ya era ineludible. Sus amigos y compañeros de la banda lo tenían que saber.

William

Un mazazo para la familia y para nosotros.

R. Taylor

¿A qué te refieres, William? ¿Qué ha sucedido?

William

Lo poco que sé es lo que me ha contado su pareja. Anteayer encontraron

muerto a Max en su casa mientras dormía.

R. Taylor

¡Jodeeeeeer! ¡No puede ser! ¡Nuestro Max!

William

Sí, macho, sí. Se han cargado a nuestro guitarrista.

R. Taylor

¡Puto asesino de mierda!

William

Está claro que ese caso archivado es mucho más importante de lo que imaginamos. Tiene que haber algo detrás de todo esto que pueda comprometer a alguien o varias personas.

R. Taylor

¿Crees que algún estamento o miembro de la policía puede estar implicado?

William

Es una de las hipótesis que hablamos con Azucena. Es una posibilidad con bastante peso.

R. Taylor

Si esos tipos son tan listos y tienen tantos recursos podría ser que tengan acceso a los mensajes de esta aplicación.

William

Cabe esa posibilidad si fueran miembros de la policía.

R. Taylor

Entonces, ¿podrían acceder a esta conversación?

William

Deseo pensar que no.

R. Taylor

Por lo que pueda pasar, sería conveniente que cada día me vayas enviando la ubicación del último lugar donde hayas estado. Si estás en tu casa no hace falta. De esta manera, si sucediera algo, podría saber dónde te encuentras.

William

Ok, Robert. Así lo haré.

R. Taylor

Por cierto, el sinvergüenza de Lázaro no asoma la cabeza por aquí. A saber dónde anda metido.

William

Cuando lea todo esto se pondrá en contacto con nosotros. No lo dudes.

R. Taylor
William, amigo, ten mucho cuidado. Por cierto, ¿le has contado esto a alguien más?

William
A mi editora, Katharine Snow. Nadie más sabe nada de esto aparte de Azucena Castro.

R. Taylor
Mejor así. ¡Un fuerte abrazo!

William Wright iba a guardar el móvil en el bolsillo del pantalón cuando advirtió cómo cuatro gotas empañaban la pantalla del teléfono, señal inequívoca de un repentino cambio de tiempo. La lluvia monzónica empezaba a abrirse paso y, ante el vendaval que se avecinaba, el escritor corrió a refugiarse debajo del pequeño porche que había en la puerta de la academia de yoga del joven que había conocido el día anterior. Llamó al timbre de la puerta y esperó. No tardaron en abrirle.

—¿Qué desea, caballero? —inquirió la voz de un monje tibetano de mediana edad.

—Me gustaría poder hablar con Norbu Amithaba, si se encuentra por aquí.

—Si tiene la amabilidad de esperar allí—el monje señaló el cuarto que se hallaba a la derecha de la entrada, después de un estrecho corredor.

Al poco, el hombre que le había abierto la puerta regresó a la salita donde aguardaba William.

—Cuando quiera, *sir*. Norbu se encuentra en la sala de meditación que se encuentra al final del pasillo.

Obnubilado por ese ambiente espiritual, William caminó con sigilo hasta llegar al lugar indicado. La gran sala estaba presidida por un inmenso Buda de cerámica de unos tres metros de altura. Hacía poco que se le había realizado una ofrenda. El escritor atisbó un cuenco con agua azafranada, un pequeño cesto con flores frescas, varias piezas de fruta y media docena de velas encendidas. Un intenso aroma a incienso invadía la estancia.

—¿Sabía que el agua azafranada simboliza la purificación del

Karma? —ilustró Norbu.

—No. Lo desconocía.

—En vuestro continente, la inmensa mayoría de personas no se detiene ni un segundo a meditar o reflexionar acerca de lo que les ha acontecido durante el día.

—Vivimos a otro ritmo. A veces frenético.

—Si la gente le dedicara un poco de tiempo a ello, la humanidad evolucionaría de otra manera.

—En eso estoy de acuerdo.

—Muchas veces, turistas como usted se sorprenden porque nunca he viajado al mundo occidental y no haya estado alguna vez en París, Londres o Barcelona.

—Soy de la opinión de que casi cualquier lugar del planeta tiene un atractivo por pequeño que sea. Según tu estado de ánimo o dependiendo de la compañía puede resultar maravilloso o un auténtico infierno.

—Usted lo ha dicho: el estado de ánimo. La paz interior y estar en calma con uno mismo. Es la señal irrefutable de que te encuentras en armonía con el Universo y de que haces las cosas correctas.

—He venido para pedirle ayuda. Usted es la única persona que conozco en Katmandú —solicitó William.

—Si está en mis manos, no lo dude.

—Ahora mismo no me es posible darle más información. Quizá le comprometa, pero necesito refugiarme durante unos días en su academia. Le pagaré bien. No se preocupe por eso.

—No le preguntaré nada. Mi casa es su casa —dijo el monje haciendo una reverencia y llevándose las manos a su pecho.

—No sabe cómo se lo agradezco. Debo hacer una pequeña escapada a Pokhara. Cuando vuelva, regresaré aquí.

—Tendrá su habitación preparada.

—Mil gracias, amigo mío.

Wright salió de la academia y contempló bajo la luz de las farolas la gran estupa de la plaza principal de Boudhanath. El destino había querido que aquel lugar tan místico y espiritual se convirtiera en su nuevo hogar. Ni por remota casualidad hubiera pensado nunca acabar viviendo en una academia budista. Podían ser días, quizás

semanas o incluso meses. Lentamente, se fue acercando al centro de Katmandú mientras los acordes de la guitarra de Max pululaban por las neuronas de su cerebelo.

Parte segunda
La desaparición de Irati

8

Buenos Aires, 1984

A mediados del siglo XIX, en el sudeste de la ciudad de Buenos Aires, en la orilla de la desembocadura del Río de la Plata y al borde del Riachuelo, se levantó el barrio de La Boca. Aquel lugar acabó convirtiéndose en el punto de llegada al nuevo mundo para los inmigrantes italianos, españoles, armenios y cualquier europeo que deseara una nueva vida de oportunidades. Los abuelos de Ariel Godoy eran genoveses y se instalaron allí en 1924 para buscar suerte en la metrópoli argentina. Vivían en los tradicionales «conventillos» junto a otros compatriotas. Compartían un baño comunitario y se agolpaban en pequeñas habitaciones donde cada familia intentaba salir adelante con los precarios recursos económicos del momento.

El gran patriarca Godoy tuvo la suerte de encontrar trabajo en los astilleros del puerto y su hijo prosiguió con el empleo. Ariel, en cambio, nunca mostró interés alguno por continuar aquella tradición laboral de su padre y su abuelo. Desde muy pequeño, se refugió en el mundo fantasioso de los libros. Pasaba muchas tardes en la biblioteca pública y se entretenía descubriendo nuevos vocablos en el diccionario. Le gustaba también ahondar en los sinónimos y antónimos de cualquier palabra que le resultara curiosa. Poco a poco, fue forjándose un amplio vocabulario y los crucigramas los resolvía a la velocidad de la luz. Su forma de hablar le hizo distanciarse poco a poco de sus compañeros de clase, que no entendían su cada vez más erudita verborrea.

Aquella tarde, mientras buceaba en los léxicos más rocambolescos, unas manos tibias le rodearon la nuca y le taparon sus ojos. No era muy difícil adivinar quién era el personaje

misterioso. Su aroma particular la delataba. Ariel vivía permanentemente embriagado de la fragancia de aquella muchacha. Solía recordar la gran suerte que tenía ya que, además de bella, olía siempre tan bien. Para él, eso era fundamental en una mujer. No soportaba el hedor corporal.

—Tengo una sorpresa para darte —anunció Irati Maidana con sus ojos resplandecientes.

—¿Vas a aceptar de una vez casarte conmigo?

—Eso lo dejamos para más adelante. Todavía somos muy jóvenes —contestó ella sonriente.

—¡Me lo prometiste, eh! ¡Espero que no te arrepientas dentro de unos años!

—Mi madre y su pareja quieren ir a pasar una semana al cabo de Gata.

—¿Dónde queda eso?

—Deberías girar el globo terráqueo de clase de vez en cuando. Hay muchísimos sitios maravillosos en el planeta.

—Bueno, poco importa el lugar si estoy con vos.

—Aprovechas cada frase para piropearme.

—Cuando cumplamos las bodas de platino también lo voy a seguir haciendo.

—Quedan pocos chicos como tú. Tan románticos y soñadores.

—Todavía no me dijiste dónde está el cabo de Gata.

—Está en el sur de España. Es un lugar mágico ¿Y sabés cuál es la sorpresa?

—No.

—Te invitaron a vos también. O sea, que empieza a preparar tu valija.

—¡Oh! Nunca pensé que viajaría lejos de Argentina —murmuró Ariel con cierto tono melancólico.

—Estuve leyendo un poquito y hay un sitio que tenemos que ir.

—¡Seguro! ¿Cuál es el lugar?

—El arrecife de las sirenas.

—¿Sabés por qué se llama así? —preguntó Ariel con asombro.

—Parece ser que existe una bonita leyenda.

—Eso podría ser interesante para mi libro.

—Cierto día un pescador aseguró ver una sirena mientras faenaba desde lo alto de una roca. Al volver a casa, contó lo que había visto a los vecinos del pueblo, pero nadie le creyó.

—La gran mayoría de los adultos viven en un mundo aburrido. No tienen imaginación para nada.

—¡Vos no tenés remedio! ¡Siempre en tus fantasías!

—Estoy seguro de que voy a encontrar mucha inspiración en ese lugar. No sé cómo agradecértelo.

—Escribí esa novela. Ese va a ser el mejor regalo que podés hacerme.

ଔ

Pese a tratarse de un diminuto pueblecito, La Isleta del Moro situada en el cabo de Gata es algo parecido a un nirvana a orillas del Mediterráneo. Tan solo en la temporada veraniega se quiebra parte de esa tranquilidad que impera durante el resto del año. Aún hay reductos en la tierra donde sus habitantes se dan los buenos días cada mañana o donde te fían si vas a comprar una barra de pan al pequeño economato familiar de toda la vida. Gracias a su importante cargo político, Thomas Burkley había descubierto aquel paraíso que besaba los refinados labios del mar. La pareja de la madre de Irati trabajaba en el departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos y se habían conocido en Buenos Aires a través de una amiga de ella. Debido a la gran distancia que les separaba, no vivían juntos, pero se veían un par de veces al mes. Burkley había tenido la oportunidad de viajar con frecuencia por España. Siempre tuvo claro que se jubilaría en aquel lugar de la costa almeriense. Acababa de comprar una casa de dos plantas con un pequeño jardín en la entrada. El color blanquecino, típico de las construcciones de la zona, imperaba por doquier. Estaba situada justo detrás del espigón y desde la terraza del salón las vistas de la playa del Peñón Blanco

eran sublimes. Irati Maidana y Ariel Godoy esquivaron dando brincos de alegría la gran palmera que se alzaba en el umbral de acceso a la vivienda. Una vez dentro se dirigieron a la habitación destinada a ellos. Había dos camas individuales separadas por un sinfonier de estilo colonial. Los muebles estaban cubiertos por sábanas blancas que parecían fantasmas en paro y las ventanas cerradas obstaculizaban cualquier arrebato de luz. El olor a humedad se había propagado por todas las estancias. Parecía la llegada de Katharine Hepburn y Henry Fonda a su casa de veraneo en la película *En el estanque dorado*. Se estiraron en el colchón de una de las camas, aún por aderezar.

—Algún día, vos y yo vamos a vivir en un lugar como este —dijo él amodorrándose en aquel camastro.

—No sé dónde, pero tiene que ser cerca del mar.

—¡Trato hecho! Te dejo elegir.

—A veces pienso que nací en las profundidades marinas.

Ariel se puso de rodillas encima del colchón. Cogió la vieja almohada que había debajo del cabezal de madera de pino y le propinó un mordisco letal. El centenar de plumas saltó por los aires y los dos jóvenes se sumieron en un divertido juego de soplar y envalentonar el copioso penacho que planeaba por encima de sus cabezas.

—Vamos a dar una vuelta por ahí —propuso ella cuando la lluvia de plumas se posó de manera inexorable en el baldosado de la habitación.

Irati y Ariel caminaron poco más de trescientos metros hasta llegar a la plaza Paraíso. Sus miradas se perdían a ambos lados del mar. Empezaban a arribar las primeras barcas de pescadores tras haber faenado durante toda la jornada. Giraron a su izquierda hacia la punta del embarcadero hasta llegar a la cala La Isleta, una de las alhajas más preciadas de aquel paraje. Curiosamente, el mar estaba más bien sosegado teniendo en cuenta que se encontraban en los

albores del invierno. Se descalzaron y corrieron con ímpetu a mojar sus pies en la orilla. Antes de que el agua salada languideciera al alcanzar la arena de la superficie se fueron salpicando el uno contra el otro. Irati se sacó un pañuelo del bolsillo y lo extendió ante Ariel.

—¡Juguemos a ver si lo alcanzas! —gritó ella, mientras sus zancadas comenzaron a dejar las huellas de los pies en la arena.

—Te vas a arrepentir de lo que dijiste.

Como si se trataran de dos forajidos huyendo a pasos agigantados tras una fechoría, recorrieron de norte a sur los recodos de aquella playa para al final caer derrotados a los pies de una barca varada a escasos metros de la orilla. A estribor de la embarcación, había recostado un hombre que no debía llegar a los treinta años. Trajinaba con unos hilos y unas caracolas de mar.

—Me parece muy lindo lo que está haciendo —dijo Irati.

—Cuando lo acabe, este será para ti —respondió él mirando con dulzura a la chica.

—¿Es un collar? —intervino Ariel mientras se colocaba detrás de Irati a modo de protección.

—Buena deducción. Te pondré también intercalada alguna piedra preciosa.

—¿Es usted de la zona? ¿Cómo se llama? —Irati se mostraba cada vez más entusiasmada con la presencia de aquel hombre.

—Mi nombre es Airam. Llevo muy poco tiempo, pero después de ver todo esto creo que ya no volveré a mi tierra. Por vuestro acento diría que sois argentinos.

—Así es. La pareja de mi madre acaba de comprar una casa y hemos venido a arreglarla un poco.

—Entonces, ya no querréis volver nunca más a vuestro país.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Ariel recelando del tono de seguridad con el que aquel sujeto profería sus palabras.

—Eso lo tenéis que descubrir vosotros.

Irati dio un paso al frente para colocarse más cerca del hombre. Intentó asegurarse de que nadie pudiera oírla.

—Antes de venir acá estuve leyendo que existe una fábula o algo parecido en relación a la aparición de una sirena en un lugar muy cercano a esta zona.

El collar que manipulaba Airam se resbaló de repente de sus dedos.

—Parece como si hubiese dicho algo que le sorprendió —observó Irati.

—¿Dónde has leído eso?

—En una antigua guía de viajes que estaba en la biblioteca de mi barrio.

—Ya veo que te gusta documentarte.

Airam sacó un retazo de papel del bolsillo de su pantalón y dibujó un punto redondo sobre él.

—Mirad —dijo llamando la atención de los dos muchachos—, el arrecife del que habláis está en este punto del mapa.

—¿Sabe? He empezado a escribir una novela y esta historia me parece muy interesante para el argumento. Le agradecería cualquier tipo de información —pidió Ariel.

—¿Cuándo ocurrió lo de la sirena? —preguntó Irati.

—Fue después de la guerra civil. Puede que la cruel batalla hiciera mella en la población y la gente tuviera alguna que otra alucinación. Pero os puedo asegurar que lo que vio aquel hombre fue real.

—Todas las fábulas tienen algo de fantástico —advirtió Ariel con la mirada iluminada.

Irati estaba totalmente imbuida por aquel relato de antaño.

—¿Fue una sirena de verdad?

—Con una cola de pez de escamas plateadas. Tenía los cabellos de color azabache.

—¡Oh! ¡Entonces es cierto!

—Y con la voz más dulce y evocadora que podáis imaginar.

—¡Ariel, tenemos que ir a ese lugar!

—Si perdéis este papel, preguntad por el arrecife de las sirenas. Todos los lugareños lo conocen.

Al día siguiente, Irati y Ariel habían planificado su escapada al lugar mágico que les había indicado aquel hombre. Pero antes, por la mañana, la madre de la joven y Thomas Burkley decidieron hacer una pequeña excursión en barco a unas pocas millas de La Isleta del Moro. La jornada había amanecido esplendorosa, pero con el paso de las horas las nubes tomaron cada vez más protagonismo. Los

zagales se habían sentado en la popa del catamarán. Tenían los pies colgando y jugaban a hacer pequeñas olas con el vaivén de sus rodillas mientras se alejaban de la costa. Para Ariel, aquello era como unas vacaciones de ensueño. Su familia jamás se hubiera podido permitir cruzar el charco y dejar atrás Argentina. Merced a Irati podía conocer la existencia de más mundos maravillosos al otro lado del sur de Latinoamérica. Poco a poco, el viento empezaba a agitar el mar. El cielo se había oscurecido de súbito y la tímida lluvia tenía atisbos de convertirse en una preocupante tormenta. Y así fue. En apenas diez minutos, la fuerte racha del vendaval vino acompañada de una repentina tempestad.

—¿Y qué hacemos ahora? —dijo la madre de Irati con el rostro temeroso de preocupación.

—Mi consejo es que Ariel y tú os vayáis al camarote a resguardaros —propuso la muchacha—. Yo me quedaré con Thomas para preparar el bote salvavidas, plegar las velas y tener todo listo en caso de que tengamos que abandonar el barco.

—De acuerdo, hija, pero ten cuidado, por favor.

—De algo me tiene que servir el curso de navegación que estoy haciendo —sonrió la joven.

La furia del ciclón continuaba iracunda. Parecía como si un demonio meteorológico hubiese clavado sus garras en aquel lugar en alta mar. Como una especie de incendio de agua que pretendía arrasar todo cuanto se pusiera por delante. Como un tsunami en miniatura que saquea el regocijo de una casita de muñecas. Y, entonces, la vida se desvaneció y se apagó por momentos. Un gemido de dolor. Un alarido de tormento. Un aullido al cielo tempestuoso que no cesaba de descargar su estado más lacrimógeno.

—¡Iratiiiiiii! —gritó Thomas.

La voz del americano retumbó en la bahía del cabo de Gata. La madre de la muchacha y Ariel salieron apresuradamente del camarote inferior al escuchar el berrido espeluznante de Burkley.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la madre, atrapada por el pánico.

—Irati se ha caído del barco —Thomas se cambió de ropa con la intención de arrojarse al mar—. ¡Voy a por ella!

—¡No puede ser! ¡Dónde está! —exclamó Ariel.

—No lo sé. Estaba aquí hace un segundo.

—¡Voy con usted! —vociferó el muchacho.

—No, vosotros quedaros aquí. Ya es suficiente con arriesgar mi vida.

—¡Dios mío, mi hija! —la madre empezó a correr de babor a estribor gritando enfervorizada su nombre.

—¡Maldita sea! ¡Esto no puede ser real! —dijo Ariel estrujando con las manos su cabellera.

—¡Encuentra a mi hija, por lo que más quieras!

—Apenas se ve nada. Parece que hayamos entrado en el túnel del tiempo —el rostro de Thomas denotaba una angustia sublime al comprobar que el temporal de tormenta y viento no cesaba ni un instante.

Burkley se lanzó al agua, tan oscura como el firmamento. Se había enfundado un conjunto de buceo y llevaba un gran foco de luz para alumbrar allí abajo en las profundidades marinas. El americano se sumergió en las gélidas entrañas de aquellas corrientes y, con sus aletas, buceó a diestra y siniestra del lugar donde estaba emplazado el casco del catamarán. Estuvo cerca de media hora. Transcurrido ese tiempo, subió a la superficie y se encaramó de nuevo a la embarcación. La madre de Irati y Ariel permanecían prácticamente en la misma postura.

—¿Has visto algo?

—Ni rastro de ella —Thomas tenía la voz bastante tenue a consecuencia del cansancio.

—Hemos avisado al Servicio Marítimo de la Guardia Civil. Están en camino.

—¡No puede habérsela tragado el mar! —exclamó la madre, llevándose las manos a su rostro compungido.

—He estado explorando también unas pequeñas cuevas que hay debajo de aquellas rocas y nada de nada.

—¡Hay que seguir buscándola! ¡Baja de nuevo, por Dios! —chilló con rabia la madre.

—¡Présteme ese traje! ¡Iré yo a por ella! —dijo Godoy mientras le intentaba arrebatar la indumentaria de buzo al americano.

—Creo que ahora tendríamos que esperar a que llegue la Guardia

Civil. Estamos muy cerca de las rocas y podríamos chocar contra ellas —Burkley trataba de amedrentar el clima de tensión.

—¿Cómo es que conoce tan bien la zona, si no se ve apenas? —preguntó Ariel.

—Comencé a hacer submarinismo por aquí cuando estaba aprendiendo. Fue mi bautismo.

—¡Dios mío! ¡Mi hija! ¿Dónde estás, mi amor?

El cielo empezaba a abrir pequeños destellos de claridad. El infierno de la tormenta se consumía. Las aguas comenzaban a calmarse y la visibilidad aumentaba lentamente. Pareció como si el fantasma que había estado atrapando al catamarán lo hubiera despojado de sus sábanas blancas. Estaban saliendo del túnel del tiempo. De un pasadizo luctuoso. De un corredor funesto que auguraba los peores presagios. Irati Maidana, la muchacha que embargaba a Ariel con su fragancia, parecía que formaba ya más parte del mar que de la tierra.

ଔ

Todavía quedaban algunas plumas esparcidas por el suelo de la habitación. Aquellas con las que había jugueteado con Irati el día anterior. Ariel Godoy se tumbó en la cama en la que se habían estirado juntos. Retumbaron las palabras de ella: «A veces pienso que nací en las profundidades marinas». Recordó que había dicho algo parecido. Y ahora, todo hacía presagiar que se había ido para siempre a su lugar de origen. A la cuna de su nacimiento. A su hogar soñado. Como si hubiera tenido un augurio. Quizás había desaparecido para llegar a donde más anhelaba. Su mejor amiga, su amor, su musa, la mujer que tan bien olía había dejado la faz de la tierra para sumergirse en otros mundos bajo el mar. No había podido despedirse de ella. Ya no podría leer sus escritos a partir de ahora. ¿Quién iba a supervisar su obra y contarle los nuevos capítulos de su libro? Tenía que hacer algo. Nadie mejor que ella podía aconsejarle. Además, le había prometido amor eterno y que algún día se casaría con él. La única mujer que no había reparado en su físico.

«Estás ahí esperándome, ¿verdad?», repetía una y otra vez. «Dime que estás en esa ciudad sumergida. Prometo ir a verte de vez en

cuando. Espérame que no tardo», se decía constantemente. Mientras la imaginación de Godoy volaba allende el mar, la voz de la madre del gran amor de su vida le devolvió a la orilla de la realidad.

—Ariel, un hombre quiere verte —dijo la mamá de Irati al entrar en la habitación.

—¿De quién se trata?

—Está en el comedor.

El muchacho caminó hacia la gran sala de la vivienda donde se contemplaba la belleza de la playa del Peñón Blanco. Había dos personas sentadas en el sofá. Una de ellas era Thomas Burkley y la otra un hombre de unos cuarenta años de constitución enjuta que tomaba apuntes en una libreta.

—El inspector Teodoro Guzmán ya ha hablado con nosotros y ahora quiere hacerte algunas preguntas.

—Lamento mucho lo de tu amiga —dijo el policía—. ¿Desde cuándo os conocíais?

—Cuatro años.

—¿Ibais al mismo colegio?

—Ahora ya no.

—¿Por qué?

—Me trasladaron a un centro especial —dijo Ariel.

—¿A qué tipo de escuela te refieres?

—A un lugar para estudiantes con problemas de conducta.

—Vaya, entiendo. Debíais tener una gran amistad para que te invitara a pasar unos días por aquí con el resto de su familia.

—Es la mujer más detallista y generosa que existe en el universo.

—Cuéntame qué sucedió esta mañana.

—Bueno, ya sabe. Se lo habrán explicado varias veces.

—Desearía conocer tu versión —instó el inspector.

—Cuando nos sobrevino la tormenta, la mamá de Irati y yo nos fuimos a resguardar al camarote.

—¿Y por qué no te quedaste tú con el señor Burkley?

—Irati estaba haciendo un curso de navegación en Buenos Aires. Yo no tengo ni idea de cómo funciona un barco.

—Ya, lógico. Y después, ¿qué pasó?

—Después de diez o quince minutos, más o menos, escuchamos el

grito de Burkley —explicó Godoy con sus pupilas dilatadas por la emoción.

—Thomas me ha confesado que le propusiste ir con él para buscar a Irati.

—Ese fue mi primer impulso, pero como bien dijo el señor Burkley, era una auténtica locura que arriesgáramos una vida más —relató el joven—. Además, no sé bucear.

—¿Y durante el tiempo que Burkley estuvo buceando no visteis ni escuchasteis nada?

—Solo el sonido del viento y el ruido de la tormenta.

—Si no es indiscreción, ¿tenías algo más que una amistad con esa chica?

—Es la mujer de mi vida. Algún día nos casaremos —dijo Ariel con tono ceremonioso.

—¡Qué bonito tenerlo tan claro desde tan jovencitos!

—No hay nadie como ella.

—Entonces, ¿sabrías si tenía algún problema o algo que le preocupara últimamente?

—¿Está insinuando que pudo haberse suicidado?

—Tenemos que contemplar todas las hipótesis. Forma parte de nuestro trabajo.

—Era feliz. Siempre estaba sonriendo. Me iba a ayudar a escribir mi novela y nos teníamos que casar algún día ¿No le parecen argumentos suficientes para querer vivir?

—Sin duda. Me sorprende que un chico de tu edad hable con esta propiedad y de forma tan madura.

—Paso muchas tardes en la biblioteca —afirmó Godoy.

—Una acertada decisión. Por ahora no tengo más preguntas para ustedes.

El inspector Teodoro Guzmán bajó las escaleras y cuando llegó al pequeño jardín se detuvo un instante junto a la gran palmera. Sacó su pipa de madera e introdujo un poco de tabaco en la parte del hornillo. Chupeteó la boquilla varias veces para empaparse del aroma a vainilla que tanto le atraía. Mientras se impregnaba de aquellos efluvios celestiales, la voz de Ariel Godoy le sorprendió al tiempo que cerraba la puerta de entrada de la vivienda.

—Había olvidado comentarle algo, señor inspector —dijo el joven con la voz un tanto temblorosa.

—Puedes confiar en mí, no lo dudes.

—Irati era la mejor nadadora de la clase. Me cuesta creer que haya muerto ahogada.

Guzmán acarició el hombro de Ariel y le dedicó una tierna sonrisa.

—No te preocupes. Tarde o temprano se esclarecerán los hechos y encontraremos a tu amiga.

Una brisa incipiente vaticinaba la llegada del viento de levante. El inspector se colocó una boina de color negro que tenía preparada para la ocasión. Clavó su mirada en la inmensidad del mar y comprobó que las olas comenzaban a desadormecerse tras un largo descanso. La presencia de Irati Maidana con su perfume característico debía rondar no muy lejos de allí.

ଔ

Cada mañana Teodoro Guzmán cruzaba ese curioso itinerario para acudir a la comisaría. El clima extremadamente seco, la abundancia de sol y el acceso a aguas subterráneas convierten a la provincia de Almería en uno de los lugares más adecuados para la agricultura de invernadero. Poco a poco se fue forjando una vasta extensión de terrenos que se ha destinado a la producción de frutas y hortalizas. La única estructura humana que se puede vislumbrar desde el espacio sin muchas complicaciones es el denominado mar de plástico. Una inmensa capa blanquecina que rodea los poblados de El Ejido y la Mojonera. Los techos de esos viveros evocan la figura de un mastodóntico regimiento de nubes densas. Cuando llegó a su despacho, Thomas Burkley le esperaba.

—Lamento haber retrasado su viaje de retorno.

—Estoy a su disposición para lo que estime oportuno —contestó el americano.

—Seguimos avanzando en la investigación de la desaparición de Irati.

—¿Alguna novedad relevante?

—Hemos tomado nuevas declaraciones, aunque todavía es muy confuso.

—¿A qué se refiere?

—¿Conoce a un tipo llamado George Thomson?

—Claro, es mi secretario particular.

—Unos días después del accidente de la joven, una patrulla de la policía marítima lo encontró navegando por la zona.

—¡Vaya! Desconocía que hubiera estado por aquí.

—Una curiosa casualidad, ¿no cree?

—El cabo de Gata es un paraíso que atrae a cualquiera —advirtió Burkley.

—Un alto cargo político de los EE. UU. y su administrativo dando tumbos por las aguas del Mediterráneo.

—George y yo hicimos el bautismo del curso de submarinismo por aquí. Conoce la zona perfectamente y es lógico que de vez en cuando le guste volver.

—Así que dos expertos buceadores. Otro punto en común entre ambos.

—No veo nada extraño en eso.

—Y mientras usted volvía a la costa junto a la madre de Irati y el joven Ariel, el señor Thomson aparece en el lugar donde desapareció la muchacha.

—¿Qué trata de decirme?

—Tan solo le estoy relatando los hechos —dijo el inspector—. Me da la impresión de que le incomoda esta situación.

—En absoluto. Entiendo que tenga que cumplir con su trabajo.

El inspector Guzmán se levantó de su silla y se dirigió a una gran cajonera que había al lado del fax. Revolvió varios archivos y cogió una carpeta de cartulina de color verdoso.

—Pero algo hay algo más —dijo el inspector mientras le mostraba a Thomas Burkley una instantánea que había extraído del portafolio.

El americano clavó su mirada en la imagen que tenía delante.

—¿Le dice algo esta foto? —preguntó Guzmán.

—Es Irati Maidana levantando una copa.

—Así es. ¿Y sabe a qué se debe tal condecoración?

Burkley continuaba observando la fotografía apenas sin pestañear.

—La muchacha que presuntamente ha desaparecido en esas aguas

es la mejor nadadora de su clase —desveló el inspector.

—Ayer hacía un día de mil demonios. Cualquiera pudo haberse ahogado en esas aguas.

—¿Cree que se ahogó?

—O se ahogó o la corriente se la llevó contra las rocas.

—Y, ¿cuál es su hipótesis?

—Ustedes son los profesionales. Le pido que pongan más empeño en esa búsqueda.

—Ambos sabemos que una experta nadadora es difícil que pueda morir bajo el agua.

—Le aseguro que hice todo lo posible por encontrar a la hija de mi pareja. Bastante pena tengo con eso.

Teodoro Guzmán observaba con minuciosidad los gestos y miradas del tipo grandullón que tenía delante. Burkley parecía un exjugador de fútbol americano. Conservaba la envergadura y la planta de un deportista que había practicado durante unos cuantos años ese deporte. Lucía una barba frondosa que cubría la mayor parte de las arrugas de su rostro. Tenía aquella voz grave y potente como surgida de un añejo transistor que amenizaba los programas vespertinos de radio en onda media.

—Por el bien de todos espero que en cuestión de horas podamos dar con ella —dijo el inspector.

—Por lo que más quiera, ¡encuentren a esa muchacha!

9

Almería, tres semanas después

Había crecido entre anzuelos, carretes, señuelos, arpones y demás artilugios de caza y captura. Su padre le había intentado inculcar desde muy jovencito los secretos de la pesca, pero él nunca mostró demasiado tesón por aquellos menesteres. Su vida cambió por completo el día que se dio cuenta de que los reyes no provienen de Oriente y descubrió que en un armario de su casa había escondido un disfraz de policía. Era su regalo esperado de las Navidades. El lote incluía una pistola con su cinturón cartuchera, una placa donde lucía incrustada una estrella plateada y un juego de esposas para atrapar al ladronzuelo de turno. Teodoro Guzmán se enfundó

aquellos atuendos y no se los quitó durante todas las fiestas. El pueblo supo de su dádiva navideña. Con el paso de los años, aquel sueño pueril se fue consolidando hasta llegar al galardón de inspector tras su paso por la academia. No era nada fácil ser policía en un pueblo tan pequeño como San José, pero Guzmán había conseguido inmunizarse de los comentarios más hirientes y despectivos. Mientras ponía un poco de orden en la mesa de su despacho sonó el teléfono. Era el comisario Fermín Salcedo.

—Acabo de recibir un comunicado de la embajada española en Washington.

—¿De qué se trata? Espero que sean buenas noticias.

—Mucho me temo que no. El secretario de Thomas Burkley ha aparecido muerto en su casa.

—¿El señor George Thomson?

—Así es. Ha ocurrido durante esta madrugada.

—¿Existe algún indicio de quién haya podido ser?

—Han empezado a tomar declaración a sus familiares más cercanos y mañana seguirán con sus compañeros de trabajo en el departamento de Seguridad Nacional.

—Incluido al mismísimo Thomas Burkley, supongo.

—Es evidente. Tenemos que empezar a sincronizar información con la policía americana.

—La única persona que apareció en el lugar del accidente desaparece ahora del mapa. Una extraña coincidencia.

—Una desaparición y una muerte en tan poco tiempo.

—Está claro que Burkley se encuentra protegido y a salvo en su país. ¿Podemos iniciar nuevos trámites para requerir su presencia de nuevo aquí? —solicitó el inspector.

—Vamos a intentarlo, pero recuerda que es una persona rodeada de muchos cargos influyentes. No va a ser nada fácil.

Teodoro Guzmán abandonó las dependencias de la comisaría de la calle Alcalde Muñoz con cierto sentimiento de frustración. Desde que se hiciera cargo del caso, su perspicaz instinto policial le decía que Thomas Burkley estaba implicado en la desaparición de la joven Irati, aunque hasta el momento no tenía ninguna prueba fehaciente que pudiera inculparlo. Y para más inri, se habían cargado al único

individuo que podía arrojar un poco de luz al laberinto de hipótesis. "Ese maldito americano se está saliendo con la suya", se repetía una y otra vez. Antes de volver a casa se detuvo un instante en el estanco. No era un fumador empedernido, pero cuando atravesaba momentos de mayor tensión laboral acostumbraba a fumar algún que otro cigarrillo para relajarse. Cuando salió del establecimiento notó cómo una pistola se clavaba suavemente sobre su espalda. No parecía un arma de juguete como aquella que le regalaron en su día los reyes magos.

—Camina despacio y con disimulo y no te pasará nada —advirtió la voz del hombre que le apuntaba.

Recorrieron unos cincuenta metros hasta llegar a la portalada de un taller mecánico.

—¡Métete aquí dentro!

Teodoro Guzmán obedeció a aquel individuo que no había dejado de apuntarlo en ningún instante. Cuando se giró, el hombre se había cubierto su cara con un pañuelo y llevaba unas gafas de sol oscuras. Empujó con contundencia al inspector sobre el capó de uno de los vehículos que estaban allí para su reparación.

—Te gustan los coches y la velocidad, ¿verdad?

—¡No saldrás vivo de ésta!

—¡Cállate! De momento, las órdenes las dicto yo —exclamó el misterioso fulano mientras ataba de pies y manos al inspector.

—¿Qué quieres de mí?

—Te has metido en un circuito peligroso. Te recomiendo que cojas el bólido y te retires a los boxes.

—¿Quién te envía? —gritó con vehemencia Guzmán.

—Alguien que desea lo mejor para ti.

—Está metido ese cabrón de Burkley, ¿no es así?

—No preguntes tanto y haz caso de lo que te voy a decir.

—Deberías estar estudiando en la universidad —dijo Teodoro al intuir que aquel mozo debía rondar la veintena de edad.

—Y tú te estás pasando de listo.

El inspector se movió con dificultad para escupir a los pies del tipo que se había puesto ante él con actitud desafiante.

—Me han dicho que tienes una hija muy bonita.

—¡Maldito hijo de puta!

—Si te retiras del caso no te pasará nada a ti ni a tu familia.

—Estás jugando con fuego —le espetó Teodoro con los ojos fuera de órbita—. Dile a tu jefe que se va a pasar el resto de sus días entre barrotes.

—Ya conoces las reglas del juego; una retirada a tiempo y tu preciosa hija podrá seguir disfrutando de la vida.

El inspector sintió cómo el revolver acariciaba su rostro. El arma estaba helada. El pistolero separó despacio la mano de su cara. Guzmán se percató del tatuaje que lucía aquel individuo en su muñeca. Era la imagen de una geisha con una parte de su rostro cubierto por un abanico. El dibujo, hecho en blanco y negro, denotaba cierta creatividad en su trazado.

—Cuando salga de aquí llamaré desde una cabina a la comisaría para que vengan a buscarte. Espero no verte nunca más —vociferó aquel tipo mientras apagaba las luces del taller.

El inspector quedó tirado en el suelo junto al neumático de uno de los coches que estaba en reparación. Si el indeseable cumplía su palabra en cuestión de minutos algún que otro oficial lo sacaría de allí. En la oscuridad de aquel garaje lo iluminó la imagen de su hija. Temió por su vida. Todo se complicaba. Necesitaba más que nunca meterle varias caladas a ese ansiado pitillo.

ଔ

Habían transcurrido tres meses desde que la luz de Irati se desvaneciera en los abismos del mar Mediterráneo. Ni el ser más optimista albergaba ya la esperanza de encontrar su cuerpo. La policía naval proseguía con su búsqueda, pero los trabajos estaban resultando infructuosos. Aquel domingo, la madre de la muchacha y Thomas Burkley habían decidido realizar una pequeña escapada por la costa cercana a Buenos Aires. Era la primera vez que salían de casa por un motivo ocioso tras el accidente de la joven. El americano se había tomado unos días de descanso para cuidar y mimar a su pareja. Su ocupación en el departamento de Seguridad Nacional era agotadora. Apenas se movía de su despacho en Washington. Habían preparado un pequeño picnic para comer en un lugar cercano a los acantilados de Chapadmalal. Tomaron la Autovía 2 en dirección a

Mar de Plata. Durante el trayecto, Burkley cogía constantemente la mano de la madre de Irati e intentaba distraer su atención con las anécdotas más interesantes de su trabajo. Después de cinco horas de viaje comenzaron a percibir la fragancia salina proveniente del Atlántico sur. Se desviaron por una carretera secundaria que parecía más una pista forestal. Era el lugar escogido para extender la manta a cuadros en medio de los matorrales y deleitarse con los víveres escondidos en aquella cesta de comida que había preparado la madre de Irati. Tras una curva de visibilidad reducida, Burkley pisó el freno de forma precipitada para evitar colisionar con el vehículo que había aparecido volcado en medio de la calzada. Parecía que el accidente había sucedido hacía escasos minutos. Thomas aparcó a un lado de la carretera.

—Voy a ver qué ha pasado —dijo Burkley abandonando el coche a pasos agigantados.

—Tené cuidado. Si el fuego llega al tanque de nafta vamos a saltar por los aires.

El americano corrió unos metros hasta la puerta del conductor. Descubrió la presencia de un hombre. Tenía todo el rostro cubierto de sangre y se oía su respiración entrecortada. Burkley lo meció levemente para que notara su presencia. Le preguntó varias veces si podía escuchar su voz. No obtuvo contestación alguna. Abrió con fuerza la puerta del piloto y quiso creer que había perdido el conocimiento. «Mejor no moverlo», pensó. Tenía que llamar a una ambulancia. Mientras volvía hacia el coche para dirigirse a una gasolinera o al pueblo más cercano para pedir ayuda, comprobó en la distancia la cara de pánico de la madre de Irati. Sin tiempo a reaccionar, sintió que algo parecido a una pistola apuntaba su cabeza. El hombre malherido parecía que había resurgido de su estado moribundo sin esperar al tercer día de resurrección.

—Dile a la mujer que baje del coche —ordenó la voz de aquel Jesucristo revivido—. Y tú —dijo en alusión a Burkley—, ponte de rodillas apoyado en el suelo.

El hombre misterioso ató de pies y manos a la madre de Irati y la recostó en el asiento trasero tras haberla amordazado.

—¡Venga, grandullón! Agarra el volante, que vamos a dar un

paseíto.

Tomaron de nuevo el camino de la pista forestal hasta llegar a la carretera principal.

—¡Hoy es un buen día para morir! —dijo aquel nazareno con esencia más bien de diablo—. ¿Qué os parece cerca del mar?

Condujeron unos diez kilómetros hasta llegar a los pies de la playa La Escondida.

—¿Qué bandera diríais que tenemos hoy? ¿Azul, amarilla con negro o roja? —preguntó con sátira aquel tipo.

—¡Estás enfermo! —Thomas no podía creer cuanto estaba aconteciendo.

El vehículo se detuvo. Las vistas desde el acantilado eran espectaculares. Cualquiera se hubiera entretenido allí para tomar las más bellas fotografías. Pero parecía que se iba a rodar otro tipo de película.

—En este caso, vamos a dejar a nuestra dama para el final. Caballero, tenga la amabilidad de salir del coche.

Aquel Lucifer llegado a la tierra abrió la puerta trasera e incorporó levemente a la madre de Irati para que pudiera contemplar el espectáculo desde el asiento más privilegiado de la platea.

—No te pierdas ni un detalle. Estas cosas no pasan todos los días —dijo con sarcasmo ante la mirada horrorizada de la mujer.

—¿Siempre actúas con esa sangre fría? ¿Qué te ocurrió de pequeño para que tu mente te ordene a comportarte de esta manera?

—Los psiquiatras me han dado por imposible.

—Todavía estás a tiempo de salvar tu vida. Nos dejas aquí tal cual y te prometo que no contaremos nada de esto a la policía —propuso Burkley.

—Demasiado tarde. Tu princesa ya compró la entrada más cara para el espectáculo.

La última imagen que Thomas Burkley retuvo en su retina fue la de un albatros sobrevolando por el despeñadero rocoso. El ave cambió el rumbo de su planeo al escuchar el ruido ensordecedor de los tres disparos que el americano había recibido a quemarropa. La

pistola de aquel asesino aún exhalaba humo y el olor a pólvora se propagó hasta el asiento donde yacía petrificada la madre de Irati. La mordaza impedía escuchar sus terribles alaridos. Con sus puños atenazados, golpeteaba con rabia y violencia el techo del vehículo. El hombre que tenía su camisa salpicada por la sangre de Burkley se puso ante ella.

—Y ahora le toca el turno a la dama.

La mujer se revolvía atolondrada como un pez recién capturado dentro de la malla de una red. El tipo se metió un instante en el interior. Quitó el freno de mano. Salió de nuevo y se colocó en la parte trasera. Cogió un poco de carrerilla y con todas sus fuerzas empujó aquel auto que fue rodando despacio hacia el acantilado de preciosas vistas. El morro del automóvil chocó contra las primeras rocas para después suspenderse en el aire durante unos segundos. La madre de Irati trató de rasgar con vehemencia con sus uñas afiladas el asiento para resguardar su cabeza entre la espuma de la tapicería y así amortiguar el golpe. Pero resultó una acción infructuosa. El revestimiento estaba demasiado duro. Tras el estruendo de la colisión contra el mar, el coche fue sumergiéndose despacio hasta llegar al fondo arenoso. Al cabo de un instante, un banco de peces de colores acudió a merodear cerca del extraño objeto de carrocería que había usurpado la calma y el silencio de las entrañas marinas. La mujer abrió los ojos y le pareció adivinar la presencia de una bella sirena moviendo majestuosamente su aleta. Parecía que su pequeña Irati había llegado hasta allí para salvarla.

ଔ

Tras aterrizar en el aeropuerto internacional de Ezeiza, Teodoro Guzmán tomó un taxi y se dirigió a la zona de La Boca-Barracas. Era la primera vez que pisaba suelo argentino. Se le agolpó todo un universo de sensaciones. Nunca pensó que volaría tan lejos por motivos de trabajo. Aunque había sido su elección. Nadie lo había obligado a recorrer medio mundo. Era como una especie de reto personal. No quería recurrir a la palabra obsesión, pero no había duda que el caso de la desaparición de Irati estaba convulsionando su ser. Aquella tragedia acaecida casi al lado de su casa se había convertido en un delicado asunto internacional. Un supuesto

homicidio en España, una muerte en extrañas circunstancias en Washington y un intento de asesinato en Buenos Aires conformaban ese peculiar trébol de tres historias por esclarecer. El vehículo lo dejó a los pies del Hospital Argerich. El inspector de la policía federal argentina, Bruno Pereyra, lo esperaba en el vestíbulo de entrada. Hablaron por espacio de media hora en la que Pereyra le detalló los pormenores de cuanto había acontecido en los acantilados de Chapadmalal y de los crímenes fallidos a la madre de Irati y Thomas Burkley. La mujer había sufrido múltiples lesiones en la columna vertebral y su pareja se encontraba tetrapléjico con el habla gravemente afectada. Hacía dos días que los habían trasladado a Buenos Aires ya que la complejidad de las lesiones impedía tratarlos en el Mar del Plata. Teodoro Guzmán le relató su hipotética teoría del asesinato de Irati a manos de Burkley y de las últimas pistas encontradas en la zona del suceso. Tras despedirse, Guzmán subió hasta la cuarta planta donde se hallaba la sala de neurocirugía. En la cama pegada a la ventana, la madre de Irati se distraía con el vuelo de los zorzales y las torcazas que planeaban por aquella zona debido a la cercanía del Parque Lezama.

—Lo de volar lo veo complicado. Me conformaría con poder caminar algún día —desveló con rotunda congoja la mujer cuando notó a su lado la presencia del inspector almeriense.

—Los médicos son optimistas. Hay que esperar la evolución —dijo Teodoro Guzmán tratando de apaciguar el ánimo afligido de ella.

—Lo que tenía que ser un agradable viaje de placer se ha convertido en un auténtico infierno.

—La policía argentina y española está volcada en el caso. Le aseguro que resolveremos todo esto.

—Le agradezco que haya venido hasta aquí.

—Hace unos días encontramos la diadema de Irati en una cueva cercana al lugar de los hechos.

La madre agarró con fuerza la mano de Guzmán.

—Cree que la asesinaron, ¿verdad?

—No tengo la menor duda.

—Es tan extraño. He llegado a pensar que Thomas esté implicado, pero si han intentado matarlo a él también.

—Puede que haya sido un montaje.

—¿Qué quiere decir?

—Que nos hayan hecho creer precisamente eso: un intento deliberado de asesinato —descubrió Teodoro.

—Le metieron tres tiros delante de mí.

—¿Cree que alguien podría sobrevivir a eso? Debería estar más que muerto.

—¿Han encontrado al hombre que intentó acabar con él?

—Estamos buscando pistas.

—Ayer por la tarde me vino a ver Ariel Godoy. ¡Pobre chico! ¡Está destrozado!

—No es para menos.

—Le he dicho que lo que me ha pasado ha sido un accidente. No quiero preocuparlo más de lo que está. Bastante tiene con lo de Irati.

—Creo que ha hecho bien. De momento, mejor que no sepa nada más.

—Está acabando su novela. Será una historia tan triste como real.

—Espero que tenga un final feliz.

—¡Encuentre al asesino de mi hija, por lo que más quiera! —dijo la madre de Irati al tiempo que giraba la cabeza hacia el gran ventanal.

El inspector acarició el hombro de la mujer.

—Se lo prometo. Tarde o temprano daremos con él.

Tras abandonar el hospital, Teodoro Guzmán cogió el autobús 168 que le llevó al barrio de La Boca. Se bajó en la calle Magallanes, a la altura de la plaza Matheu. Desde allí le llegó el inconfundible olor del Riachuelo, un curso de agua eternamente contaminado que desemboca en el Río de La Plata. Viró a la derecha y enfiló la travesía Irala. Cuando vio el cartel con el nombre de la calle le sobrevino un suave hormigueo. Pensó que era auténtica casualidad la similitud gramatical entre Irati e Irala. Porque había llegado hasta allí para hablar de la muchacha. Al llegar a la avenida Suárez pudo divisar el predio de la «Sociedad Luz». Caminó hasta allí y se detuvo ante la

gran portalada de madera. A medida que entraba en el inmueble, la claridad del exterior perecía para dar paso a un clima oscuro que exhalaba paz y un silencio exacerbado. Ariel Godoy estaba sentado en su poltrona habitual. El chico había bautizado el lugar como «La biblioteca de los sueños eternos». Dada su frecuente asistencia, la funcionaria encargada de gestionar la sala le había otorgado ciertos privilegios. Aquel pequeño reducto era prácticamente como su casa. Allí daba rienda suelta a su imaginación y se sentía a salvo de la cruel realidad del mundo de ahí afuera. Vivía bajo el amparo del vasto catálogo de libros que poblaban las antiguas estanterías. Además, en ese refugio literario había escrito gran parte de su novela. Una obra que estaba a punto de culminar.

—Un lugar muy apropiado para inspirarse —lo saludó Teodoro Guzman.

—Bienvenido al mundo irreal. Aquí nadie puede hacernos daño.

—Así que es aquí donde cocinas todas tus creaciones.

—También me escapo alguna que otra tarde cerca del Río de La Plata.

—Claro, supongo que te viene bien para la trama —dijo el inspector—. La madre de Irati ya me ha comentado por encima el argumento.

—¿Sabe qué me dijo Irati una vez? «Escribí esa novela. Es el mejor regalo que podés hacerme».

—Me alegro que puedas cumplir ese sueño —susurró Teodoro—, pero me hubiese gustado vernos en otras circunstancias y poder hablar de tu libro.

—Ya estoy mentalizado para todo, créame. Aquel viaje a España nos ha destrozado, pero aun así me siento afortunado.

—Un superviviente de la existencia más despiadada.

—Algún día me reuniré con ella. Me espera allí abajo, en las profundidades.

El inspector no entendió demasiado el significado de esas

palabras. Los ojos del muchacho brillaban a medio camino entre la tristeza y la emoción.

—Hace unos días, un cuerpo especial de buceo de la policía estuvo inspeccionando la zona cercana al suceso. Y en una de las cavidades submarinas encontraron la diadema de Irati.

—Aquella cinta de color burdeos con una flor de loto.

—En efecto.

—Se la di de regalo de cumpleaños.

—Lamento decirte que esa pista confirma cada vez más la teoría de que Irati fuera asesinada. Puede que la llevaran hasta la cueva y después se deshicieran de su cuerpo.

—¿Todavía hay hombres en la tierra que puedan hacer algo así?

—Todo apunta a que fue Thomas Burkley, con la ayuda de su secretario, quienes organizaron su muerte.

—Y entonces, ¿por qué uno ha sido asesinado y han intentado matar al otro?

—Ahí radica el misterio de todo esto. Quizás mataron a Thomson porque no podía aguantar la presión de colaborar en un homicidio. De esa forma tenían su silencio asegurado.

—¿Y el intento de acabar con Burkley?

—Es muy retorcido, pero podemos llegar a pensar que ha sido una acción premeditada. Es la única alternativa que tenía para eximirse de culpa.

—¿Y qué se sabe del tipo que le metió los tres tiros?

—Ha desaparecido sin dejar rastro.

—¡Tiene que encontrarlo! —demandó el joven.

—Claro, los polis siempre ganan a los malos.

—Mi novela seguro que tendrá un lindo final.

—Sigue escribiendo para la felicidad de Irati.

Teodoro y Ariel se despidieron efusivamente. Quizás sus vidas no volverían a cruzarse nunca más. El inspector caminó de nuevo por la calle Irala hasta llegar a la altura de Pinzón. Giró a la derecha y se dirigió al campo de La Bombonera. Ya que estaba allí no quería perderse la posibilidad de contemplar de cerca uno de los emblemas deportivos más significativos del planeta. Acostumbraba a leer en la prensa cada temporada la crónica del superclásico del fútbol

argentino entre Boca Juniors y River Plate. Dio la vuelta por la misma calle y mientras su mente continuaba ensimismada con el césped y las gradas del mítico estadio, percibió cómo un objeto se incrustaba en su cazadora. Fue la misma sensación que tuvo en Almería tres meses antes de aquel día que salía de la comisaría para acudir al estanco.

—Te dije que no quería verte nunca más —inquirió la misma voz que por entonces.

—Espero que me hicieras caso y te hayas matriculado en la universidad —dijo el inspector, desdramatizando ese momento tan tenso.

—Sigues con tu propósito de que hagamos daño a tu familia, ¿verdad?

—Qué lástima lo de tu jefe, ¿no? —advirtió Guzmán refiriéndose al intento de asesinato de Thomas Burkley.

—No sé de qué me hablas.

—Voy a seguirte hasta el último lugar de la tierra. Espero que encuentres un buen sitio para esconderte.

—No vas a tener más oportunidades. O te apartas del caso o acabamos con tu hija.

Cuando despertó del duro golpe que le había propinado con la empuñadura de la pistola estaba de nuevo tirado en el suelo como una colilla. El hombre misterioso lo había vuelto a hacer, al igual que aquella vez en el taller mecánico de Almería. Se levantó lentamente del suelo. Le dolía la parte derecha de la cabeza. Pasó la mano por su cabello y notó la humedad de la sangre. Tenía una pequeña brecha. Por fortuna, había una farmacia al otro lado de la calle. Lo hicieron pasar a la rebotica y le curaron la herida con alcohol y algodones.

—¡Qué tardecita que llevamos! —dijo la farmacéutica adjunta que intentaba sanar el corte en su testa.

—¿A qué se refiere?

—Acaban de llegar los bomberos. Se ha incendiado una casa a pocas cuadras de acá.

Mientras el cúmulo de curiosos se agolpaba a los pies del número 24 de la calle Rocha, Ariel Godoy observaba atónito cómo las llamaradas se habían apoderado del conventillo contiguo donde

vivía. No podía creerlo. Hizo un intento de colarse en el interior, pero los bomberos le cerraron el paso.

—Ahora es muy peligroso entrar ahí —instó uno de los integrantes del cuerpo de protección civil.

—Tengo que subir a coger una cosa.

—Te entiendo, pero vas a tener que esperar hasta que mis compañeros acaben de sofocar el incendio.

Después de un par de horas, el fuego había sucumbido y las cenizas sobrevolaban desordenadamente por los tejados del barrio. Godoy accedió al conventillo donde vivía. La casa familiar no había sido víctima de las llamas, pero la puerta de entrada estaba abierta. Recorrió el comedor hasta llegar a su habitación. Todo se hallaba patas arriba. Habían removido el armario y los cajones. Buscó con ahínco el tesoro que guardaba en la gaveta corrediza de su escritorio. Sus peores presagios se habían consumado. Le habían robado el manuscrito de su novela. Aquellas páginas que había ingeniado con mimo y ternura durante los últimos meses. Como el cuerpo de Irati desaparecido en las profundidades marinas, todo su esfuerzo literario se había desvanecido también. En el Caminito del barrio de La Boca sonó el tango más amargo. La melodía más melancólica que nadie pudiera imaginar. El cielo de Buenos Aires lucía más grisáceo que nunca. Aquel maldito incendio se había llevado el regalo de su amada.

Parte tercera
Las tres sirenas

10

Kortezubi, 1985

Enclavado en el interior de la Reserva de la Biosfera de Urdaibai, el bosque de Oma es un lugar único y mágico en plena naturaleza de Euskadi. Utilizando antiguas técnicas herederas del Paleolítico, el artista vasco Agustín Ibarrola concibió una curiosa obra a base de manchas y trazos de colores vivos pintados sobre los troncos de los árboles. Dichas pinturas conforman figuras, ojos y arcoíris

dependiendo desde el ángulo o la distancia en que se miren. Ainara Duhalde, William Wright y Jon Eringuren habían quedado una mañana del mes de agosto para contemplar las excelencias de aquel entorno misterioso donde parecía que, de un momento u otro, podrían surgir personajes fantásticos detrás de cualquier pino policromado. Los tres solían coincidir en esa época del año para disfrutar de las ansiadas vacaciones. Wright era quien lo tenía más difícil. Vivía en Londres, pero aun así solía acudir con regularidad ya que a su madre le gustaba veranear en la tierra que la vio crecer.

—Mirad, poneos aquí —dijo Ainara a los dos chicos.

—Es increíble. Se ve la figura de un ojo humano —advirtió Jon mirando desde arriba de un pequeño terraplén.

William adoptó la misma posición que su amigo.

—¡Es superoriginal!

La muchacha señaló al horizonte.

—¿Sabéis que quien hizo todo esto vive en un caserío cerca de aquí?

—No me importaría tener una cabaña en este sitio —el chico británico se frotaba los ojos ante la belleza del lugar.

—Debe ser bastante incómodo vivir en una ciudad tan grande como Londres.

—Tiene también sus ventajas.

—Sentaos aquí —ordenó Ainara—. Vamos a jugar a una cosa.

—¿De qué se trata? —preguntó Jon mientras tomaba asiento sobre la hierba.

—A ver, tenéis claro qué os gustaría ser de mayores, ¿verdad? Entonces, que cada uno relacione esta obra artística que tenemos delante con su futura profesión.

Los dos mozalbetes se quedaron dubitativos durante un instante. Pese a que estaban acostumbrados a las ingeniosas ideas de Ainara la propuesta les cogió por sorpresa.

—¡No tenemos todo el día, chicos!

—¡Ya está! —Eringuren se sintió como si hubiese conseguido aprobar el duro examen de la profesora.

—Me gustaría ser policía, así que vendría a este bosque a hacer prácticas de tiro aprovechando los colores pintados en los árboles.

Haría como si fuesen dianas.

—Bueno, no está mal. A ver, William, sorpréndenos.

—Todavía no tengo claro qué voy a ser de mayor.

—Ya salió el tipo interesante —subrayó su amigo en torno burlón.

—Vamos, Jon, déjalo que acabe.

—Sueño con ser músico, pero si no puedo vivir de eso me dedicaré a la literatura.

—¿Quieres ser profesor? —preguntó el chico vasco.

—¡No, melón! Escritor de novelas.

—Siempre con su aire bohemio. Pero todavía no has contestado a la pregunta de Ainara.

—Si fuera escritor seguramente vendría a este bosque para inspirarme. No habría nada mejor que estar rodeado de esta naturaleza para dar vida a los mejores relatos.

—Parece que el chaval tiene madera descriptiva — cuchicheó Jon continuando en su línea irónica.

—Queda el enigma de nuestra bella dama —William miró fijamente a la muchacha.

—Pues yo vendría a este maravilloso bosque para hacer terapia con vosotros dos y quitaros de golpe la tontería que tenéis encima.

—¡Vaya! ¡Por donde nos sale la señora!

—¿Y cuál es esa profesión tan misteriosa que tiene que ponernos remedio? —preguntó William con su particular humor británico.

—Desde hace tiempo decidí que un día me dedicaría a la psiquiatría.

—¡Buf! Entonces, ya me quedó más tranquilo si me vuelvo loco.

—¿Y si entro en un estado de locura por amar a una mujer también podrás tratarme? —preguntó William.

—Creo que vais a necesitarme antes de lo que pensaba.

Jon se levantó y se dirigió a sus amigos.

—¿Qué os parece si vamos a visitar la cueva de Santimamiñe? No está muy lejos de aquí.

Los tres jóvenes caminaron durante diez minutos por un sendero de tierra hasta llegar a ese deslumbrante icono de la cultura vizcaína. Pero la alegría duró bien poco. El gozo en un pozo. Una reja obstaculizaba una parte de la entrada de la gran cavidad y un

pequeño cartel anunciaba la prohibición de visitarla.

—Ya es mala suerte —se quejó Ainara—. La semana pasada estaba abierta.

—No creo que estén haciendo una gran obra —dijo Jon tratando de restar trascendencia—. Seguramente algún trabajo de rehabilitación.

—Vosotros podéis venir en cualquier momento. No quiero perderme esta oportunidad ahora que estoy aquí. No creo que pase nada porque andemos unos cuantos pasos por allá adentro —argumentó William.

—A mí me da igual. Lo que decida el policía —dijo Ainara mirando con una sonrisa complaciente a Jon.

—Imaginemos que se trata de una misión de rescate, ¡entremos! —sugirió el vasco.

Como si fueran tres Indiana Jones, los jóvenes se introdujeron en la oscuridad del yacimiento. A unos sesenta metros de la entrada se toparon con una galería que se bifurcaba en dos partes; una antesala donde se conservaban buena parte de las pinturas rupestres pertenecientes el Paleolítico superior y la cámara principal por donde continuaba el resto de la cueva.

—Chicos, no lo veo muy claro —alertó Ainara.

William apuntó la cara de ella con su linterna.

—¿Os habéis traído los *walkie-talkies*? —preguntó el británico.

Jon revolvió en la pequeña mochila que llevaba.

—Y además una linterna de repuesto.

—Entonces, si nos pasara algo podremos comunicarnos. No hay motivo para preocuparnos.

William iba por delante de sus dos amigos a modo de sherpa carpetovetónico. El ambiente que se respiraba ahí dentro lo había seducido. Se encontraba seguro y cada vez tenía más ganas de indagar en aquellos pasajes desconocidos. Se había olvidado por completo de que la gruta podía estar patas arriba y que existía cierto peligro en seguir explorando ese mundo tenebroso. El firme de la cavidad estaba cada vez más mojado. Habían iniciado el descenso a

no sé sabe dónde. Se dejaban guiar por un instinto de *boy scout* atolondrado.

La caverna se estrechaba por momentos. Wright marcaba un ritmo inusitado para ser un guía inexperto. Se sentía como un cicerone ante sus compañeros. Justo en el instante en que su virtud de maestro de ceremonias iba en aumento el vuelo inesperado de un murciélago planeando a ras del techo propició que se tambaleara, con la mala fortuna que resbaló y se precipitó por una estrecha galería hasta llegar a una cavidad más plana. La caída tuvo un desnivel de unos tres metros. Se llevó las manos a su pierna. Apenas podía mover la rodilla izquierda. Intentó hacer un acto de heroicidad poniéndose de pie, pero el dolor era incesante. Lanzó un grito desesperado de auxilio invocando la ayuda de sus dos amigos. Su voz se dispersó entre los pasadizos de aquel hueco oscuro y no halló respuesta alguna. Sentía cómo la humedad del suelo empezaba a calarse entre sus huesos. Miró a su alrededor y recreó en su mente una secuencia literaria. De hallarse en otras circunstancias, hubiera sido el escenario adecuado para escribir una novela con tintes oscuros y lúgubres. Algo parecido a un relato de Allan Poe. El silencio sepulcral imperaba en las entrañas de aquel paraíso subterráneo. Una hilera dispareja de estalactitas acariciaba su cabeza. Por fortuna, la linterna todavía funcionaba. La movió a un lado y otro para tratar de ubicarse. En la pared de la derecha un pequeño mural reproducía un escenario de caza. William atisbó la silueta de dos guerreros con sus lanzas y un poco más alejados de ellos la imagen difuminada de un bisonte. El arte rupestre en todo su esplendor. En un ejercicio de empatía pudo entender la dureza a la que se enfrentaron los habitantes de unos milenios atrás. Cerró los ojos y sus emociones empezaron a discurrir como las gotas que resbalaban desde el techo hasta una especie de estanque diminuto donde el agua perecía de forma irremisible.

De repente, la dulce voz de Ainara irrumpió como una melodía celestial.

—¡William, William! ¿Estás bien? —repetía una y otra vez.

Sus palabras se iban entrecortando. Wright alargó su brazo para

capturar el *walkie-talkie* que tras la caída había quedado a un metro y medio de su cuerpo. Apretó el botón del artilugio esperando que el mundo de allá arriba pudiera escuchar sus palabras.

—Sí, estoy bien. Bueno, no mucho —susurró—. Amortigüé el golpe con la rodilla.

—¿Puedes caminar?

—He intentado levantarme y veo las estrellas. Casi no puedo moverme.

—¿Dónde estás exactamente?

—No lo sé. Me parece todo lo mismo. Diría que estoy cerca de una pequeña charca.

—Pero ¿qué ves a tu alrededor? —preguntó Ainara con nerviosismo.

—¿Qué has dicho? ¿Puedes repetir? —solicitó William—. Tu voz aparece y desaparece por momentos. Este aparato no va muy bien.

—¿Puedes oírme? Jon ha ido al pueblo a pedir ayuda. Vamos a sacarte de ahí ¡Mantén la calma!

—¡Ainara! ¡Ainara! —gritó él de forma infructuosa.

Parecía que aquel dispositivo portátil se encontraba en fase terminal. William lo sacudió varias veces con la esperanza de que, si había alguna pieza desencajada, pudiera volver a su estado originario. En uno de esos vaivenes creyó escuchar de nuevo la respiración de Ainara. E imaginó sus preciosos labios, los que se moría de ganas de besar. El verano anterior empezó a sentir algo por la muchacha, pero no había osado traspasar la barrera de la amistad. Siempre había titubeado para expresarle sus sentimientos porque nunca encontraba el momento apropiado. El hecho de que siempre salían los tres juntos impedía que pudiera tener algún momento de intimidad a solas con ella. Y también respetaba la fraternidad que le unía a Jon. La amaba en silencio para no quebrar aquel bonito triángulo de lealtad. ¿Y si nunca más vuelvo a verla? ¿Y si no logran

encontrarme y me quedo aquí petrificado como una estalagmita más? Sumido en aquella soledad tan aterradora volvió a zarandear el *walkie-talkie* con la ilusión de que el cachivache renaciera de sus cenizas. Lo cogió como si se tratara de un micrófono. Soñaba con poder compaginar algún día su faceta de escritor con la de cantante de rock. Y en un arrebato de atrevimiento le musitó a Ainara el lirismo que había imaginado en un pentagrama musical.

—Seguro que ya lo intuías. Las mujeres tenéis esa virtud. Y más, una futura psiquiatra como tú. Si no logro salir de aquí quiero que sepas que estoy enamorado de ti. Si van a ser mis últimas palabras en este mundo, ahí va mi última frase: «Te quiero, Ainara».

William depositó el aparato en el suelo. Pese a la atmósfera de tensión que le había invadido desde la caída se sintió emocionalmente tranquilo. Por fin había tenido el valor de desvelar su amor secreto. De confesar sus sentimientos sin rodeos. Era la despedida anhelada para cualquier poeta roquero. Cuando creyó que tendría un final prematuro a lo Jim Morrison, un súbito haz de luz entró por sus ojos y dilató sus pupilas. Como el flas que deslumbra al vampiro. Parecía que la fiesta pirotécnica no acaba ahí y se sumaron más brotes de iluminación. Tres linternas enfocaron el resto de su cuerpo. ¿Eran los jinetes del apocalipsis que se lo llevaban al infierno o ángeles redentores para encaminarlo hacia los cielos?

—William, ¿estás bien? —dijo una de las voces de los enigmáticos caballeros.

—No puedo mover la pierna —el chico, con muestras de dolor, intentaba desvelar la identidad de los presuntos salvadores.

—Has tenido mucha suerte de estar todavía con vida, jovenzuelo.

—Entonces, ¿me suben a los cielos?

Uno de los integrantes de los guardas forestales extendió una pequeña tabla en el suelo. William acomodó su rodilla encima de la madera. Le vendaron toda la pierna y le dieron un calmante para el dolor.

—¡Vamos, Indiana Jones! Tus dos amigos te esperan allá arriba —dijo otro de los agentes palmoteándole la espalda.

Después de una farragosa y complicada ascensión, los forestales y Wright llegaron a la puerta de entrada de la cueva. Aquella a la que nunca debieron acceder. La procesión del vía crucis había llegado a su fin. Los apóstoles Jon y Ainara aguardaban la presencia de aquel Jesucristo resucitado. Antes de que lo colocaran en el interior de la ambulancia, William balbuceó unas palabras tras pasar al lado de Ainara.

—Todo cuanto dije allí abajo es verdad.

—Apenas pude oír nada —confesó ella—. Ahora tiene que verte un médico.

—¿Nada de nada? —insistió Wright.

—No. Por cierto, ¿sabéis que significa mi nombre y apellido traducido del euskera?

—Seguro que algo bonito.

—Golondrina junto al mar.

Las luces del vehículo se encendieron y la sirena empezó a sonar con vehemencia. Wright dejó en manos del destino todo cuanto pudiera acontecer en el futuro. Quizás la confesión de su amor se quedaría para siempre entre las paredes húmedas y rugosas de aquella cueva oscura. En el silencio y la quietud de las profundidades subterráneas junto a dos guerreros y un bisonte dibujados en la pared.

11

San José, 1999

Emana como una creación de la naturaleza más preciosa. Anclada en una ensenada, surgida de la nada, la población de San José no deja indiferente al ávido viajero que posa por vez primera sus pies en ella. Circundada por dos pequeñas cordilleras de montañas, deviene como uno de los rincones más mágicos del parque natural del cabo de Gata. Una de las serranías de sus lados simboliza el misticismo que invade toda la zona. El otro promontorio situado justo enfrente irradia un encanto inusitado que te captura nada más caer en sus redes. Como una tela de araña que teje sus hilos sobre ti

invocando un halo de misterio surgido del más allá. San José rezuma arte y poesía y durante los últimos años se ha convertido en el reducto ideal de ciudadanos bohemios venidos de algunos países del centro de Europa. Conserva el aroma de un pueblo pesquero de antaño, pero la invasión de turistas en ciertas épocas del año ha fomentado el negocio de la hostelería. Cuando azota el viento se convierte en el paraje ideal para los intrépidos surfistas que se deleitan con el virulento zigzag de sus gigantescas olas que azotan las pequeñas calas. Aquella tarde, María de Hita los había visto planear con sus tablas y sus trajes de neopreno. Nadie como ella conocía las profundidades de aquellas aguas. Pasaba horas y horas allí y las lenguas más viperinas del lugar la tachaban como una embaucadora sirena de mal agüero. Antes que anocheciera salió a impregnarse del olor a salitre que brotaba a pocos metros de su morada. La primavera comenzaba su andadura y el tímido calor dejaba su impronta por las callejuelas del pueblo. En su camino se topó con una feria improvisada con algunos puestos de artículos de artesanía. Recorrió sin prisa cada una de las paradas, pero sin duda el puesto que más le llamó su atención fue uno donde una exposición de piedras preciosas y minerales refulgía de forma sobrenatural. Aquel tenderete brillaba con luz propia delante de sus ojos. Y tras el mostrador, la figura de un individuo enjuto trataba de poner un poco de orden después de la marcha del último cliente. Tenía el cabello largo y canoso. Varias cicatrices de su rostro evidenciaban que ningún mar en calma hizo experto a marinero alguno.

—¿Puedo ayudarla en algo, jovencita? —preguntó el vendedor—. Debe saber que es la piedra quien te escoge y no al revés.

María no daba crédito al arsenal de gemas variopintas que lucían ante su atónita mirada. Tras avizorar de un extremo a otro del tenderete, clavó su retina en un pequeño tesoro que resplandecía con un fulgurante color púrpura poco habitual. Sin duda, aquella piedrecilla la había cautivado.

—Una elección muy acertada —advirtió el hombrecillo al comprobar cómo la muchacha acariciaba con sus dedos la amatista.

—Creo que tiene razón. Ha sido ella quien me ha escogido a mí.

—Es conocida como la piedra preciosa de la protección, de los sueños y del amor. Nos aporta serenidad emocional y sentido común y potencia la motivación y la memoria.

—¡Vaya! No sabía que simbolizara tantas cosas.

—También hay una curiosa leyenda en torno a ella.

—¡Ah, sí! ¡Me encantaría conocerla!

El vendedor cogió la piedra y con un trapito trató de potenciar su brillo.

—Se dice que la historia de la amatista nace de una leyenda griega, en la que Dioniso, rey del vino, se enamora perdidamente de una doncella llamada Amethysos. Esta bella joven, que pedía a los dioses permanecer casta, fue escuchada por Artemisa, que, para protegerla y cumplir sus deseos, la convirtió en una preciosa piedra blanca. Dioniso, al ver a su amada convertida en un bloque pétreo, rompió a llorar y según parece vertió una copa de vino sobre la misma roca que albergaba el corazón de su amor, tiñéndola de ese color tan especial de la amatista.

Al escuchar la fábula, María de Hita se quedó tan boquiabierta como Amethysos. Aquella reliquia le había robado su deseo.

—Después de escuchar todo esto me la quedo —asintió ella—. Disculpe mi curiosidad, ¿lleva mucho tiempo por el pueblo? No recuerdo haberlo visto antes por aquí.

—Pues hace ya unos cuantos años. Llegué en 1984. Vendí mi casa de Lanzarote y compré una pequeña choza en La Isleta del Moro.

—Entonces, ¿ya tiene claro que desea envejecer por mi tierra?

—¡No, en absoluto! Dispuesto a seguir creciendo. Los que tenemos un espíritu joven nunca envejecemos —explicó el hombrecillo con actitud de Peter Pan.

—Por cierto, ¿cómo se llama?

—Airam.

—Nunca había oído ese nombre.

—Es de origen canario. Perteneció a un príncipe guanche y significa libertad.

—¡Hum! ¡La libertad! Eso es algo que todo ser humano debería tener.

María se marchó brillando como la perla que ya formaba parte de

su cuerpo. Airam siguió su estela con la vista hasta que desapareció como por arte de magia. Ese ilusionismo del que era un auténtico maestro.

ଔ

Casi un mes después, María de Hita era un manojo de nervios. El ajetreo de los últimos preparativos la mantenía tan activa que apenas había dormido durante las últimas noches. Había decidido cambiar los derroteros de su porvenir y su futuro se atisbaba como un auténtico misterio. Sin embargo, esa incertidumbre la estimulaba y no resultaba ningún hándicap. La aventura de Barcelona se presentaba como una sobredosis de adrenalina tan necesaria como motivadora para su vida. Amaba la tierra que la había visto nacer, pero sus ambiciones quebraban cualquier tipo de atadura. Por su mente rondaba la posibilidad de que quizás tardaría mucho tiempo en volver. Cierta melancolía se había apoderado de ella. Había llegado el momento delicado de las despedidas. Tras decir adiós o un hasta no se sabe cuándo a sus más íntimos, el círculo lo cerraban dos personas muy especiales para ella. Antes de alcanzar la playa de los Genoveses, el camino transcurre por un pequeño bosque de palmeras, chumberas y yucas. Una antesala mágica en el umbral de ese oasis naturista. María solía ir a menudo por allí y durante su adolescencia construyó con sus amigos una casa de madera en lo alto de un árbol. Había que trepar con la ayuda de unas ramas pero con aquella edad el peligro no existía y su acceso era relativamente fácil. Volvió a enfilar el sendero hacia aquella morada encantada. Allí le aguardaba Lázaro Espinosa, su mejor amigo. Él siempre estuvo enamorado de ella, pero la no correspondencia lo obligó a adoptar el papel de inseparable camarada. Por parte de María nunca surgió la chispa adecuada entre ambos, pero siempre lo consideró como el mayor tesoro de sus amistades.

—Todavía recuerdas el camino —advirtió Lázaro, al tiempo que tendía la mano a María, quien con un salto alcanzó la cima del árbol.

—Hay lugares que nunca se olvidan.

—¿Todo a punto para tu viaje?

—Falta algún que otro detalle, pero bastante controlado.

—No debe resultar fácil.

—A veces hay que tomar decisiones nada cómodas en el presente, aunque pueden llegar a ser determinantes para tu futuro.

—Quien no se arriesga no pasa la mar.

—Así es. Hay que intentar alcanzar los sueños. Y no morir en el intento.

—Ojalá tengas mucha suerte. Y espero que me invites algún día a saborear tus platos en algún restaurante del mundo.

—¡Hecho está! —exclamó ella mientras acariciaba el brazo de Lázaro.

—Bueno y tú, ¿qué? Me he enterado por mi padre que también dejas San José.

—El mes que viene vuelo a Londres. Me he apuntado a un ciclo de formación para directores y guionistas de cine. Viene a ser algo así como una diplomatura. Espero aguantar los tres años —Lázaro emitió una leve carcajada.

—Siempre ha sido tu vocación. Deseo que tengas también todos los éxitos posibles. Te lo mereces.

—Ojalá algún día pueda rodar esa película contigo de protagonista.

María se sintió un poco ruborizada y trató de cambiar de tema rápidamente.

—¿Te llevas al menos las baquetas de tu batería?

—Ya sabes que siempre van conmigo a todas partes. Quizás allí tenga la oportunidad de tocar en alguna banda.

—Inglaterra es la cuna del britpop y de la música alternativa. Seguro que tendrás oportunidad de ello. Ya te veo filmando un videoclip con tu propio grupo.

María y Lázaro se abrazaron como en los tiempos de antaño. Él sintió la piel tersa y aterciopelada de su amada y hubiera dado todo el oro del mundo por besarla y haberle hecho el amor en aquella guarida de recuerdos de juventud. Se esfumaba la mujer de sus sueños y quizás nunca más volvería a verla.

—¿Sabes? —dijo ella—, si algún día vuelvo por aquí no me importaría casarme en este bosque encantado. Eso sí, los invitados tendréis que venir vestidos de duendes y de hadas.

Los ojos brillantes de Lázaro no pudieron disimular la tristeza que

lo embargaba.

—Suena bien. No me lo perdería por nada del mundo.

María de Hita arrancó su Vespa naranja y se dirigió hacia La Isleta del Moro. Por el camino se desvió un instante hasta llegar al mirador de La Amatista. Se apoyó en la barandilla oxidada de la balconada y contempló las espectaculares vistas. Su memoria recorrió en tiempo récord gran parte de sus vivencias más maravillosas. La belleza de aquel marco le puso la piel de gallina. No quería asumirlo, pero se estaba despidiendo de aquello de forma inconsciente. Volvió a tomar la carretera principal y descendió por las curvas que desembocan en La Isleta. Las gaviotas habían ocupado el tejado de esa especie de cabaña donde había establecido su residencia Airam Ascanio. La fragancia a sal marina revoloteaba por el ambiente. Era una choza muy austera y habilitada para su taller de trabajo. Necesitaba mimar con esmero sus piedras preciosas. Era como un Donatello dando forma a la figura de su David. La presencia de María sorprendió al artista canario.

—No era mi intención molestarte —expuso la motorista.

—A veces los graznidos de las gaviotas me impiden escuchar la llegada de alguien.

—Venía a despedirme. Pasado mañana parto hacia Barcelona.

—Solo nosotros somos dueños de nuestro destino. Aquello que elijas estará bien, si es lo que deseas.

—No cabe duda. Creo no equivocarme.

—Pero antes de que te vayas, me gustaría mostrarte algo.

—Claro. Viniendo de ti seguro que se trata de algo muy interesante.

Airam se agarró a la cintura de María y encararon el camino hasta el faro del cabo de Gata. Justo al lado de la mítica torre que sirve como orientación para los navegantes nocturnos, el capricho de la naturaleza quiso engendrar un lugar tan embrujador como misterioso. La leyenda del arrecife de las sirenas cuenta que una mañana de invierno un sonido estremecedor sorprendió a un humilde pescador que trataba de capturar alguna presa sentado en lo alto de una piedra volcánica. Al día siguiente, el sonsonete se hizo todavía más evidente y pudo ver como una luz brillante emergía

poco a poco de las aguas para salir a la superficie. Sumido en aquella especie de alucinación apareció una larga cola de pez de escamas plateadas. La repentina brisa aclaró aún más la enigmática situación y el pescador creyó atisbar el contorno de una mujer con cabellos de color azabache y una voz sugerente y delicada. Como era de esperar, el relato del hombre tuvo poca credibilidad y los habitantes del pueblo hicieron caso omiso a sus palabras.

—¡Qué historia tan bonita!

—No se sabe cuánto hay de cierto en todo aquello que sucedió o pudo suceder.

—Evidente. La historia nos hace creer la parte que más le interesa. Pero mi querido Airam, intuyo que estamos en este lugar por otro motivo.

—La semana pasada estuve aquí y, lo creas o no, aquella sirena vino a visitarme.

—¿Cómo? ¿En serio? ¿Me estás diciendo que los seres de la mitología clásica existen de verdad? —preguntó ella entre la sorpresa y la incredulidad.

—Todo es cuestión de ilusión, aparecen y desaparecen como por arte de magia.

—A ver, Airam. Que dentro de dos días me voy a Barcelona y me gustaría marcharme en mis cabales.

—Todo lo que tu mente imagine puede llegar a ser posible. La fe, tu ilusión mueve montañas.

—No puedo creer lo que estás diciendo.

—Venga, hagamos una prueba. No tienes nada que perder. Cierra los ojos e imagina que algún ser que no reconoces se va acercando poco a poco hasta la orilla. Escucha su leve canto, su voz incipiente que te va ensimismando.

El tono pausado y flemático de Airam era capaz de domar a la fiera más indómita. Sus palabras eran como el efecto del opio más adormecedor. Fruto de ello, María quedó atrapada en un estado de enajenación y comenzó a escuchar a lo lejos la melodía de una náyade apocalíptica. ¿Acaso estaba delirando o los influjos sedantes de Airam empezaban a hacer mella? Y en ese estado de frenesí, comenzó a dudar entre la realidad y la ficción. El sonido de las olas

se había difuminado y cada vez se escuchaba de forma más nítida el canto de aquella sirena. Había dejado atrás la cordura y se acercaba al umbral de la vesania. Como si tan solo hubiese transcurrido un segundo de su vida, María sintió cómo sus párpados recobraban su pálpito habitual y volvió a abrir los ojos.

—Es como si hubiese viajado en el tiempo.

—Siempre estuviste aquí —dijo Airam.

—Entonces, ¿ha sido una ilusión? ¿Como un truco de magia?

—¿No escuchaste la canción de la sirena? Han sido los acordes de una bonita pieza musical, *Moon river*. La letra habla de un río metafórico que representa los sueños y los viajes que cada uno emprende en la vida.

—¡Hum! ¿*Moon river*? Me viene a la memoria la secuencia de una película.

—¿Y sabes qué te susurró la sirena?

—¡Uf! ¡No puedo recordarlo!

—Acaba de anunciar que el día que interpretes esa canción ante alguien se convertirá en el padre de tu hijo.

María de Hita aún estaba aturdida. Tenía la sensación de haber viajado entre lunas. Y la presencia de aquel hombrecillo, que de vez en cuando derrochaba misterio a borbotones, todavía elevaba más su estado de asombro.

—Entonces, ¿quién eres en realidad? ¿Un vendedor de piedras preciosas o un prestidigitador encubierto? —preguntó ella, aún bajo los efectos alucinógenos.

—Te confesaré dos secretos —inquirió Airam—. Mi abuelo fue el pescador que descubrió la sirena y al que nadie creyó que nunca hubiese aparecido ante él. Por eso me vine de Lanzarote hasta aquí. Necesitaba revivir la leyenda y comprobar que mi abuelo no fue ningún loco.

—Y, ¿el segundo secreto?

—¿Crees que se puede hacer desaparecer un avión de siete toneladas encima de un escenario?

—Me parece que eso es casi imposible.

—El ilusionismo es una de las artes escénicas más maravillosas que existen. Es un espectáculo fascinante que conjuga habilidad e ingenio. Obligas al público a mirar a un punto al que le interesa al mago, pero el truco real está sucediendo en otro lugar, en este caso, en una compuerta secreta. El avión lo deslizan por una plataforma. Así lo demuestran las ranuras que hay en el suelo del escenario —desveló Airam.

—Nunca hubiese imaginado que ese truco fuera así.

—¿Entiendes ahora lo que ha sucedido hace unos instantes? Tu mente viajó en el tiempo y rememoró la fábula de mi abuelo; aquella luz brillante, aquella cola de pez con escamas plateadas, aquella mujer de cabellos negros, aquella voz aterciopelada. Tu ilusión te hizo ver la magia de una sirena.

12

Londres, 1999

Desde su adolescencia, William Wright siempre había mostrado unas facultades innatas para la redacción. A los catorce años se presentó a un concurso de cuentos cortos y su obra quedó como finalista. El jurado de Westminster School se decantó por otro libro y Wright tuvo que conformarse con el accésit. Su prosa no pasaba desapercibida para los profesores del claustro que trataban siempre de animarlo para que prosiguiera con su escritura. Su pasión por la literatura junto a su devoción por la música lo llevaron a fundar una banda de rock alternativo a inicios de los años noventa. Puso un anuncio en el *Daily Mirror* y se presentaron un buen puñado de candidatos. Si bien no podía alardear de una gran voz, lo cierto es que Wright entonaba de forma más que aceptable. No había asistido nunca a clases de canto, pero tenía el oído muy fino. Buscaba un guitarra, un bajo y un batería. Después de una selección ardua y meticulosa, Wright dio vida a Evening Shadows, una banda que

bebía de la influencia de la música independiente de la movida de Manchester. Max Labiano (guitarra), Robert Taylor (bajo), Lázaro Espinosa (batería) y William Wright (voz y compositor) alquilaron un local de ensayo cerca de Camden Town y soñaron con llegar a ser algún día auténticas estrellas del rock. Llegaron a grabar un par de maquetas, pero la indiferencia de las discográficas de la época diluyó las esperanzas de los cuatro mozalbetes. Una decena de actuaciones por algunos *pubs* del norte de Londres y una estrecha amistad entre todos ellos fue el legado más significativo de aquella ilusión. Descartada la posibilidad de convertirse en un divo de la música, Wright se decantó de manera definitiva por el arte de las letras. Hacía unos meses que vivía en un pequeño piso de alquiler en South Kensington, pero no se encontraba demasiado a gusto. El ruido por la noche era infernal y los vecinos del antiguo edificio de Gloucester Road no eran precisamente los compañeros de viaje más aconsejables para que pudiera crear la atmósfera más adecuada para sus inspiraciones. Cansado y agotado de compartir penurias y desgracias en aquella especie de 13 Rue del Percebe, Wright se presentó en una de las inmobiliarias del barrio para tratar de encontrar otra dulce morada. Entró en los bajos del número 17 de Cromwell Road y esperó su turno. Tres mujeres ocupaban la parte de entrada del local y se encargaban de atender a los clientes. Tras diez minutos de espera, Wright tomó asiento ante una de las tres empleadas de la oficina. Iba con la firme intención de encontrar un nuevo nidito para su creación literaria, pero su mirada se perdió de modo inexorable por las curvas de la mujer que estaba sentada detrás del ordenador.

—Buenas tardes, caballero. ¿En qué puedo ayudarle?

—Llevo tres meses viviendo en las calderas del infierno y estoy buscando un remanso de paz para poder trabajar con un poquito de calma.

—¿Tiene predilección por alguna zona en concreto de la ciudad?

—He probado por varios distritos, aunque por desgracia no doy con la tecla adecuada. Paso mucho tiempo en casa por mi trabajo; el lugar donde vivo ahora no es adecuado para mi creatividad.

—No quisiera ser indiscreta, pero si supiera a qué se dedica quizás podamos encontrarle algo acorde a sus pretensiones.

—Soy escritor o un eterno aspirante a ello.

—En ese caso, ¿se ha planteado alguna vez dejar el centro de Londres y buscar algo en un entorno más rural alejado de la ciudad? —instó la joven.

Aquella sugerencia revoloteó de forma inesperada por el cerebro de Wright. Por un instante imaginó un paraíso bucólico rodeado de naturaleza y retozando de manera salvaje con la mujer felina que se encontraba justo delante de él. Si bien la agente inmobiliaria no desprendía una belleza abrumadora tenía un atractivo animal irreprimible que le trastocó todos sus sentidos.

—Sinceramente, no lo había pensado, pero ahora que lo dice no me parece en absoluto una idea descabellada.

—Nos acaba de entrar un apartamento tipo dúplex muy bonito y acogedor en Dover, en el condado de Kent. ¿Conoce la zona?

—¡Uf! Eso sí que es rural. Un cambio abismal.

—Mire, le enseño algunas fotos.

La agente inmobiliaria giró la pantalla de su ordenador. Wright se acercó y pudo comprobar desde la primera línea de fuego cómo la fragancia que desprendía aquella mujer era capaz de embriagar a cualquier enemigo.

—No cabe duda de que se trata de un piso muy especial —dijo el escritor.

—Son novecientas libras al mes. Los gastos de la comunidad y los impuestos anuales corren a cargo del propietario. Si entra dentro de su presupuesto, mañana nos podíamos acercar y verlo in situ.

William Wright se quedó pensativo durante un instante. La cantidad se excedía ligeramente de sus pretensiones, pero sin duda

alguna estaba dispuesto a realizar un esfuerzo económico con la intención de alcanzar la paz anhelada.

—Le dejo mi tarjeta de visita. Mi nombre es Azucena Castro. Si le parece, mañana sobre las diez paso a recogerlo por delante de la oficina.

Al día siguiente, puntual como un reloj de precisión suiza, Wright aterrizó en el número 17 de Cromwell Road. Sin apenas tiempo para vislumbrar quién paseaba por ambos lados de la calle, apareció un Mini de color rojo y se detuvo delante de él. Azucena vestía una falda multicolor con mandalas y una blusa blanca con un arsenal de flecos en cada una de sus mangas. Lucía media melena morena y unas gafas de sol vintage de color rosa. Su cabello ensortijado con un corte escalado le confería ese inconfundible aroma *hippie* del *Summer of love* de San Francisco. Y, además, era española. Y eso era sinónimo de mujer pasional. Wright no daba crédito a aquel extraño escenario. Comenzaba a dudar si se había citado con una agente inmobiliaria para visitar su futuro hogar o si se iba de vacaciones con aquella mujer terriblemente atractiva sin ningún tipo de plan establecido. Tras dejar a la derecha el Big Ben y atravesar el puente de Westminster tomaron la autopista A2 en dirección al condado de Kent.

—Así que un escritor en busca de un lugar tranquilo para su inspiración.

—En efecto. Encontrar un clima adecuado de trabajo es vital para que las musas puedan ejercer su influencia.

—¿Y cómo va de musas? ¿Alguna en especial que le haya iluminado recientemente? —preguntó ella con cierto aire de coquetería femenina.

—Mi sequía empieza a ser preocupante. Ni musas ni inspiración. A este paso me veo tocando el violín en cualquier esquina de la ciudad.

—No hay que perder la esperanza. El día menos pensado la suerte puede cambiar —dijo la agente inmobiliaria tratando de ocultar su risa tras la frase graciosa que acababa de escuchar por parte de su copiloto.

Wright miró de reojo la escultura que tenía a su lado derecho. Parecía una réplica de la Venus de Milo, pero con todas sus extremidades al completo. La hipocrénides adecuada para hacer florecer de nuevo sus composiciones. La fragancia que había descubierto el día anterior en la oficina ahora se hacía mucho más palpable. Su aroma se había instalado debajo de su nariz. No entendía qué le estaba sucediendo, pero a medida que hablaba con la mujer su deseo iba en aumento. El escritor trató de apaciguar su apetito carnal.

—¿Hace mucho que trabaja en esa agencia?

—Hará un par de años. Lo cierto es que necesitaba cualquier trabajo para seguir costeándome mis estudios.

—¿Sus estudios?

—Cuando acabé mi carrera de hostelería en Barcelona me vine a Londres para ingresar en la Chef Academy. La matrícula y los cursos son bastantes caros y necesitaba dinero para seguir adelante —Azucena hizo una pausa y sorbió un trago de agua—. El nivel aquí es muy alto y la experiencia que puedes adquirir te puede abrir muchas puertas en un futuro mercado laboral.

—¿Y tiene intención de inaugurar un restaurante en algún lugar del mundo?

—No me lo he planteado ni tampoco me seduce la idea. Me gustaría dedicarme a la docencia e impartir los conocimientos que vaya adquiriendo.

No pudo evitarlo. Entre el *sex appeal* que desprendía aquella mujer junto a su fascinación por la cocina se imaginó rodando algunas escenas eróticas de la mítica *Nueve semanas y media*. Rodeado de fresas con nata, su mente empezó a recorrer el vientre de aquella Kim Basinger en versión morena.

—¡Oh! *Friday I´m in love*! ¡Qué temazo de los Cure! —vociferó

Azucena mientras sonaba en la radio la entrañable canción de la banda liderada por Robert Smith.

—Y además hoy es viernes —confirmó Wright al tiempo que dibujaba una sonrisa en sus labios.

Dover es uno de los puertos más importantes de ferris con destino a la población francesa de Calais. Fue construido para protegerse de las invasiones que provenían del otro lado del canal de la Mancha. Su castillo medieval en la atalaya de la ciudad, los extensos túneles secretos utilizados en tiempos de guerra y sus emblemáticos acantilados blancos la convierten en una genuina joya en el sur de Gran Bretaña.

Azucena aparcó el Mini en Upperroad, el lugar del destino. Al final de la calle emergía un bloque de apartamentos con una altura considerable. Empezaba a llover y una tímida brisa comenzó a acariciar sus rostros. Entraron en el edificio y subieron por el ascensor hasta la quinta planta. Ambos se observaron a través del espejo del elevador. A pesar del frío de ahí afuera, la temperatura subía por momentos. Azucena abrió la puerta del inmueble. A la derecha se situaba el comedor con dos grandes ventanales. La sala, casi en penumbra, estaba amueblada con una decoración bastante clásica. La mujer levantó las persianas y, como por arte de magia, pareció que una acuarela del pintor romántico alemán Friedrich emergía de la nada. Era como un decorado de película. La espectacular vista con los acantilados de fondo invitaba a escribir ya la futura novela de Wright.

—No me diga que esto no es inspirador —sugirió Azucena al tiempo que deslizaba los dedos alrededor de sus labios.

La influencia de Mickey Rourke no tardó en llegar y en un arrebato descontrolado, Wright cogió los dedos de Azucena y se los llevó a su boca. Ella no opuso resistencia alguna. Nunca había percibido aquel perfume tan de cerca. La mujer se separó de él tratando de quebrar aquel instante de incipiente ardor.

—Pero antes, una bella sinfonía.

Azucena cogió uno de los vinilos de la estantería del salón y lo colocó en el tocadiscos. Tras unos cuantos chasquidos, la aguja acabó

surcando la pista de *O Fortuna*, la pieza que abre el telón de la cantata Carmina Burana. Se despojó de su camisola de flecos y con sus pechos al descubierto comenzó a danzar de forma descontrolada de un lado a otro de la sala. Siguiendo los acordes de la melodía, abría y cerraba sus brazos como una mariposa sobrevolando los prados en una mañana de primavera. Wright permanecía absorto contemplando esa actuación tan improvisada como alucinante. El deseo por esa mujer disparó toda su apetencia sexual. Y, como si se tratara del efecto de una metralla, imaginó cómo Azucena desprendía esquirlas de lujuria a discreción. Pidió disculpas por lo que iba a acontecer al autor de los poemas goliárdicos y, en un arrebato medieval, el británico levantó su abigarrada falda, apretó fuertemente sus nalgas y la espiritualidad de las mandalas dio lugar a la fogosidad más carnal. Sin besos, sin caricias, sin arrumacos. Pura pasión. El mundo místico se sometió a lo material. Practicaron sexo durante un par de horas hasta que el cansancio del éxtasis los dejó adormecidos. Tras despertar, Azucena salió un instante a la terraza. William observó la silueta de su cuerpo desnudo desde el sofá. Las olas habían dejado de golpetear contra las rocas. El mar yacía en calma y se percibía el inconfundible olor a salitre.

ଔ

La incertidumbre de aquellas horas previas originaba que su mente viviera en una vorágine de emociones difícil de detener. Como el coche de un *Scalextric* que no paraba de dar vueltas en la pista de un circuito cerrado. Notaba como si un nudo en la garganta no se separara ni un instante de ella. Algo parecido al canguelo que padeció el día que le comunicaron las notas de selectividad. Así se sentía Azucena Castro cuando descolgó el teléfono. Su mano tiritaba.

Aquella llamada podía cambiar el rumbo de su vida. Estaba a expensas que le comunicaran si le habían concedido una plaza como docente en la Escuela Superior de Hostelería de Barcelona (ESHOB). O volaba hacia Barcelona o tenía que alargar su estancia en Londres. Cuando colgó el móvil, el grito de alegría debió oírlo hasta la mismísima reina de Inglaterra en el Buckingham Palace. Durante los últimos años había realizado un gran sacrificio estudiando y trabajando a la vez. Su labor como asesora inmobiliaria le había permitido costearse los estudios en la prestigiosa academia. Lo tenía todo a punto para su desembarco en la ciudad condal. Tenía varios contactos con agentes de fincas que le habían aconsejado una vivienda que cumpliera sus expectativas. En menos de una semana había embalado sus pertenencias. Contempló por última vez desde el avión las aguas del Támesis. Desde su nacimiento en Cádiz, siempre había estado en comunión con el mar. Por eso había elegido la capital catalana. Allá donde fuera a instalarse durante una larga temporada debía cumplir ese requisito *sine qua non*.

Tras aterrizar en el aeropuerto de Barcelona, el taxi la condujo hasta el barrio de Horta. Le habían recomendado un inmueble en la plaza de Ibiza. «Aquí estarás tranquila. Es una zona muy agradable para vivir. Es como un pequeño pueblo dentro de la gran ciudad», le había recalcado varias veces su colega inmobiliaria. El piso tenía poco más de sesenta metros cuadrados, pero sin duda su máximo atractivo radicaba en el balconcito que daba a la plazoleta. Teniendo en cuenta el privilegiado clima de Barcelona, aquel rincón exterior era media vida. Se imaginó por un instante que colocaría una mesita envejecida con un blanco decapado y unas sillas de color turquesa, sin duda sus tonalidades predilectas. Abrió una de las cajas y hurgó en su interior. Era una foto en blanco y negro de sus padres. La posó encima de una de las estanterías del comedor. Mientras su pensamiento rememoraba fugazmente su adolescencia en la ciudad

gaditana llamaron a la puerta.

—Creo que se han dejado esta caja sin subir —advirtió un hombre de unos cuarenta años.

—¡Oh!, ¡muchísimas gracias! Soy Azucena, la nueva inquilina.

—Encantado. Mi nombre es Víctor. ¿Viene de muy lejos?

—He estado viviendo en Londres los últimos años.

—Supongo que un cambio motivado por temas laborales.

—Así es. Además, necesitaba el mar de Barcelona.

—La entiendo. Si le apetece, cuando acabe de colocar sus cosas, la puedo invitar a un vermut en el bar de aquí abajo y le explico cuatro cosillas del barrio —propuso el vecino.

—Me parece una idea maravillosa. Deme veinte minutos y enseguida voy.

Tras ordenar por encima cuatro bártulos, Azucena se enfundó sus apretados pantalones campana y un top negro que ponderaba la majestuosidad de su combadura femenina. Llevaba con gran orgullo sus treinta primaveras. Pese a que no era una enfermiza de los gimnasios siempre había tratado de mimar su línea. La bendita genética había hecho el resto. Aunque uno de sus máximos atractivos residía en su mirada, tan sensual como penetrante. Sus amigos decían de ella que nunca tenía un «no» para nadie y siempre estaba dispuesta a ayudar a todo aquel que la solicitara. Identificó enseguida al vecino tan empático que acababa de conocer. Permanecía sentado en la terraza del bar Quimet, uno de los emblemas centenarios del barrio de Horta.

—Quedan ya pocos garitos como este —dijo Víctor al advertir la llegada de Azucena.

—No me equivocaría al decir que debe ser de principios de siglo.

—En efecto. Y hacen una tortilla de patatas que revive a un muerto.

—¡Vaya! ¡Es una de mis especialidades!

—Espero que sea con cebolla.

—Eso siempre. Y en su punto justo de cocción —subrayó la mujer—. No me gusta que quede crudita.

—No me va a quedar más remedio que probarla.

—Si tuvieras que darle un mordisco a cada uno de mis platos ya

veríamos.

—¿No me digas que eres cocinera profesional?

—La semana que viene comienzo a impartir clases en la Escuela Superior de Hostelería.

—Entonces, vendré a verte alguna vez con la excusa de que se me ha olvidado comprar la sal —sugirió él con cierto aire seductor.

Azucena emitió una ligera sonrisa halagadora.

—La verdad es que tenía ganas de dejar el trabajo que llevaba haciendo hasta ahora.

—Claro, si no era tu vocación.

—El negocio inmobiliario es muy imprevisible, aunque puedes ganar mucho dinero en poco tiempo.

—Tienes razón. Precisamente tengo un amigo que andaba buscando un local para su negocio.

—¿De qué tipo de espacio se trata?

—Quiere montar un cabaret.

—Hasta el lunes que viene no empiezo en la escuela. Puedo llamar a una colega a ver si tiene algo.

—¿Podrías hacerme ese favor?

—Claro, hay que llevarse bien con los vecinos. No te pediré la sal, pero puedes ayudarme cualquier día en otra cosa.

Azucena Castro se retiró un instante para hablar por teléfono. Después de diez minutos de conversación volvió a la mesa de la terraza.

—Hay un local interesante cerca del Paralelo.

—¡Genial! Me dices qué día te va bien y le digo a mi amigo que vaya a verlo.

Al día siguiente, Enric Llauradó, el amigo de Víctor Aranda, se presentó en la calle Blasco de Garay. Vestía de negro y desprendía cierta elegancia. Azucena Castro llegó al cabo de unos minutos.

—Usted debe ser el señor Llauradó —dijo ella al advertir al tipo que esperaba en la misma puerta del local que le iba a mostrar.

—Así es. Mi más sincero agradecimiento. Víctor ya me ha dicho que ha hecho una excepción al venir aquí.

—Considérelo como una especie de favor. Puede que sea mi última gestión como asesora inmobiliaria.

—¿Y a qué piensa dedicarse a partir de ahora, si no es indiscreción?

—Voy a dar clases de cocina.

—Un cambio radical, sin duda.

Azucena sacó de su bolso unas llaves y abrió la puerta de entrada de aquel local.

—No sé cómo estará todo esto —se excusó ella.

—No se preocupe. Se trata de ver el esqueleto de la sala para comprobar si reúne las condiciones necesarias.

—Me comentó Víctor que la intención es montar un cabaret.

—En efecto. Esta ciudad se ha quedado huérfana de este tipo de espectáculos.

—Una idea tan romántica como arriesgada.

—También queremos que sirva como lanzadera para aquellos artistas desconocidos que no han tenido muchas oportunidades.

—Me parece una buena idea. Hablaré con la propietaria para que le rebaje el precio del alquiler —dijo Azucena con tono irónico.

Enric Llauradó se dio un ligero paseo por las estancias contiguas a la gran sala que, a priori, estaba destinada al escenario y al patio de mesas para el público. En su cabeza armaba el puzle de cómo iba a organizar aquel espacio que ahora se encontraba desierto y desolado. Azucena lo seguía discretamente con la mirada. Había algo en ese tipo que no le inspiraba confianza. Puede que fuera fruto de su imaginación, pero su extrema sensibilidad le sugería cierta sospecha y recelo.

—Hable con ella —dijo Enric, refiriéndose a la propietaria—. Requerimos de un contrato largo de alquiler, y autorización para realizar varias obras de adecuación.

—Supongo que eso no será ningún problema.

—Le dejo mi tarjeta. Llámeme en cuanto sepa algo. Le estoy muy agradecido.

No había duda de que a aquel tipo le había encantado el local. Todo parecía indicar que iba a arrendarlo. Fruto de la casualidad, Azucena percibiría una buena comisión. Quizás unas cien mil pesetas. Pensó que no había mejor manera de celebrarlo que estando cerca del mar. O incluso dentro de él. Un compañero catalán de la

Chef Academy le había hablado de la existencia de una pequeña cala por las costas del Garraf. Buscó un taxi en la plaza de Les Drassanes. El viaje no le resultaría nada barato, pero al fin y al cabo le caerían del cielo unos cuantos billetes que no contaba. El vehículo la dejó al lado de un ostentoso puerto deportivo. Se descalzó y empezó a sentir las palpitaciones de la tierra. Deambuló por un sendero medio asfaltado. A su derecha atisbó un pequeño estanque de agua salada. No tendría más de un metro de profundidad. En un extremo de aquella piscina natural, una pareja de pelícanos trataba de capturar algún que otro pez para poder saciar su estómago vacío. Tras caminar unos doscientos metros, la fina arena dorada le dio la bienvenida. Hacía tiempo que sus pies no se hundían en las dunas de una playa. Dejó atrás un chiringuito que, por fortuna, estaba cerrado. Había huido del bullicio de la gran ciudad y no deseaba encontrarse a demasiados humanos por el camino. Finalmente, el tesoro apareció ante sus ojos. La cala era más bien estrecha, pero tenía el encanto de estar semi escondida bajo una gran formación rocosa. Anochecía y el mar empezaba a iluminarse con los destellos plateados de la luna. Azucena se sentó a los pies de la orilla dejando que las tímidas olas bañaran sus perfectas piernas bronceadas. Necesitaba impregnarse de aquel ambiente. Recordó los momentos íntimos con su amigo Marcos en la playa de su ciudad. Habían hecho el amor por primera vez en las aguas gaditanas. Tras aquel novicio éxtasis sintió la necesidad de sumergirse mar adentro. Se sentía atraída por una fuerza extraña que provenía del más allá.

Había perdido la cordura e imaginó cómo la voz de una especie de Poseidón la invitaba a aletear por los confines. Se despojó de la parte superior de su ropa y comenzó a sortear cuantas olas se abrían a su paso. Cuando las aguas cubrieron su cuerpo buceó unos cuantos metros con los ojos abiertos. Sintió una inmensa paz. Aquel silencio la enamoraba. La temperatura era más bien fría, pero ella era capaz de sobrellevar sin complicaciones esa circunstancia. Podía aguantar la gélida sensación de un hielo sobre su espalda apenas sin titubear.

Salió de nuevo a la superficie y se estiró con los brazos en cruz para contemplar el brillo del astro nocturno. Estaba sucediendo aquel fenómeno que ocurría aproximadamente cada tres años: el de la «superluna» o luna azul. En astrología se la considera luna llena en piscis y marca un momento para conectar con las emociones y anhelos más espirituales. Con las palmas de su mano recogía el agua salada y mecía sus brazos como si estuviera interpretando una coreografía. En su mente sonó *I´ll be waiting* de Eurielle. Mientras caminaba de regreso a la orilla imaginó la sombra de un hombre. Tenía el cabello semilargo y sostenía una copa de vino. En la otra mano llevaba una especie de toalla. Esperaba su presencia para arroparla. Por un instante evocó el encuentro en el apartamento de Dover. Quizás nunca más volvería a verlo, pero el enigmático escritor continuaba merodeando por sus pensamientos. La luna llena empezaba a ocultarse detrás de la pared de peñascos. Sus breves momentos como sirena se habían consumido. Como una cenicienta que debe desaparecer al toque de las campanadas. Tenía que volver de nuevo a la civilización. Al cemento armado. A la sociedad de consumo. Enterró bajo la arena sus vestiduras de mujer del mar. El sonido del romper de las olas se iba diluyendo al tiempo que se alejaba de aquel lugar que había bautizado ya como «La cala de las sirenas olvidadas».

13

Barcelona, seis meses después

La comarca de La Spezia es uno de los lugares de mayor belleza de la costa oeste de Italia. Y uno de los secretos recónditos más fotografiados es la *Cinque terre*. Está conformada por cinco

pueblecitos unidos entre sí por diferentes senderos donde la naturaleza se pone al servicio del peregrino que decide sucumbir a un periplo plagado de pequeños bosques de pino y de roble de hoja perenne, acantilados, puentes de piedra, antiguas iglesias y un puñado de playas tranquilas donde darse un chapuzón en la acuciante temporada de verano. Gastón Sagairi jugaba en casa. Su padre se había criado en Vernazza, una de las cinco maravillas que conforman esa región bañada por las aguas de la Liguria, y conocía a la perfección los entresijos de aquel emplazamiento. Le habían encargado un reportaje sobre esa zona italiana y a su vuelta a Barcelona comenzó a revelar los varios centenares de instantáneas que había capturado durante la última semana. Instalado en su pequeño estudio de la plaza del Pi, Sagairi colaboraba desde hacía cinco años como *freelance* para la prestigiosa National Geographic. Se había convertido en un auténtico buscavidas, ya que su vocación no le permitía vivir con un mínimo de comodidades. Su condición de lazarillo le había impulsado a desarrollar sus dotes de relaciones públicas de un pequeño cabaret ubicado en una de las calles que brotan del Paralelo. Desde hacía bien poco, su misión era la de descubrir nuevas voces del panorama musical ya fuera español o extranjero. Trabajaba para el mecenas Enric Llauradó, un enigmático personaje de la noche barcelonesa del que muy pocos conocían su misteriosa existencia. Había oído hablar que presidía un grupo empresarial del mundo de la comunicación, pero esa vida turbia y confusa poco le importaba a Sagairi; su jefe le pagaba más que dignamente y se vendaba los ojos ante la procedencia embrollada de sus emolumentos.

Tras revelar una pequeña parte de su magno reportaje, Gastón

cogió el paraguas, se enfundó la gabardina y tomó rumbo hacia el cabaret. Hacía una tarde de perros. Una inesperada tormenta se había adueñado del cielo de Barcelona y deambular por la calle intentando sortear la inclemencia de la lluvia se había convertido en una misión harto complicada. Atrapado por esa bacanal de agua decidió que, para llegar hasta la zona del Paralelo, lo mejor sería ir en coche. Cruzó las ramblas como el remero que cumple el castigo de bogar en las antiguas galeras del rey. Y recién entrado en la calle Hospital advirtió la presencia de un taxi. Levantó su mano izquierda y el vehículo se detuvo unos metros delante de él. Pensó que lo había atraído como un imán. Se vanaglorió de su triunfo. El diluvio no permitía caminar un metro más. En ese preciso instante, una joven salió del portal contiguo a donde se hallaba Gastón y se apresuró a subir al coche.

—Disculpe señorita. Diría que ese taxi es para mí. Acabo de avisar al conductor.

—Creo que se equivoca, caballero. Hace diez minutos que he llamado a la centralita y me acaban de confirmar su llegada.

—¡Vaya! ¡Pues qué extraña coincidencia!

La joven examinó con discreción la figura de Gastón. No era un tipo al uso. Su imagen era poco convencional y rezumaba cierta aureola de bohemio. Sus refulgentes ojos verdes contrastaban con su cabellera morena, que casi alcanzaba la zona de sus hombros. Se apoderó de ella cierto sentimiento de compasión y pensó que no sería una idea descabellada compartir el taxi durante una parte de su trayecto.

—¿A dónde se dirige? —preguntó ella—. Dependiendo de donde vaya, podíamos compartir viaje durante unos minutos. Esta tarde no va a ser nada fácil coger un taxi.

—Voy hacia la zona del Paralelo —dijo Gastón, albergando la opción de poder subir al mismo vehículo con la joven que desde el segundo cero le había cautivado.

—En ese caso, creo que podemos compartir el taxi. No me desvío demasiado del lugar adonde voy.

Los repentinos recién conocidos se acomodaron en el asiento trasero ante la mirada atónita del taxista que respiró con aire de

victoria tras confirmarse que aquel curioso entuerto quedaba resuelto.

—¡Madre mía! ¡La que está cayendo esta tarde! Hacía tiempo que no veía llover tanto —comentó él mientras contemplaba como las gotas de agua impactaban en la ventanilla.

—Me gustan los días así. Si no fuera porque llego tarde a mis clases, hubiese ido por la calle cantando bajo la lluvia.

Gastón no daba crédito a lo que sucedía. Eclipsado por la presencia de la joven que tanta fascinación le había originado, a ello tenía que añadirle su pasión por la música. Activó su estatus de cazatalentos y enterró su pasión por la fotografía. ¿Y si estaba en lo cierto y acababa de conocer a alguien con unas dotes extraordinarias?, se preguntó varias veces.

—¿De modo que le apasiona cantar? —dijo con la ilusión de estar al lado de un auténtico diamante en bruto.

—No podría vivir sin la música.

—¿De veras? ¿Y se dedica profesionalmente o de forma autodidacta?

—Mi pasión por el canto es vocacional.

—En ese caso, tendré que presentarme. Mi nombre es Gastón Sagairi y me dedico a la gestión de relaciones públicas de un pequeño cabaret cercano al Paralelo.

—Encantada. Soy María de Hita —dijo ella extendiéndole la mano—. Siempre me apasionó la magia que hay en esos locales. Allí se puede disfrutar de la música de un modo más íntimo, ¿verdad?

—Claro, ¿ha oído hablar de La Guarida del Dragón? Hace unos meses que abrimos el local. Nuestro propósito es encontrar voces desconocidas que nunca tuvieron una oportunidad para triunfar.

—No tengo el placer de conocerlo. No hace mucho que me instalé en Barcelona y, además, no me gusta demasiado la vida nocturna.

—Creo que no me va a quedar más remedio que descubrir en vivo y en directo sus dotes artísticas. Si le parece, podría acercarse un día al cabaret y vemos qué tal entona. Tenga, aquí tiene mi tarjeta.

María de Hita la guardó en su bolsillo.

—Ahí delante tienen la calle Blasco de Garay —indicó el taxista.

—¿La volveré a ver? —preguntó Gastón con un tono entre la

melancolía y la esperanza.

—*Maybe, maybe*…

Gastón bajó del taxi y, como preceptivo galán a la vieja usanza, dejó pagado al conductor el trayecto de la joven hacia su destino final. Mientras la estela del vehículo se desvanecía por el horizonte, imaginó a María de Hita entonando melodías bajo la lluvia como un Gene Kelly abrazado a una farola. No cesaba de rondar por su mente. La misteriosa belleza de esa mujer lo había capturado por completo. Ya era víctima de sus influjos. No podía quitarse de la cabeza esa mirada. Tan dulce como afilada. Unos ojos azules tan intensos que parecían recién salidos del mar.

Muy cerca de la playa de la Nova Mar Bella se alza el edificio del ESHOB (Escuela Superior de Hostelería de Barcelona). Un aroma irresistible y embriagador emanaba del aula B del segundo piso. Se estaba cociendo algo cautivador para el estómago más exigente. El sueño de María de Hita se había hecho realidad. Muy pocos se atreverían a dejar su familia y su San José natal para proseguir los estudios tan lejos de su entorno. Pero era su vocación. Pese a que atesorara buenas dotes para la música y la pintura, su devoción por el arte culinario era tal que había decidido apostar fuerte por ello.

—Soy partidaria de añadir siempre medio limón exprimido. Potencia el sabor de forma extraordinaria —propuso la profesora ante la mirada atenta de sus alumnos.

La docente elaboraba una salsa con leche de coco. Había agregado a la cazuela una serie de especias de la India, cebolla casi caramelizada, unos dientes de ajo picados a rodajas y un poco de tomate triturado.

—Tiene una textura increíble —dijo María de Hita.

—En efecto, la leche de coco le da esa cremosidad especial. Se puede acompañar con cualquiera de las carnes que queráis cocinar —matizó la maestra.

—Mi madre lo hacía mucho con pollo —advirtió Blanca Rubio, una de las alumnas.

—Es una opción interesante. Ahí ya tenéis una nueva receta: pollo

al curry. Y ahora, ensayaremos un postre. A ver qué os parece.

Durante la siguiente hora, los estudiantes siguieron con atención las explicaciones de Azucena Castro. Tenía encandilada a su parroquia. Su estilo era muy técnico y didáctico a la vez. Presumía de mano izquierda para tratar al alumnado y se había creado un gran respeto y admiración por parte de ellos. Su paso por la Chef Academy de Londres no había sido en vano y le otorgaba una sabiduría por encima de gran parte de sus colegas de profesión. María de Hita y Azucena habían hecho buenas migas. La sensibilidad de la pupila congeniaba a la perfección con el pragmatismo de su tutora. La relación de amistad traspasó el ámbito de la academia. Primero fueron algunas cenas por Barcelona y después durante un verano llegaron a compartir un viaje vacacional a Estados Unidos cuando ambas se encontraban sin pareja.

Habían transcurrido unas semanas desde aquel encuentro en el taxi al más puro estilo del *New York movies* bajo la lluvia torrencial. A diferencia de aquel día, la tarde se presentaba completamente soleada. Al finalizar la clase, María de Hita se despidió de sus compañeros y cogió la bicicleta que tenía aparcada en el paseo del Taulat. No podía perder demasiado tiempo. Tenía una cita importante. Pedaleó durante un buen rato por el carril bici paralelo a la ronda Litoral y llegó hasta la plaza de Les Drassanes. Y desde allí tomó la avenida del Paralelo. En la esquina con la calle Blasco de Garay la estaba esperando el hombre que deseaba catapultarla a la fama.

—Para que luego digan que la Cenicienta siempre llega en una carroza guiada por cuatro caballos blancos —rio Gastón Sagairi.

—Hasta las princesas de alto linaje nos volvemos mundanas.

—¿Preparada para cambiar el rumbo de tu vida?

—¡Buf! ¡Eso sí que es meterme presión!

El ingreso en La Guarida del Dragón no deja indiferente a casi nadie. Realmente da la sensación de entrometerse en la mazmorra de

un ser mitológico. Nada más entrar y, tras eludir una cortina negra de terciopelo, una larga barra de bar ocupa gran parte del lado izquierdo de la sala. Delante, se sitúan en fila india una serie de banquetas fabricadas en madera de haya. El rojo carmín preside las paredes y el techo. Tras sortear una decena de mesas circulares con manteles bordados a mano brota el escenario para las grandes celebridades. Es un antro coqueto, una caverna acicalada para un público minoritario, pero ávido en descubrir nuevos talentos del mundo de la escena.

—Y bien, ¿qué menú ha preparado la señorita para impresionarme? —dijo Gastón haciendo un ademán con la palma de sus manos.

—¿De verdad estamos solos?

—Soy el único ser aquí dentro preparado para descubrir tu talento.

—Estoy un poco nerviosa.

—¡Muéstrate tal como eres! —exclamó él tratando de apaciguarla.

—Empezaré por una canción que me enamoró desde que la escuché por primera vez.

El silencio de la sala se vino abajo cuando María de Hita comenzó a entonar a capela la letra de aquel mítico tema cinematográfico: *You never can tell*. Se descalzó y empezó a contonearse como si fuera la viva imagen de Uma Thurman en la película de Tarantino. Mientras mantenía los pies de puntillas sobre el suelo del escenario movía los dedos de sus manos de derecha a izquierda. Gastón se había apoltronado en uno de los taburetes de la barra del bar. Se hallaba abducido ante aquella recreación tan sublime. Tras la primera interpretación, María de Hita descargó toda su garra con *What´s love gotto do with it* de Tina Turner y le puso brío al *Because the night* de Patti Smith. Gastón emitió una sonrisa de complicidad y palmeó sus manos en señal de aprobación.

—Tras semejante actuación creo que ha nacido una estrella

—aseveró él al tiempo que se levantaba y se dirigía hacia el escenario.

—No me ruborices. Son más las ganas y la pasión que le pongo que otra cosa.

—Te puedo asegurar que he hecho unas cuantas pruebas y hay pocas voces como la tuya. Deberías empezar a creértelo. Puedo presentarte a un productor. Conozco a varios compositores que estarán encantados de idear algo para ti.

—Todo esto se me escapa de las manos. Nunca me había llegado a plantear que pudiera dedicarme a la música —contestó María.

—Confía en mí. Es mi trabajo.

Mientras las palabras de adulación de Gastón se esparcían por la sala, María tuvo un pequeño *shock* existencial. Siempre había imaginado su vida entre fogones y sin quererlo ni beberlo se hallaba allí en un oscuro proscenio a punto de ser enviada al país de la farándula.

—Tenemos que celebrar el nacimiento de un nuevo talento. Te invito a comer mañana un arrocito por la Costa Brava —propuso Gastón.

Las tenues luces de la sala se apagaron. Se bajó el telón del tablado y el sigilo volvió a imperar en el local. Todo quedó vacío a excepción de un invitado furtivo que había presenciado de forma clandestina el íntimo espectáculo de María de Hita. Enric Llauradó cerró una pequeña ventana del primer piso del teatro y se diluyó como una ola que llega irremisiblemente a la orilla.

Al día siguiente, pasadas las diez de la mañana, Gastón Sagairi recogió con su motocicleta a María de Hita en una de las calles perpendiculares a las Ramblas. Tras dejar la ciudad condal tomaron la C-32 rumbo a Tossa de Mar. Se detuvieron en la bahía del Llorell y tras caminar unos cuatrocientos metros a pie a través de un pequeño bosque llegaron a uno de esos paraísos inhóspitos todavía ajenos al veraneante habitual. Orientada al sudeste y ajena al viento de la Tramuntana, la recóndita cala Morisca es una pequeña ensenada rodeada de riscos. Un maravilloso escenario de aguas transparentes

y un fondo arenoso ocupado por algunas rocas donde se esconden multitud de peces de colores. Brillaba un apetecible sol de primavera. Se sentaron en una pequeña atalaya para contemplar el precioso paraje que se abría ante sus ojos.

—Mi padre me solía traer por aquí de pequeño —anunció Gastón mientras se acomodaba entre las piedras.

—Merece la pena la caminata hasta llegar aquí.

—Le debo mucho. Gracias a estos parajes fui descubriendo el arte de la fotografía. El objetivo de la cámara no llega hasta donde alcanza la vista, pero ahí está el reto de plasmar cuanta belleza hay alrededor.

—Entonces, ¿tienes algo así como un pluriempleo?

—De vez en cuando, la National Geographic me encarga ciertos reportajes. Trabajo por mi cuenta, no tengo un sueldo fijo. Acabo de volver de Italia. He recorrido los cinco pueblecitos de la *Cinque Terre*. ¿Conoces esa zona?

—He oído hablar, pero no he estado allí nunca.

—¿Te imaginas bañarte en una playa y contemplar el verde de un paisaje al fondo?

—Suena bien.

— Y tú, ¿has viajado mucho?

Menos de lo que me hubiese gustado. Nací en un pueblecito de Almería y mis padres no podían permitirse muchos caprichos.

—¿Dónde?

—En San José, en el cabo de Gata.

—He leído que es un lugar con magnetismo.

—Allí también tendrías mucho y bonito para fotografiar.

—Tomo nota. ¿Y por qué estás ahora en Barcelona?

—Me vine aquí a estudiar mi auténtica vocación.

—¡No me digas que esa voz maravillosa está aprendiendo clases de canto!

—¡No! Hay que ser realista. Desde pequeñita tuve claro que algún día sería cocinera. O, al menos, lo intentaría.

—Bueno, quizás puedas hacer las dos cosas a la vez.

—¿Sabes? Tengo un gran sueño.

—¿De qué se trata?

—París.

—¡Oh! La ciudad de la luz y del amor.

—Y de la gastronomía —matizó María—. Para cualquier cocinero abrir un restaurante allí sería lo máximo.

—Eso sí que es aspirar alto. Me alegro que tengas metas tan ambiciosas.

Remojados hasta más allá de los tobillos, los peces de colores empezaron a acariciar los pies de ambos. Se habían aclimatado a aquel lugar mágico y la naturaleza se hico eco de ese amor en ciernes.

—Te descubriré un secreto. —anunció María.

—Cuéntame.

—Una vez estuve en un lugar parecido a este. No sé si fue un sueño, un truco de magia o quizás lo imaginara.

—¿Fue en el cabo de Gata?

—¿Cómo lo sabes?

—Se te han iluminado los ojos.

—Ocurrió en el arrecife de las sirenas.

—No me digas que…

—¿Realmente está pensando eso?

—He leído unos cuantos relatos de sirenas.

—Creí verla de verdad, te lo aseguro. A pocos metros de mí.

—Estoy convencido. Eres una mujer increíble.

—Tú también eres muy especial.

Gastón acarició los labios de María y sintió el cosquilleo de un amor adolescente. La besó con suavidad y discreción como si estuviera en el patio del instituto y no quisiera que ningún compañero ni profesor reparara en ello. Ella se despojó de su vestido naranja con topos pálidos y permitió que el encantamiento llegara a su cenit. Erotismo a borbotones.

ଔ

Al cabo de tres meses, María y Gastón volvieron a repetir otra excursión por los Caminos de Ronda. Se estaban viendo con asiduidad y el fotógrafo no podía frenar ya su irreversible

enamoramiento. Tenía ganas de comunicarle la gran noticia. Algo parecido a una sortija de compromiso. Tras un par de horas de caminata llegaron a Punta Pola, un paraje natural que parecía extraído de un escenario de película. Se sentaron en lo alto de una roca donde divisar la impagable belleza del lugar.

—He dado la paga y señal para alquilar un local en la plaza du Tertre de París.

—¡Qué estás diciendo! —exclamó ella.

—Se trata de un primer piso. Necesita algunas reformas, pero en un par de meses estará listo.

—¡Estás completamente loco!

—Sí, por ti.

La sonrisa de María le llegó al alma a Gastón. Le había dedicado la misma mirada en esa tarde de perros cuando se conocieron. Ni en el mejor de sus sueños podía imaginar que aquella mujer accediera a realizar una prueba de canto en La Guarida del Dragón y posteriormente tener la oportunidad de ir conociéndola poco a poco. En ninguno de sus viajes se había topado con una fémina como ella. Estaba drogado por su encanto. Emborrachado por su atractivo.

—Tu ilusión a punto de convertirse en realidad.

—¡No sé cómo vamos a pagar eso!

—Tengo varios amigos que me deben unos cuantos favores. Tenemos dinero para la primera inversión. Si el negocio va bien no tendremos problemas para salir adelante.

—Espero que no haya nada ilegal en todo eso.

—Mi padre heredó una importante fortuna y supo cómo administrarla.

—Me dijiste que era italiano.

—De La Liguria.

—Bueno, no quiero saber más. Confío en ti.

—Ahora tengo que ir unos días a Marruecos para hacer un reportaje. A la vuelta prepararemos nuestras cosas para irnos a París.

—¡Eres un amor! ¡No sé cómo podré agradecértelo!

—No dejes nunca de quererme. Con eso me conformo.

El viento comenzaba a soliviantar la quietud de las aguas de la Costa Brava. La misma calma que había dejado de existir en la vida

de María de Hita cuando dejó atrás su San José natal. En menos de un año tras aterrizar en Barcelona, un hombre al que acababa de conocer le había brindado en bandeja de plata su más valioso sueño profesional. «Todo lo que tu mente imagine, puede llegar a ser posible». Sin saber cómo, aquellas palabras de Airam Ascanio volvieron a mariposear por su mente. La magia del arrecife de las sirenas volvía a escena.

ଔ

En un callejón de La Rambla, en el número 7 del Pasaje de la Banca, se levantó en 1873 un palacete neoclásico que sirvió para albergar riquezas varias tales como joyas, dinero y efectos bancarios de la burguesía barcelonesa. Justo un siglo después se convertiría en unos de los reclamos turísticos más curiosos de la ciudad. Azucena Castro había quedado con sus dos alumnas predilectas para visitar el Museo de Cera. La profesora y María de Hita habían forjado con rapidez una bonita amistad mientras que la relación con Blanca Rubio, un poco más reservada, se cocía despacio. La gaditana no era una virtuosa de la puntualidad y para no romper con la tradición llegó trece minutos más tarde a la cita programada.

—El tráfico en esta ciudad está cada vez peor —dijo disculpándose a su llegada.

María de Hita sonrió y le guiñó el ojo.

—Vamos, profe, que ya sabemos que has venido en metro. A Blanca se la podrás colar, pero tú y yo ya nos conocemos.

—Los últimos retoques de una mujer delante del espejo siempre la hacen retrasarse.

—Hablando de maquillaje, vamos a ver qué personajes chismosos hay por ahí dentro —propuso Blanca Rubio.

Pasaron al costado de iconos de la pintura como Goya, Dalí y Picasso y de referentes de la ciencia como Einstein y Ramón y Cajal, hasta que se detuvieron en la zona de algunos ilustres literatos.

—Mirad quién tenemos por aquí. ¿Os accordais de Charles Baudelaire? —preguntó Blanca—. Algún día os contaré sus correrías amorosas.

Azucena se quedó dubitativa.

—¿Y ese de ahí no es Oscar Wilde?

—Creo que ese no estaba por la labor de seducir a las mujeres —dijo María de Hita.

La profesora se mostró sorprendida.

—¿Era gay? No lo sabía.

—Solo falta Van Gogh, que coincidió en la misma época que Baudelaire —relató Blanca.

—¡Eh! ¡Un respeto con el genio neerlandés! —proclamó María de Hita.

—Pero ¿qué he dicho ahora? —se extrañó Blanca.

—Es que María también pinta en sus ratos libres —desveló Azucena.

—¡Oh, vaya! ¡Cocinera y artista a la vez! Menuda alumna más aventajada.

—Bueno, tendrías que oírla cantar también —espetó Azucena al tiempo que escenificaba la pose de sostener un micrófono en su mano.

—¡Queréis hacer el favor de no piropearme más! —susurró María por lo bajini consciente que estaban captando la atención de algunos de los visitantes al museo.

En el ambiente musical no podía faltar la recreación de los Queen, los Beatles y los Rolling Stones.

—No sé con cuál de los tres grupos quedarme —dijo Azucena.

María de Hita hizo un ademán como si tocara las cuerdas de una guitarra.

—Depende del momento, pero yo soy más roquera.

—Por cierto, Mick Jagger tiene un botón de la chaqueta descosido —apuntó Blanca al tiempo que se recostaba en el hombro del vocalista de los Stones para hacerse una foto con él.

Azucena Castro se acercó con disimulo al personaje de cera y con suma precisión arregló aquel desaguisado enganchando con una horquilla el botón descarriado.

—En el bolso de una mujer siempre encontrarás algo que te saque de un apuro —dijo la profesora con tintes de triunfalismo.

—Claro, por eso siempre llega tarde —apuntó con sorna María de Hita.

Blanca, que seguía posada al lado del músico, hizo un amago de

abrazarlo.

—El señor Jagger te estará eternamente agradecido. Una horquilla le ha salvado la vida.

—Mis queridas alumnas, vayámonos de aquí que empiezo a tener un poco de hambre.

Habían reservado una mesa en la azotea de un hotel de la calle Selva de Mar. Celebraban algo parecido a una cena de empresa.

—Podíamos quedar una vez al mes. ¿Qué os parece? —señaló Azucena.

Blanca asintió.

—Por mí encantada.

—Tengo que confesaros algo —advirtió María de Hita ante la mirada de asombro de sus dos amigas.

—¿Te vas a casar? ¿Estás embarazada? —formuló la profesora.

—Es una noticia importante —insistió.

—Nos deja por un hombre —dijo Azucena en plan picarón.

—En cierto modo, sí —contestó María.

—¡Esta sí que va rápido! Llega a Barcelona y se enamora del primero que pilla —barruntó su compañera de aula.

—¡Blanca, por favor, deja hablar a la moza!

—Es fotógrafo y tiene ascendencia italiana. Su nombre es Gastón Sagairi.

—¡Uy, peligro! ¡*La cosa nostra*! —exclamó Blanca.

—Vamos a montar un restaurante en París —dijo la almeriense.

—*¡Mon Dieu!* ¡Eso sí que es un notición!

Azucena y Blanca se levantaron al unísono y se fundieron en un abrazo con María de Hita.

La profesora acarició el rostro de la andaluza.

—Me alegro de corazón por ti.

—La verdad es que todo ha sido muy rápido, pero no podíamos desaprovechar una ocasión así.

—¿Y cómo ha sido? —preguntó Blanca.

—Vamos a alquilar un primer piso en la plaza du Tertre. Necesita un poco de reformas, pero en unos tres meses estamos ya inaugurando.

—Bueno, y ese apuesto latino. Cuéntanos —se impacientó Blanca.

—Trabaja como *freelance* para la National Geographic. Y además, es relaciones públicas de un cabaret. Se encarga de descubrir nuevos talentos musicales.

Azucena simuló un gesto como si se estuviera desmayando.

—Y seguro que se prendó de tu voz.

—Teníais que ver la cara que se le quedó cuando le hice una representación de aquella escena de *Pulp Fiction*.

—¿No me digas que le interpretaste el *You never can tell*? —indagó Blanca.

—Solo me faltó llevar la camisa blanca de la Thurman.

—No me extraña que haya caído embelesado a tus pies.

—Y tú, Blanca, ¿qué canción le cantarías a un hombre para conquistarlo? —preguntó María.

—Seguramente alguna de Michael Jackson. *Billie Jean* o *Smooth criminal*. Y puestos a imaginar, me veo en una bañera con velas e incienso.

—¡Hum! ¡Muy sugerente! ¿Y la señora profesora?

—Más que cantar, bailaría semidesnuda la ópera de Carmina Burana. Esa música me da un subidón tremendo.

—¡Guau! —exclamó Blanca.

—Yo, si tengo que seros sincera, sé que la canción que marcará mi futuro será *Moon River*.

—¿Te refieres a uno de los temas de la banda sonora de *Desayuno con diamantes*? —preguntó Azucena.

—Así es. Cierto día me ocurrió un hecho extraordinario. Fue en el cabo de Gata.

—Dispara —instó Blanca Rubio.

—Quizás fue un sueño o una alucinación, pero vino a visitarme una sirena.

Blanca Rubio y Azucena Castro se miraron con perplejidad por la

revelación de María de Hita.

—Y predijo que el día que interpretara esa canción ante un hombre se convertiría en el padre de mi hijo.

—¿Se las has cantado ya a Gastón? —formuló Azucena.

—Todavía no.

—¡Qué premonición de amor más bonita! —dijo Blanca.

La profesora trató de aminorar aquel ambiente de fantasía.

—Bueno, no le pongamos el bombo antes de hora. Primero que monte el restaurante y luego que vengan los retoños a corretear por allí.

La influencia de los efectos de aquel verdejo bien fresquito continuó procreando un sinfín de confesiones y confidencias entre las tres mujeres. La química crecía por momentos. Parecía que el destino les estaba aguardando una serie de coincidencias que ni ellas mismas podían imaginar. La humedad del clima de Barcelona empezaba a hacer estragos. En esas noches calurosas de verano resulta difícil poder dormir a pierna suelta. Son momentos para soñar y divagar.

14

Fez, 1999

Conformada por una celosía urbana de nueve mil callejones, la antigua medina de Fez ostenta el privilegio de ser la zona peatonal más grande del mundo. La Bab Bou Jeloud, también conocida como la Puerta Azul, es la icónica entrada a un universo enigmático repleto de puestos de especias, babuchas, alfombras y todo tipo de artesanías. Un laberinto misterioso que te atrapa desde el primer instante en que te sumerges en él. La fragancia a lazos de miel y el aroma penetrante del té de hierbabuena enhebran una atmósfera edulcorada que seduce a aquel que muestra una sensibilidad olfativa fuera de lo habitual. La calle Arco Iris, un trayecto de adoquines multicolor, enlaza la Talaa es-Seghiracon con la Talaa el-Kebira, las dos principales arterias de la medina.

Airam Ascanio había instalado en ese emblemático espacio su puesto ambulante de piedras preciosas. Cuando el turismo languidecía en San José, el artesano acudía un par de meses al año a

la ciudad marroquí para correr más suerte en su negocio. A diferencia de otras urbes del país donde el comerciante es más intrusivo y halagador, en Fez reina un clima comercial mucho más pausado y nada agobiante. Circunstancia que repercute en el turista, el cual, ante la ausencia de esa constante amenaza del vendedor, se siente más generoso a la hora de adquirir cualquier artículo que le seduzca.

—Tiene cosas muy bonitas —dijo la voz de un hombre al detenerse en el tenderete de Airam.

—Muchas gracias, caballero. Es cuestión de aprovechar los momentos de máxima creatividad.

—Como decía Picasso.

—Así es. Cuando llegue la inspiración que me coja trabajando.

—Estaba mirando un detalle para mi chica. Un colgante con alguna piedra preciosa, quizás.

—¿Y cómo es ella? ¿Rubia o morena? —preguntó Airam.

—La mujer más preciosa del universo. Con el cabello azabache y la mirada más penetrante que jamás haya visto.

—Es usted muy afortunado, entonces.

—Así es. No le quepa duda.

— ¿De turismo por la ciudad?

—Me dirijo al desierto de Merzouga para elaborar un reportaje fotográfico.

—Me encanta esa parte del páramo. Las dunas de ese mar de arena son espectaculares. Y se vuelven rojizas durante el atardecer.

—Prometo enviarle alguna fotografía. Entonces, ¿qué colgante me recomienda?

—Mire. Le muestro mis tres piedras favoritas: una labradorita, un zafiro y una amatista.

El comprador clavó su mirada en las tres bellas composiciones de Airam y quedó absorto tratando de dilucidar aquella difícil decisión.

—¿Le gustan los lazos de miel? —preguntó el artesano.

—Suelo tomar el café o el té con miel.

Cuando el fotógrafo volvió a postrar la mirada en la mesita del tenderete las gemas preciosas se habían evaporado.

—¡No me lo puedo creer! ¡Han desaparecido los colgantes!

—exclamó el hombre.

—El ilusionismo es una de las artes escénicas más maravillosas que existen. Es un espectáculo fascinante que conjuga habilidad e ingenio. Obligas al público a mirar al punto que le interesa al mago, pero el truco real está sucediendo en otro lugar.

—Y aparte de unos colgantes, ¿que podría hacer desaparecer?

—Cualquier objeto que pueda imaginar.

—¿Incluso personas?

—No le quepa la menor duda.

—Me conformo con que vuelva a hacer aparecer la amatista. Me quedaré con ella.

Airam Ascanio abrió despacio la palma de su mano y la piedra escogida por el fotógrafo brillaba con una intensidad inusitada.

—¿Se la envuelvo para regalo?

—Sí, por favor.

—Su chica quedará encantada.

—Llámeme si algún día viene por Barcelona —indicó el fotógrafo al tiempo que le entregaba su tarjeta de visita.

—Señor Sagairi —dijo el mago al leer su apellido—. El mundo es muy grande. Quizás nos encontremos en otro lugar del planeta.

Gastón prosiguió su periplo por el embrollo de callejuelas de la medina con la extraña sensación de haberse topado con la reencarnación de un tenebroso alquimista de una tribu arábiga de tiempos pretéritos. Tomó los mandos del coche que había alquilado y en un abrir y cerrar de ojos la bella ciudad de Fez se fue difuminando por el horizonte.

ଔ

Tras la exitosa gira por Europa, Muse hizo un pequeño alto en el camino. Aquella noche había programado un concierto en Marrakech. Era la única actuación por tierras africanas. La banda británica todavía no era muy conocida por esos lares, pero la incipiente demanda del público había creado cierta expectación. Lázaro Espinosa, ferviente admirador del grupo liderado por Matt

Bellamy, se había cogido una semana de vacaciones y con la excusa del concierto decidió descubrir la magia del desierto del Merzouga. Era un auténtico mochilero. Su filosofía viajera era bastante clara: con el propósito de aclimatarse a la cultura del país donde estuviera le gustaba dormir en casas de huéspedes con los lugareños y comer en los mismos garitos que ellos. Había fletado un Jeep para volver hasta Marrakech y llegar justo para el concierto. Mientras descendía por la zigzagueante carretera del Atlas, Lázaro recordó el arsenal de fotografías de los días anteriores. La puesta de sol en aquel paraje había sido fascinante. Jamás olvidaría los tonos anaranjados dibujados bajo el cielo africano. Después de trazar una curva a la derecha se vio obligado a frenar con brusquedad. Lázaro detuvo el vehículo y observó cómo una cortina de humo apenas dejaba contemplar lo que había ocurrido. Bajó del coche y se llevó la mano a la nariz. El olor a gasolina era más que notorio. Un caudaloso riachuelo de aceite en la calzada denotaba que el incidente había ocurrido hacía escasos minutos. La extensa fumarada provenía de unos metros más abajo. Lázaro saltó la valla protectora del arcén y fue siguiendo la estela del humo. Era un pequeño sendero de matorrales que expiraba en un precipicio de una altura considerable. Descubrió que el vehículo siniestrado se encontraba boca abajo y la parte delantera flotaba en el aire de la nada. Un leve soplido podía decantar el coche hacia el despeñadero. Se trataba de un 4x4 de color verdoso. La música del CD todavía sonaba. Eran los últimos acordes de *The End*, de los Doors. Lázaro se acercó despacio y atisbó la presencia del conductor malherido. Parecía que había perdido el conocimiento y no respondía a sus palabras de requerimiento.

Con la precisión de un neurocirujano abrió la puerta del

todoterreno, que se meció durante varios segundos. Un sudor frío recorrió su cuerpo. Mientras, un águila majestuosa sobrevoló su cabeza. De haber hablado su idioma, sin duda le hubiese pedido ayuda.

—¿Puede oírme? ¿Es capaz de mover alguna parte de su cuerpo? —preguntó Lázaro.

—¡Ah, mis brazos! ¡Los tengo atrapados por el volante! —susurró el hombre accidentado, que pareció abandonar su estado de inconsciencia.

—¿Y las piernas? ¿Puede moverlas?

—Creo que sí, pero este dolor de cabeza me está matando.

—Tranquilícese. Voy a intentar sacarlo de ahí.

Lázaro trató de encubrir la situación en la que se hallaba el vehículo para relajar la atmósfera de tensión.

—Iré acercándome poco a poco. Intente girar su cuerpo despacio hacia mí.

—El coche se está moviendo. ¿Dónde estamos? Me voy a caer, ¿verdad?

—Mantenga la calma. Todo saldrá bien.

Mientras el águila merodeaba por encima del 4x4, Lázaro pensó por un instante que la situación se le escurría de las manos. Era como cortar el hilo de una bomba de relojería. ¿El cable rojo o el azul?, se preguntaba una y otra vez. Tenía que medir sus movimientos para que el coche no se arrojara por el vacío. Espinosa alargó su mano y giró el volante varias veces para que aquel hombre pudiera liberar sus brazos.

—Intentémoslo de nuevo. Haga presión con sus piernas y acérquese a mí muy despacio.

—Hago lo que puedo. Este dolor es horrible.

Que llueva en el Atlas es como un regalo de los dioses. Y el caprichoso destino decidió que, justo en aquel instante, la lluvia comenzara a arreciar de forma descontrolada. Ni el mago del suspense, Alfred Hitchcock, hubiera diseñado un escenario más surrealista. La tierra embarrada comenzó a removerse y Lázaro sintió cómo si unas arenas movedizas se lo tragaran para sus adentros.

—Ya casi estamos. Siga apretando las piernas contra el volante. Pero no haga movimientos bruscos.

—Si salgo de ésta, lo nombro rey de Marruecos.

Quizás fue la fuerza de Mahoma, que concentró toda su energía en los brazos de Lázaro, el cual pudo asir por fin el cuerpo del hombre accidentado y estirarlo hacia la tierra firme del lodo. La lluvia torrencial salpicaba los rostros de aquellos dos hombres que habían desafiado las leyes de la gravedad. La proeza debería tener un pequeño hueco en los textos del Corán. Lázaro había obrado el milagro.

—Si no lo sabía, es usted un ángel.

—Me llamo Lázaro.

—Parece un mensajero de Dios. Me ha salvado la vida.

—Ha tenido mucha suerte que pasara por aquí.

—En el momento preciso y el lugar adecuado.

—Voy a llevarlo a Marrakech en mi coche. Tiene que examinarlo un médico.

—Le debo una o una cuantas.

A su llegada a Marrakech, Lázaro llevó a un pequeño hospital del centro de la ciudad al hombre que aquella tarde había vuelto a nacer.

—Déjeme aquí. Usted ya ha hecho suficiente.

—Me voy a un concierto de los Muse. Si el doctor le da permiso puede venir a dar unos brincos conmigo —indicó Lázaro con fina ironía.

—Si yo fuera mi hermano lo acompañaría.

—¿Y eso?

—Es bajista.

—Yo también soy músico. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Gastón Sagairi. Fotógrafo y cazatalentos musical. Si algún día viene por Barcelona allí tiene su casa.

—Está bien eso de tener amigos por todo el mundo.

—Hay que tenerlos hasta en el infierno, aunque usted sea un ángel caído del cielo.

15

París 2003

Tras dejar a un lado la escuela nacional de magistratura, William Wright viró a su izquierda y encaró la estrecha rúa de Massillon, celebérrimo prelado y predicador francés del siglo XVII. Se encontraba en pleno corazón de París. Había dejado su Londres natal para abordar las próximas semanas tres restaurantes de renombre de la vieja Europa. Su primera parada era la capital francesa. Luego lo aguardaba Madrid para después finalizar en Venecia. Estaba confeccionando una nueva entrega de su guía gastronómica.

Deambulaba con paso tranquilo y sosegado. Disponía de un par de horas antes de comenzar la magna degustación que le esperaba. Con el pensamiento entregado a la contemplación, la grandilocuente estampa que duerme a orillas del Sena lo cautivó todos los sentidos. El ala norte de la catedral de Notre Dame yacía a sus pies y no pudo evitar cierto sentimiento de nostalgia. Había contemplado en varias ocasiones las excelencias de ese mito religioso, pero su latente estado enfermizo le golpeteó el corazón. El recinto se hallaba literalmente patas arriba tras el desolador incendio sufrido hacía pocos meses. La aguja y el tejado de la catedral se habían derrumbado causando multitud de desperfectos en el espacio interior con un gran número de bienes muebles dañados de gravedad. Los trabajos de rehabilitación no cesaban ni un instante y trataban de sanar el estado delicado de uno de los tafetanes históricos de la capital parisina. Se acomodó en uno de los bancos de un pequeño parque y se dejó llevar por el misticismo del lugar. Se hallaba a un suspiro de ir uno de los restaurantes más auténticos de la ciudad y debía relajar su mente y tratar de neutralizar las posibles adversidades que pudieran condicionar su parte más visual, olfativa y gustativa. Wright se había convertido en un erudito en materia y durante los últimos tiempos el arte de la pluma había dado paso de forma irrevocable al encanto del paladar. La editorial había reconocido su ávida sabiduría para analizar y puntuar los menesteres de la alta cocina y confiaba de manera ciega en sus reflexiones. Llevaba varios años viajando por toda Europa, visitando a los mejores restauradores, y se había creado cierta reputación en el sector. Su credibilidad gastronómica crecía por momentos y su editora Katharine Snow había sabido aprovechar

el filón de su bendita percepción para publicar una saga de críticas culinarias a la altura de la renombrada Guía Michelín. Todavía le quedaba casi una hora para su gran cita. Decidió cruzar el río y afloró en el Barrio Latino como si el influjo del destino lo hubiese arrastrado hasta allí. Caminó unos doscientos metros por el bulevar Saint-Germain. Su mirada se detuvo indefectiblemente en un solemne edificio de corte neoclásico. La entrada principal estaba decorada con un pórtico de columnas dóricas en granito. Le atrajo la curiosidad de saber la utilidad actual de la magna arquitectura inspirada en el arte heleno. Una vez dentro, atisbó a la derecha unas antiguas termas fabricadas con ladrillos de barro. En medio se levantaba una escultura en honor a Hipócrates, uno de los médicos más célebres de la antigüedad que ideó un amplio tratado de propiedades terapéuticas. Siguió unos pasos y se topó con aquello que, con probabilidad, su mente había imaginado antes de entrar en el lugar. La enorme sala, cubierta por una gran bóveda de lunetos, contaba con infinitas estanterías labradas en madera maciza. Una colosal bola del mundo de cartografía antigua con su brújula en la base presidía el centro del habitáculo. Era la viva imagen de la biblioteca soñada por William Wright. No sabía por dónde empezar para descubrir los tesoros que había allí dentro. Pero, para desgracia suya, no tenía demasiado tiempo. Se fue a la sección de los autores franceses del siglo XIX. Hojeó varios libros y cogió uno de ellos.

—Ha hecho una sabia elección —advirtió la voz de una mujer.

—¡Quién no conoce al gran Charles Baudelaire!

—En aquella época la sociedad lo criticó tanto que fue considerado un poeta maldito.

—Dicen que llevaba una vida muy bohemia y de grandes excesos.

—A veces los anales de la historia se equivocan o tergiversan los acontecimientos. ¿Sabe que nació muy de cerca de aquí?

—Algo me suena. Conocía su origen del Barrio Latino.

—Concretamente en una de las callejuelas perpendiculares al bulevar, en el número 13 de Hautefeuille.

—Eso ya son datos muy precisos. ¿Sabe tanto de cada literato francés? —preguntó él con gran asombro.

—Intento conocer la historia de mi familia.

Wright se quedó congelado. No podía creer las palabras de la mujer. ¿Estaba diciendo la verdad o se marcaba un farol?

—Antes de que crea que me estoy burlando de usted, permítame presentarme. Soy Pandora Duval.

—No me sugiere nada ese nombre.

—¿Sabe cómo se llamaba la gran musa de Baudelaire?

—No. Me encantaría saber más de la vida de según qué autores.

—Jeanne Duval.

—Entonces, debe ser su bisnieta o tataranieta por lo menos.

—Así es.

—Me parece tan sorprendente como fascinante. Cuénteme algo más de ella.

—Mi tatarabuela nació en Haití y tenía ascendencia francesa. Fue actriz y bailarina. A los veinte años se convirtió en la gran inspiración literaria de Charles.

—¿Sabe qué poemas le dedicó? —preguntó William sumido en una atmósfera cada vez más excitada.

—Muchos, muchísimos. Estuvieron más o menos juntos por espacio de dos décadas. Recuerdo algunos títulos que he leído como *Le balcon*, *Parfum exotique* o *Le serpent qui danse*.

—¿Nunca llegaron a casarse?

—No, pero fue la mujer que más le amó.

—Le creo.

—Baudelaire la llamaba su Venus negra por el color de su piel.

—¡Qué interesante! Estaría aquí con usted horas y horas. Pero lo lamento, debo marcharme.

—Yo me quedo un poquito más. Tengo que encontrar un libro para una de mis pacientes.

—¿Trabaja en un hospital?

—Algo parecido. Tratamos con personas con problemas mentales.

—¡Oh! Ese sí que es un trabajo duro y humano a la vez. Puedo recomendarle uno, si me lo permite.

—Se lo agradecería.

—*El viaje hasta encontrarte,* de William Wright.

—No lo conozco.

—Es un escritor británico. Es su ópera prima.

—Miraré si lo encuentro por aquí.

—Puedo acercarla hacia el otro extremo de la sala, por si quiere hojear otros ejemplares.

—No se preocupe. Puedo hacerlo sola.

—¿Hace muchos años que le ocurrió? Ya disculpará… —se excusó William mirando con atención su silla de ruedas—. ¿Fue un accidente o una enfermedad?

—Es una larga historia. Quizás algún día tengamos más tiempo para hablar —apuntó Pandora dando un pequeño giro con la intención de desplazarse a la otra orilla de la biblioteca.

—Que tenga suerte. Todo un placer haberla conocido.

—Encantada, también. Disfrute de esta bella ciudad.

El recorrido en taxi descubrió a Wright el París más luminoso. A las puertas de las fiestas navideñas, la capital francesa se había engalanado con sus más bellos atuendos. Arcos luminosos, bombillas multicolores, llamas incandescentes y proyecciones centelleantes decoraban las principales calles y plazas. La ciudad de la luz lucía su excelsa belleza habitual a los ojos resplandecientes del londinense. Tras casi veinte minutos de trayecto bajo ese cielo multicolor, William Wright llegó al umbral de su destino. Montmartre es como un pequeño pueblecito en medio de la gran urbe. Impertérrito al transcurso de los años, el pintoresco barrio parisino continúa conservando su fragancia ancestral. Sus calles adoquinadas, su imponente e inconfundible basílica albina en lo alto de la colina, sus entrañables *bistrots*, sus atractivos cafés, sus innumerables jardines y, curiosamente, sus sorprendentes viñedos confieren a Montmartre el título de un placentero oasis en medio del trajín de la ciudad. Wright pagó al taxista y al instante de posar su pie en tierra le invadió una bocanada con sabor a uva. Las casi

centenarias cepas fueron plantadas en 1930 al norte de la famosa colina y desde entonces el barrio parisino prosigue mimando con cariño y esmero el cultivo de sus viñedos. El vino del Clos Montmartre se saborea así todos los otoños, con ocasión de la Fête des Vendanges. Y él era un gran devoto y conocedor del morapio. Con ese aroma inconfundible que se había instalado bajo su nariz, Wright inició su corta andadura hacia el lugar de su cita. En una de las fachadas de la majestuosa plaza du Tertre se erigía, como luciérnaga en mitad de un lago, Le Petit Château de Mayale, uno de los restaurantes más aclamados y celebérrimos de París.

ଔ

La barra de carmín apenas se separaba de ella. La voluptuosidad de sus labios le otorgaba una sensualidad arrolladora. Sus pómulos ligeramente prominentes resaltaban la belleza de su rostro. Una larga melena morena asomaba en el umbral de una cintura tan sinuosa que invitaba a bailar con ella el tango más nostálgico. No se requería demasiada imaginación para rememorar su imagen a la de una enigmática sirena zigzagueando por los mares de la pasión. Pero sin duda, el rasgo más cautivador era su mirada. Era tan intensa y penetrante que generaba una especie de embrujamiento a todo aquel que intentaba cruzar sus ojos ante ella. Tan hechizante que acostumbraba a incomodar si por azar clavaba tus ojos ante ti. María de Hita había conseguido trasladar la belleza de su figura a la de sus platos. Los paladares más rigurosos de la ciudad parisina sucumbían a unos guisos a caballo de la tradición más ancestral y la sofisticación más moderna. William Wright había llegado unos minutos antes a su cita en Le Petit Château de Mayale. Entró en el vestíbulo y se acomodó en una poltrona isabelina que debía pertenecer a la época de Luis XVI. Su mirada comenzó a perderse por los sorprendentes retratos que pendían por las paredes. Eran acuarelas en blanco y negro y se adivinaban algunos personajes vinculados al mundo del cine y de la música. Wright era un melómano empedernido y reconoció a varios de aquellos artistas. La música le servía como

telón de fondo a la hora de redactar sus críticas culinarias o enhebrar la trama de sus novelas.

—*Bonjour, monsieur*. Por favor, si tiene el placer de acompañarme —sugirió la cálida voz del maître vestido de un riguroso y elegante negro.

Wright siguió su estela y pareció como si Moisés abriera los mares en canal para crear un pasaje misterioso que le condujo de manera irremisible al comedor del restaurante. El burdeos imperaba como color predominante de las paredes. Tan solo se vislumbraban siete mesas estratégicamente situadas a lo largo y ancho del habitáculo. Una más que generosa separación entre unas y otras otorgaba una adecuada atmósfera de intimidad a los comensales. El distinguido maître acomodó a Wright en una mesa contigua a la gran chimenea que derrochaba tanto protagonismo como el Arco del triunfo en el epílogo de los campos Elíseos. Un clima de calma y tranquilidad se adueñaba del salón. Tan solo los acordes lejanos de un arpa y un violonchelo conseguían perturbar con distinción y delicadeza esa aureola de sosiego. El británico observó la refinada vajilla que decoraba la mesa. Y por un instante se sintió como un reputado vizconde de siglos pretéritos. Hacía ya varios meses que tenía marcado en el calendario el acudir a su cita parisina. No solía documentarse demasiado en torno al menú degustación para que el factor sorpresa cobrara mayor protagonismo. La carta se presentaba en un pergamino amarillento con los bordes contorneados por el efecto de una calcinación. Wright leyó despacio el tesoro que se hallaba entre sus manos:

- Ensalada de canónigos y rúcula con láminas de beicon salteado, sellado en rulo de cabra y aliño de pistachos y miel
- Ceviche de Arequipa
- Las delicias de Gran Mare
- Tiras de pollo escabechado en Ratatouille
- Láminas de bacalao confitado en pisto sureño

- Arroz caldoso en jugo de bogavante del sur

Con la saliva inundando toda su boca hasta la entrada de su esófago prosiguió leyendo los querubines que lucían en el apartado de los postres:

- Tiramisú Mayale
- Requesón con miel
- Piña con crema flambeada en Cointreau

Una gran lámpara de araña de color plateado presidía con majestuosidad el techo del salón. Los nueve brazos que se descolgaban del armatoste arácnido transmitían una luz mate tan agradable que hasta el vampiro más meticuloso podía sentarse a comer bajo ella. Wright también era heredero del espíritu de Batman, con lo que se encontró muy cómodo ante semejante iluminación desde el primer instante. Varias alacenas de estilo rococó y unos biombos con motivos japoneses pintados a mano se encargaban de separar el espacio entre mesa y mesa. A punto de viajar entre lunas, la presencia de nuevo del maître despertó a Wright de aquel paraíso de suma tranquilidad.

—¿Alguna intolerancia alimenticia de última hora?

—Ninguna novedad según nuestra última conversación —contestó el londinense dispuesto a deleitarse con el festival culinario que se avecinaba.

Mientras los suculentos platos iban desfilando como peces de colores en la ribera de un río en primavera, Wright recordó su teoría de la triple «S». Se había convertido en algo así como un ritual conmemorar sus antiguas andanzas amorosas al tiempo que se regocijaba con los manjares que iba probando. Su pasión por la comida y las mujeres acostumbraban a ir de la mano. Según el teorema de Wright, los tres factores que deben imperar en una dama son la sensualidad, la sexualidad y la sensibilidad. Si falla alguno de ellos, el éxito amoroso es misión imposible. El novelista se hallaba en

plena crisis pasional y se había guarecido en los placeres gastronómicos para remediar el vacío de su querencia. Todavía con el sabor reciente que le había dejado en su boca el ceviche de Arequipa y sus elucubraciones de la triple «S», la figura de una ninfa a lo lejos del salón dinamitó todo su fuero interno. Es como si Moisés hubiese abierto de nuevo los mares, pero en esta ocasión el negruzco maître no figuraba por allí. Nunca había visto a una dama mover sus caderas de aquella forma tan sensual como elegante a la vez. Esos andares provenían de otro planeta. Su gusto era sibarítico y epicúreo. Abogaba por la doctrina que predica que la meta máxima de la vida es el placer de los sentidos. Y no había duda que el fenómeno del hedonismo acababa de tener un antes y un después en su vida. Aquella belleza extraterrestre avanzaba despacio, ya que se iba deteniendo en cada una de las mesas. Wright se hallaba en la última posición del gran salón con lo que la espera se vaticinaba larga y tortuosa. No obstante, llegó a la conclusión de extraer la parte positiva; iría recreándose poco a poco con esa imagen sublime a medida que fuera acercándose hacia él. Sintió que la tierra comenzaba a girar muy despacio y que la fuerza de la gravedad empezaba a hacer estragos en su cuerpo. Por un instante se reencarnó en Newton y sintió el impacto de una manzana en la cabeza. No se encontraba reposando en una campiña inglesa sino sentado en una mesa en pleno labrantío francés. A la hora de formalizar la reserva, desconocía quién era el propietario de aquel restaurante que tan excelentes críticas había obtenido en las revistas especializadas de restauración. Ni en el mejor de sus sueños había imaginado que una mujer tan preciosa pudiera regentar un negocio como aquel. Mientras saboreaba el arroz caldoso, la náyade apocalíptica se fue acercando cada vez más hasta que se detuvo en la mesa anterior a la suya. Apenas podía escuchar el contenido de la conversación puesto que la distancia era todavía considerable. Pudo advertir a su lado la presencia de una pareja que platicaba sonriente con ella.

—Espero que esté siendo de su agrado.

—Ha sido todo un acierto —respondió el comensal.

—¿Es la primera vez que visitan nuestro restaurante?

—Sí, nos está encantando. Es una mezcla muy curiosa de la cocina más casera con la cosmopolita.

—Intentamos que ese sea nuestro propósito: conseguir un equilibrio entre lo antiguo y lo moderno.

—Y debo confesarle que al margen de su cocina me he enamorado también de los cuadros que tiene en la sala de entrada. Están firmados por una tal Mika Burton. Nunca había oído hablar de ella. ¿Se trata de una artista local?

—Eso lo gestiona el director de *marketing* y relaciones públicas del restaurante.

—¿Es posible adquirir alguno de ellos?

—Hable con él. Creo que no tendrá ningún problema.

El hombre asintió en señal de victoria y sonrió a su mujer.

—Cariño, ya tenemos unos preciosos lienzos para decorar nuestro comedor.

María de Hita cuidaba al máximo todos los detalles de su restaurante y trataba de mimar a sus clientes. En un momento u otro y siempre que el tiempo se lo permitía acudía al salón principal para saludar a cada uno de ellos e interesarse sobre su opinión. William Wright no le había quitado el ojo de encima y dedujo que la conversación con la mesa anterior finalizaba. Le temblaba gran parte de su cuerpo y notaba que las palpitaciones iban *in crescendo*. Su mano izquierda apenas atinaba a coger la copa de vino sin que le invadiera algún que otro titubeo. Se sentía como aquel alumno inseguro y vergonzoso que tenía que salir a la pizarra para explicar la lección delante de sus compañeros. A medida que María de Hita se acercaba hacia él, presagió que las estrellas del firmamento brillaban más que nunca y que la luna llena mostraba su esplendor. Imaginó cómo los lobos aullaban tiernas melodías y los búhos habían declinado el arte de la caza y acariciaban el portal del sueño

pese a que la noche se hallaba en su pleno apogeo.

—Ha tenido el privilegio de comer junto a la gran chimenea. Se trata de una mesa muy especial. Espero que se encuentre a gusto y que la comida esté siendo de su agrado —recitó ella.

William Wright no pudo pronunciar palabra alguna. Estaba petrificado como un fósil del Paleolítico. Por unos segundos su mente voló a finales del siglo XIX en plena efervescencia del imperio ruso. Encarnado en la piel de un joven militar fantaseó ser aquel que sucumbía a los encantos de una seductora Ana Karenina que le quitaba el hipo. Si en el colegio su profesora lo hubiese instado a dibujar en un papel cómo sería la mujer de sus sueños, sin duda alguna hubiera esbozado la figura de una chica morena con el cabello largo, unos penetrantes ojos color azul, unos labios carnosos y resaltados con un intenso carmín, unos senos ligeramente por encima de la media, ciento sesenta y ocho centímetros de altura, unas piernas con una curva cóncava sobre el tobillo, una piel suave e hidratada y que desprendiera el aroma más embriagador capaz de perder la cordura.

—Todo esto es un espectáculo. Un placer indescriptible para los sentidos —balbuceó Wright en un intento de dejar atrás sus tribulaciones oníricas.

—Me siento muy halagada, entonces. Intentamos que el trabajo que hay detrás se vea recompensado por nuestros clientes.

—Lo está siendo. Se lo aseguro.

—La cocina es un arte muy personal —dijo María de Hita al tiempo que trataba de poner orden a los sorprendentes mensajes que emitía su cerebro.

En muchas ocasiones le habían advertido que su mirada causaba auténticos estragos a todo aquel que se inmiscuía por su camino y rara vez alguien podía aguantar la intensidad de sus ojos. Pero por primera vez en su vida, un hombre quebraba sus esquemas. «Nadie me ha mirado así nunca. Es algo que no había sentido hasta ahora. Una mirada que nunca he visto en nadie», se repetía una y otra vez sin saber qué diablos le estaba ocurriendo.

Tras el festival gastronómico en Le Petit Château de Mayale, el listón parecía hallarse muy alto. Después de dos días de relax en la ciudad parisina, William Wright puso rumbo a Madrid para saborear los placeres de la comida española. Un tipo de cocina que conocía a la perfección. Su madre, Genoveva, era de Getxo y debido a esa circunstancia había pasado muchos veranos en Euskadi. Sus progenitores se habían conocido allí. El padre de Wright, Jude, era un abogado británico y en una de sus escapadas veraniegas realizó un viaje por el País Vasco. La madre de William trabajaba como guía turístico. Fue en Getaria donde surgió el flechazo. Tras deleitarse con una cola de rape a la brasa en un local del puerto pesquero, Jude se sumó a un grupo de turistas para conocer la historia de aquel precioso pueblo marinero de la costa donostiarra. Al final de la visita, el corrillo se dispersó y, como deferencia a sus explicaciones, Jude convidó a Genoveva a tomar un marianito. Y aquel vermut se convirtió en el germen de aquella relación amorosa. Con el tiempo, ella encontró trabajo en una agencia de Londres y se mudó a vivir con Jude.

William tenía cita en El Lagar del Silencio. El restaurante había sido condecorado recientemente con su primera estrella michelín. Su chef, Ander Arreizaga, había obtenido el premio al mejor cocinero del año. Sus platos estaban de moda. Durante más de dos horas, Wright se sumergió en los mundos de Arreizaga para certificar que su repentina fama no era fruto de la casualidad. Pasaban pocos minutos de las once de la noche y con los jugos gástricos en plena ebullición tenía que moverse un poco antes de irse a dormir.

—Disculpe, caballero —advirtió William cuando el maître pasó por su lado.

—Dígame, señor.

—¿Sería tan amable de indicarme algún lugar para tomar una copa cerca de aquí?

—Se encuentra usted en Malasaña. Aquí la oferta nocturna es bastante amplia.

—Años atrás fui músico. ¿Conoce alguna sala donde haya actuaciones en vivo?

—A unos trescientos metros, en la calle del Barco, hay un bar musical. Se llama En Pecado. Puede que allí encuentre algo.

—Muchas gracias. Me dejaré caer por ahí.

Todavía bajo los efectos del vino de la Ribera del Duero, el escritor londinense se dirigió a la sala que le había sugerido el maître. Tenía ganas de escuchar un poco de rock and roll y recordar sus tiempos mozos. Había tenido suerte. Esa noche tocaba una banda española. El local era bastante oscuro. Wright se fue directo a la barra. Pidió una cerveza negra, como en los *pubs* de su ciudad. El grupo que actuaba derrochaba un directo bastante potente. Pese a la poca luz que irradiaba en el local, William no tardó demasiado en advertir la presencia de una fosforescencia que convulsionó su retina. Iba vestida toda de cuero con unas botas altas que le llegaban casi a las rodillas. Llevaba el pelo recogido con una coleta, lo que resaltaba todavía más la fina belleza de su rostro. Apenas sin maquillar. No lo necesitaba. Tan solo un pequeño toque de rímel para hiperbolizar sus largas pestañas. De haber sido un cantante famoso no hay duda de que habría elegido a aquella mujer para casarse con ella. Era su prototipo de chica roquera. Nunca había sido el típico ligón y le costaba abrir el fuego cuando tenía que presentarse ante una dama. Quizás el pavor al fracaso o a sentirse rechazado. Pero no podía dejar pasar esa oportunidad. Estaba en Madrid de paso. Tenía poco que perder. Si hacía el ridículo más espantoso no pasaba nada. Al día siguiente volaba a Venecia y esa mujer no volvería a verlo nunca más. Sorbió un largo trago de cerveza y se acercó a ese ángel caído del cielo de Madrid.

—Suenan muy bien. ¿Son de aquí? —preguntó William.

—No, de Cádiz ¿Sabes dónde está? —respondió ella al cerciorarse

por el acento que aquel hombre no era español.

—Sólo conozco Madrid y una zona de Bilbao.

—¿Vizcaya también?

—Sí, mi madre nació en un pueblo vizcaíno. Con el tiempo compró una casa rural por la zona de Kortezubi. Solíamos ir allí a veranear.

—Por el acento pareces británico.

—Del corazón de Londres —dijo William, que empezaba a notar cómo se desinflaba su tensión inicial.

—¿Te gusta este tipo de música?

—*¡Of course!* —exclamó con su entonación londinense—. Tengo que confesarte un secretillo —advirtió él al tiempo que daba otro gran sorbo a su cerveza.

—Soy todo oídos.

—De joven tuve un grupo de música alternativa.

—¿En serio?

—Bueno, en realidad no fue nada serio— dijo riéndose de sí mismo—, grabamos algunas maquetas y actuamos en varias salas del norte de Londres.

—¿Teníais nombre?

—Evening Shadows.

—¡Hum! ¡Sombras del Anochecer! Muy gótico, ¿no?

—Nos gustaban mucho los grupos siniestros del norte de Europa y, por supuesto, el britpop de nuestra querida Inglaterra —confesó William que veía cómo su conversación despertaba cierto interés.

—Escucha esta canción —dijo ella requiriendo la atención de William.

Wright clavó sus ojos en el escenario tratando de dilucidar el contenido del tema que sonaba.

—¿Entiendes la letra? —preguntó la mujer.

—No demasiado.

—El estribillo dice «si hay una esperanza la encuentro en ti, en nosotros, en este baile de almas».

—Una frase muy bonita. Me la apunto para mi novela.

—¿También eres escritor?

—Como dijo Jorge Manrique: «cualquier tiempo pasado fue mejor».

—¿Quieres decir que ya no te dedicas?

—Estoy en plena crisis narrativa.

—¡Quizás necesitas encontrar a una musa para inspirarte!

Wright intensificó su mirada en la divinidad que tenía a su lado. Bastaba el lenguaje visual para transmitirle todo cuanto pensaba en ese momento. Le estaba diciendo que lo más fácil era enamorarse de una mujer como ella. Se había olvidado de los encantos de María de Hita hacía unos días en París. No tenía remedio. Era enamoradizo por naturaleza. Y daba mil gracias al universo por permitir que, tras un naufragio, una náyade tan preciosa acabara en un bar de Madrid.

—¿Estás ahí? —advirtió la mujer de cuero al tiempo que removía el brazo de William.

—Nada ni nadie podría moverme de aquí.

Ella sonrió de forma sensual mientras rebuscaba en el interior de su bolso.

—Me apetece fumar un pitillo fuera ¿Me acompañas?

Wright siguió la estela de aquella mujer que se abría paso ante la mirada atónita de los hombres de la sala. La hubiera seguido hasta el fin del mundo.

—Necesitaba respirar un poquito de aire fresco.

—Sí, el ambiente está muy cargado ahí dentro.

—No me gustan demasiado las ciudades grandes, pero aquí en Malasaña se está muy bien. Tienes la sensación de estar realmente en un barrio.

—Yo también vivo en un pequeño pueblo al sur de Londres.

—¡Ah sí! ¿Dónde?

—En Dover.

—Claro, un buen lugar para hacer de escritor.

—Por cierto, y tú, ¿a qué te dedicas?

—Quizás algún día pueda decírtelo.

Wright quedó sumido en una aureola de misterio. Cada vez se sentía más atraído por la mujer.

—Al menos, dime cómo te llamas.

—Blanca.

—Como la espuma del mar.

Tras pulverizar el cigarro, volvieron a las entrañas de En Pecado. La banda había dejado para el final tres de sus grandes temas; *La virtud del alba*, *Tártaro* y *Nadie conserva.* El broche de oro a una actuación brillante. El público deseaba más. Volvieron con un bis, *No voy a parar*, para despedirse definitivamente. La sala rayaba lo apocalíptico y los asistentes no paraban de brincar enfervorizados con los últimos acordes de la formación gaditana.

—¿Volveré a verte algún día? —dijo William.

—Puede que sí. Pero ahora tengo que regresar al lugar de donde procedo.

—¿Cuál?

—El fondo del mar.

ଔ

Cuando despertó al día siguiente, el rostro de Blanca Rubio todavía merodeaba por su mente. No se podía quitar de la cabeza la imagen de la mujer con coleta vestida toda de cuero. Después de desayunar en el hotel, William Wright tomó un taxi hacia el aeropuerto de Barajas. Lo aguardaba Venecia, su último trayecto para completar la terna de ciudades europeas en las que había escogido los tres restaurantes de su guía culinaria. Había viajado hasta allí para evaluar los platos de Pier Paolo Mancini, unos de los chefs más distinguidos de aquellos lares. Siempre había sentido una gran devoción por los encantos que ofrecía la población veneciana. Y para más inri, el ambiente festivo se había adueñado de la ciudad con la celebración de los carnavales. Estaba siendo un invierno muy frío. Antes de ir por primera vez se había hartado de escuchar que es un lugar que lo amas o detestas. Que huele a salitre de azahar o a alcantarilla maloliente. Al escritor le apasionaba la desazón que provocaba caminar por sus serpenteantes calles y sus vetustos palacios. En Venecia perderse era un placer y no un castigo. Imaginaba cómo cuatrocientos años atrás las mansiones y fortalezas estaban habitadas por los dux y los nobles más pudientes. Tras

atiborrarse de la cocina de Mancini, salió a estirar las piernas antes de ir al hotelito familiar en el que se hospedaba. Se detuvo durante un instante en el puente Rialto para contemplar la belleza noctívaga que le ofrecía la ciudad. Respiró historia por doquier al tiempo que una bocanada de aire gélido acariciaba su rostro. Justo al bajar las escalerillas se topó con una tienda del Hard Rock Café. En un santiamén había vuelto a la modernidad y a la sociedad consumista del siglo XXI.

—Has tenido una buena idea al venir aquí para inspirarte —se oyó la voz de una mujer.

Wright se quedó tan helado como la temperatura que imperaba a aquellas horas de la noche. La mujer tenía el rostro cubierto por una máscara, lo que incrementaba el grado de intriga y curiosidad a la vez.

—Algunos dicen que es una ciudad repugnante que huele fatal.

—Sabes de sobra que eso no es cierto. De ser así, no estarías aquí. Tienes buen gusto.

—Parece ser que no soy un extraño para ti.

—Puede que llegásemos incluso a intimar.

William trataba de dilucidar el misterio que escondía esa mujer.

—Eso son palabras mayores.

—¿No recuerdas los acordes de aquella famosa ópera? Podría sonar perfectamente por aquí.

—Déjame que piense.

—¿Te importa que me quite mis sandalias? Me encanta caminar descalza.

Deambularon durante casi diez minutos hasta llegar a una de las callejuelas de la plaza San Marco.

—¿Sabes que existe una leyenda en torno al puente de los suspiros? —dijo ella.

—Soy todo oídos.

—Ahora que pienso tienes algo de él.

—¿De quién?

—De lord Byron.

—Gracias. Es un halago.

—Dicen que fue el poeta inglés quien puso el nombre del puente

haciendo referencia a los presos que eran juzgados en el Palacio Real y conducidos después a las prisiones y que al pasar por aquí suspiraban porque pensaban que nunca más volverían a ver la luz.

—Cualquier enamorado vendría hasta aquí para besar a su chica.

—Hay mucho *marketing* con todo eso.

—Soy romántico por naturaleza. No lo puedo evitar.

La mujer lo escudriñó con sensualidad.

—Más bien pareces un poeta guerrero.

—Creo que hicimos buenas migas aquel día.

—¡Hum! Puede que sí.

—Esa vez teníamos un acantilado enfrente.

—Ahora, una pequeña laguna del Adriático.

Wright miró hacia el agua que salpicaba el muelle.

—Siempre nos acompaña el mar.

—Quizás porque provenga de allí.

—Cómo olvidar los encantos de la sirena en Dover.

Ella dio un paso hacia atrás sorprendida.

—¿Cómo has sabido que era yo?

—Lo primero que hiciste cuando entramos en aquel apartamento fue descalzarte.

—Me has descubierto.

—He vuelto a escuchar unas cuantas veces la pieza de Carmina Burana.

—Seguro que no habrás olvidado aquel baile improvisado.

—Con tu cuerpo semidesnudo.

William Wright descubrió lentamente el rostro de Azucena Castro. No había podido olvidar la profundidad y la intensa mirada de sus ojos negros. La asesora inmobiliaria irradiaba vitalidad y energía a raudales. Su sempiterna sonrisa enaltecía sus rasgos. Parecía siempre feliz.

—¿Sabes? Debo confesarte algo —anunció él.

—¿No pretenderás que me ponga a bailar aquí en medio del canal?

—Seguro que lo harías de maravilla.

—No lo digas dos veces.

—Desde el primer momento que te vi, me di cuenta de que tenías las tres cualidades de mi teoría de la triple «S».

—¿Y de qué trata tu doctrina?

—El prototipo de mujer ideal debe irradiar a partes iguales sensualidad, sexualidad y sensibilidad —indicó William cual doctor *honoris causa*.

—Vas a conseguir que me sonroje.

—Hay pocas mujeres tan sensibles como tú.

—Eres todo un conquistador.

—Me gustaría seguir conociéndote.

—¿Sabes? Existe un fenómeno astronómico muy curioso —dijo ella tratando de apaciguar las artes seductoras del escritor.

—No dejas de sorprenderme.

—Más o menos cada tres años aparece la luna azul.

—Nunca había oído hablar de eso.

—Se la conoce como la superluna ya que se ve más grande y brillante de lo habitual.

—¿La has visto alguna vez?

—Sí, en una cala cerca de Barcelona.

—Lástima no haber estado allí.

—Puede que sí estuvieras.

Mientras Wright trataba de asimilar la última frase, Azucena se desprendió de la parte superior de su vestimenta y se zambulló en las turbias aguas venecianas. Su sombra se fue desvaneciendo poco a poco por las profundidades marinas hasta que el haz de luz de una luna en cuarto decreciente dejó de iluminarla.

16

Cádiz 2004

En un ejercicio de imaginación, podríamos intuir cómo paseaba por aquellos lugares con su sempiterno chaleco ajustado y una chaqueta corta de terciopelo de seda de color rojo carmesí. Por encima, un abrigo sin mangas confeccionado en paño de lana negro. De cintura para abajo siempre con atuendos largos y anchos para ocultar cualquier vaivén de sobrepeso. Su devoción por la ciudad

indujo a lord Byron a bautizarla como la sirena del océano. La titilante luz que refleja Cádiz sobre el azul del mar podría ser el origen de aquel sobrenombre. Errando por la calle San Juan y torciendo a la derecha, la mirada se obnubila y se detiene de modo irremisible ante la Catedral Vieja. Y a partir de ahí, un haz de luz te conduce a un pasillo que se abre hacia el mar. Azucena Castro llegó a los pies del malecón. Se descalzó las sandalias y empezó a caminar por las dunas anaranjadas por el reflejo del ocaso al atardecer. Al fondo, un regimiento de barcas de pescadores descansaba en las aguas tranquilas de la bahía. Una tregua merecida tras el trajín de una jornada de caza allá mar adentro. Los recuerdos de su niñez se agolparon como puñados de tierra mojada para construir un castillo sobre la arena. Recordó aquel primer baño adolescente con Marcos. Se habían abastecido de un litro de calimocho y unos cuantos frutos secos para paliar los efectos del alcohol. El amor entre ambos daba sus primeros coletazos. El mundo empezaba a rodar y con catorce años reinaba el espíritu platónico de la vida. Marcos soñaba con ser timonel de una gran embarcación. Tenía en su cabeza un manojo de hojas de ruta para surcar todos los mares posibles del planeta. Deseaba varar unos meses en cada continente y convivir estrechamente con las culturas de los lugares que visitara. Azucena, en cambio, se veía más en tierra firme. A su temprana edad, ya derrochaba ciertas dotes para la abogacía o la psicología. Siempre estaba indagando en el porqué de las cosas y trataba de debatir los principios vitales basándose siempre en la reflexión y la argumentación. Pero el destino cambió sus rumbos y todos los sueños de juventud se desvanecieron. Marcos empezó a trabajar en el despacho de arquitectura de su padre mientras que ella se introdujo en el mundo de la restauración.

Azucena había sido invitada por la federación empresarial de hostelería de la ciudad para impartir una conferencia sobre el impacto de la cultura del vino en el desarrollo rural. No se lo pensó dos veces a la hora de aceptar la invitación de aquella Cádiz con vocación de isla. La charla estaba programada en la Posada del Mercado junto a la plaza Abastos. Tras casi dos horas de alocución, la gaditana tuvo la sensación de haber seducido a la treintena de

presentes en la sala.

—Permítame decirle que ha tenido una brillante intervención. No era un tema fácil y ha sabido darle un aire didáctico y ameno —expuso uno de los asistentes al acercarse a Azucena y que se presentó como Christopher.

—Muchas gracias, caballero. Como todo en la vida, hay que intentar buscar siempre el lado emocional para tratar de llegar al público.

—Doy fe que lo ha conseguido. Aunque trabajo como sumiller en un restaurante de una gran ciudad creo que algunos de los aspectos que ha citado pueden aprovecharse para otros ámbitos.

—Si no me equivoco, tiene acento francés.

—Buena deducción.

—¿Es de París, entonces?

—Así es. Tengo la fortuna de trabajar en el lugar en que nací.

—Cualquier profesional de este ramo soñaría con un restaurante allí.

—Una mujer española abrió un local en Montmartre. El negocio subió como la espuma. Cuando me hicieron una oferta no me lo pensé dos veces.

—No es fácil triunfar allí con la competencia que debe haber.

—Elaboramos un tipo de cocina entre la tradición y la sofisticación.

—Suena interesante.

—Aunque tengo que reconocer que la belleza de la propietaria que lo regenta también ha atraído a una buena parte de la clientela.

—Me parece un comentario bastante machista. ¿Me está insinuando que los hombres acuden a ese restaurante atraídos por las curvas de esa señora?

—Creo que me está malinterpretando —se excusó.

—Disculpe, pero tengo que saludar a varios amigos que han venido a verme.

La última parte de la conversación le había incomodado bastante a Azucena. Si bien al principio se había sentido interesada por aquel tipo extraño, sus comentarios sexistas la molestaron. Mientras saludaba a antiguos amigos y excompañeros que habían venido a

verla, un presentimiento rondó por su cabeza. Todo cuanto le había explicado aquel sumiller concordaba con la singladura que había experimentado su amiga María de Hita. ¿Se trataba de una casual coincidencia o quizás se había creado una película errónea en su mente? Se despidió de la decena de personas que quedaba en la sala y bajó de forma apresurada las escaleras hasta alcanzar la calle. Miró a ambos lados y, a unos doscientos metros, atisbó la figura del sumiller que se había detenido en unos de los puestos ambulantes del mercado.

—Esos cucuruchos de pescado tienen una pinta bárbara —dijo Azucena.

—Me encanta este tipo de comida. En París no tengo demasiadas oportunidades para comerlo.

—Se encuentra en el lugar apropiado. No probará chipirones, calamares y cazón más ricos.

—Ya veo que vende muy bien este lugar.

—Nací en esta tierra. Hacía tiempo que no volvía por aquí. Están siendo unas horas muy emotivas —desveló ella—. Si me lo permite, le mostraré algunos de los encantos de esta ciudad mágica.

Azucena y Christopher caminaron por el paseo marítimo hasta llegar al espigón de la playa de Santa María del Mar.

—De jovencita solía venir con mi amigo Marcos. Fue mi primer gran amor.

—No creo que le haya ido mal en el terreno amoroso. Es usted bastante atractiva.

—Muchas gracias por el cumplido. ¿Sabe por qué le llaman a Cádiz la tacita de plata?

—Mi ignorancia es total.

—Existen varias teorías al respecto, pero me quedo con la que dice que es por el brillo plateado del sol en el océano Atlántico.

—Eso raya lo poético.

—No sé cuántos días va a estar por aquí, pero le aseguro que es una ciudad muy inspiradora.

—No he tenido mucho tiempo de disfrutarla. He estado haciendo unas cosillas en el cabo de Gata y mañana por la tarde vuelvo a París.

Azucena trató de ocultar su desconcierto. Ya no parecía una película de ficción en su cabeza. Demasiadas coincidencias. María de Hita era originaria de allí.

—¡El cabo de Gata! —exclamó ella—. Otro lugar maravilloso.

—Así es, pero me ha gustado más Cádiz. Me queda pendiente volver otra vez para disfrutarlo todo con más calma.

—Para su tranquilidad, debo decirle que, desde los primeros asentamientos de los fenicios, la ciudad no se ha movido de aquí —relató ella en tono mordaz.

—Lo tendré en cuenta. No obstante, hasta que vuelva de nuevo le puedo ofrecer una copa de vino en mi modesto apartamento.

—Sería un placer escuchar el análisis enológico de un sumiller.

—Por cierto, ¿qué tal si nos tuteamos?

Las artimañas seductoras de Azucena habían triunfado. Estaba consiguiendo hacerse con el botín poco a poco. Se había ganado su confianza con elegancia y distinción. Tenía que descubrir qué tipo de gestiones había realizado aquel hombre en la costa de Almería. Todo parecía indicar que estaba relacionado con María de Hita. Se dirigieron al número 12 de la calle Viento.

—No pensaba contar con una presencia femenina —se excusó Christopher al tiempo que recogía unos cuantos cachivaches que había dejado por en medio.

—No te preocupes. No soy inspectora de Sanidad.

—Agradezco tu empatía. Ayer pasé por una bodega y escogí un par de botellas que me llamaron la atención. Me encanta probar las variedades autóctonas de la región que viajo.

—Allá donde fueres haz lo que vieres.

—En efecto. Mira, un Tesalia crianza del 99.

—Me suena que ha recibido algún que otro premio.

Se sumergieron en los placeres de aquella joya con tintilla de Rota, tempranillo y syrah. Cuando liquidaron la botella, el sumiller preparó un par de gin-tonics.

—No me querrás emborrachar, ¿verdad? —dijo Azucena.

—Seguro que conoces cuál es tu límite.

—¿Y cuáles son los tuyos?

—Que sepamos, solo tenemos una vida. Intento aprovecharla al

máximo.

La andaluza vio en esa respuesta la oportunidad de realizar preguntas a quemarropa a sabiendas que su sensualidad podría encubrir sus intenciones.

—¿Qué te parece si jugamos un poquito?

—Lo estaba deseando.

—¡Venga! ¡Ronda de preguntas y respuestas! Ahí va la primera ¿Qué serías capaz de hacer por dinero?

—Todos tenemos un precio —respondió él.

—¿Traicionarías a un amigo?

—Alguna vez no he tenido más remedio.

—¿Tiene algo que ver con esas gestiones que has estado haciendo en el cabo de Gata?

—Ha sido un trabajo rápido y muy bien pagado.

—Espero que nada fuera de la ley.

—¡No! —exclamó Christopher—. No es mi deseo acabar mis días en un calabozo.

—Me tienes intrigada.

—Un tema de infidelidad, básicamente.

—Está a la orden del día, por desgracia.

—Ahora me toca preguntar a mi ¿Has sido infiel alguna vez?

—Eso te lo contestaré con otro gin-tonic —susurró—. Voy a prepararlos. Enseguida vuelvo.

Azucena se levantó del sofá y se dirigió a la cocina. Con suma discreción había conseguido que su presa fuera revelando poco a poco su gran secreto. Estaba a un paso de culminar su plan maestro. Faltaba la última estocada. La más complicada. Tenía que adormecer a su fiera. Trituró varios comprimidos del somnífero que tenía en su bolso para sus noches de insomnio y los vertió en las aguas cristalinas de la ginebra.

—Espero que esté a la altura —dijo Azucena al tiempo que le acercaba el vaso al sumiller.

—Tienes clase para todo.

Al cabo de media hora, como si le hubieran asestado un fuerte golpe con la espada de sir Lancelot, el caballero francés quedó sumido en el más profundo sueño. No hizo falta que Azucena le

entonara una bonita nana. Acomodó al sumiller a lo largo del chaise longue y miró con detenimiento a su alrededor. Tenía que actuar con audacia y rapidez. ¿Un tema de infidelidad?, se preguntó recordando la frase que había pronunciado el hombre que ahora roncaba con frenesí a su lado. Nadie mejor que ella conocía a la perfección los encantos de María de Hita. Si se dejaba llevar por su sagaz intuición femenina no había duda de que su amiga había cometido algún desliz amoroso. Y que, por tanto, su pareja había requerido los servicios del sumiller para disponer de alguna prueba que refrendase la supuesta deslealtad. Entonces, lo más coherente es que tuviera una grabación sonora o una retahíla de fotografías. Cualquier detective novato pensaría en aquellos primeros indicios. Se fue directa a la habitación del apartamento. Escudriñó debajo de la cama y dentro del armario. Sacudió los cajones de ambas mesitas de noche. Ni rastro de prueba alguna. Siguió inspeccionando y vio que la maleta de Christopher estaba entreabierta. Miró debajo de varias camisas que estaban apiladas en desorden y encontró un sobre de tamaño mediano. Respiró hondo y lo abrió con delicadeza. No era el mejor regalo que le hubiese pedido a los reyes magos. En el rosario de instantáneas aparecía la imagen de su amiga con el último hombre que esperaba encontrar en la faz de la tierra. María de Hita desprendía pasión a raudales con aquel tipo que tan bien conocía. Sintió celos pero rápidamente ahuyentó ese sentimiento. Y ahora se le presentaba la disyuntiva más complicada: dejar las fotografías tal cual o encubrir la identidad de aquel Casanova que parecía solazarse con cuantas doncellas se cruzaban por su camino.

17

París 2004

Conocida originalmente como la Feria del pan de jengibre fue creada por el rey Lotario en 957. La celebración de la Feria del trono, conocida así en la actualidad, es una tradición ancestral que perdura desde hace más de mil años. Se ha convertido en el parque de atracciones más importante para los parisinos. Las sensaciones más

fuertes y la adrenalina más liberadora se esparcen por la pradera de Reuilly. Los algodones de azúcar, los churros y las manzanas acarameladas inundan el recinto ferial de una atmósfera almibarada. A propósito de esa festividad, durante los primeros compases de la primavera del 2004 se decidió realizar algunas obras de mejora en Le Petit Château de Mayale. María de Hita había aprovechado esos días para escaparse a su tierra y arreglar ciertos asuntos de familia mientras que Gastón Sagairi se había quedado al mando del restaurante para supervisar todos los detalles de la pequeña remodelación. Dos días antes de la reapertura, Christopher Montplaisir se presentó en el despacho que Gastón tenía en el local gastronómico. Las elucubraciones y los peores presagios se habían convertido en realidad. El fotógrafo se sentía como un reo a punto de recibir condena.

—No resulta muy agradable lo que te voy a contar —advirtió el sumiller.

—¿Qué ha sucedido?

—María no fue a visitar a nadie de su familia en Almería.

—¿Cómo?

—Alquiló una especie de cabaña en el cabo de Gata, en una zona conocida como el arrecife de las sirenas.

—¿Una cabaña? ¿Para qué diablos?

—Se citó con un hombre.

Gastón, contrariado, frunció el ceño.

—¿Quién es ese tipo?

Montplaisir extendió las decenas de instantáneas sobre la mesa del despacho. Parecía una luna de miel. Los amantes estaban tan empalagosos como las chucherías de la Feria del trono. Las imágenes de María de Hita y aquel misterioso hombre dando rienda suelta a su fervor más carnal encrudeció todavía más a Gastón, que trató de contener su ira.

—Estuvieron tres días allí metidos, apenas sin salir de la cabaña. Tan solo para hacerse algunas fotos.

—¡Maldita zorra!

—Lamento todo esto.

—¿Se dieron cuenta de que estabas allí?

—No, puedes estar tranquilo.

—¿Tienes más pruebas? ¿Alguna grabación?

—Estaban en medio de la nada. No pude acercarme mucho. Corría el riesgo de ser descubierto.

Gastón volvió a pasar las fotografías una a una.

—Por su apariencia podría tratarse de un artista —dijo el sumiller.

—Sí, tiene pinta de bohemio el muy cabrón.

—Había pensado que podría ser un pintor o un marchante de arte. Ya sabes que últimamente la señora está más pendiente de sus acuarelas que de otra cosa.

—¿Crees que se conocen desde hace tiempo?

—Diría que no.

—¿En qué te basas?

—Por la manera que él la trataba y cómo la cogía. No es habitual de dos personas que llevan juntos desde hace tiempo.

—Ya veo que podrías escribir una tesis doctoral sobre eso.

—Había mucha pasión. Se comían a besos. Ella estaba totalmente entregada.

Gastón tenía la mirada cada vez más iracunda.

—¡No hace falta que seas tan detallista!

—Me has dicho que te lo cuente todo.

—¡Disculpa, pero estoy muy cabreado!

—Creo que pudo haber conocido a ese tipo en alguna de sus exposiciones de cuadros —el sumiller trató de calmar a Gastón.

—Vamos a revisar las grabaciones de cualquier artista o marchante que haya pasado por el restaurante durante los últimos meses.

—De acuerdo. Hablaré con la empresa de videovigilancia para que nos proporcione las imágenes.

—¡Vamos a encontrar a ese malnacido aunque sea hurgando en la corteza terrestre!

—No te preocupes. Tarde o temprano daremos con él.

—Por cierto, tienes los ojos más brillantes que de costumbre. ¿Me equivoco?

—Aproveché el viaje para ir a Cádiz y asistir a una conferencia sobre la cultura del vino.

—¿Bebiste más de la cuenta?

—Conocí a una mujer muy atractiva.

—¡Joder! No perdiste el tiempo.

—¿Sabes que también se dedica a lo nuestro?

—¡Vaya! Podías haberle dicho que se viniera a trabajar con nosotros —dijo Gastón con sorna.

—Es profesora de cocina. No quiere trabajar en ningún restaurante.

—Puede que tenga razón. Esto resulta cada vez más esclavo.

—¿No se te habrá pasado por la cabeza cerrar el chiringuito ahora que funciona tan bien? —preguntó Montplaisir temiéndose lo peor.

—Eso sería desaparecer a lo Greta Garbo.

—Entiendo que después de lo que ha sucedido no tengas ganas de estar con ella.

—Y tú, ¿perdonarías una infidelidad?

—No me pongas contra la espada y la pared.

—Me enamoré de ella desde el primer día que la vi. Aquella tarde que llovía a mares no pude quitarme de la cabeza su mirada.

—Mujeres las hay muy bellas. Lo difícil es que se fijen en nosotros. Siempre nos eligen ellas.

—Se lo di todo desde el primer momento. Alquilé este local, lo reformamos y me encargué de atraer a las clases altas de París.

—No te lamentes; lo hiciste por amor.

—Ten cuidado al enamorarte, estimado Christopher.

Mientras el sumiller desaparecía del despacho del restaurante, Gastón prosiguió deshojando las instantáneas del reportaje fotográfico que le revolvía las tripas. El amor de su vida le había traicionado. La mujer de sus sueños había volado para planear en otros mundos. Toda ilusión hecha añicos. ¿Sería capaz de mirar a otro lado y perdonar aquel innoble desliz? Mientras su cerebro se debatía en ese laberinto de emociones, halló una pequeña cartulina

enganchada en el reverso de una de las fotografías. La despegó y comprobó que se trataba de una tarjeta de visita. Le dio la vuelta y en ella aparecía el nombre de alguien que conocía a la perfección.

ଔ

Las nubes apenas dejaban entrever la belleza de la capital francesa. Hacía varios días que un temporal de lluvias estaba azotando la ciudad parisina. Algunos vuelos se estaban cancelando, pero Enric Llauradó tuvo suerte y pudo aterrar en el aeropuerto de Charles de Gaulle. Cogió un taxi y se dirigió hacia el céntrico distrito de Les Halles. Mientras caminaba por una calle paralela a la imponente estación ferroviaria del mismo nombre del barrio, se topó con una comitiva de adolescentes que presumiblemente se dirigían al colegio. Iban vestidos con idéntico uniforme; camisa blanca, americana azul marino y pantalones a juego. Lucían mocasines de color negro con una borla en medio que se zarandeaba de un lado a otro según los vaivenes de cada zancada. Su mente viajó a través del tiempo y se detuvo en los primeros años de 1980. Sus atuendos habían sido similares a los de aquellos chavales. Recordó sus andanzas en La Salle Gràcia de Barcelona. Un colegio cristiano que marcó buena parte de su educación. Había cursado la enseñanza general básica y su estancia allí durante ocho años forjó una serie de valores morales que estigmatizarían su personalidad. La calidez y el cariño recibido por los beatos tutores propiciaron en cierta medida el camino hacia su homosexualidad. Una inclinación que había tratado de ocultar durante su adolescencia por el pudor de la sociedad de ese momento. De jovencito siempre había sido una persona introvertida que tuvo que enfrentarse a una serie de miedos y tabús inculcados por una familia muy religiosa. Entró en el portal número veintiocho de la rue du Louvre y subió hasta la tercera planta.

—Me gustaría verte en París por otros motivos —dijo la voz de Gastón Sagairi al tiempo que le extendía su mano a modo de saludo.

—Así es. No he venido a hacer turismo. Vamos a ver esas fotografías.

Ambos se dirigieron a uno de los despachos que una empresa parisina alquilaba por horas para la celebración de eventos y reuniones. Había que llevar el encuentro con la máxima discreción

posible. Sagairi le relató los motivos del reportaje fotográfico que había encargado al sumiller y de cómo había aparecido la tarjeta de visita con su nombre y apellido. Llauradó escudriñó con precisión cada una de las instantáneas.

—En todas las fotos el tipo que está con María de Hita aparece de espaldas. Y, si te fijas bien, en las que él está solo se trata de primeros planos —advirtió Enric.

—¿Estás deduciendo que podría no tratarse de la misma persona?

—Me resulta curioso, al menos.

—¿Por qué tendría que engañarme ese sumiller? Le pagué más que bien.

—Por el mismo motivo que apareció mi tarjeta pegada a una fotografía.

—¿Pero existe alguna relación de Christopher contigo? ¿Me he perdido algo?

—Ninguna. No le he visto en mi vida —respondió—. La llave podría estar en esa mujer que dices que conoció en Cádiz.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quizás el señor sumiller haya tenido una noche de lujuria. Y al margen de eso, es evidente que alguien ha querido darte una pista falsa o quiere encubrir al amante de María.

—Puede que tengas razón.

—Imagínate que no me conocieras. Te han hecho creer que ese tipo que estuvo con ella en el cabo de Gata se llama Enric Llauradó.

—Cuadra bastante. Está claro que esa mujer o ese alguien te conoce y se hizo con una tarjeta tuya.

—También pudo robármela.

—¿En Cádiz? ¿Has estado alguna vez allí?

—No tiene que haber sido precisamente en esa ciudad.

—Entonces, ¿dónde crees?

—Ya sabes que me relaciono con mucha gente en Barcelona. Tanto por mi trabajo como en La Guarida del Dragón.

—Sería como encontrar una aguja en un pajar —dijo Gastón.

—Hablaré con Giuseppe Zola.

—Seguro que podrá ayudarnos.

—Pero antes voy a hacerle una visita a ese sumiller.

Llauradó abandonó el despacho con la sensación de que le habían clavado un dardo en la diana de su pecho. No podía entender cómo alguien había tratado de inmiscuirlo en aquella trama de infidelidad. No había duda que debía conocerlo por su vinculación con La Guarida del Dragón. La noche turbia donde todos los gatos son pardos. ¿Un ajuste de cuentas?, pensó. ¿De verdad tengo algún enemigo por ahí que tan mal pueda desearme?, barruntaba una y otra vez. Había empezado a obsesionarse con la misteriosa mujer de Cádiz. Pidió un taxi y se dirigió a la rue de la Goutte d'Or, cercana al corazón de Montmartre. El edificio donde vivía el sumiller lucía la peculiar huella haussmaniana; una elegante fachada construida con una piedra caliza llamada luteciana de color crema. Christopher había alquilado un *étage noble* (el segundo piso), sin duda el apartamento más deseado por su amplio balcón, sus techos altos con vigas de obra vista y los marcos de las ventanas bellamente diseñados. Enric tocó al timbre que emitió un sonido tan chirriante como contundente.

—No voy a venderle ninguna enciclopedia —advirtió Llauradó tras abrirse la puerta—. Vengo de parte de Gastón Sagairi.

—Sus amigos son mis amigos. En ese caso, tenga la amabilidad de pasar.

—Bonito apartamento. Parece más bien el retiro de un poeta.

—Los vinos también tienen su lado lírico.

—Espero que no bebiera más de la cuenta en su estancia por Cádiz.

—Eso forma parte de mi vida íntima.

—Cuando se involucra a terceras personas, la privacidad puede pasar a un segundo plano.

—No sé qué trata de decirme con eso.

—El señor Sagairi no está demasiado satisfecho del trabajo que le

mandó para hacer en el cabo de Gata.

—No me ha dado esa sensación.

—Algunas imágenes son confusas, pero lo más preocupante es la aparición de una tarjeta.

—¿Una tarjeta? No sé de qué me habla —interrumpió el sumiller.

—Le aseguro que es la primera vez que lo veo, pero parece ser que usted ya me había conocido anteriormente.

—¿Y por qué tendría que conocerlo?

—En esa tarjeta de visita figuraba mi nombre y estaba pegada en el dorso de una de las fotografías.

—¡Maldita sea! ¡Fue esa mala pécora! —exclamó furioso el sumiller.

—¿De quién me está hablando?

—Conocí a una mujer en una conferencia en Cádiz. Nos caímos bien y la invité a mi apartamento. Bebimos una botella de vino y un par de gin-tonics. Me quedé dormido en el sofá y cuando desperté aquella mujer se había largado.

—No es un gran festín de alcohol para que un tipo de su constitución se quedara durmiendo la mona.

—Yo tampoco lo creo. Quizás me pusiera algo en la ginebra para sedarme.

—¿Y qué intención tenía esa mujer de husmear en esas fotografías y dejar la tarjeta con mi nombre?

—Hasta ahí no llega mi instinto policial.

—Entonces, tengo que creerme su versión y culpar a esa tal… ¿recuerda su nombre?

—Azucena Castro.

—¡Vaya! ¡Esto no puede ser una coincidencia!

—¿La conoce?

—Nos vimos una vez en Barcelona.

Enric Llauradó abandonó aquel apartamento para especímenes literarios del distrito de Montmartre. ¿Qué relación tiene Azucena Castro con la infidelidad de María de Hita? ¿Por qué la asesora inmobiliaria que le mostró La Guarida del Dragón por primera vez había intentado meterlo en aquel desaguisado? ¿Y quién diablos era el tipo que se había acostado con María? Se repetía una y otra vez.

Nueve meses después, en una de las salas de parto del hospital de Saint-Joseph se escuchó por primera vez el sollozo de las dos criaturas. Mayale y su hermana abandonaban la paz del vientre de su madre y decidían salir al crudo mundo de ahí afuera. La matrona colocó a las recién nacidas en el pecho de su progenitora. Las energías del universo corrían a raudales entre madre e hijas. Sin embargo, pasados unos minutos, la enfermera se llevó en brazos a uno de los bebés. Habían existido algunas complicaciones durante el parto. Tenían que examinarla y hacerle las pruebas oportunas para emitir un diagnóstico clínico. Los médicos intentaron restar trascendencia a los padres hasta que tuvieran una información más precisa. Mayale, en cambio, seguía adormecida con el calor que desprendía el pecho de su madre. Un arcoíris de purpurina cubrió el cielo de París. Gastón Sagairi apretó la mano de María de Hita y con la otra acarició su rostro, que había diluido ya la tensión y el sufrimiento de aquel parto primerizo.

—Tiene la mirada de una cría de siete u ocho años —advirtió una de las enfermeras—. Es tan profunda.

—La misma que la de su madre —dijo Gastón.

La asistente al alumbramiento no dejaba de observarla.

—¡Qué ojos azules tan bonitos!

—No hay bebé más precioso en todo París —se enorgulleció el padre.

Pasadas unas horas, subieron a María de Hita a la tercera planta del hospital. Un ramo de flores y una caja de bombones atraían la vista en la mesita contigua al ventanal de la habitación. Azucena Castro entró como una exhalación para abrazar a la madre.

—¡Enhorabuena, mami! ¡Menuda ricura has parido! Y esos ojos, madre mía, ¡qué ojos!

—Sí, la verdad es que ha enamorado ya a todas las enfermeras. Ya sabes que lo tengo decidido, ¿verdad?

—¿El qué?

—Serás la madrina de Mayale.

—¡Oh! ¡No puedo ser más feliz! Será un honor. Por cierto, ¿cómo se encuentra el otro bebé?

—¡Mi preciosa Ayra! Estamos esperando el resultado de las pruebas que le están haciendo.

—Ya verás cómo pronto se pondrá bien.

Azucena volvió a achuchar a María entre un mar de lágrimas de emoción.

—¡Lo que es seguro es que estas niñas van a comer los platos más ricos de todo París!

A la semana posterior al nacimiento, Mayale pudo comprobar que el mundo de ahí afuera no era tan descarnado como parecía. Más de cien especies vegetales, un puñado de árboles centenarios, varios conjuntos escultóricos de interés histórico y un apacible estanque para pasear en barquitas de remos convierten al parque del Bosque de Boulogne en un edén soñado en medio del cemento de la ciudad. El ambiente recordaba al de un concierto de piano en un lago del Pirineo aragonés en esas noches calurosas de verano. Con acordes delicados y deslizando con suavidad los dedos de las manos entre las teclas blancas y negras. Junto a esa melodía, el sonido de un violín evocando la sinfonía más romántica de Schubert. María y Gastón parecían los padres más afortunados del universo. Aquel taxi en Barcelona había metamorfoseado el laberinto de sus vidas. No obstante, cierto hálito de preocupación continuaba merodeando por sus pensamientos. Desgraciadamente, el otro bebé no presentaba atisbos de mejora. Había nacido con algunos problemas en el corazón. Seguía teniendo la concentración de oxígeno en la sangre arterial bastante baja por lo que el resto de órganos del cuerpo no recibía la cantidad de oxígeno adecuada. Había venido al mundo bajo el síndrome del niño azul.

Aunque no todo eran noticias negativas, después de unos años de la apertura del restaurante, los números hablaban por sí solos. Le Petit Château du Mayale se había convertido en uno de los referentes de la cocina moderna parisina. Había multiplicado por cinco su plantilla de trabajadores. Recientemente había sido condecorado con la primera estrella Michelín y estaba en vías de

conseguir un segundo galardón. Gastón había podido introducirse en los entresijos del Ayuntamiento y había conseguido publicitar con éxito los encantos del restaurante entre los políticos más influyentes. Muchos de ellos acudían no solo para deleitarse con la preciada comida sino para sucumbir a los encantos de María de Hita. La belleza embriagadora de la andaluza no había pasado inadvertida entre las clases pudientes de la ciudad. Y esa circunstancia había tenido un efecto búmeran. Los celos y las dudas se habían adueñado del espíritu de Gastón. Él mismo se había encargado de atraer a esa clientela varonil y ahora empezaba a desear que se alejara para siempre. Y, además, su cabeza no había dejado de barruntar el episodio de María en el cabo de Gata. Durante la preñez no cesó de plantearse la posibilidad que no fuera el padre de aquellas dos criaturas. Después del regreso de María de su viaje a España, la vida conyugal de ambos había ganado muchos enteros y quería creer que la fogosidad mostrada por ella se tradujo en el embarazo. Aunque en un primer momento le había perdonado el desliz, una intención un tanto macabra había empezado a perturbar su mente. Se estiraron en la explanada de césped que había delante del estanque e inclinaron un poco el cochecito de Mayale para que pudiera impregnarse de aquel entorno tan evocador. María vibró durante un instante al revivir el espíritu de la entrañable película de Elia Kazan.

«Aunque ya nada pueda devolvernos la hora del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores, no debemos afligirnos, porque la belleza subsiste en el recuerdo.»

18

Londres, 2005

No movía ni una ceja. Ni tan solo pestañeaba. Su cuerpo, desde la

cabeza hasta los pies, era una roca inamovible. Los más jovencitos se acercaban a menos de un palmo de él para cerciorarse de que no se trataba de una estatua. Su imagen evocaba a la de un vagabundo harapiento, pero con cierta clase y distinción. Cada sábado tenía su pequeña función en unos de los tramos de Portobello Road. Su estampa hierática e inmóvil captaba la atención de todos los transeúntes que por allí pasaban. Se detenían un instante y le arrojaban unas cuantas monedas para premiar su peculiar arte callejero. Valentina Lombardi le guiñó su ojo izquierdo al pasar por su lado. Nadie como ella sabía lo duro que son los inicios en el mundo de la interpretación. Había tenido la suerte de salir del anonimato merced a una película que se había convertido en pocas semanas en un éxito total en las taquillas. De vez en cuando le gustaba pasear por el mercado ambulante de Notting Hill. De hecho, parte de su film estaba ambientado en ese colorista barrio londinense. Inmersa en la fase promocional de su último trabajo, se le había disparado el número de entrevistas. Tras empaparse de aquel ambiente bohemio cogió el metro y se dirigió al barrio del Soho. Caminó hasta Sheraton Street. Llamó al timbre del número 11. Katharine Snow bajó las escaleras para recibirla.

—Señorita Lombardi. Todo un placer —dijo la editora a modo de saludo.

—El gusto es mío. Muchas gracias por su invitación.

—Acompáñeme, por favor.

Tomaron asiento en el piso de arriba. El despacho de Katharine se encontraba en un espacio abuhardillado. Dos grandes ventanales de madera blanca envejecida ofrecían unas envidiables vistas de la animada calle. Un buen puñado de recortes de periódicos poblaban las paredes de la estancia.

—Sin duda este lugar es para inspirarse —desveló la actriz.

—Aquí solo hacemos algunas entrevistas. Nuestros escritores rara vez aparecen en este lugar.

—Una verdadera lástima. Todo esto me da muy buenas vibraciones.

—Supongo que debe estar desbordada por el rotundo éxito de su película.

—Así es. Jamás hubiese pensado que pudiera estar viviendo todo esto.

—¿Qué le apetece tomar? ¿Un té o un café, quizás...?

—Un té, por favor.

—Sus comienzos no fueron fáciles.

—Empecé en un grupo de teatro en el colegio. Allí me di cuenta de que el oficio de la interpretación estaba dentro de mí.

—Y cursó arte dramático aquí en Londres.

—Allí puede comprobar el nivel que tenía. Coincidí con muchos compañeros de gran talento.

—Y llegó su debut.

—Sí. Ronald Smith me dio aquella oportunidad. Era una película de serie B. La rodamos en las Highland.

—¡Vaya por Dios! En mi tierra.

—Disfrutamos mucho durante la grabación. Los paisajes eran espectaculares.

—¿Y a partir de ahí?

—Me fueron llamando para participar en otros rodajes.

—Hasta que Quentin Lynch posó sus ojos sobre usted.

—Tuve mucha suerte. Ese tren solo pasa una vez por tu vida.

—Un guion con un final deslumbrante.

—Lynch es un maestro del suspense y sabe extraer lo mejor de cada actor.

—No es de extrañar. Supongo que ya le habrán dicho que tiene un aire a Mónica Bellucci.

—Es un honor para mí. Siempre la he admirado.

—¿Es consciente de que puede despertar pasiones tanto en hombres como en mujeres? —preguntó Katharine con una mirada que dejaba intuir cierta seducción.

—Cuando nuestros padres eran jóvenes la homosexualidad era todavía un tabú. Con los años, la sociedad ha ido asumiendo que puede existir el amor entre personas del mismo sexo.

—Y usted, ¿ha tenido relación con alguna mujer?

—De jovencita, tuve varias experiencias sexuales con una amiga de clase. ¡Buf! ¡Pero, qué tonterías estoy diciendo!

Katharine Snow se levantó del sillón y se colocó de pie detrás de

Valentina. La actriz vestía una blusa blanca de seda que dejaba entrever su voluptuosa curvatura. La editora deslizó sus dedos suavemente por el cuello de la entrevistada. Valentina emitió un leve gemido y le lanzó una mirada de aprobación. La complicidad entre ambas era notoria.

—Disculpe, pero no sé qué me ha pasado —dijo Katharine.

—Que conste que me gustan los hombres, aunque no me ha incomodado. Eres muy sensual.

—Nunca había hecho esto con una mujer —confesó la editora.

Se estiraron en el sofá y se sumieron en un torbellino de complacencia. De camino al éxtasis se zambulleron en mares de garatusas y cucamonas con la suavidad y delicadeza que confiere estar en la orilla femenina.

—Podrías tener al hombre que quisieras. Eres tan bella como dulce —dijo Katharine al tiempo que acariciaba los labios de Valentina.

—Pues te sorprenderías, pero hace bastante que estoy sin compromiso.

—¿En serio? ¿Una persona que está siempre viajando no ha encontrado todavía a ese hombre especial?

—Hay mucho primitivo por ahí. Parientes directos del hombre de Cromañón.

Ambas rieron a pierna suelta.

—Te propongo un plan para esta noche. A ver si cae en tus redes algún apuesto londinense.

—Me conformaría con un tipo real.

—Uno de mis escritores en plantilla se dedica también a la música. En un par de horas actúan en un *pub* del norte de la ciudad.

ଔ

Antes de salir a escena, William Wright se relajaba unos diez minutos en el camerino y practicaba una efímera sesión de relajación. Se retocaba con un lápiz negro la raya de sus ojos y se atusaba el cabello. Al poco rato acudía el resto de miembros de la banda para abrazarse y desearse las mejores de las suertes. La travesía musical de Evening Shadows estaba a punto de extinguirse. En principio debía ser el último concierto. Habían congregado a un

buen puñado de amigos y fervientes seguidores que no querían perderse los postreros coletazos de aquel viaje con fecha de caducidad. La industria productora los había ninguneado, pero ellos deseaban despedirse en loor de multitudes. Cuando el público esperaba que saltaran al escenario, la voz de Wright quebró el silencio desde el otro extremo de la sala. Sin que nadie reparara su presencia, había salido por la puerta de emergencia y empezó a cantar con su guitarra acústica. Todos se giraron sorprendidos hacia él y empezaron a sonar las palmas. Se vaticinaba una noche calurosa con un público totalmente entregado. Tras interpretar tres temas de forma más íntima, Wright enfiló el camino hacia el escenario. Los asistentes le abrieron un pequeño pasadizo y a su paso lo fueron aplaudiendo. El vocalista se unió al resto de la banda y empezaron a sucederse los temas más rocanroleros. Wright sabía conectar con su concurrencia. Como un párroco en perfecta comunión con sus feligreses. En los momentos más álgidos acostumbraba a enloquecer a sus devotos. Tenía esa sensibilidad artística capaz de hacer estremecer al seguidor más escéptico. Katharine Snow y Valentina Lombardi formaban parte de esa locura colectiva y no cesaban de brincar ni un instante. La actriz se sentía como una niña con sus botas nuevas de agua saltando de charco en charco después de una lluvia copiosa y torrencial. Llevaba ya unas cuantas cervezas. La había enganchado la música de aquellos tipos que horas atrás eran unos auténticos desconocidos para ella. Estaba cautivada por la guitarra de Max Labiano. Sin duda, era el integrante del grupo que más la había embelesado. Tras efectuar un par de bises, William detuvo la música en la última canción y con un soliloquio profundo y emotivo a modo de despedida esparció de sensibilidad cada recoveco de la sala. Depositó el micrófono en el suelo en medio del escenario y desapareció entre una cortina de humo. La parte instrumental fue languideciendo poco a poco hasta llegar al silencio más sepulcral. Wright volvió a salir. Las cuatro sombras se abrazaron y saludaron con efusividad a su público. Mientras los devotos iban abandonando la sala, Katharine y Valentina se colaron en el camerino para saludar a los músicos. Max estaba sentado sobre un banco de madera al tiempo que secaba el sudor de su frente con

una toalla. William se cambió la camiseta; entretanto Robert Taylor y Lázaro Espinosa visionaban un video de la actuación que habían recibido en el teléfono móvil.

—Ha sido un *show* memorable —anunció la editora.

—Lástima que todo esto se haya acabado —contestó el guitarra.

—Esta noche habéis ganado una nueva seguidora. Os presento a Valentina.

—Me ha encantado vuestra actuación. Tenéis un gran talento.

Max escudriñó a la actriz.

—Tu cara me resulta familiar.

—No va a decir nada porque es muy discreta, pero que sepáis que va a ser la futura estrella del mundo cinematográfico —advirtió la editora.

—¡Katharine, por favor! ¡A ver qué van a pensar estos hombres!

—Pues precisamente estoy haciendo un casting para mi próxima película. De hecho, ahora vamos a una fiesta privada a casa del que será el actor principal —dijo Lázaro mientras recogía sus baquetas.

—¡Pues yo no me la quiero perder! —exclamó Katharine con el subidón de las cervezas que había ingerido.

Conocida como la rueda del milenio, a orillas del Támesis emerge El ojo de Londres, la emblemática noria junto al río. Desde cualquiera de sus treinta y dos cabinas de cristal se puede alcanzar una visibilidad de cuarenta kilómetros de distancia en un día claro. Aunque disfrutar de esa luminosidad en la capital británica sucede en contadas ocasiones. A escasos metros de esa espectacular atracción, Belvedere Road se había convertido en un pequeño reducto de ciertos artistas que habían conformado allí un gueto privado para la creación. Según su propia creencia, Zdenek Kafka era el supuesto bisnieto del eximio escritor checo. En cierta manera se había aprovechado de aquel ilustre apellido para adquirir cierta fama. Había alquilado un estudio con una amplia terraza donde

acostumbraba a engendrar sus singulares acuarelas. Con una clara influencia del impresionismo europeo, Kafka plasmaba en cada lienzo su convulso mundo interior. Si la insigne *Metamorfosis* de su hipotético bisabuelo se hubiese podido retratar con un pincel no cabe duda que Zdenek atesoraba esa habilidad ingeniosa. Era su auténtica vocación. Hacía poco que había vuelto a Londres tras rodar su séptima película. Kafka compaginaba su afición a la pintura con sus trabajos en el mundo del celuloide. Era consciente de que nunca llegaría a ser un famoso actor de la gran pantalla, pero al menos aquellos ingresos le permitían pagar sus facturas y llevar la vida bohemia que le apetecía. Cuando los miembros de Evening Shadows junto a Katharine y Valentina hicieron acto de presencia en la madriguera de Kafka, la jarana se encontraba ya en su cenit más elevado. El ambiente era de lo más variopinto. Una fauna de personajes siniestros y singulares habían colonizado la mayor parte de las estancias de aquel piso. Sonaba *Red Army Blues* de los Waterboys. Unos cuadros de Andy Warhol presidían el comedor. La iluminación, casi en penumbra, recordaba a la de un castillo gótico colmado de candelabros. Una chica repleta de tatuajes y con el pelo pintado de azul pasó con una bandeja de cócteles. Los había de todos los colores y aromas posibles. Kafka estaba sentado en un rincón de la sala sobre un sillón estampado con flores de loto.

—¿Qué tal el concierto, chicos? Lamento no haber podido ir. Estos androides me tienen retenido aquí —dijo con aires de emperador romano.

—No tendrás más oportunidades —respondió Lázaro Espinosa—. Esta noche ha sido nuestro último concierto.

—¡Joder! ¡No lo sabía!

—Tienes una memoria de pez. A final de mes rodamos en Praga.

¿Lo recuerdas?

—No me hace mucha ilusión volver allí.

—Exigencias de los guionistas.

—Hablaré con esos panfletistas para que cambien de escenario.

—Es una decisión irrevocable. Sabes que esta película no sería lo mismo sin ti.

—Será la última. Quiero dedicarme solo a la pintura.

Mientras William y Katharine se ponían al corriente de las últimas novedades de la editorial, Max y Valentina salieron a la terraza para contemplar el cielo encapotado de Londres.

—No voy a tener más remedio que ir esta semana al cine para ver tu película. Ya disculparás mi ignorancia —dijo él.

—Yo tampoco conocía vuestra música. Eres muy bueno con la guitarra.

—Quizás siga tocando en solitario. La gran mayoría de las actrices tenéis también buena voz, ¿verdad?

—¿Me estás proponiendo que formemos un dúo o algo por el estilo?

—Tendría que hacerte primero unas pruebas —dijo él arqueando una sonrisa.

—Cantar no es lo mío. Pero puedo acompañarte al cine para ver mi película.

—¿Lo dices en serio? ¡Poder ver ese filme con la mismísima protagonista a mi lado! ¡No se puede pedir más!

Valentina recorrió con su mirada el rostro de Max. La conexión entre ambos saltaba por los aires. Se profetizaba un enamoramiento incipiente. La escena evocó a la de Leonardo DiCaprio y Kate Winslet en la proa del Titanic aunque esta vez apoyados en la barandilla de aquel ático a los pies del Támesis.

ଔ

Una semana después, y seguidamente que Valentina Lombardi pasara el casting más rápido de la historia del cine, Lázaro Espinosa dio comienzo a la filmación de su nueva película. Había alquilado un pequeño apartamento para rodar algunas de las escenas interiores. Se hallaban en la calle Melantrichova, en pleno corazón de Praga y a escasos metros del reloj medieval astronómico. Tenían que

filmar uno de los momentos estelares que marcaba el devenir de la trama. Los dos personajes encarnados por Valentina Lombardi y Zdenek Kafka estaban cenando en el pequeño balcón de su casa. Tras finalizar, los dos amantes apuraban su copa de vino y comentaban las vivencias ocurridas durante el día. Aquel instante se convertía cada noche en un auténtico bálsamo curativo para ambos. Después del día agotador podían compartir sus alegrías y tristezas, sus inquietudes y sus esperanzas.

—Hacía días que no veía un cielo tan estrellado —dijo ella al tiempo que posaba allí su mirada.

—En esta ciudad casi siempre estamos con niebla.

—Tenemos que aprovechar este buen tiempo. Te propongo un plan para mañana.

—¡Venga, sorpréndeme!

—Un picnic en el parque Stromovka.

—¡Bua! ¡Me encanta!

—Tendremos que madrugar.

—¿Vamos a la cama, mi amor?

Lázaro detuvo el *sketch* para que los actores descansaran durante unos instantes.

—Me ha parecido una toma perfecta. Habéis estado maravillosos. Vamos a rodar la siguiente escena ¡Cámara! ¡Acción!

Mientras los dos protagonistas dormían, una sombra misteriosa entró en la habitación y con un gas somnífero adormeció a los amantes. Y con la sangre fría de un convicto de la segunda guerra mundial, el enigmático intruso propinó varias puñaladas al personaje que encarnaba Zdenek Kafka en la ficción. La madrugada en Praga se había teñido de luto y dolor. El reloj de la plaza del Ayuntamiento había dejado de anunciar las horas. El *alter ego* de Valentina en la película despertó sobrecogida al advertir un río de sangre entre las sábanas. Antes que transcurrieran veinte minutos, varios agentes de la policía se habían personificado en el lugar del

crimen. La cónyuge del asesinado se mostró un tanto escéptica a colaborar con los inspectores que le prestaban declaración. Había tenido un presentimiento y quería investigar el caso por su parte.

—¡Corteen! —gritó Lázaro Espinosa—. Creo que la vamos a dar por buena —añadió al tiempo que visionaba con su equipo técnico por una pequeña pantalla la secuencia recién salida del horno.

Después de casi diez horas de rodaje, la jornada cinematográfica había expirado. El director almeriense se sentía exultante del trabajo que estaba realizando. Tenía en su cabeza aquella aureola que tantas veces había imaginado en torno al mito novelesco de Franz Kafka. Esa calle de la ciudad con olor hidratante a vetusta humedad, una huérfana iluminación secundada por farolillos de cristal de siglos atrás y una frondosa bruma que desdibujaba a cualquier paseante entrometido. La espiral de silencio se sucedía. Los ojos sucumbían a la fantasía y se activaba la imaginación para contemplar absorto al creador de *La metamorfosis* huyendo a paso ligero del brazo de una prostituta por las profundidades de la noche. Una imagen inconfundible vistiendo su casaca negra, sus botas de piel envejecida y su sombrero de copa. La trasmutación noctámbula. La esquizofrenia noctívaga. Tan solo el vino de Moravia podía ser capaz de otorgar un poco de luz ante todo ese caos existencial. O, tal vez, la voz de Valentina.

—¿Quién es el chico que ha hecho el papel de asesino? Con tan poca luz no he podido ver su cara —preguntó la actriz al director de la cinta.

—Es un actor valenciano de reparto. No tiene mucha experiencia, pero lo necesitábamos para esta escena.

—¿Cómo se llama?

—Sandro Vallverdú.

La densa bruma apenas permitía ver el andén de la vía más cercana. Valentina Lombardi había llegado in extremis a la estación central de ferrocarril de Praga. El taxi que le había traído desde el aeropuerto había caído en las redes de un colapso mayúsculo de tráfico. Parecía que ese día las desgracias se estaban sucediendo una tras otra. El vuelo que debía hacer el trayecto desde la capital checa hasta Barcelona había sido cancelado por problemas técnicos. Tenía dos opciones; pernoctar en Praga o coger un tren hasta Viena donde enlazaría por aire con la ciudad condal. El revisor la ayudó a subir las dos grandes maletas que llevaba y la acompañó a uno de los vagones de clase preferente. Entró en el compartimento y se acomodó en la butaca pegada a la ventana. Con la intención de pasar desapercibida siempre iba con sus gafas de sol. Estaba viviendo sus mejores momentos como profesional y su rostro era conocido. En un avión el acoso de los fans solía ser bastante soportable, pero en un tren la seguridad se hallaba más en entredicho. Corría el peligro de mezclarse con gente que pudiera asediarla. Quizás por ello se acordó de la letra del *Common people* de los Pulp. Aquella mítica melodía empezó a sonar por su cabeza. La experiencia de rodar en Praga había sido gratificante. Había aprovechado para hacer un poco de turismo y deleitarse con el amplio abanico cultural e histórico de la ciudad por donde discurre el río Moldava.

—Durante el mes de febrero la niebla en Praga es bastante habitual —advirtió la voz del pasajero que se encontraba delante de Valentina.

—Supongo que eso le da ese aire de ciudad bohemia y misteriosa.

—Claro, de no haber sido así dudo mucho que Franz Kafka hubiera creado esas grandes obras.

La actriz miró a aquel hombre con cierto asombro. Llevaba unas

lentes oscuras, un sombrero bombín y vestía todo de negro. Su nariz más bien puntiaguda sobresalía de un rostro con evidentes rasgos varoniles. Le vino a la memoria la imagen del escritor checo.

—¿Le han dicho alguna vez que tiene cierto parecido físico con él? —indagó Valentina.

—No es mi imagen habitual. Me gusta cambiar cuando viajo de un lugar a otro ¿Usted tampoco se quita nunca esas gafas?

—Padezco de fotofobia. Me molesta mucho la luz.

—¡Oh! ¡Alguien que también forma parte de mi club de los vampiros!

—¿Y si le dijera que conozco personalmente a su presunto bisnieto?

—Disculpe, pero no tengo hijos.

La actriz soltó una inevitable carcajada.

—Me refería al bisnieto de Franz Kafka.

—¿En serio? Pues lamento comunicarle que ese tipo no tuvo hijos.

—Ya. Eso imaginaba. Pero él se lo cree. Hemos estado trabajando juntos durante dos semanas en Praga.

—Interesante. Y si no es indiscreción, ¿a qué se dedica?

—¿Me promete guardar secreto y no dar ningún grito?

—¿No me diga que es la reina Cleopatra rejuvenecida?

—¡Noooo! Más bien alguien de este siglo.

Valentina desveló su rostro y dejó al descubierto sus brillantes ojos verdes.

—¡Por todos los santos!

—Me ha asegurado que no iba a gritar.

—Ya disculpará ¿De verdad? ¿Es usted? Hace unos días estuve viendo en Barcelona su última película. Salí embobado de la sala.

—Y ahora me tiene aquí delante.

—Es también muy guapa sin maquillaje.

—Le agradezco sus palabras —cuchicheó Valentina.

—¿Entonces ha estado rodando una película con el farsante del bisnieto de Kafka?

—Realmente su auténtica vocación es la de pintor. Creo que este será su último trabajo en el cine.

—Otro tipo bohemio en la familia.

—Así es. Tiene un estilo muy particular.

—Si pudiera conocer a ese hombre sería muy importante para mi trabajo.

—¿Por qué? ¿A qué se dedica usted?

La réplica de Franz Kafka del siglo XXI se levantó de la butaca y abrió un filo de la ventana.

—¿Le molesta el olor a marihuana?

—No, claro. Es más, si me lo permite le daré un par de caladas.

Aquel hombre cogió de su pequeño bolso de mano una papelina de fumar y lio con una destreza inusitada un cigarrillo con la hierba.

—¿No lo mezcla con tabaco? —susurró ella.

—Me gusta la marihuana pura y dura.

—Ya veo, directo a la vena.

—Tome, pruebe. A ver qué le parece.

La actriz inhaló dos caladas seguidas al canuto.

—A veces fumo en mi casa para relajarme —apuntó la italiana.

—Mis mejores obras las he parido bajo sus efectos.

—¿Y eso? Tiene pinta de escritor.

—Algo parecido. Empecé a hacerlo desde muy jovencito. Primero fueron poemas de amor y después algunos relatos cortos.

—¡Vaya! Quizás alguno haya caído en mis manos.

—Nunca llegué a publicar nada.

—Una lástima. ¿Por qué?

—Me robaron el manuscrito de primera novela.

Valentina se incorporó precipitadamente de su asiento.

—Pero, ¿cómo?, ¿quién?, ¿cuándo?

—Fue hace muchos años. Hubo un incendio y entraron en mi casa intencionadamente.

—¿Y nunca encontró al responsable?

—No.

—¿Y no intentó escribir la historia de nuevo?

—En aquel momento no me vi con fuerzas y con los años me metí en el mundo del periodismo.

—Claro, otra manera diferente de comunicar.

—Desde hace tiempo me dedico a la crónica deportiva.

—¿Ha habido algún evento en Praga?

—Sí, he ido a cubrir la información de un partido de baloncesto.

—Nunca hubiese relacionado a un tipo con este aspecto con un acontecimiento deportivo.

—No hay que dejarse llevar por las apariencias.

—Sin duda. Espero que algún día pueda retomar el manuscrito.

—No es fácil, pero con la ayuda de ella lo conseguiré.

La actriz intuyó que aquel elemento tan duro a simple vista también tenía su corazoncito.

—¿Ella? ¿De quién me habla si no es indiscreción?

—La mujer más preciosa del universo.

—¡Oh! Eso sí que es bonito ¡Qué amor más romántico! ¿Y dónde se encuentra si no es mucho preguntar?

—Vive en una ciudad sumergida.

—¿Cómo? No lo entiendo.

—En un lugar mágico bajo el mar.

Merced a sus gafas de sol Valentina Lombardi pudo disfrazar su estado de perplejidad. Al margen de ser una calcamonía del celebérrimo escritor checo, aquel tipo misterioso que tenía delante le había desvelado que su amada vivía en algún lugar recóndito de los confines marinos. Por un instante creyó que se trataba de un original guion cinematográfico.

—¿Y dónde está ese lugar exactamente?

—En el mediterráneo. Cuando mi trabajo me lo permite voy a visitarla. Nos reunimos a los pies de un cenote de aguas turquesas.

—Pensaba que solo había cenotes en México.

—Solamente ella y yo podemos verlo. El ilusionismo es una de las artes escénicas más maravillosas que existen. Es un espectáculo fascinante que conjuga habilidad e ingenio.

La actriz continuaba estupefacta ante las palabras de ese tipo tan singular que parecía estar más loco que cuerdo.

—¿Y qué hacen allí?

—Le voy leyendo mis escritos y ella me ayuda en la corrección.

Valentina se hallaba a un paso del desmayo intelectual. Todo aquello le sonaba como una metáfora de la leyenda del fantasma de la ópera. Por primera vez comenzó a sentir cierto temor. ¿Y si un peligroso zumbado se había colado en su compartimento para

abusar de ella? Rezumaba un porte elegante y su intelectualidad estaba fuera de duda, pero ¿y si se trataba de un psicópata paranoico? Siguió escudriñando de arriba a abajo la imagen de ese hombre y descubrió algo en lo que antes no había reparado. Tenía una gran cicatriz en la parte derecha de su rostro. El descubrimiento acentuó todavía más sus miedos. El presunto doble de Kafka le había relatado una fábula similar a la del fantasma parisino y además tenía un costurón que evocaba a la cara deforme del protagonista de la novela de Gastón Leroux. Por fortuna, el revisor del tren se acercó a ellos para anunciar la llegada a Viena. Valentina respiró con más tranquilidad y salió al pasillo para recoger sus maletas.

—Por cierto, por su acento, parece usted argentino.

—Así es. Aquí tiene mi tarjeta.

—Todo un placer haberle conocido —dijo Valentina al tiempo que se despedía.

—Encantado también. Ya me dirá cómo puedo contactar con el supuesto bisnieto de Kafka. Me encantaría entrevistarlo.

—Claro. Hablaré con él para que se conozcan.

19

París, 2006

Bautizada como el «Hada Verde», la absenta se convirtió en la bebida alcohólica de moda en el círculo de artistas y escritores del París del último tercio del siglo XIX. Probablemente, la mayor parte de aquellas celebérrimas composiciones se crearan bajos los efectos de ese bendito licor. Hasta su prohibición en 1915 se caracterizaba por un ligero sabor anisado y un fondo amargo de tintes complejos debido a la inmensa variedad de hierbas silvestres que contenía.

Una gran botella ficticia de ese afamado elixir presidía la sala, ya que su marca comercial patrocinaba el evento. Desde hacía unos años, Lucía Godoy impartía clases en la Universidad de Barcelona. Se había licenciado en Filología Anglogermánica en Buenos Aires. Después de trabajar en la capital argentina accedió a una plaza como docente en la ciudad condal. Siempre había tenido el anhelo de

ejercer su profesión en la vieja Europa. De vez en cuando le gustaba asistir a algún que otro congreso de literatura para ampliar los conocimientos adquiridos durante su carrera. El instituto Cervantes de París había organizado un simposio para analizar y debatir la hornada de autores simbolistas y decadentistas de la Francia de finales del XIX. La conferencia estaba a punto de iniciarse. Lucía tomó asiento en la tercera fila. Las sillas recordaban a los de una antigua escuela. Depositó su bloc de notas en el brazo articulado. Advirtió a su lado la presencia de un hombre que ocultaba su rostro con una careta más bien de *outlet* de algún pretérito carnaval. Tenía el cabello ensortijado e ilustraba con un lapicero negro la silueta de una mujer en un acantilado.

—¡Qué pintura más romántica! —exclamó Lucía al observar los trazos.

—Mi madre siempre me dijo que nunca me ganaría la vida dibujando.

—¿Y hay que darle la razón?

—No andaba muy equivocada.

—Entonces, ¿tiene algún interés por las letras? Le pregunto porque alguna razón habrá para que esté en esta sala.

—Soy algo así como un escritor maldito.

—¿Como algunos de los que vamos a tratar ahora?

—Mi nombre es Sebastian Melmoth.

—Recuerdo haberlo leído en algún lado.

—No tuve más remedio que adueñarme de él.

—¿Es algo así como un apodo o un *nick*?

—La sociedad londinense me invitó a cambiar de identidad.

—¿Y por qué se supone que mereciste semejante castigo?

—Algo tan natural como amar a un hombre.

—No lo puedo creer. Hoy en día es algo común y está a la orden del día.

—En mi época me trataron como un hereje.

—¿En su época?

—A finales del siglo XIX.

La mirada de Lucía Godoy se diluyó en el antifaz de ese hombre intrigante. Comenzó a pensar que la influencia de aquel brebaje alcohólico había abducido la razón de quien tenía al lado. Quizás los efectos del «hada verde» lo habían convertido en un duende oscuro.

—Y, ¿qué ha venido a hacer acá? —formuló ella.

—A recordar viejos tiempos y a saber qué opina la humanidad de este siglo de todos nosotros.

—Está hablando en plural.

—Sí, mis queridos Vincent y Charles tampoco corrieron mucha suerte.

—¿Ellos también están acá?

—No han podido venir. Vincent se encuentra convaleciente. Se ha dañado gravemente una de sus orejas.

Lucía proseguía en su estado taciturno. A medida que transcurría la conversación, su pensamiento se mecía a la deriva. ¿Qué fantasía era aquella? Podía haber entablado una charla con cualquiera de los allí presentes, pero el antojadizo destino la había embarcado en un inesperado retorno al pasado. Lo más coherente hubiese sido contactar con un psiquiatra y dar cuenta de lo que allí sucedía. Pero poco a poco tomaba cariño al personaje lunático y extravagante oculto tras aquella máscara.

—Entiendo. Así que su colega Vincent se ha quedado en casa —dijo la profesora.

—Tenemos que llevar esto con suma discreción.

— Por supuesto, no se preocupe por eso. Pero si me disculpa, quisiera hacerle una pregunta: ¿Qué le sucedió a su amigo Vincent ¿Fue realmente un accidente?

—Hubo una pelea con Gauguin. Tras la riña, Van Gogh decidió mutilarse la oreja.

—¿Y qué hizo después?

—La envolvió en un papel y se la regaló a una mujer llamada Raquel.

—¡Debo decirle que no era la historia que imaginaba! —exclamó Lucía, llevándose las manos a la cabeza. Tan repugnante como

maquiavélico.

—Iban bastante puestos de absenta.

—¿Y su otro amigo? Ese tal Charles.

—Baudelaire está en Calcuta.

—Buscando la inspiración en la India, entiendo.

—Lo han enviado allí por una decisión familiar.

—¿Familiar?

—Han querido desterrarlo de la vida bohemia de París. Su padre está agotado de sus continuos escándalos.

—Se decía que frecuentaba prostíbulos.

—Cada uno lleva la vida que elige. Lo importante es no hacer daño a nadie.

—En eso estamos de acuerdo. ¿Y usted? ¿Tiene algo entre manos?

—Estoy acabando mi última novela.

—¿Tiene ya título?

—*El retrato de Dorian Gray*.

Lucía Godoy empezaba a entender el porqué de la leyenda urbana que asegura que la absenta contiene una sustancia llamada doncel, una planta de la familia del cannabis. El misterioso tipo que estaba en el pupitre contiguo al suyo no solo presumía de ser amigo de Van Gogh y Baudelaire sino que había confesado ser la mismísima reencarnación de Oscar Wilde. La bendita locura de aquel tipo tenía un punto de gracia.

—¿Lleva mucho tiempo tomando absenta? —preguntó ella disminuyendo el tono de su voz.

—No tanto como los años que la conozco.

—¡Vaya! ¿No estará insinuando que soy alguna de las musas de un escritor o pintor de la Francia del siglo XIX?

Mientras aguardaba la respuesta a su pregunta, el sucedáneo de Wilde se quitó la careta de saldo dejando al descubierto su cara. Lucía no pudo reprimir una gran carcajada que atronó por las paredes de aquella sala parisina del instituto Cervantes. El hombre de la máscara no era otro que su sobrino Ariel.

—¡Estás más loco que una cabra! —vociferó ella al tiempo que acariciaba con ambas manos sus mejillas.

—Por un momento, te has tragado la historia. ¡No me digas que no!

—Al margen de tu arte para escribir, debo reconocer que no se te da nada mal la interpretación.

—Quería darte una sorpresa. Me dijiste que ibas a acudir a este simposio y como hacía tiempo que no te veía...

—Montas esta escenita literaria. Desde luego, originalidad no te falta. Por cierto, ¿cómo llevas la novela que volviste a reescribir?

—Viento en popa a toda vela. Creo que va a rebasar las seiscientas páginas.

—¡Qué increíble! ¡Va a parecer la segunda parte de *Los pilares de la tierra*!

—La verdad es que inspiración no me ha faltado.

—¿No has tenido más noticias de quien te robó aquel manuscrito?

—Hasta el momento, no. Quizás se encuentre escondido bajo el mar en una ciudad sumergida junto a una antigua máquina de escribir.

—¡Oye! Esa imagen podría llegar a ser la portada de tu novela. ¡Ya la estoy viendo en las librerías! —exclamó Lucía con entusiasmo.

—Sin olvidar la presencia de una sirena, mi sirena.

ଔ

La extrema vigilancia se había apoderado de las calles de París. Los ataques islamistas acaecidos durante las últimas semanas habían dejado a la ciudad en pie de guerra. Por cualquier recoveco se adivinaba la presencia de algún agente uniformado o encubierto que trataba de velar por la seguridad ciudadana. Cierto aroma de pánico se había instalado en la capital francesa y caminar por el centro histórico se había convertido en una hazaña más que osada. Katharine Snow acababa de aterrizar, procedente de Londres, y se dirigió a un hotel cercano a la plaza du Tertre. De padre escocés y madre irlandesa, su fisonomía no pasaba desapercibida. Sus bucles pelirrojos contrastaban con su tez pálida. Un puñado de pecas

esparcidas sin orden alguno por los ángulos de su rostro le otorgaban ese aire inconfundible de las mujeres de las Highlands. Muy cerca de aquellas tierras, en la isla de Sky, había conocido al hombre de su vida y del que todavía continuaba enamorada. Pero siempre había sido un amor no correspondido. Algo parecido a una querencia platónica. Snow había cultivado desde muy pequeña su pasión por la literatura. Mientras su círculo de amigas más íntimo se dedicaba a cerrar los *pubs* de la zona bañándose en mares de cerveza negra, Katharine permanecía en su casa y devoraba cualquier libro que caía en sus manos. Con la ayuda de su padre, un discreto escritor de cuentos infantiles, había fundado una editorial con sede en Londres para catapultar a la fama a autores noveles. La empresa vivía épocas oscilantes con unos cuantos novelistas en nómina que intentaban dar ese toque de calidad necesaria para que las ventas se dispararan cada vez que se publicaba una obra. Snow imaginaba en sueños un idilio secreto con uno de sus asalariados, pese a que el final de la fábula nunca parecía tener un desenlace feliz. El romance tan solo habitaba en su cabeza y, como buena amante de las novelas fantásticas, su imaginación le permitía transportarse a unos mundos lejanos donde su apuesto caballero le correspondía con besos y arrumacos. El mediocre éxito de la editorial la había llevado a impulsar una saga de publicaciones relacionadas con el mundo de la alta cocina. Y uno de sus escritores se habían especializado como crítico culinario. Había que hacer un poco de todo y aprovechar el filón narrativo.

Cualquier época del año es bella en París y el otoño le otorga a la ciudad capitalina una inconfundible fragancia de romanticismo. Los

árboles se despojan de sus galas más preciadas y el crujir de las hojas se advierte al pisar el suelo de cualquier parque o zona verde la ciudad. Los tonos ocres y rojizos se apoderan de un paisaje envolvente que emana una magia especial. Como la abigarrada plaza du Tertre. El lugar está plagado de cafés y creperías y es un verdadero lujo detenerse a tomar un tentempié en alguno de ellos siempre y cuando la masiva afluencia de turistas lo permite. Las tiendas de suvenires y productos típicos de la tierra alegran de colorido la zona y, sorprendentemente, es uno de los lugares más baratos de París para hacer acopio de recuerdos. Rodeada de edificios del siglo XVIII, la plaza pertenecía a un antiguo municipio que se anexionó a París en 1860. En el número 3 todavía se vislumbraba una placa indicando que allí yacía el antiguo ayuntamiento de Montmartre, que también es el nombre de la colina de ciento treinta metros de altura situada en la orilla derecha del Sena, en el XVIII Distrito de París. Fue a principios del siglo XX cuando Montmartre se llenó de vida bohemia, y poco a poco la plaza fue nutriéndose de artistas. Hay canciones que añoran el antiguo espíritu bohemio de Montmartre, cuando el barrio era un verdadero reducto de arte. La afluencia de artistas a la plaza llegó a un nivel tan alto que en 1980 se instauró una nueva reglamentación: ahora no todo el que quiera se puede instalar en la plaza, sino que es el departamento de Cultura municipal quien otorga a los pintores una autorización especial para ello. En total, son unos trescientos artistas los que tienen permiso para exponer sus obras en la plaza, para unos ciento cincuenta sitios que han de compartir.

—Sería una auténtica pena que ese precioso rostro no pudiera ser retratado —dijo uno de los pintores al advertir la presencia de

Katharine Snow curioseando por uno de los tenderetes de la plaza.

—Muchas gracias por el cumplido. Lo cierto es que nunca me llegué a plantear que mi cara pudiera ser digna de una obra pictórica.

Aquel hombre parecía que llevaba una alocución bien estudiada.

—Tiene una belleza sin igual, nada parecida a lo hay por aquí. Seguro que no es parisina.

—Estoy de paso, pero no quería perderme el glamur de visitar este ambiente.

El pintor realizó otra pausa. Tenía la esperanza de seducir con su pincel a la joven pelirroja que tanto lo había llamado la atención.

—Si es así, permítame que le realice un pequeño esbozo de cómo resultaría su retrato. Sin ningún tipo de compromiso. Luego, usted decide si continuamos adelante con la obra.

La editora se acomodó en un taburete de madera que le ofreció el artista con gentileza. Por un instante, se sintió como una atractiva modelo de las pasarelas con más renombre del planeta. Aquel pintor desconocido le había cantado sus excelencias y recordó de nuevo por qué el amor de su vida no había reparado nunca en la supuesta belleza que exhortaba con tanta vehemencia el hombre que había empezado a retratarla. La plaza era un auténtico hervidero de turistas, curiosos e incluso lugareños que tan solo acudían a aquel lugar a empaparse de uno de los ambientes de arte callejero más emblemáticos del planeta.

ଔ

Agotado a causa de las últimas discusiones con su pareja, el hombre polifacético, como era conocido por su círculo más íntimo, decidió tomar un poco de aire fresco y oxigenar gran parte de sus neuronas. Tomó aposento en una de las terrazas de la plaza du Tertre e intentó relajarse al calor de un café americano. Las últimas semanas se estaban convirtiendo en un auténtico calvario. Su amor hacia María de Hita se consumía y no había atisbos de resurrección. ¿A dónde habían volado esos maravillosos años en Barcelona cuando quedó prendado de la que parecía la mujer de su vida?, se preguntaba una y otra vez. ¿Por qué la pareja supuestamente más feliz y enamorada había languidecido en una espiral de desidia e

inapetencia? Eternos enigmas sin respuesta. Aunque la había perdonado, no olvidaba el pasaje de infidelidad acaecido en el cabo de Gata. Y tampoco estaba seguro de que fuera el padre biológico de aquellas dos niñas. Lo cierto es que, aunque resultara un tanto dramático, había que tomar una decisión al respecto. El idilio se había convertido en algo muy tóxico y peligroso, y a las puertas de convertirse en un tormento dramático había que poner tierra de por medio, por muy triste y trágico que resultara. Sin duda, no era decisión fácil. Nadie desea una ruptura. Aunque los sentimientos más intrínsecos todavía perduren, hace falta mucho valor para enterrar tantas vivencias y momentos pretéritos de felicidad. Apuró el último sorbo de su café, encendió un purito y se dejó invadir por el clima romántico de aquel lugar. Sintió el impulso de romper con todo de forma tajante. Cerró los ojos y por un instante corrió por sus venas la fuerza y el arrebato de un guerrero rebelde. La épica cruzó su pensamiento e imaginó convertirse en un héroe mundano capaz de alistarse en la cruzada más inverosímil para tratar de salvar la piel de los más desvalidos. En plena enajenación histórica, creyendo que cabalgaba a lomos de un negro corcel, el William Wallace de la ficción alzó la vista y quedó anonadado por la imagen de una atractiva pelirroja que podía simbolizar a la perfección la estampa de una aldeana escocesa de la época del medievo. Katharine Snow había quedado engatusada por los primeros trazos que adivinaban la bella obra de su lámina.

—Interpreto que sigo adelante con el retrato. ¿Se encuentra a gusto? —formuló el artista con la esperanza de poder culminar su obra.

—Ha sabido cómo embaucarme.

—En poco tiempo el trabajo quedará listo. Si tiene la amabilidad de tener un poco más de paciencia.

—No es ningún castigo, se lo aseguro.

De repente, una cortina de humo sobrevoló por el puesto ambulante del pintor.

—Le puedo asegurar que le va a gustar el resultado final —afirmó el hombre polifacético en un intento de introducirse en la conversación, al tiempo que inhalaba las últimas caladas de su

pequeño habano.

—¡Vaya! ¡No estará usted conchabado con el artista! He leído por ahí que es muy habitual el timo en forma de tándem —replicó Katharine.

—Lo crea o no, no conozco de nada a este hombre —matizó en alusión al pintor—, y también es la primera vez que veo a una mujer tan bonita en un lugar como este.

—¿Y cómo debo tomarme eso? ¿Es un cumplido?

—¿Sabe? Hace escasos minutos me he sentido como William Wallace. Y de golpe y porrazo me encuentro con alguien que podría ser la viva imagen de una bella campesina del norte de Europa.

—Tiene buena intuición. Me siento muy orgullosa de mi tierra, Escocia. ¿Ha estado alguna vez por allí? —preguntó Katharine tratando de quitar hierro al piropo del desconocido.

—Nunca podré olvidar ese día en el lago Ness, cuando un caza L-39 Albatros sobrevoló a escasos metros de mi cabeza. Es una de mis fotografías favoritas de aquel viaje.

—¿Fotógrafo profesional o aficionado?

—Más bien lo primero, aunque esta profesión no da para mucho.

—Entonces, ¿cómo se gana la vida?

—Soy director de *marketing* y relaciones públicas de un restaurante muy cerca de aquí. Y hace unos años trabajé como cazatalentos musical en un cabaret.

—Un hombre polifacético, no hay duda.

—Así me llaman mis más íntimos, y soy Gastón Sagairi para el resto de la gente. Hijo de un italiano y una londinense. Y usted, ¿a qué se dedica?

—Hace años fundé una editorial con mi padre, aunque ahora no estamos pasando por buenos momentos.

—No entiendo demasiado de literatura. Me interesa más la música.

—Pues ayer compré dos entradas para ir a un espectáculo en el Moulin Rouge.

—¡Hace tanto que no voy por ahí!

—Es una miscelánea sobre la obra de Édith Piaf interpretada por

Carole Fredericks.

— Disculpe la intromisión, pero deduzco que ha venido a París acompañada.

—Nada que disculpar, he venido sola. Pero siempre que decido a ir a un evento teatral o musical compro dos entradas. La vida nos sorprende a veces con encuentros inesperados. Y quién sabe si hoy no será una de esas noches.

—¿Ha dicho dos entradas?

—¿Me acompañaría?

—Me parece un plan maravilloso. Si me permite invitarle a cenar, acepto sin discusión.

—¡Trato hecho!

Gastón Sagairi abandonó la plaza du Tertre sin poder desprenderse de la imagen de aquella mujer que le había dejado totalmente subyugado. Estaba embobado como un quinceañero. Su pasión por María de Hita empezaba a quedar defenestrada por la espada de un valeroso guerrero escocés.

ଔ

Pese a que cualquier turista atolondrado pueda confundirse pensando que se trata de algún lugar recóndito de la India, la escultura de escayola de un gigantesco elefante en medio del jardín de entrada al local no ofrece lugar a dudas. Es uno de los iconos más archiconocidos del interior del Moulin Rouge. También apodado como el primer palacio de las mujeres, las originales aspas del local nacido a los pies de la colina de Montmartre se convirtieron a una edad temprana en un templo placentero nocturno de obligada parada. Aquella danza inspirada en la cuadrilla, el cancán francés, ejecutada a un ritmo frenético por unas bailarinas con trajes sensuales, fue sin duda el germen del éxito de un cabaret que se transformó en un referente mundial. Gastón Sagairi llegó unos minutos antes de la nueve de la noche al Moulin Rouge. Era la primera vez, en mucho tiempo, que se citaba con una mujer que no fuera María de Hita. Todavía castañeaba en su mente como un martillo percutor la reciente discusión con su pareja. Otra bronca de aúpa. La relación vivía el ocaso de su existencia. Las disputas eran ya continuas y nada parecía indicar que pudiera existir un retazo de

resurgimiento. Encendió uno de sus sempiternos puritos y se deleitó al contemplar cómo el atardecer teñía de naranja el cielo de París. Por un instante rememoró aquellos pasajes inolvidables en Barcelona junto a ella. Muchas tardes acudían a la playa del Bogatell para dibujar corazones en la arena y recrearse con las puestas de sol indescriptibles. Sagairi acostumbraba a recolectar conchas y caracolas que se escondían bajo la arenisca y una vez le regaló un collar de esas reliquias marinas hecho por él. El amor vivía su momento más álgido y nadie podría haber presagiado aquel fatal desenlace.

Como si estuviera brincando por las campiñas de las Highlands, Katharine Snow bajó las escaleras de la calle que conducía hasta el insigne cabaret. Gastón intentaba calmar su tensión interna de la mejor manera posible. No había duda de que aquella mujer le había despertado una irrefutable atracción. Su belleza poco tenía en común con su compañera. María de Hita emanaba encanto latino por doquier mientras que Katharine había heredado el glamur de las civilizaciones celtas.

—¿A punto de entrar en el mundo de la *chanson française*? —dijo Snow con su mirada dulce.

—Conozco poco la música de Piaf.

—Venga, ven —tomó del brazo a Gastón—. Cierra los ojos y déjate llevar por el momento.

Tras dejar a un lado la magna estatua del paquidermo que enaltecía la entrada, tomaron asiento en la platea del cabaret. El clímax de la actuación de Carole Fredericks arribó con la interpretación de la terna formada por *Non, je ne regrette rien, La vie en rose* y *Les trois cloches.* Gastón había intentado disimular su ignorancia musical en torno a la discografía de Piaf. Sin duda alguna, se sentía más cómodo empuñando una cámara fotográfica. Y durante toda la actuación había imaginado las más preciosas instantáneas de Katharine en los acantilados de Portree. No pudo

evitarlo y la había observado constantemente de reojo. La editora se había percatado de la atenta mirada de su *partenaire*.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —preguntó Snow al finalizar el evento.

—No volvería si no me lo pidieras.

La escocesa se echó a reír.

—¿Sabes? Se me ha abierto el apetito —dijo ella.

—Conozco un pequeño local por aquí cerca que sirven comida japonesa.

Katharine y Gastón se sumergieron en los placeres de los sushis, sashimis y gyozas de Kyoto, un restaurante contiguo a la plaza de Émile Goudeau. El fotógrafo le había confesado con pelos y señales su agravante crisis amorosa y la editora trató de enmascarar cierta alegría al pensar que tendría alguna posibilidad de ahondar en el corazón malherido de Gastón. El vino rosado italiano había subido la libido de los supuestos amantes. Se fraguaba la desinhibición de ambos. Había que romper el hielo como fuera.

—Tengo una gran duda —dijo Gastón.

—¿No tendrá que ver con el repertorio de Piaf?

—¡No sé cómo besa una mujer escocesa!

Las miradas de deseo se adivinaban en sus rostros. La pasión reprimida se podía cortar con un hacha de guerra. Como la que pudiera utilizar William Wallace. La respiración de ambos iba subiendo decibelios.

—Mi hostal está a un par de manzanas de aquí —insinuó Katharine en un arrebato de atrevimiento.

Con el fervor que exhala todo aquel que no ha mantenido una relación sexual desde hace tiempo, Katharine y Gastón fundieron sus cuerpos en un lecho de muelles arcaicos. Poco importaba la incomodidad del lugar y el aroma rancio de aquella habitación con menos detalles que el salpicadero de un Seat Panda. Las paredes parecían de cartón piedra y los gemidos de Katharine recorrieron los pasillos de varios pisos hasta llegar a la recepción. La fogosidad de la escocesa estimulaba todavía más a Sagairi, que ya no recordaba un pasaje semejante con la que aún era su pareja.

—Huiremos de aquí. Lo tengo todo planeado. Llevo tiempo trabajando hasta el último detalle. Saldrá bien, no te preocupes —dijo Gastón ante la mirada atónita de ella.

—¿Huir? ¿Quiénes? ¿A dónde? —preguntó la editora con descomunal asombro.

—Con mi hija, Mayale. A Katmandú. ¿Te vienes conmigo?

Katharine Snow quedó sumida en el silencio. De repente se sintió como una de las protagonistas de una novela de espionaje. Siempre se reprochaba que había mantenido una vida bastante rutinaria, prácticamente rodeada de libros y ajena al mundo de ahí afuera. La plena dedicación a su trabajo la había mantenido secuestrada en su despacho de Londres y envidiaba en cierta medida las diversiones de una vida más sorpresiva. ¿Una fuga al Nepal con un tipo que acababa de conocer y junto a su hija? Sin duda, esa propuesta podría ser la trama de una gran novela encajable en su línea editorial. Se sintió seducida por Agatha Christie e imaginó el capítulo más emocionante de su vida.

—Cuéntame.

—Tengo un contacto en Barcelona. Nos facilitará tres pasaportes falsos. Una vez allí, no nos faltará de nada. Me han asegurado trabajo para unos cuantos meses. La National Geographic me ha encargado una serie de reportajes por diferentes zonas del país. Tenemos casa y los gastos de suministros pagados. ¿Qué me dices? —preguntó Gastón.

Nunca había ingerido ningún tipo de drogas, pero Katharine comenzó a dudar de su estado de ánimo. ¿Qué me está sucediendo?, se preguntaba una y otra vez. Estaba ahí desnuda en la cama con un futuro prófugo que iba a secuestrar a su hija para escaparse a la otra parte del mundo. Y ella sería cómplice de esa deleznable fechoría.

—¿Y serías capaz de separar a Mayale de su madre? —preguntó Katharine, intentando ganar tiempo para contestar a la propuesta de Gastón.

—Me ha sido infiel, y además no está bien.

—¿Qué le ocurre?

—El psiquiatra está con su tratamiento. Mi abogado me ha dicho que, si hubiera un juicio por divorcio, seguramente me darían a mí la

custodia de la niña.

—¿Y vas a correr el riesgo de fugarte con ella?

—No tengo otra elección. No voy a esperar la decisión de un juez.

—¿Y qué hago con mi editorial?

—Puedes trabajar por internet desde Katmandú. Por cierto, quizás tenga algo que te saque de la crisis.

—¿Para mí? ¿De qué se trata?

Sagairi se levantó de aquella vetusta cama y escarbó en su pequeña mochila que llevaba siempre consigo.

—Es el manuscrito de una novela. La he leído por encima y creo que merece ser publicada. Puedes retocarla o editarla tal cual. Tú sabes más que yo de todo esto.

—Pero ¿quién la ha escrito?, ¿cómo ha llegado a tus manos?

—Es una larga historia. Tendremos tiempo para hablar de eso.

Los mancebos clandestinos siguieron retozando durante varias horas bajo unas sábanas blancas con olor todavía a lavandería. El amor subrepticio que linda ya con la locura. A veces, la realidad supera a la ficción, se repetía una y otra vez Katharine Snow al tiempo que se dejaba amar por las manos endiabladas de aquel hombre con alma de Lucifer.

20

Mundaka 2008

Cada semana recorría aquella carretera sinuosa de la costa a lomos de su antiguo Volkswagen 1303. Como gran apasionado del motor, uno de los sueños de Jon Eringuren siempre había sido tener un escarabajo. Se lo había comprado hacía unos años a un tipo de Huesca. Lo restauró preservando los detalles originales y lo pintó a dos colores; el burdeos imperaba en gran parte de la carrocería mientras que la zona de las ruedas lucía una tonalidad crema para resaltar los neumáticos tuneados. Siempre hacía un alto en el camino y se detenía en el mirador de San Juan de Gaztelugatxe para contemplar la belleza de la ermita del mismo nombre que emerge de forma espectacular de las bravas aguas del Cantábrico. Era un placer visual indescriptible. De vez en cuando, rememoraba algunos pasajes de su niñez jugueteando en la fortaleza de piedra del siglo X.

Eringuren había crecido en un pequeño pueblo de aquella zona del golfo de Vizcaya. Su padre se había dedicado a la enseñanza mientras que su madre se ocupó de las tareas del hogar y a velar por la infancia de él y de su hermana. Jon soñaba con ser piloto de Fórmula 1, pero la vida le llevó por otros derroteros y al final decidió prepararse físicamente para enrolarse en las filas de la Policía Nacional. Formar parte de ese cuerpo en su tierra natal no era nada fácil, pero su preferencia por la equidad y la justicia le habían llevado a unirse a un organismo siempre en tensión años atrás por la violencia del terrorismo.

Tras llegar a Mundaka aparcó su reliquia de 1973 junto a la pista polideportiva municipal. Desde su adolescencia practicaba de forma periódica la pelota vasca. Su abuelo había sido un gran pelotari y Jon había tratado de emular sus pasos. Participaba cada semana en una liga provincial y, de esa forma, quemaba la adrenalina acumulada por el trabajo.

—*¡Kaixo!* Si ganamos hoy nos metemos en los *play-off* —vociferó su compañero de batallas cuando entraron juntos en el vestuario.

—Nos vamos a comer con patatas a esos dos pijos capitalinos —auguró Jon.

—Ve pensando dónde nos vamos a celebrar el título. ¡Si tu abuelo estuviera por aquí!

—Su espíritu está con nosotros, no lo dudes.

Después de dirimir un encuentro disputadísimo, la pareja formada por Daniel Barragoitia y Jon Eringuren obtuvo el pasaporte para la liguilla final a disputarse el próximo fin de semana en Bilbo.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Daniel chocando sus puños con los de Jon.

—¡Somos los putos amos!

Exultantes por la victoria, se montaron en el escarabajo y se dirigieron al bar Los Txopos para deleitarse con unos pinchos y unos zuritos de txakolí.

—El volován de champiñones sigue siendo el plato estrella —apuntó Jon al tiempo que saboreaba la delicia que entraba por su boca.

—Pasan los años y este garito no baja el nivel.

—¿Recuerdas cuando veníamos por aquí a ligar? Por la noche esto se convertía en un antro muy diferente.

—El nivel de mujeres también era interesante, ¡pero ninguno de los dos no comíamos un rosco!

—Bueno, alguna vez no dormíamos solos.

—¡Tu gato siempre estaba en tu cama! —puntualizó Daniel de nuevo entre risas.

—Hay que dormir siempre abrazado a alguien.

—Eso sería lo ideal.

Daniel quebró ligeramente la expresión de su cara y miró con melancolía a su amigo.

—Creo que el partido que jugaremos el próximo fin de semana va a ser el último en mucho tiempo.

—¿Te vas a retirar en el mejor momento de tu carrera? —dijo Jon con cierta ironía.

—Me han propuesto un trabajo que no puedo rechazar. El embajador de España en Perú se jubila en breve y me han ofrecido su cargo.

—¿En serio? Eso sí que es un notición.

—Ha sido todo muy rápido. Supongo que tendrían varios candidatos y al final se han decantado por mí.

—Aunque me dé mucha tristeza me alegro muchísimo. ¡Te lo mereces! Siempre has luchado para que algún día te propusieran algo así.

—Te voy a echar mucho de menos, amigo.

—¡No voy a encontrar un pelotari como tú! ¿Y cuándo te vas a Perú?

—Supongo que en un par de semanas.

—Una vida nueva lejos de aquí.

—Bueno, en doce horas me planto en Mundaka para tomarme un marianito contigo —dijo Daniel tratando de suavizar el clima de nostalgia.

El camarero acababa de llenar de nuevo los zuritos de txakolí mientras unas kokotxas de bacalao hacían acto de presencia en la mesa.

—¿Y qué tal las cosas por el cuerpo policial?

—Todo muy monótono. Suerte que…

—¡Hum! Con ese tono que lo dices diría que…

—He conocido a una chica de Zaragoza por internet.

—¡Tú y las mañicas! ¿Y cómo se llama ese bellezón que te tiene atontado?

—Blanca Rubio. Se fue a Barcelona por un tema de estudios.

—¡Oh, la, la! —canturreó Daniel—. ¡Cuenta, bandido!

—Todavía no nos hemos conocido en persona.

—¡A qué esperas! A ver si te va a pasar alguien por delante.

—Ahora está en Estambul por motivos de trabajo.

—¿A qué se dedica?

—Estudia en la escuela de hostelería, pero me ha dejado entrever que su trabajo tiene algo que ver con el mío.

—¿No me digas que también es poli?

—Eso parece, pero todavía no me lo ha desvelado.

—¿Y qué vais a hacer? ¿Un amor a distancia?

—Estoy pensando pedir el traslado a Barcelona.

—Vaya, vaya. El vasco que emigra a Cataluña. Ya lo estoy viendo.

—Si me dieran un puesto interesante no te digo que no.

—Prometo venir a la boda. Allá donde esté.

—Quizás tú también conozcas a alguien en Perú.

—Todavía no he acabado de superar la pérdida de Verónica.

—Lo entiendo ¡Qué puta es la vida a veces!

Daniel y Jon se fundieron en un abrazo y no pudieron disimular la emoción que les embargaba. El chirimiri comenzaba a salpicar la terraza de aquella taberna situada a escasos metros del puerto. Unas gotas tenues y menudas como las lágrimas reprimidas de aquellos dos amigos, que sintieron cómo el paraíso de su País Vasco se desvanecía por momentos y la inmensidad del planeta les brindaba la oportunidad de navegar más allá de la bahía de Mundaka.

21

Estambul, 2008

El olor a shisha se esparcía por las calles adyacentes al caótico gran bazar. La estela de aromas llegaba a su clímax en el puente de

Galata, donde el sabor a salitre invitaba a engullir un delicioso bocadillo de caballa. Aquella pareja de supuestos enamorados no había podido evitar caer en las redes de ese bendito bocado. Tras observar durante un buen espacio de tiempo a las decenas de pescadores situados de modo estratégico en fila india a lo largo del puente, Candela Landázury y Giuseppe Zola tomaron el viejo tranvía de madera que transita por las calles más antiguas de Estambul. Un pequeño recorrido nostálgico que les transportó en el tiempo y les permitió descubrir los tesoros más ocultos de la ciudad. Se bajaron en Kemeralti Caddesi y, tras caminar durante varios minutos, llegaron a la pequeña plazoleta donde emerge con majestuosidad la torre de Galata.

La cola de turistas para acceder a la cúspide daba la vuelta a casi toda la base de la edificación. Zola acariciaba sin cesar la espalda de Candela, que se recostaba sobre el pecho de él. Con la cabeza boca abajo lo miraba con sus brillantes ojos verdes. Parecía una estilizada bailarina en un momento hierático del lago de los cisnes. Pocas veces en su vida, Giuseppe había sentido algo semejante. Había recibido una estricta educación carente de emociones. Su familia había sido militar y había crecido en un entorno miliciano de altas exigencias profesionales. Sin tiempo de poder enamorarse de ninguna mujer, su padre lo alistó muy joven en las Fuerzas Armadas de Italia. Y, desde entonces, su disciplinada e inflexible vida de regimiento transcurrió ajena a los sentimientos más mundanos. Candela simbolizaba toda la pasión ausente de su juventud. Tras casi una hora de espera, subieron por el ascensor que conducía al punto más álgido de la atalaya. La intensa demora había merecido la pena. El atardecer sombreaba de naranja el Cuerno de Oro, las aguas del Bósforo habían palidecido y las cúpulas de las mezquitas desparramadas por la ciudad invitaban a dibujar el lienzo más bello de la capital turca.

—¿Sabías que, siglos atrás, esta torre fue un calabozo para encarcelar a los prisioneros que habían sido condenados a trabajar en las obras de construcción del puerto? —dijo Giuseppe.

—Con estas vistas, cualquier castigo es una maravilla.

—Venga, ponte ahí que te haré unas fotos.

—Espera, que me giro para mi lado bueno —dijo Candela, virando

hacia su izquierda.

—Me encantaría que pudieras trabajar con nosotros. Enric Llauradó quiere contar contigo. Podrías llegar a ser la mejor relaciones públicas de La Guarida del Dragón.

—¿Trabajar para algo oscuro como la prostitución?

—Estamos hablando de una cantidad importante de dinero.

—¿Y esas pobres chicas?

—Muchas de ellas están allí por decisión propia. Sin ese trabajo, no sé qué sería de sus vidas.

—¿Qué tendría que hacer?

—Tenemos un amplio listado de los empresarios más importantes de Barcelona. Tan solo tendrías que ir a visitarlos y darles a conocer los servicios del cabaret.

—Parece fácil.

—Esa gentuza está dispuesta a pagar mucho dinero por acostarse con una fulana.

—Nunca te has enamorado, ¿verdad?

—De una mujer como tú no sería nada difícil.

A unos doscientos metros de la torre de Galata, las hermosas vistas aéreas eran pura ilusión. Y, precisamente, nada más lejos de parecer una pareja de enamorados, Blanca Rubio y Sebastián Gómez pateaban las calles de Estambul con el único propósito de seguir la estela de los que parecían Romeo y Julieta. Los indicios apuntaban a que Giuseppe Zola había viajado hasta allí para negociar el traslado de una serie de prostitutas hacia Barcelona. Había habido un chivatazo y era cuestión de pillar al cocinero con las manos en la masa. Pero llevaban tres días en la ciudad sin que ocurriera nada relevante. El italiano no parecía dar ningún paso en falso y dedicaba su tiempo a cortejar y seducir a una dama que todavía no tenían controlada en su base de datos.

—¿Sabemos ya algo del pasado de esa mujer? —preguntó la policía.

—Nada importante. Ha tenido diferentes trabajos sin contrato fijo; desde camarera hasta dependienta. Parece ser que le encanta la música clásica y por las tardes va a clases al conservatorio del Bruc en Barcelona.

—¡Hay que tener estómago para enrollarse con ese tipo tan asqueroso! —dijo Blanca.

—El amor es ciego, como decía Shakespeare.

—Vamos a llamar a nuestros compañeros para que nos hagan el relevo. Estos dos acabarán follando como locos en la *suite* del hotel. Esto comienza a ser bastante monótono.

—¿Qué piensas del sexo sin amor?

—Mi querido inspector, le recuerdo que estamos trabajando.

—Con tanto romanticismo entre esos dos tipos se me despierta la libido.

—Creo que no tendrás problemas para encontrar alguien por aquí con quien desfogarte.

—Prefiero a una morenaza de Zaragoza.

—¡No me digas que eres racista! Seguro que una mujer musulmana te hará muy feliz.

—¿Siempre te comportas tan rancia?

—Me voy al hotel. Necesito darme un baño y un masaje antes de ir a dormir.

—No te olvides de encender las velas y el incienso —advirtió el inspector ocultando una tenue sonrisa.

En una sala a la izquierda de la entrada del hotel Renaissance se propagaban los acordes de *Back to Black* de Amy Winehouse. Era un piano bar típico de los grandes alojamientos occidentales. Diferentes estancias con inmensos sofás para poder relajarse después de una intensa jornada de turismo por la ciudad. Estaban cerrando, pero Blanca Rubio entró un momento para coger una botella de agua y llevársela a la habitación. Mientras esperaba la presencia del camarero, una voz grave y profunda le musitó por detrás.

—¿A punto de volver al fondo del mar?

—No, esta noche tengo licencia para matar —contestó ella.

—Sigues igual de resplandeciente que en aquella velada en Madrid —declaró William Wright, apenas sin pestañear y con los

ojos brillantes.

—Ya te dije que quizás nos volveríamos a ver.

—Me aficioné a la música de aquel grupo de Cádiz.

—Son muy buenos. Pero ¿has venido hasta aquí a decirme que te has convertido en un fan de ellos?

—Me dedico a redactar críticas de cocina.

—Pensaba que eras escritor de novelas.

—Lo hago hasta que salga de mi crisis narrativa.

—No hay mal que cien años dure.

—Y tú, ¿qué haces en Estambul? Ahora ya podrás decirme a qué te dedicas.

—No es un trabajo habitual —dijo ella al tiempo que cruzaba sus piernas en el taburete de la barra.

—Podrías haber sido modelo.

—Lo probé de jovencita.

—O actriz de cine. ¡Lo que se ha perdido Hollywood!

—Te puedo asegurar que no he venido hasta aquí a visitar la mezquita Azul.

—Ya no llevas tu traje de cuero nocturno.

—Soy subinspectora de policía. Lamento haberte decepcionado.

—Al menos, estoy protegido.

—¡Tendrías que verme con el traje de romana! —dijo Blanca tratando de quebrar la imagen hedonista que Wright comenzaba a forjarse en su cabeza.

—Me da igual cómo vayas vestida. Alguien dijo una vez: «No sé qué me pasa, pero no puedo dejar de mirarla».

—Mañana regreso a España.

—Siempre te escurres como el agua entre los dedos.

—Debo reconocer que tienes algo especial que te diferencia de otros hombres.

—Quizás tenga el lado femenino muy desarrollado.

—De mí dicen lo contrario.

—Pues yo te veo muy sensual.

—La sensualidad no está reñida con mi masculinidad. Puedo ser muy vulgar y desagradable también.

—No es mi intención descubrirlo.

—Voy a llenar la bañera de mi habitación. Mis escamas necesitan un poco de hidratación —dijo la inspectora con mirada seductora.

William siguió la estela de Blanca, quien desestimó el ascensor para utilizar las escaleras del hotel. Wright recordó de nuevo el olor embriagador de aquella mujer, el que le había seducido en ese antro de Malasaña. No se trataba de ningún perfume caro. Imperaba ante todo su natural aroma corporal. No necesitaba ninguna marca parisina anunciada en televisión para embadurnarse. La policía llegó a la segunda planta y extrajo de su bolso la tarjeta para abrir la habitación. Dejó la puerta entreabierta. El escritor aguardó unos instantes en el descansillo. No se oía ruido alguno en el resto de las habitaciones. Lo que sí escuchó perfectamente fue el brotar del agua de la bañera. La luz interior de la estancia se apagó y observó el resplandor de unas velas. El destino le brindaba la oportunidad de conocer en la intimidad a esa misteriosa mujer. Entró y cerró con suavidad la puerta de la habitación. Miró a ambos lados y se dejó guiar por la tenue luz que emitían las candelas. Un quemador de incienso con aroma a sándalo enaltecía todavía más aquella atmósfera afrodisíaca. Llegó al baño con sigilo. La mampara de cristal jaspeado adivinaba el fascinante cuerpo de Blanca Rubio. Estaba de espaldas frotando con jabón su cabello. William se desnudó despacio y se coló en ese escenario idílico desafiando la ley de la gravedad policial. Aprovechó la espuma que resbalaba por la espalda de ella para acariciar el vientre de aquella sirena de curvas perfectas. Movió sus manos para atrás y masajeó sus glúteos como el orfebre que labra el metal más precioso. Blanca emitió varios alaridos de placer. Su instinto animal la invocaba a gritos. William intuyó esa llamarada ardorosa y la embistió con varios fogonazos salvajes. Tras diez minutos de fervor sexual bajo el agua caliente de la ducha se dirigieron a la cama. Wright se estiró boca arriba, todavía con el corazón palpitando. Blanca se sentó delante de él. Se había cubierto el cabello con una toalla pequeña. Se lio un cigarrillo. Llevaba tiempo alejándose y volviendo a los pecados del tabaco. Pero a veces, lo necesitaba. Los placeres libidinosos la relajaban.

—Nunca pensé que tendría sexo con una poli.

—Yo tampoco pensaba que los novelistas erais tan fogosos.

—Es el único momento en que no te importa que te ordenen, ¿verdad? —preguntó William con cierta maldad.

—Me dejo llevar sin pensar en nada. No lo hago con cualquiera.

—Me siento muy afortunado, entonces.

—Disfruta del momento, mi querido escritor.

—¿Cuándo decidiste dedicarte a esto? —preguntó Wright.

—A los catorce años.

—Ya veo que lo tenías muy claro.

—No es el momento de hablar de mi pasado —inquirió Blanca al tiempo que apuraba la última calada de su pitillo.

—¿Todavía crees en el amor?, ¿serías capaz de enamorarte?

—¿A qué viene tan pregunta existencialista? Nos hemos vistos dos veces. Y hoy solo ha habido sexo —resaltó ella con contundencia.

—No pretendía molestarte. Soy escritor, recuerda. Me gusta saber de la vida de las personas. Todo puede servir de inspiración para crear personajes.

La subinspectora se levantó de la cama y hurgó en su maleta. Sacó una especie de cuaderno de notas de color marrón envejecido.

—Esto lo escribí no hace mucho tiempo. Quizás te sirva para un pasaje de tu nuevo libro.

Blanca Rubio se aposentó en la butaca que había contigua al lecho donde yacía William y declamó con tono melódico y pausado:

«Y si mañana, querido amigo, en un futuro aún sin escribir, en un futuro que aún nos queda por labrar, llega un día y no me encuentras a tu lado, búscame en aquella playa de arena blanca que un día imaginamos, en una noche oscura tan solo iluminada por un fondo de luna incandescente que solo nos alumbre a ti y a mí, búscame y cuando me encuentres a lo lejos acércate despacito que yo no te oiga llegar. Estaré andando por la orilla de la playa mirando ensimismada hacia el mar con un vaporoso vestido de blanco coral mecido por la suave brisa y una negra melena de antaño deslizando sobre mis hombros, esperando al caballero de pelo ensortijado, con aquel frac de color gris de época victoriana, solapas anchas forradas de seda y sombrero de copa. Entonces, cógeme por la cintura de espaldas y susúrrame al oído aquello de “He recorrido océanos de tiempo para encontrarte”. Será el momento, en el que, a través de un

apasionado beso de amor, transforme la palabra de amigo y te diga: Amado mío, ha sido un largo y duro camino, pero mereció la pena aprenderlo para llegar hasta aquí».

Wright aplaudió silenciosamente. Acostumbrado a que fueran sus lectores los que le mostraran palabras de alabanza ahora le tocaba a él exteriorizar las virtudes literarias de alguien que nada tenía que ver con su mundo artístico.

—Es un fragmento muy bonito. Enhorabuena —asintió el británico—. ¿De dónde sacas tanto talento para todo?

—Mi padre fue alguien muy creativo. Quizás heredé esa parte de él.

Blanca y William quedaron sumergidos en un mar de extrañas miradas. La pasión arrebatadora de hacía media hora se había desvanecido y se había creado un clima diferente. En ese nuevo plató donde habitaban sensaciones intrusas, ella volvió a encender otro cigarrillo. Parecía como si aquella situación se le escapara de las manos. Rara vez una circunstancia dejaba de estar bajo su control. Quizás su arraigada masculinidad estaba dando la bienvenida a su desterrada feminidad. Wright no pudo reprimirse y cayó redimido a su poética verborrea.

—Tienes todos los ingredientes para convertirte en la mujer de mis sueños.

Blanca se levantó y se desembarazó de la toalla que cubría su cabello. Lo meció varias veces de izquierda a derecha. Su melena se había ondulado por la humedad y le confería cierto aspecto salvaje. Se fue para él y selló sus labios con la palma de la mano.

—¿Por qué tenemos que ponerle siempre título a todo? Que sea de la forma, color y textura que el Universo nos depare —recitó ella mientras el amanecer afloraba tras la cortina de la habitación.

Alrededor de las nueve de la mañana, Sebastián Gómez acudió a la sala del hotel destinada a los desayunos. Se preparó unas rebanadas de pan con aceite y sal y colocó varias lonchas de queso fresco por encima.

—Ya veo que cuida mucho su dieta por si tiene que salir corriendo para perseguir al malo —dijo Wright al llegar a la mesa donde se hallaba el inspector.

—Todos somos buenos o malos según se mire. Y usted, ¿se ha portado bien esta noche?

—Le estaré eternamente agradecido por propiciar ese encuentro. Es la mujer más bonita que jamás haya conocido.

—No tiene mal gusto. Resulta muy difícil trabajar al lado de alguien así y no caer en la tentación —confirmó Gómez—. Creo que se me está ocurriendo una idea para que pueda devolverme ese favor.

—Espero que esté a mi alcance.

—¿Ha escrito alguna vez una biografía?

—Me hubiese gustado narrar la de John Lennon o Mahatma Gandhi.

—Bueno, no creo que llegue a ese nivel, pero quizás encuentre en mi vida algo interesante.

—¿Me está proponiendo que escriba la suya?

—Tengo muchas cosas que contarle. Pero ahora no es el momento de hablar de ello. Nos citaremos en otro lugar. Le pagaré bien —añadió el inspector al tiempo que apuntaba en una servilleta su teléfono móvil para entregárselo a William.

—Lo llamaré.

Unas horas más tarde, Candela Landázuri y Giuseppe Zola volaban de nuevo a Barcelona tras revivir las páginas eróticas de *La pasión turca*. Blanca Rubio y Sebastián Gómez hacían lo propio con destino a Madrid como *La extraña pareja*. Por su parte, William Wright ponía de nuevo rumbo a Londres como *El llanero solitario*. El cine en toda su expresión. La alfombra roja de Hollywood comenzaba a prepararse por si tenía que albergar sus mejores galas. La estatuilla de los Óscar empezaba a acicalarse en el camerino no fuera que tuviera que aparecer precipitadamente.

ଔ

Como una perla preciosa que ha emergido desde las profundidades. Como varada en el tiempo. Como un sueño del que nunca habría que despertarse. Sus iglesias de cúpulas azules, sus

calles sinuosas y empedradas, sus casas blancas construidas a lomos de un acantilado escarpado convierten a Oia en el diamante más sublime del archipiélago de las islas griegas. El tesoro mejor guardado del mar Egeo. Pese a que habían retrasado su vuelo durante casi siete horas a causa del fuerte viento, William Wright pudo aterrizar finalmente en ese paraíso de Santorini. La figura de un gato negro merodeaba en la terraza de una de las omnipresentes viviendas cueva. Situada debajo de uno de los pintorescos molinos de viento llamaba la atención el marco amarillo que bordeaba sus ventanas. El encuentro era en aquel lugar sumergido en las cavernas del universo.

—Lamento el retraso de tu viaje —subrayó la voz grave de Sebastián Gómez.

—¡Estás aquí como un rajá!

—La gran mayoría de los mortales pasa de puntillas por la vida.

—Quizás no pueden permitirse según que lujos.

—Nunca me gustó formar parte del rebaño.

—Ya veo que el sueldo de funcionario da para mucho —dijo William con fina ironía.

—Intento disfrutar al máximo el día a día. ¿Y si mañana dejáramos de despertar?

—Es un riesgo al que todos estamos expuestos.

—Por eso mismo, te he citado. Por si el mañana está cerca y no pudiera abrir los ojos.

—¿Y si dejo de existir yo antes?

—Sería una lástima. Nadie como tú podría redactar mi biografía.

El inspector descorchó una botella de vino tinto de la península del Peloponeso y empezó a relatar aquello que recordaba desde su más lejana infancia.

—No duraba más de un año y medio en el mismo colegio —desveló Gómez.

—Tus padres debían estar ya desesperados.

—Suerte que mis dos hermanos mayores eran buenos estudiantes y tapaban mis miserias.

—No cualquiera accede al título de inspector. Algo tuvo que ocurrir.

—Llevaba una vida amorosa de montaña rusa.

—El típico galán que vuela de falda en falda.

—Hasta que apareció una mujer especial.

—¿Y qué ocurrió?

—A la salida de una discoteca nos cruzamos con tres borrachos. Me golpearon con una vara de metal y me tiraron al suelo. Y ante mis ojos violaron a mi chica. El castigo que le impusieron a aquellos desgraciados fue tan menor que decidí…

—Hacerte poli.

—Así es. Para escarmentar a cabrones como esos.

—Lo lamento.

—Accedí a las oposiciones del cuerpo nacional de policía, pero cada vez quería más y más.

—Hasta llegar a ser inspector.

—Estudié también Derecho y Criminología.

—De la nada al todo.

—Pero me empezó a aburrir mi trabajo. Cada día me costaba más acostumbrarme a esa vida monótona.

—¿No hubo más mujeres?

—Sufrí una crisis amorosa y de vez en cuando me dejaba caer por La Guarida del Dragón.

—Un lugar de alterne, entiendo.

—La tapadera perfecta para un negocio de prostitución.

—¿Te ofrecían mucho dinero?

—Más que por la pasta fue por salirme de la norma.

—¿Y qué hacías?

—Trabajaba para dos tipos.

—¿Quiénes?

—Enric Llauradó y Giuseppe Zola. Me convertí en una especie de justiciero.

—¿Como un sicario?

—Solo actuaba cuando algún cliente del cabaret se pasaba de listillo.

William se quedó observando al gato negro que seguía merodeando por fuera.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Quiero que la gente sepa que hay policías corruptos. Que existe la doble moralidad en esta profesión. Que nada es lo que parece y todo es lo que parece ser.

—Podría ir a un poli no corrupto y decirle quién eres en realidad.

—No hay pruebas en mi contra. No te creerían. Mi historial es intachable.

—¿Y qué gano yo?

—La mejor biografía que jamás habrás escrito.

—¿Solo por ego profesional?

—Te pagaré bien.

—Fama y dinero. Parece que resulta imposible negarse.

—Con una pequeña cláusula.

—¿Has traído un notario? —preguntó William con torno burlón.

—La biografía se publicará el día que me muera o vaya a la cárcel. Entonces, lo cobrarás todo.

—¿Y si eso no ocurre?

—Antes de empezar a escribirla percibirás la mitad.

—¿Vamos a acordar esto como un pacto de caballeros?

—Ponle el nombre que quieras. Confío en ti —sentenció Sebastián Gómez.

Tras acabar aquella primera entrevista, William Wright necesitaba despejar su mente e intentar digerir la sorprendente propuesta de un inspector depravado. Gómez le había reservado tres días a gastos pagados en ese edén de Grecia. Consultó las alternativas posibles y decidió realizar una caminata hasta Imerovigli. Durante dos horas serpenteó la senda que bordeaba los acantilados de la zona. Las vistas eran indescriptibles. La cámara de su móvil disparaba de forma incesante. Se cruzó con un sinfín de turistas, la gran mayoría japoneses. A su llegada, buscó una taberna para paliar su sed. Se tomó un par de cervezas y se dirigió a la parte más alta de la Roca Skaros para contemplar el que dicen que es uno de los atardeceres más bellos del planeta. El sol, cada vez más anaranjado, se ocultaba

en el horizonte y el efecto óptico parecía visionar cómo el astro se iba sumergiendo despacio en la lejanía marina. A su vuelta a Oia paseó por Nikolaou Nomikou, la calle principal y comercial del pueblo, y se detuvo en Atlantis Books. Bajó las escalerillas que conducen al interior de unas de las librerías más curiosas que pueden existir. Una extravagante biblioteca bajo tierra. Los tomos, ordenados en una caótica disposición en varios pisos de estanterías, parecían suspenderse en el aire. Se podía encontrar una infinidad de novelas en cualquier idioma imaginado. Wright se sentía como en un cementerio viviente de páginas y más páginas. Hojeó unas cuantas obras y se dejó atrapar por el olor ahumado de todas las reliquias que había allí expuestas a los ojos de cualquier lector. Todavía con la emoción empapada de aquel reducto literario, el londinense se dirigió a la bahía de Ammoudi. Con los acantilados volcánicos como telón de fondo se requería descender hasta trescientos escalones de piedra para llegar a las entrañas de la parte más marinera de Oia. Tenía un pequeño apartamento a su disposición. Una bañera hidromasaje presidía el centro de la terraza. No pudo evitar que su memoria se trasladara tiempo atrás y rememorara alguna de sus andulencias amorosas. No tenía a nadie con quien compartir ese aluvión de burbujas en aquel *jacuzzi*. Optó por una ducha rápida en el baño que estaba metido en una cavidad pintada de color burdeos. Subió los tres peldaños que separaban la cama del suelo y quedó encovado en la magia de ese lugar. El intenso agotamiento propiciado por la larga caminata lo condujo a los sueños más profundos. Y entonces, imaginó que navegaba por el deslumbrante piélago del Egeo. Retornaba a su Inglaterra natal después de dirimir

la más sangrienta y cruel de las batallas en Troya. El viaje era llevadero y sin grandes dificultades. Tan solo un pequeño escollo podía enturbiar la vuelta a casa. La diosa Circe le había advertido del peligro que suponía navegar cerca de la isla de las sirenas. Aquellos seres con rostro de mujer y cuerpo de pez hechizaban con sus cantos melodiosos a todos los navíos que osaban acercarse a sus dominios. Los navegantes quedaban ensimismados por la dulce voz de las ninfas y, enloquecidos, se arrojaban al agua para ahogarse finalmente en ese infructuoso intento de poder sentirlas más de cerca. Pero William quiso tentar a la suerte y llamó a dos de sus lugartenientes de confianza. Les pidió que le ataran de pies y manos al mástil del barco y ordenó que los tripulantes se untaran de cera los oídos para no poder escuchar la sinfonía cautivadora de las seductoras náyades. A medida que la nave se iba acercando a aquel paraíso prohibido los cantos iban in crescendo. La música era tan embaucadora que Wright suplicó a uno de sus secuaces que lo desatara. Le prometió una ascensión vertiginosa y el subordinado accedió a la petición de su patrón. El londinense estaba cambiando el rumbo de la trama de *La Odisea*. Cuando puso el pie en tierra firme atisbó un pequeño poblado de chozas fabricadas a base de cañas, hierbas y pajas. No había más iluminación que un pasadizo de velas encendidas. El olor a incienso irradiaba el camino desde la orilla hasta el centro de las viviendas. Blanca Rubio lo saludó lanzando un beso al aire. La encontró retozando en una pequeña poza de aguas termales. Wright se embriagó de nuevo con la belleza de la sirena con el envoltorio más bonito y precioso. Recordó todas aquellas noches, cuando ella adoptaba la forma de mujer real y se ponía sus

zapatos de tacón para interpretarle los playbacks más sugerentes. Tenía un cuerpo perfecto. Era la princesa de la sensualidad. Caminó unos metros más adelante y se topó con María de Hita. Estaba reclinada sobre una roca relamiendo una taza de café con miel. Era su jarabe favorito. No podía vivir sin aquella debilidad. Ella le clavó sus ojos como el fuego de un bosque en llamas. Sin duda, era la sirena con la mirada más penetrante. Rememoró las actuaciones musicales que acostumbraban a grabar con una videocámara. Con sus labios carnosos y voluptuosos pintados siempre con el carmín más llamativo. Tenía una voz potente y armoniosa. Era la reina de la sexualidad. Alzó la mirada y se percató de que la luna llena brillaba con más intensidad de lo habitual. Como si fueran dos astros superpuestos. Y su color iba adquiriendo una tonalidad más azul. Azucena Castro era el ojito derecho de Poseidón. Su timbre de voz para el cántico no era el más melodioso, pero lo suplía con su particular dulzura. El escritor no pudo dejar de evocar aquellas escenas de sobremesa danzando y tarareando sus canciones favoritas al calor del fuego de una chimenea. Era la diosa de la sensibilidad.

Wright lanzó una última mirada a la isla donde habitaban las sirenas que le habían marcado una parte de su vida amorosa. Tres pasiones imposibles que se habían diluido en las aguas de la tristeza, el dolor y la resignación. Subió de nuevo a la embarcación donde lo aguardaban sus compañeros de batalla. La tripulación no podía evitar su estado de sorpresa y perplejidad. Estaban todos con la boca entreabierta. No podían creer lo que habían contemplado a tan solo unos metros de distancia. William hizo una señal de mandato a sus adláteres y el navío reanudó su marcha alejándose lentamente de los confines del mar Egeo. Wright se había convertido en el primer navegante del universo que había conseguido desafiar el canto de las sirenas. El héroe de la guerra y de la literatura acababa de nacer.

Empezaba la veneración al nuevo Ulises.

Parte cuarta
Los cautiverios

22

Capri 2016

A petición de Ariel Godoy, el encuentro tenía que producirse en un punto cercano al mirador de Punta Tragara. Ainara Duhalde no acostumbraba a realizar este tipo de concesiones, pero había algo en la personalidad de aquel hombre que la cautivaba. Era un paciente diferente al resto de los que había tratado. La psiquiatra pensó que le vendría bien un par de días lejos de Irlanda para tratar de esclarecer el problema de Ariel. Había que ahondar en la raíz con el fin de elaborar un tratamiento que ofreciera signos de mejora. Desde aquel lugar privilegiado, la mirada se clavaba irrevocablemente en uno de los misterios más asombrosos creados por la naturaleza: los tres farallones de Capri constituyen un deslumbrante icono en la isla italiana.

—¿Sabes que esas tres rocas pudieron formarse porque fueron arrojadas por Polifemo? —relató Ariel.

—¿Polifemo? ¿El hijo de Poseidón?

—Así es. Ulises le clavó una lanza y le dejó ciego de su único ojo. En un arrebato de ira, Polifemo tiró al mar esos pedruscos gigantes.

—¿Y tú? ¿Te crees esa versión?

—Tengo mi propia teoría.

Godoy guardó silencio un instante. Ainara estaba a la expectativa. Albergaba la esperanza de que, en uno u otro momento, su paciente revelara algún dato que pudiera ayudarle a enfocar su terapia.

—Esas rocas simbolizan a tres sirenas. Sufrieron su peor castigo.

—¿Qué sucedió?

—Tuvieron una batalla musical con Orfeo. Tras caer derrotadas se suicidaron y quedaron petrificadas para siempre.

—¿La famosa lira de Orfeo?

—En efecto. Su canto fue más dulce que el de las sirenas, las

cuales, resignadas, no tuvieron más remedio que tirarse al mar para convertirse en esos tres peñones que ves ahí.

—Una argumentación tan bonita como fabulosa —observó la psiquiatra.

—Pero aún hay más —dijo Godoy con tono mustio.

Ainara trató de no formular pregunta alguna. Se encomendaba a los largos mutismos de su interlocutor. Necesitaba seguir creando esa atmósfera mágica e imperturbable para que Ariel se encontrara cómodo y relajado.

—Esas sirenas personifican a una sola. A la más preciosa, a la única.

La psiquiatra advirtió que la conversación llegaba a su punto más álgido.

—Me espera allí abajo. Algún día me reuniré con ella para siempre.

—¿Cómo se llama?

—Irati.

—¿Y por qué está ahí?

Con grandes pausas y la voz un tanto vacilante, el cronista argentino le relató con pormenores aquella tragedia ocurrida tiempo atrás en el cabo de Gata, donde su chica desapareció en el mar Mediterráneo.

—Desde entonces, vive en una ciudad sumergida.

—¿Has estado alguna vez?

—Sí. De vez en cuando voy a verla. Nadamos en una especie de cenotes.

—¿Y después?

—Nos sentamos en una roca y me ayuda en la corrección. Va leyendo los avances de mi libro.

—Y, ¿estáis solos? ¿No hay nadie más?

—Bueno, sí, mi máquina de escribir.

—Entiendo.

—Es la musa de mi inspiración, mi amiga, mi compañera, la mujer de mis sueños.

—Todos deberíamos enamorarnos alguna vez.

—Y tú, ¿lo has estado? —preguntó Ariel.

—Apenas lo recuerdo.

—¿Y de más joven tampoco?

—No te negaré que hace años sentí algo especial.

—¿Viste? ¡Lo sentiste! —exclamó Ariel, como si hubiese descubierto un tesoro en una isla perdida.

—Hace mucho tiempo que no sé nada de él. ¿Sabes que también soñaba con ser escritor?

—¿Y lo fue?

—Después de dedicarse a la música alcanzó su ilusión. Todavía recuerdo el día que me declaró su amor en las profundidades de una cueva.

—¿Fue romántico?

—Más bien un tanto accidentado —recordó la psiquiatra, dibujando una sonrisa.

—¿Y no vas a llamarlo algún día?

—Seguro que está casado y tiene hijos.

—¡Qué importa! Debe saber que estuviste enamorada de él —dijo Ariel, intentando reflotar aquel amor de juventud.

—Además, vive en Londres. O eso creo.

—¿Viste? ¡No lo sabés seguro! ¡Tenés que llamarlo!

Pese a que la conversación se había desviado por otros vericuetos, Ainara trató de hilvanar la información que estaba procesando. Sin duda alguna, su paciente arrastraba un gran drama desde su juventud. No había querido ni sabido asimilar la fatalidad sucedida en aquel pueblo almeriense y había creado una realidad imaginaria en el universo de su ficción. De esta manera, su cerebro rechazaba la posibilidad de que Irati hubiese sufrido la peor de las consecuencias. Para él, su amada todavía seguía con vida y había adoptado el cuerpo de una sirena para seguir pululando por las profundidades marinas. La psiquiatra destapaba sus secretos más ocultos, removiendo todo su interior. Con su mirada remachada en las tres rocas presuntamente arrojadas por Polifemo, sonaron en su cabeza

los acordes de *Song to the siren* de This Mortal Coil.

—¿Y nunca más se retomaron las investigaciones? —Ainara trató de volver al pasado.

—Hubo un inspector, pero ahora no recuerdo su nombre.

—¿No volviste a verlo?

—La última vez fue en Buenos Aires. Vino al hospital a ver a la mamá de Irati.

—¿Qué le pasó?

—Tuvo un accidente. Su coche se cayó por un precipicio y se estrelló contra el mar.

—¡Vaya! ¡Qué mala suerte! ¿Iba sola? —preguntó la psiquiatra.

—Sí, porque unos minutos antes intentaron asesinar a su pareja.

—¡Por Dios! Y, ¿qué ocurrió?

—Le metieron tres tiros, pero sobrevivió.

Ainara estaba cada vez más enfrascada en aquella historia. Al margen de la tragedia relatada por Ariel, después se habían sucedido una serie de acontecimientos extraños en torno a la muchacha.

—Espero que encontraran al asesino que intentó matar a ese hombre.

—No. Nunca dieron con él.

—Entonces, el caso habrá prescrito.

—Así es, pero lo que importa es que Irati se salvó —Los ojos de Ariel se encendieron como el incendio veraniego de un bosque.

La psiquiatra comprobó que su paciente seguía anclado a una realidad ficticia y decidió que con aquella primera sesión ya había recabado la suficiente información para iniciar una terapia.

—Podrías escribir toda esta historia en una novela —sugirió Ainara.

—Ya lo hice.

—Entonces, ¿se ha publicado?

—Me robaron el manuscrito.

—¿Cómo?

—En la casa de mis padres en Buenos Aires.

—¿Qué hiciste?

—La estoy reescribiendo de nuevo.
—¡Ah! ¡Interesante! Me muero de ganas de leerla ¿Tiene título?
—¿Cuál dirías que podría ser?
—No sé, algo de sirenas quizás.
—Eres buena haciendo tu trabajo.
—¿Por qué? ¿He acertado?

23

Barcelona 2016

La huelga de controladores aéreos había sembrado cierto caos en el aeropuerto de El Prat. El desconcierto se respiraba en el ambiente. Las colas en el chequeo de las maletas empezaban a ser interminables. Azucena Castro trataba de encubrir su intranquilidad de la mejor manera posible. Estaba convencida de que, si se subía a ese avión que la conducía a Lima, su futuro sería más halagüeño que permaneciendo en Barcelona. Miraba de modo constante a su alrededor para comprobar que nadie se percatara de su presencia. Mostró su pasaporte al policía después de pasar el detector de metales. La obligaron a descalzarse y una mujer agente la cacheó de arriba abajo. Cogió su maleta y se dirigió a la puerta dieciséis de la zona B con destinos internacionales. En media hora tenía que embarcar. Compró un par de botellines de agua y una ensalada de atún con salsa rosa. Tenía poco apetito y dejó una tercera parte de la comida. Mientras depositaba los restos del plato en una papelera le vino a la memoria la expareja de Max Labiano. Tenía todo el derecho del mundo a saber también la información que le había transmitido a William. Se fue a un pequeño locutorio de la terminal y, desde un teléfono público, llamó a Valentina Lombardi. La conversación, entre lágrimas y tristeza, apenas duró tres minutos. Tras una breve espera, Azucena accedió al interior del Boeing 747. El largo y duradero vuelo transcontinental ofrecía unas butacas más anchas que las habituales. Se acomodó en el pasillo derecho de la parte trasera del avión. La aeronave estaba prácticamente repleta de pasajeros. En un abrir y cerrar de ojos pudo contemplar la playa de la Barceloneta y, a cierta distancia, las agujas de la Sagrada Familia.

Durante las diez horas que duró el viaje, Azucena tuvo tiempo

para casi todo. Le costaba bastante dormir a pierna suelta a bordo de un avión. Visionó un par de películas y el resto del tiempo, entre cabezadas de corta duración, recordó algunos pasajes de su relación con el malogrado Max. Todavía no había asimilado el tremendo varapalo de su muerte. Tras aterrizar en Lima se dirigió a uno de los lavabos de la terminal B. Se lavó la cara para despejarse y se maquilló de nuevo. Tenía que esperar cerca de dos horas para tomar un vuelo interno hasta Arequipa. Se dio una vuelta por las tiendas de suvenires. Antes de subir de nuevo al avión se comió una hamburguesa con una ración de patatas fritas con salsa barbacoa. Había recuperado un poco el apetito. Se sentía más segura que en Barcelona. Allí no tenía la impresión de que nadie la estuviera vigilando. Embarcó en el avión que tenía que llevarla hasta el sur de Perú. Poco tenía que ver con la comodidad del anterior vuelo transoceánico. Se acomodó en una de las estrechas butacas. Por fortuna, le había tocado el asiento de la ventanilla.

—Eso que está sonando es de la onda *new age* de los años ochenta, ¿verdad? —preguntó Azucena al *partner* de viaje que estaba a su izquierda y que llevaba los auriculares a todo volumen.

—¡Buen oído! Son los Sisters of Mercy. Es una versión que cantan con Ofra Haza. Un temazo. ¿Te gusta?

—De joven también escuchaba a ese tipo de grupos. The Mission, Bauhaus y alguno otro que no recuerdo.

—Tienes buen gusto musical. No cualquiera conoce a esas bandas.

—La música siempre me ha acompañado a lo largo de mi vida.

—¿Viajas sola a Arequipa?

—Sí, voy a pasar unos días con una amiga que vive allí ¿Y tú?

—Pues yo no voy a ver a ningún amigo. De hecho, tengo muy pocos amigos. Me han hablado muy bien de esa ciudad y de sus volcanes.

—A veces es mejor viajar solo. Así no te peleas con nadie.

—¿A qué te dedicas, si no es indiscreción?

—Doy clases de cocina en una escuela de hostelería. Por tu *look*, debes ser artista o algo parecido.

—He trabajado como actor de reparto en alguna película de bajo presupuesto.

—¡Ya me parecía a mí!

—Aunque ahora hago de barquero en las cuevas de Sant Josep de la Vall de Uxó.

—¿Dónde está eso?

—En un pueblecito de Castellón.

—No conozco esa zona.

—Pues si algún día vas para Valencia puedes desviarte un poco y dejarte caer por allí. No te arrepentirás.

—Lo tendré en cuenta. Entonces, ¿siempre viajas solo?

—Sí. Me suelo dar mucha caña. Poca gente aguantaría mi ritmo.

—¿A qué te refieres?

—Voy en plan mochilero. Duermo y como en cuchitriles que espantarían a cualquiera.

—Puede que esa sea la mejor manera de conocer la cultura de un país.

—A mí, así me lo parece. Por cierto, he contratado un servicio de taxi para que me lleve a mi hostal. Si quieres podemos compartir coche hasta el centro de Arequipa.

Azucena se quedó dubitativa durante un instante. ¿Un mochilero que viaja en taxi? Lo más lógico era que hiciera autostop o que tomase un autobús. Había algo en aquel tipo que no le cuadraba. Desprendía una imagen de tipo duro con sus atuendos un tanto gore, pero su forma de hablar era bastante dulce.

—Muchas gracias, pero no quisiera molestarte.

—No es ninguna molestia.

—Me caes bien. Pareces buena persona. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Sandro.

ଔ

Al final de la sala del departamento de llegadas del aeropuerto de Arequipa, un hombre de mediana estatura sostenía el cartel con el nombre de Sandro Vallverdú.

—Si tienen el placer de acompañarme, por favor. El vehículo les espera en el aparcamiento de fuera —dijo el conductor.

Azucena y Sandro se sentaron en el asiento posterior. Ambos observaban a través de la ventanilla el nuevo panorama que se abría ante sus ojos. La ciudad blanca peruana desprendía una energía inusitada. Pese a ello, sus habitantes convivían desde hace muchas centurias con la sempiterna incertidumbre de habitar en ese polvorín que podría propagar alguno de sus cráteres en el momento más inesperado. En caso de que hubiera una explosión, la lava, los gases y las cenizas calientes descenderían con velocidad hacia el núcleo urbano y calcinarían todo con cuanto se toparan por su camino. Durante el siglo XX acontecieron unas cuantas erupciones que sembraron el estupor entre sus habitantes. El miedo contenido seguía asolando a la ciudad.

—¡Qué maravilla de temperatura! Después del calor sofocante de Barcelona esto es gloria —comentó ella.

Hacía ya treinta y cinco minutos que el taxi había abandonado el aeropuerto internacional Alfredo Rodríguez Ballón de Arequipa.

—¿Y dónde se encuentra tu hostal? Veo que nos estamos alejando del centro ciudad —advirtió Azucena.

—No sé dónde está. Creo recordar que cerca de uno de los volcanes.

—¿Cerca de los volcanes? Pero ¿no íbamos al centro de la ciudad?

Sandro dejó a un lado su empatía y se giró serio hacia ella.

—Me gustaría llevar esto con la máxima tranquilidad posible.

—¿Máxima tranquilidad? ¿Qué quieres decir con eso?

—No sé nada de este asunto. Tan solo cumplo órdenes.

—¿Órdenes? ¿De quién?

—Relájate y todo irá bien.

—¡Que me relaje! ¿Hay alguna diferencia entre esto y un secuestro?

—No te lo tomes así.

—No me lo puedo creer. ¡Caballero, detenga el taxi que me bajo ahora mismo! —gritó Azucena.

—No te molestes. Este hombre también trabaja para nosotros —dijo Sandro, al tiempo que recibía de manos del conductor una pistola.

—¡Estáis locos! Si salgo viva, os vais a pudrir los próximos años en

una cárcel.

—No tengo ninguna intención de matarte.

—Bueno, eso me tranquiliza bastante —sostuvo ella con cierta ironía—. ¿Y se puede saber quién te paga?

—Ya te he dicho que soy un mandado. Además, cuanto menos sepa, mejor.

A medida que se iban adentrando a los pies del volcán del Pichu Pichu una frondosa neblina invadía la carretera. Parecía como una autopista hacia el infierno. Hacía unos días la vida de Azucena en Barcelona era un camino de rosas y en un abrir y cerra de ojos se encontraba a ocho mil kilómetros de su casa en un sendero hacia el averno.

ଔ

Después de otra media hora por una carretera infernal, el taxi se detuvo a las afueras de Mosopuquio. Sandro había adormecido a Azucena con un aerosol de burundanga. Con la ayuda del conductor la subieron a un piso de mala muerte de aquel pueblo perdido en medio de la nada. La estiraron en una cama andrajosa con muelles y la ataron de pies y manos. Sandro abrió las ventanas de todas las habitaciones. El hedor a humedad se había adueñado de toda la estancia. Desconocía el tiempo que tendría que estar allí refugiado con esa mujer. Estaba a la espera de recibir una llamada telefónica que le indicara cuál sería el siguiente paso. Por un instante, se acordó de su hermano. Y de cómo, pese a haber recibido la misma educación, habían conducido sus vidas por derroteros tan equidistantes. Tomás era un reputado funcionario de un organismo de investigación secreta y él se había convertido en un proscrito secuestrador y en un asesino a sueldo si se complicaran las cosas. El color del dinero. Era el todo o la nada. Si salía airosamente del *affaire* se podría retirar tranquilo a una cala recóndita de las islas Caimán,

pero si el plan se resquebrajaba, se veía condenado a envejecer el resto de sus días en una celda oscura y sombría. Ya hacía días que la ruleta rusa rondaba alrededor de su sien.

—¿Quieres un poco de agua? —preguntó al advertir que Azucena despertaba tras los efectos del sedante.

—Mejor una botella de *whisky*. Creo que la voy a necesitar —respondió ella al tiempo que se frotaba con la mano derecha su frente.

—No pretendo hacerte daño.

—Me quedo más tranquila, entonces. ¡Qué suerte la mía!

—Espero recibir noticias en breve para que puedas salir de aquí por tu propio pie.

—¡Ah, muchas gracias! ¡Todo un detalle!

—Lamento esto. Me hubiese gustado conocerte en otras circunstancias.

—¡Vaya! ¡Qué secuestrador tan tierno! Solo dime si está relacionado con el asesinato de Max.

—No conozco a ningún Max.

—¡Malditos cabrones! ¡No habéis tenido suficiente con matarlo!

La suave brisa que empezó a colarse por las estancias aniquiló tímidamente la pestilencia que se había instaurado en el lugar. Poco a poco, Azucena Castro fue recuperándose del trastorno propiciado por la inhalación de aquel contundente espray. La situación era extrema. La muerte de Max quedaba ya un tanto lejana. Ahora era su vida la que corría peligro. Había que jugar la partida de ajedrez con suma frialdad. Y, en ese momento, la única salida era aferrarse al síndrome de Estocolmo. Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él, pensó. Sandro se presumía una víctima fácil. Parecía blandengue.

—Me gustaría ponerme un poco cómoda. Estas cuerdas me están apretando mucho —advirtió ella mostrando ciertos síntomas de dolor.

Sandro se había acomodado en el otro extremo de la habitación y observaba los movimientos de su víctima a cierta distancia. Estaba fumando un vape con aroma a melocotón. Pese a que su obligada

profesionalidad le impedía pensar más allá de un secuestro, Sandro no ocultaba que la mujer que tenía delante emanaba una atracción animal de la que era muy difícil abstraerse.

—Creo que hay un pijama o algo parecido por ahí.

—Pero tendrás que desatarme, ¿no? Parezco un asesino antes de ir a la guillotina.

Sandro cogió la pistola que había dejado encima de la cómoda y con la otra mano empezó a deshacer los nudos de las cuerdas que la maniataban.

—Necesito ir al baño —dijo ella.

—Está en la segunda puerta a la izquierda.

La mujer secuestrada se despojó de la ropa que llevaba y se enfundó unas mallas cortas de licra y una camiseta de los Rolling Stones de color negra. Era dos o tres tallas más grandes que la suya. Cogió las dos horquillas que sujetaban parte de su cabello y se las guardó en uno de los bolsillos. Tiró de la cadena y cuando el agua había vuelto a llenar el retrete salió del aseo.

—Bueno, lista para la fiesta de disfraces —dijo ella con tono sarcástico.

—Te queda bien. Tienes un cuerpo muy bonito.

—¿Hace cuánto no te acuestas con una mujer?

—No voy a contestar a esa pregunta.

—No me encuentro demasiado bien. ¡Debe ser el maldito *jetlag*! Hace mucho calor en esta habitación —dijo Azucena al tiempo que se desprendía de su camiseta.

Sandro empezó a notar el aumento de temperatura que había anunciado ella. O quizás sus grados corporales se iban multiplicando al contemplar a aquella mujer con las copas redondeadas de su sujetador al descubierto. Pensó que la situación parecía como un castigo de los dioses, que a veces acostumbran a conceder el deseo no permitido. ¿Por qué no había conocido a esa hembra en otro lugar del planeta y en otras circunstancias?, se preguntaba una y otra vez.

—¿Te importaría darme un masaje por la espalda? Tengo las cervicales destrozadas del viaje. Seguro que lo haces de maravilla

con esas manos tan grandes que tienes —pidió ella con cierto timbre de sensualidad.

Sandro no podía creer lo que oía. Se lo ponían en bandeja de plata. Estaba a punto de quebrantar las normas de un secuestrador al uso. Pero al fin y al cabo se encontraban a miles de kilómetros de Barcelona. Nadie se iba a enterar de aquello.

—Voy al baño a ver si encuentro un aceite o algo parecido —dijo él.

El secuestrador removió el armario que se encontraba debajo de la pica de mármol. Halló una especie de gel. Parecía aloe de vera. Volvió a la habitación. Azucena se había estirado boca abajo con los brazos en cruz.

—Creo que esto servirá.

—Para un melómano como tú, ¿qué tipo de música le pega a este momento?

—Pues te pondría algo de Peter Murphy. *A strange kind of love*, seguramente.

—Muy adecuada para este momento.

—¿Crees que esto es un extraño tipo de amor?

—Yo lo llamaría una simple sesión de masaje. No te emociones.

Sandro vertió el líquido viscoso por la espalda de Azucena. Esparció el gel de arriba a abajo guiándose por su espina dorsal. Sin duda era la mujer más apetecible de con cuantas había estado durante los últimos años. Se había olvidado de los protocolos y se veía ahí en plan donjuanesco desafiando las leyes del trabajo que le habían encargado. Apretó con los dos pulgares las vértebras torácicas. Ella emitió un leve gemido; mitad dolor, mitad placer. Ese alarido elevó el ego de Sandro que comenzó a bajar despacio las mallas de su presa. En el instante en que el hombre de negro comenzaba a atisbar el umbral de la hendidura de sus glúteos, Azucena se giró con rapidez y agarró de forma violenta los puños de él.

—¡Bésame, cabrón! —le gritó.

El secuestrador se abalanzó sobre ella. Meció su rostro con fiereza y paseó la lengua por sus labios. Había entrado en plena catarsis

pasional y su cerebro ya no recordaba cómo ni por qué había llegado hasta allí.

—Vamos, ¡demuéstrame que eres todo un machito ibérico! —vociferó ella en su intento de seguir provocándole sexualmente.

En el momento en que Sandro se despojaba de sus pantalones, Azucena se llevó la mano al bolsillo y con toda la fuerza que algún dios del universo le otorgó en ese bendito momento, clavó las dos horquillas en las nalgas del barquero. El grito fue ensordecedor. Ella lo apartó con rapidez de su cuerpo y lo roció con el aerosol de burundanga que su secuestrador había descuidado en la mesita de noche. El hombretón quedó semiadormecido a los pocos segundos. Parecía un ídolo romano caído en la arena del anfiteatro, aguardando la aparición de los leones. Se fue directa al baño y revolvió en uno de los cajones. «Esto servirá», se dijo a sí misma. Se plantó ante Sandro. Y girando la cabeza hacia un lado para no contemplar aquella sádica sangría, le hizo varias hendiduras en la pierna con las tijeras que había encontrado. La hemorragia comenzaba su andadura. Azucena se apresuró a encadenarlo con las mismas cuerdas que le habían aprisionado a ella. Le colocó una mordaza en la boca y le vendó los ojos con la camiseta negra de los Rolling.

—Dulces sueños, Mick Jagger. Nos vemos en el infierno —le susurró al oído al tiempo que abandonaba de forma apresurada aquel piso franco apartado de la faz de la tierra.

Como un canguro australiano, bajó las escaleras de tres en tres dando brincos hasta llegar al pasillo de entrada del edificio. Abrió la gran puerta de madera y, al salir a la calle, apenas halló lugar alguno donde depositar la vista. La escena le recordó a aquellas películas que veía después de comer en el sofá de su casa junto a sus padres. Como el decorado de un espagueti wéstern en el desierto más inhóspito de Almería. A unos tres cientos metros de distancia visionó una especie de cantina. Enchufó el móvil que Sandro le había apagado y marcó rápidamente el teléfono de la salvación.

—¡Hola Azucena! ¿Ya estás en Arequipa? —recitó la voz del contacto al que había llamado.

—¡María! ¡Qué suerte escucharte!

—¿Te ocurre algo? Te noto un poco nerviosa.

—Me secuestraron nada más llegar al aeropuerto.

—Pero, ¿quién?

—Un hombre español que venía en el mismo vuelo.

—¿Y dónde estás ahora?

Sin tiempo a contestar, Azucena sintió cómo un objeto se le clavaba en la espalda. El taxista que la había llevado hasta allí le apuntaba con una pistola.

—Deme el teléfono y todo irá bien —musitó el conductor.

Parecía que aquel escenario heredero del lejano Oeste no estaba tan despoblado. Un tipo de mediana edad con un poncho multicolor se acercó a ellos. Llevaba unos pantalones anchos a rayas y unas sandalias de cuero que parecían hechas a mano.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo el hombre al tiempo que tomaba el testigo del arma servida por el taxista.

Ella montó en el vehículo. El tipo del poncho se sentó a su lado. La observaba con recelo mientras jugueteaba con la empuñadura de la pistola. Desde que despertó aquella madrugada junto al cuerpo muerto de Max, la vida de Azucena Castro había dado un vuelco de ciento ochenta grados. Todo era un frenesí sin tregua alguna. Cuando pensaba que se había desembarazado de Sandro, un espécimen que parecía surgido de un espectáculo circense de Port Aventura la encañonaba de nuevo y la llevaba a no se sabía dónde. El taxista sintonizó la radio. Era una emisora local. La voz de Facundo Cabral entonaba la evocadora *No soy de aquí ni soy de allá.* Curiosamente, Cabral fue asesinado por unos sicarios que lo confundieron con un empresario vinculado con el mundo del narcotráfico. Ella no había probado la droga en su vida, pero deambulaba en la cuerda floja dando tumbos aquí y allá como el artista argentino.

24

Katmandú 2016

Cuando la creatividad y la inspiración empiezan a circular de nuevo por la mente no hay tiempo que perder. Hay que aprovechar que el torbellino de neuronas ha despertado del tedioso letargo. William Wright sentía que estaba envuelto en ese nuevo karma de imaginación y que la narrativa llamaba otra vez a su puerta. De toda la grandeza que atesora el país nepalí había un lugar que le había quedado pendiente de su anterior viaje. Las adversas condiciones climatológicas le habían impedido llegar hasta los lagos de Phokara. Pensó que aquel paraje podía servirle de aliento para el capítulo que preparaba. El trayecto comprendía unas siete horas en bus desde Katmandú. Podía hacerlo en un taxi privado, pero prefirió compartir ese periplo con los lugareños que se fuera cruzando por el camino. Aunque poco tardó en arrepentirse de esa decisión tan romántica y exótica. La amortiguación de la gran guagua brillaba por su ausencia y botaba más que un centenar de pelotas en una pista de baloncesto. Quizás la gran mayoría de los pasajeros estaban acostumbrados a esos devaneos, pero el británico tuvo que hacer verdaderos esfuerzos de concentración para no obligar al conductor que detuviera aquella locura en cualquier momento. Su estómago subía y bajaba como un tiovivo enfebrecido de un parque de atracciones. Cuando llevaban unas cuatro horas de suplicio entre curvas y baches infinitos, el conductor detuvo el vehículo y sugirió una alternativa para los tripulantes. Habían atracado en un pueblecito llamado Dumre. Podían continuar el viaje hasta Phokara después de una parada de una media hora o bien visitar el pequeño pueblo de Bandipur para

reiniciar el trayecto un par de horas más tarde. A William le pareció que alguna deidad hinduista había escuchado sus oraciones. Optó por bajarse de ese infierno con ruedas y se encomendó a la segunda opción. Era el momento para que el ejército de choferes de todoterrenos hiciera acto en escena. Ofrecían sus servicios para poder llegar a Bandipur. Era la única opción posible a no ser que decidiera ir por su propio pie. La parafernalia del regateo era inevitable. Al final, Wright tomó un *jeep* compartido con tres viajeros más y ascendieron por la carretera zigzagueante. La panorámica dilataba las pupilas y enarbolaba los sentidos más ocultos. Cuando aterrizó en Bandipur pareció como si hubiera retrocedido un puñado de décadas en el tiempo. A diferencia de otras ciudades más cercanas a Katmandú, allí no se sufría el asedio de ningún nativo. El encanto principal de ese poblado típicamente newari residía en sus gentes, que todavía observaban atónitas cómo un turista podía interesarse por un lugar como aquel. William desenvainó su cámara e inmortalizó la calle principal. Un grupo de niños corrió desorbitado ante la presencia del escritor. Ansiaban verse reflejados en la instantánea que acaba de realizar. Al comprobar su imagen en la cámara desprendieron una inocente carcajada y le animaron a proseguir con la pasarela de imágenes. Jugaban a ser modelos por un día. Tras regalarles un mazo de lapiceros de colores, Wright siguió caminando hasta la plaza principal donde se alzaba el Bindebasini Mandir, un templo en forma de pagoda con un tejado en dos niveles consagrado a Durga. Acto seguido, enfiló un pequeño repecho hasta llegar a una casona de piedra. Al lado de la puerta de entrada se extendía una alfombra de trigo y maíz donde varias

gallinas se daban una panzada sin precedentes. Siguió rodeando aquella vivienda rural y, en la parte de atrás, surgió la presencia de una mujer. Tendía la colada en una cuerda que iba de un extremo al otro de un árbol. Sus rasgos evidenciaban su condición asiática, pero la adecuada prominencia de sus pómulos le confería un aspecto más fino, esbelto y armónico. Era más bien delgada con unas piernas largas y unos glúteos en forma de corazón invertido que desparramaban erotismo por doquier. William quedó electrocutado como si un rayo de concupiscencia hubiese caído sobre él. Jamás podía imaginar que en esa inhóspita aldea del mundo de la misantropía pudiera existir una afrodita como la que tenía ante sus ojos. Se hubiese quedado allí con ella para siempre y le hubiese escrito cada día los versos más preciosos. No pudo evitar que le viniera a la memoria la imagen de María de Hita. Albergaba un canon de belleza semejante. Se hubiese plantado ante ella para besarla y acariciarla con suavidad y decirle que por la noche bajaría la luna a sus pies. Pero maldijo la distancia abismal que existe entre la cultura occidental y la oriental. Estaban casi tocándose, pero a la vez tan alejados en cuanto a singularidad e idiosincrasia. Cuando estaba a punto de desaparecer ante aquel monumento a la hermosura, ella murmuró un par de palabras en inglés. Wright interpretó que le sugería si quería hacerse una fotografía en ese lugar. Le cedió su cámara y el querubín bronceado de seducción le disparó tres instantáneas. Se cruzaron las miradas y ella esbozó una leve sonrisa. Le hubiese encantado retratarla, pero no osó quebrar ese momento mágico. Descendió resignado a la amarga realidad y dejó atrás aquel paraíso inalcanzable. Para postre, visionó a lo lejos

las cumbres nevadas de diferentes picos del Himalaya. No podía acontecer mayor beldad en tan breve espacio de tiempo. A partir de ese momento, el día solo podía ir a peor, pensó. Tomó un *jeep* para empalmar a la carretera principal. Creyó con ironía que un nuevo trolebús con un confort a ultranza lo aguardaba para el asalto hacia Phokara. Ante la previsible noria de movimientos que se avecinaba echó mano de unos momos que había comprado en ese poblado anclado en el tiempo. Pensó que, con el estómago un poco lleno, el mareo no haría mella en su cuerpo. Aquellas envolturas de papel de arroz a base de verduras finamente trituradas y entremezcladas con carne de búfalo le supieron a manjar divino. El sopor de la digestión propició que aposentara su cabeza en el cristal del bus y disfrutara de una siesta redentora. En menos de tres horas estaba llegando a su destino.

Hasta que se terminó la primera carretera allá por el año 1968, el acceso a la ciudad de Pokhara solo se podía realizar a pie. Esa circunstancia la había convertido en un lugar repleto de misticismo y espiritualidad. Sin duda alguna, el lago Phewa se erigía en el nácar más brillante de aquel emplazamiento. A poca distancia de allí despegaban el Dhaulagiri, Annapurna y Manaslu, tres cimas que rebasan los ocho mil metros. William se dirigió a la pensión que había elegido para pernoctar. La habitación era bastante convencional, sin grandes alardes ni ostentación. Lo más atractivo era su balconcito con vistas al lago. Desde allí pudo atisbar un pequeño islote con el templo sagrado Tal Barahi. El cansancio lo derrumbó y quedó a merced de aquel colchón duro y medio deshilachado. Como si de Paul McCartney se tratara, Wright

despertó de madrugada de un sueño con la sensación de haber compuesto en ese impase fantasioso la melodía de *Yesterday*. Había viajado en el tiempo al cabo de Gata para reunirse con María de Hita. Quizás se le había revelado en el subconsciente la imagen de la mujer que le había hechizado en Bandipur. Habían pasado un fin de semana juntos en aquel olimpo almeriense. Se habían hecho una serie de fotografías y en una de ellas una especie de aura de color verde envolvía toda su figura. Le pareció tan asombroso como esotérico. Trató de rememorar algo más, pero tan solo tenía recuerdos fugaces de aquella ensoñación. El sol empezaba a asomar al fondo del valle. Difícilmente podría seguir durmiendo. Tomó su cámara y repasó las últimas imágenes que había realizado durante su estancia en el pueblecito de Bandipur. No podía creerlo. En una de ellas aparecía con el mismo campo electromagnético verdoso que cubría su cuerpo. Pensó que el bajista de los Beatles no era un loco y que aquella belleza asiática era la reencarnación de María de Hita. Ya tenía un nuevo pasaje para una novela que estaba a punto de culminar.

ଔ

Tras regresar de su circunnavegación por los lagos de Pokhara, William desembarcó en la academia de Norbu Amithaba. Era la primera noche que pernoctaba en aquel asilo tan místico. Había extrañado su nuevo colchón y se despertó un poco antes de que amaneciera. La última bandada de murciélagos había dejado de merodear el techo de su habitación. A través del gran tragaluz que se alzaba ante su lecho, el británico observó cómo los ratones voladores se escurrían con la presencia del primer lucero del alba. Emitían esos gruñidos inconfundibles que anunciaban el término de sus fechorías

nocturnas. Y, al final, acababan deambulando en manada debajo del puente de Boudhanath. Wright se aseó y cogió prestada la bicicleta de su amigo el monje. Era un biciclo antiguo de los años setenta con la inconfundible cesta delantera y una bocina chirriante armada en el manillar de la máquina. Después de recorrer varios kilómetros con el resplandor del sol que ya había asomado, William emprendió el camino hacia Bhaktapur. En su periplo hasta la ciudad contigua a Katmandú, una colonia de mariposas comenzó a servirle de guía como si se tratara de un sherpa dispuesto a acompañarle para afrontar la coronación de cualquier pico del Himalaya. Entró por la parte oeste. Unos muchachos jugaban en la calle descalzos con una pelota ingeniada con diversos trapos de cocina. Un par de gallos se convertían en centinelas del espectáculo deportivo. Los chavales detuvieron un momento el juego para dejar pasar a una anciana con un capazo de fresas y moras sobre su cabeza. Era la sabrosa comida para unos cuantos integrantes del barrio. Wright aparcó la bici en la pequeña y recogida plaza Taumadhi donde se erigía como un sultán de tiempos pretéritos el templo de Nyatapola. Cogió su bloc de notas y, con la inspiración por montera, a modo de un Picasso ante su obra magna, el británico se desató a relatar otro capítulo de su novela. Tenía que dar forma a aquel pasaje ineludible acontecido en París. ¿Cómo narrar que uno de los protagonistas se enamoraba perdidamente de una cocinera que regentaba un restaurante de postín de la capital francesa? La mujer misteriosa lo había marcado de modo emocional. Apuntaba Wright en sus folios que nunca una fémina lo había mirado de esa manera. El británico se explayó en redactar aquel sublime encontronazo amoroso. La belleza sureña de

María de Hita le había roto los esquemas. Después de haberse deleitado con el arsenal de platos del espectacular menú degustación, el personaje ideado por Wright, que se llamaba como él y encarnaba su *alter ego* novelesco, cortejaba cual caballero de la mesa redonda a quien atesoraba plenamente su teoría de las cuatro atracciones. Rozaba la perfección de lo que representaban sus ideales amatorios. Imaginó que vislumbraba su precioso rostro en una nube cual estrella fugaz flotando en solitario por el cielo azul. Y cómo juntos ascendían por una escalinata con ribetes plateados hacia el edén de la pasión. Los amantes retozaron en un tálamo, envueltos en algodón propiedad de los ángeles, al son de los acordes de un arpa que bisbiseó el *Summer wine* de Natalia Avelon y Ville Valo. El idilio entre ambos fue tan efímero como la llama de una vela tras el paso de un huracán. Sin embargo, aquel topetazo carnal marcaría el devenir en la vida del protagonista, que tardó mucho tiempo en encontrar a una mujer con la que sintiera algo semejante. Tanto el personaje ficticio como su autor experimentaban vidas paralelas; nunca una obra podía ser tan autobiográfica. Wright dejó atrás la plaza Durbar y el templo Dattatraya y enfiló el camino de vuelta hacia Katmandú. Estaba radiante. El día había sido fructífero y provechoso. Había logrado plasmar en un cuaderno en blanco uno de los pasajes más significativos de su libro. Su gran obra literaria estaba acabada.

Apenas ya sin luz a causa del ocaso del atardecer, el británico llegó exhausto tras el intenso pedaleo hasta la academia del monje. Frenó la bicicleta y entró un momento en la habitación que le había cedido su amigo. Guardó el manuscrito en el cajón de un pequeño escritorio. Le entraron unas ganas bárbaras de fumar; había que celebrar la proeza de haber culminado su libro. Salió a la puerta de

entrada para no impregnar de humo el ambiente puro de aquella mística academia. Mientras encendía el cigarrillo, un fuerte golpe en su espalda propició que perdiera el equilibrio y se diera de bruces contra el suelo. Apenas sin tiempo para reaccionar, uno de los agresores le colocó una capucha en la cabeza, mientras el otro le inmovilizaba las manos con una cuerda de cáñamo.

—¿A dónde me lleváis? —exigió Wright al sentirse a merced de aquellos dos hombres.

—¡Calla y no preguntes! —dijo uno de los hombres con un inglés bastante entendible.

Un vetusto Lada Niva los esperaba justo a la salida de la gran plaza de Boudhanath frente al Roadhouse café. Introdujeron al escritor en la parte trasera del vehículo. Uno de ellos se puso a su lado y el otro se colocó en el asiento contiguo al conductor. De repente, sonó el móvil de Wright. La llamada más inoportuna de su existencia. Cuando dejó de sonar, el acompañante hurgó en sus pantalones y se lo requisó. Se desvanecía cualquier oportunidad de mantener contacto con alguien conocido. A pesar de ello, le había enviado a su amigo Taylor la ubicación donde se encontraba la academia del monje. Si le ocurría algo, esa era la dirección por la cual empezar a encontrar su paradero. Su mente voló al modo novelesco y recordó cómo, en aquellos casos, el secuestrado va contando en su cabeza los minutos que separan el sitio donde fue capturado hasta el lugar de destino. Fueron exactamente siete minutos y treinta y dos segundos. Le faltaba saber si se habían dirigido al norte o al sur, al este o al oeste. El vehículo se detuvo y, al salir, Wright escuchó cierto ambiente de animación. Era una calle bastante concurrida. Podría tratarse del Thamel, la zona turística por antonomasia de Katmandú. Quizás se trataba de una estrategia de sus secuestradores; ocultarlo en el último lugar donde nadie reparara en comenzar a investigar.

—Con lo animado que está todo por aquí, me está apeteciendo tomarme una copa escuchando un poco de música —dijo William en tono jocoso.

—Tiene guasa el escritor —comentó uno de los secuestradores.

—Puedo llevarlos al mejor garito del Thamel. Se come y se bebe de campeonato.

—Se cree usted muy listo, ¿verdad? Nadie ha dicho que estemos en el Thamel.

—No hace falta verlo. Lo escucho.

—La fiesta ha terminado por hoy —dijo el otro tomando al rehén por el brazo—. Vamos a enseñarte tu nuevo sitio de recreo. Seguro que allí te vas a divertir.

ଔ

Parecía como si William Wright hubiera sido un auténtico visionario, una especie de Nostradamus del siglo XXI. El día anterior a su secuestro había hablado con Norbu Amithaba para decirle dónde guardaba su gran reliquia literaria. La consigna era bien clara. Si le ocurría algo, el manuscrito de su novela tenía que llegar a manos de su editora. El monje budista entró en la cámara del británico. Hacía muchas horas que su amigo debería haber regresado de su escapada a Bhaktapur. La cama estaba sin deshacer y saltaba el contestador de su móvil cada vez que lo llamaba. Se temió lo peor. Cogió la llave y abrió el cajón del escritorio. La obra de Wright estaba perfectamente encuadernada. Unos hilos hilvanados en varios agujeros en el lado izquierdo sujetaban el manojo de páginas. Norbu no pudo reprimir su curiosidad y ojeó por encima. Aunque no entendía muchos de los giros gramaticales que allí había escritos no pudo ocultar una sonrisa de complicidad al visionar aquellos textos. Demasiado sofisticados para su mundo tan espiritual. Cogió aquel manuscrito y lo guardó en un sobre grande para después meterlo en una caja robusta de una medida similar. El cofre narrativo debía viajar con la máxima seguridad. Escribió en el anverso del paquete la dirección de la editorial que regentaba Katharine Snow. La suerte estaba echada. Quizás había tenido la fortuna de guardar en su casa todo un *best seller*. El tesoro de William Wright se alejaba de

Katmandú rumbo a Londres con la misma parsimonia que se va difuminando lentamente el sonido de un cuenco tibetano.

25

Barcelona, 2016

La cafetería panadería *La aurora boreal* en la calle La Granada del Penedés, esquina con Balmes, es todo un universo de confituras en el Eixample barcelonés. Sebastián Gómez tenía el antojo de unos cruasanes de chocolate y se llevó media docena de ellos a la comisaría como el pirata que guarda con recelo el tesoro que acaba de requisar. Le esperaba un desayuno delicioso. Debía mantenerse en forma, pero de vez en cuando, su fervor goloso le proponía acometer algún que otro placer pecaminoso. Mientras la nutella resbalaba sin control por sus labios y la excitación empezaba a dar sus primeros coletazos en la parrilla de salida, el oficial Eusebio Sánchez llamó a su puerta perturbando aquel incipiente estado de complacencia.

—Hay un tipo ahí fuera que quiere verle.

—¿De quién se trata? —preguntó el inspector.

—Asegura saber algo del homicidio de la plaza de Ibiza.

—Que pase…

Gómez escondió la preciada fortuna de cruasanes y esparció unos cuantos papeles por su mesa para ocultar el colosal festín que se estaba dando.

—Con permiso, señor inspector.

—Pase y siéntese —dijo Sebastián Gómez.

—Mi nombre es Víctor Aranda y soy neurocirujano de la Vall d'Hebrón.

—Y, ¿qué le trae por aquí?

—Vivo en el número trece de la plaza de Ibiza. Era vecino del hombre que asesinaron ayer.

—¿Conocía a la víctima, entonces?

—No demasiado. Era un tipo de pocas palabras. Yo tampoco es que sea muy hablador. Habíamos coincidido alguna vez en el portal.

Los típicos buenos días y poco más.

—¿Lo vio o estuvo con él antes de que lo mataran?

—La noche del crimen tenía guardia, pero me sentí indispuesto y decidí irme a casa antes de finalizar mi turno.

—Prosiga —pidió el inspector.

—Cuando llegué a la plaza, justo antes de entrar en el portal, vi a un tipo que salía de forma apresurada del edificio.

—¿Y cómo era ese hombre?

—Bastante alto. Sin llegar a ser corpulento, tenía una planta considerable. Vestía todo de negro y llevaba el pelo recogido en un moño. Tenía pendientes y un *piercing* en la nariz. Lo cierto es que su aspecto me llamó la atención.

—¿Y no lo había visto por allí otras veces?

—Un tipo así es bastante llamativo. Lo hubiese recordado.

—¿No cree que podría tratarse de algún familiar de un vecino suyo?

—De ser así, es la primera vez que lo veía. Señor inspector, no trato de inculpar a nadie, he venido a informarle de un hecho que me sorprendió teniendo en cuenta las horas de la noche.

—Doy fe de ello. Nadie está afirmando lo contrario. ¿Sería capaz de reconocerlo si le mostrara una fotografía?

—Creo que sí. Era alguien muy particular.

El inspector giró la pantalla de su ordenador y le enseñó varias instantáneas.

—¿Es alguno de éstos?

—No. Ya le he dicho que era muy peculiar.

—Discúlpeme un segundo. Enseguida vuelvo.

El neurocirujano observó a través de la cristalera cómo Sebastián Gómez hablaba por el móvil. Fueron escasos minutos.

—Perdone, ya estoy aquí de nuevo —el inspector ocupó la silla de su despacho.

—No se preocupe.

Gómez cogió un folio en blanco y un bolígrafo y se lo entregó al neurocirujano.

—¿Podría trazar los rasgos de ese tipo?

—No se me da muy bien dibujar.

—Haga lo que pueda.

Aranda se tomó varios minutos para recrear la imagen del hombre que había visto la noche antes.

—Pues creo que dibuja usted bastante bien.

—Espero que pueda servirles de ayuda.

—Le agradezco que haya acudido a la policía. Le dejo mi tarjeta por si recuerda algún detalle más.

—De acuerdo y, por cierto, que le acabe de aprovechar el desayuno.

—¿Por qué dice eso? —preguntó con asombro el inspector.

—Tiene restos de chocolate en la pantalla del ordenador y todavía huele un poco a cruasán.

Gómez no pudo evitar una tímida sonrisa ante la agudeza visual y olfativa de aquel tipo.

—Tenga bastante cuidado y no comente todo esto con nadie. Podría comprometerle.

—No tengo ningún familiar aquí en Barcelona. Seré una auténtica tumba.

Sebastián Gómez rescató el par de cruasanes que todavía le quedaban en la cartuchera. Los saboreó como si no hubiera un mañana. Apenas sin tiempo para regocijarse en el deleite, el ruido estrepitoso del frenazo de un coche lo levantó de su silla. Salió de forma apresurada de su despacho y pudo observar desde el pasillo que un corrillo de gente permanecía agolpado fuera en la calle.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Gómez al tiempo que se abría paso entre una decena de personas.

—El hombre que ha venido a verle acaba de ser atropellado —reveló el oficial Eusebio Sánchez.

ଔ

La tarde comenzaba a sucumbir y los postreros destellos de sol alumbraban con timidez las escenas bíblicas policromadas del rosetón de la basílica Santa María del Mar. Algunos bares de mediodía empezaban a sufrir su metamorfosis para convertirse en

lugares de copas. Se preparaba la noche en el Born, el sempiterno barrio barcelonés que parecía no dormir nunca. A escasos metros de la catedral, el palacio restaurante El Bosco todavía rezumaba la elegancia de la época del medievo catalán. Había sido el lugar elegido para aquella reunión tan improvisada como necesaria. Los últimos acontecimientos habían propiciado esa cumbre urgente. Habían reservado una de las salas privadas del local. Giuseppe Zola trataba de disimular su evidente estado de intranquilidad. Lucía un semblante serio al tiempo que ordenaba y desordenaba los papeles que tenía delante, señal inequívoca de su nerviosismo contenido. Delante de él, y al otro extremo de la mesa, Enric Llauradó y Candela Landázuri aguardaban la intervención de Zola.

—Tenemos varios frentes abiertos —comenzó diciendo Giuseppe—, y no está siendo fácil.

—¿Ha ocurrido algún imprevisto? —demandó Llauradó.

—Por un lado, me confirman desde Katmandú que el secuestro del escritor ha ido según lo previsto. Lo tenemos controlado en un zulo de la zona del Thamel —relató Zola.

—¿Lo ha visto ya Gastón? —preguntó Enric.

—Todavía no. El encuentro se producirá en breve. Por otro lado, en Arequipa hemos tenido un contratiempo importante —dijo el italiano.

—¿No se ha podido llevar a cabo el secuestro de Azucena? —intervino Candela.

—Ha intentado escapar, pero por fortuna la tenemos otra vez controlada.

—¿Ha ocurrido algo con Sandro? —se preocupó ella.

—Azucena lo dejó malherido en el piso de Mosopuquio. El taxista la encontró en la calle y ahora se dirigen a Chivay, en el valle del Colca. Hemos tenido que contratar a un tal Claudio, un asesino nativo con un excelente historial.

—¿Sabemos si se ha podido comunicar con Mika Burton? —dijo Candela.

—Lo ha intentado con una llamada, pero el taxista le quitó el móvil con rapidez. Apenas pudieron hablar.

—¿Y cuáles son los próximos movimientos? —se interesó Enric.

—Vamos a enviar a Arequipa a un hombre de los nuestros. No podemos correr más riesgos.

—¿De quién se trata? —preguntó Candela.

—Sebastián Gómez. Acaba de coger un avión hacia allí.

—Yo también tengo que comunicaros algo importante —intervino Llauradó con semblante preocupado.

Zola frunció el ceño.

—¿De qué se trata?

—He tenido que suspender temporalmente de su puesto de trabajo a uno de los periodistas de mi grupo empresarial.

—¿Quién es ese tipo?

—Ariel Godoy, un argentino.

—¿Alguna publicación no contrastada?

—Ha editado un artículo un tanto confuso en relación al asesinato de Max Labiano.

—¿A qué te refieres?

—Ha dejado entrever que su muerte pudo estar relacionada con una historia del pasado.

—Pero ¿cómo puede ser que sepa algo al respecto?

—No lo sé. Es como si hubiese lanzado un globo sonda. De momento, ese reportero no va a poder escribir ni una línea más —aseguró Llauradó.

—No quiero complicaciones —amenazó Zola—. Si sigue metiendo las narices donde no le llaman os encargáis de quitarlo de en medio.

—Tranquilo, no será un problema.

—¡Ah, se me olvidaba! —exclamó el italiano—. Hay un subinspector de policía, Jon Eringuren, que husmea más de la cuenta.

—De ese me encargo yo —dijo Candela con voz insinuante.

26

Arequipa, 2016

Llevaban ya casi tres horas de viaje. Azucena había dado unas cuantas cabezadas. El vaivén de la orografía actuaba a modo de somnífero. Estaba extasiada. Sin apenas poder digerir las consecuencias del desfase horario, tuvo que emplearse a fondo para

deshacerse de Sandro. Y después de todo ese esfuerzo adicional, tanto físico como psicológico, vuelta a empezar. Paradójicamente, su destino era Arequipa y todavía no la había pisado. Observó por la ventanilla que el paisaje había cambiado. Incluso la temperatura era bastante más baja. Se distinguía una gran cordillera de montañas a lo lejos. Claudio, el tipo que estaba a su lado y que no había dejado de apuntarla ni un solo instante, rompió el silencio al comprobar que su secuestrada abría los ojos.

—Aquello que se ve sobrevolando a lo lejos son cóndores andinos —dijo él.

—Ni el turoperador más profesional habría organizado una ruta tan atractiva —comentó Azucena en torno sarcástico.

—No te quejes, que podríamos haberte llevado a un sitio peor.

—¿Y qué maravilloso plan me espera a partir de ahora? ¿Me vais a descuartizar para convertirme en bocado de esas aves carroñeras?

—Te necesitamos viva. En media hora llegaremos a nuestro destino. Estamos a casi cuatro mil metros de altura. Te recomiendo que no hagas movimientos bruscos y camines despacio.

—Lo tendré en cuenta. Muy amable por tu parte.

El desarrollo turístico sufrido durante los últimos años había convertido a la población de Chivay en el umbral de donde parten las expediciones hacia el valle del Colca. Azucena Castro salió despacio del taxi. Respiró con profundidad y sintió cómo la brisa gélida acariciaba su cuello y su rostro.

—En Barcelona seguro que no tenéis este aire tan puro, ¿verdad?

—Tampoco allí secuestran a mujeres inocentes.

—Vamos a conocer tu nuevo hogar. Acompáñame.

—¡Ah! Pero ¿no tengo contratado el servicio de traslado de maletas?

—Se salía del presupuesto. Tendrás que cargar con la tuya.

Anduvieron unos trescientos metros hasta llegar a la plaza de Armas. Luego giraron a la izquierda por la calle Zarumilla donde pasaron por un mercado artesanal. Al otro lado de la rúa se alzaba una pequeña casa de estilo colonial. Claudio revolvió en su bolsillo hasta encontrar las llaves.

—No tenemos un botones para llevarte la maleta, pero no hemos

reparado en gastos para ofrecerte algo mejor que un hotelazo de cinco estrellas.

—Sería un lugar maravilloso para disfrutar de una luna de miel con el hombre que habéis asesinado.

—Yo no he matado a nadie, señorita.

—Es cómplice de todo esto. Irá al calabozo junto a sus amiguitos.

Azucena comenzó a notar tímidamente los efectos del mal de altura. Se estiró en una de las hamacas del jardín que rodeaba el edificio de la casa. Tan solo el sonido de los gallitos de las rocas perturbaba el sosiego de aquel edén situado en medio del pueblo. Se recreó en el bello plumaje de esa especie tan autóctona del país. El color naranja característico de esa ave tan peculiar contrastaba con el verde de los árboles. Hurgó en uno de los bolsillos de su pantalón. Todavía le quedaban dos horquillas.

ଔ

Después de una semana de visitar Machu Picchu, Mika Burton y Daniel Barragoitia habían salido a dar un paseo por la parte antigua de Arequipa. Se veían de forma esporádica. Ambos tenían claro que no pretendían formar una pareja estable, pero se sentían bien cada vez que estaban juntos. Tan solo había una bonita amistad. Se detuvieron en el mirador de Yanahuara, uno de los lugares más aconsejables para contemplar en la distancia el volcán Misti. La llamada telefónica que había recibido por parte de Azucena relatándole de forma breve su secuestro había dejado muy preocupada a Mika.

—Tenemos que encontrarla sea como sea. ¿Podemos contar con alguna ayuda institucional? —dijo ella.

—Si es algo relacionado con el secuestro de París tenemos que ir con mucho cuidado. Si la policía internacional archivó el caso será porque hay algo detrás de todo esto. Solo podemos hablar con alguien que nos dé confianza.

—¿Se te ocurre alguna persona?

—Espera un momento… —vaciló él durante un instante—. Tengo un amigo que es subinspector de policía. Jugábamos juntos a la pelota vasca.

—¿Y dónde está ese subinspector?

—En una comisaría de Barcelona.

—Habla con él. No perdemos nada.

—¿Qué hora es en España?

—Las cinco y cuarto de la tarde.

Daniel cogió su teléfono y marcó el número de su amigo.

—Señor embajador. ¡Qué sorpresa! —contestó una voz al otro lado.

—Hola, Jon. ¿Qué tal estás?

—Estaría mejor tomándome unos zuritos contigo después de haber ganado un partido.

—Tampoco hace tanto de aquello. ¿Ocho años quizás?

—Cómo pasa el tiempo.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal tu vida por ahí? La última vez que hablamos me dijiste que te habían concedido el traslado a Barcelona.

—Aquí sigo. Casi como un funcionario. Mucho papeleo. Echo de menos un poco de ajetreo. A ver, ¿en qué lío te has metido para que me hayas llamado? —adivinó el subinspector.

Daniel explicó a Jon Eringuren lo acontecido desde la llamada de Azucena Castro desde Barcelona tras el asesinato de Max Labiano hasta el secuestro que había sufrido una vez había aterrizado en Arequipa.

—¿Crees en el destino o en la confluencia de astros? —preguntó Jon al terminar Daniel su narración.

—¿A qué te refieres?

—Formo parte de la investigación del caso de ese homicidio.

—Pues entonces tendremos que creer en el destino.

—¿Te acuerdas de aquella chica que conocí por internet?

—Claro. La moza de Zaragoza, ¿verdad?

—Sí, Blanca Rubio. Años atrás trabajó como policía secreto y ahora me ayuda en la investigación. Por aquí también suceden cosas muy extrañas.

—¿Y qué información tenéis?

—Todo es muy confuso. Incluso creo que mi superior me está haciendo el vacío en este caso.

—Tengo una intuición —subrayó Daniel haciendo una breve pausa—. Creo que esto va más allá de un simple asesinato. Es posible que haya demasiado en juego y que implique a otras personas. De

momento, no quiero recurrir a nadie que no conozca. Siempre estamos a tiempo de contarlo todo a la policía peruana, pero creo que el tema requiere ahora de mucha discreción.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Ahora lo más importante es liberar a Azucena. Tendrías que venir a ayudarnos.

—Hablaré con Blanca y decidiremos.

—Perfecto, Jon. Estamos en contacto. Un fuerte abrazo, amigo mío.

—¡Lo mismo para ti!

Tras colgar el teléfono, Daniel le relató a Mika la conversación mantenida con el subinspector. Intuyó cierta preocupación en su rostro.

—¿Qué te parece si cogemos un taxi y volvemos al centro? —sugirió Mika.

—De acuerdo. Podíamos ir al mercado de San Camilo y comer un poco de ceviche.

Daniel alzó la mano al ver que se acercaba un taxi por la calle Jerusalén. Se subieron al vehículo.

—A la plaza de Armas, por favor.

La mujer inhaló varias veces de forma profunda aquel habitáculo.

—¡Hum! ¡Qué curioso!

—¿Qué ocurre? —preguntó Daniel desconcertado.

Mika Burton le guiñó el ojo al embajador, al tiempo que le apretaba la mano.

—Por cierto, usted se llama Manuel, ¿verdad? —dijo ella dirigiéndose al taxista.

—Así me puso mi madre.

—Sí, he visto la foto con su nombre y licencia. Verá, soy pintora. Tengo un puesto ambulante cerca de la calle Mercaderes. Y esta mañana vino una señora a encargarme un cuadro. Estuvimos hablando durante un buen rato y me dijo que su marido se llamaba Manuel y que trabajaba como taxista.

—Teniendo en cuenta que en la ciudad somos casi ochocientos mil hombres y debe haber unos cuantos que se dedican a esto con o sin licencia… la probabilidad es bastante remota.

—Tiene razón. Es poco probable.

—Además, a mi mujer el arte como que no le va mucho.

—Ya disculpará mi intromisión, entonces.

—No se preocupe, señora. Me gusta ir hablando con los clientes mientras conduzco.

—Parece cansado. Debe haber sido un día duro para usted.

—No se equivoca. Vengo de hacer un servicio muy largo desde un pueblo del valle del Colca.

—Bonito lugar. Daniel, un día de estos tenemos que ir a ver volar a los cóndores —expuso Mika esbozando una sonrisa hacia su compañero.

—Si se deciden, vayan a Chivay. No les decepcionará.

Aquella tarde, habían cortado varias calles a causa de una manifestación en pro de los derechos de la mujer. Mika y Daniel tuvieron que bajarse un poco antes de llegar a la plaza de Armas.

—Ya me dirás qué estás escribiendo en el móvil y el porqué de esa conversación tan amena con el taxista —preguntó Daniel, asombrado con todo aquello que acababa de suceder.

—Estoy apuntando la matrícula de ese coche. ¡No te lo vas a creer!

—Me tienes intrigado.

—Creo que Azucena está en ese pueblo del valle del Colca. O se trata de ella o de una mujer que utiliza un perfume igual que el suyo.

—¿Me vas a decir que te acuerdas del olor de la colonia de tu amiga?

—La primera vez que vino a la escuela de hostelería varias alumnas le fuimos a preguntar al final de clase cuál era ese perfume. ¡El aroma más embriagador que había olido nunca! Es inolvidable, se te queda debajo de la nariz y su recuerdo se mantiene durante horas y horas.

—¡Cómo sois las mujeres! ¡Siempre tan detallistas! ¿Y de qué marca se trataba?

—Eau de sirène.

27

Barcelona 2016

A mitad del mes de agosto, el emblemático barrio de Gracia se recrea en su bella metamorfosis. Desde muchos meses atrás, los

vecinos guardan con recelo sus obras creativas en los hogares para mostrarlas luego al público mundial. Las principales calles y plazas se engalanan con materiales reciclables y otorgan un panorama multicolor tanto al nativo de la ciudad como al turista accidental. La decoración artesanal es, en algunos casos, digna de encomio. Es el merecido premio al esfuerzo y el tesón de muchos días de trabajo. El espíritu de un barrio que se resiste al paso del tiempo y a la frialdad desoladora de las grandes urbes.

Blanca Rubio se detuvo en la travesía de Sant Antoni. Los vecinos habían intentado recrear un ambiente asiático, una especie de mercado japonés donde poder adquirir cualquier reliquia de aquella cultura milenaria. Las chicas más jovencitas, con el cabello recogido en un moño, lucían kimonos policromados al tiempo que se aireaban con abanicos de cartulina. La exsubinspectora subió las escaleras del que había sido el despacho de Max Labiano. Llamó al timbre. La puerta B del segundo piso se abrió casi al instante. Tomás Vallverdú mostraba unas ojeras preocupantes y en su rostro afloraba el cansancio y la tristeza de las últimas horas.

—Ya no me molesto en preguntarle. Seguro que es un policía o un periodista más. Al menos, esta vez han enviado a una mujer.

—Comprendo que esté agotado de todo esto —Blanca Rubio trató de empatizar con aquel hombre—. Intentaré ser concisa y no molestarle demasiado.

—No se preocupe. Entiendo que tenga que hacer su trabajo.

—¿Cómo era su relación con Max?

—Era un excelente compañero, se lo aseguro.

—Está claro que descubrió o tenía información de algo que podía ser comprometido.

—Ya le he dicho a los compañeros que han pasado por aquí que no tengo ni la más remota idea.

—¿Ningún indicio? ¿Algo que pueda darnos un poco de luz a la investigación? —reiteró ella.

—Cualquier mujer se enamoraría de Max.

Blanca hizo un gesto de sorpresa. No entendía por qué Tomás había reparado en ese detalle.

—¿A qué se refiere?

—Era muy atractivo. Y muy sensible. Existen pocos hombres con esa virtud.

—¿Qué pretende decirme con eso?

—Mire, usted me inspira confianza.

—Gracias.

—Poco a poco, fui conociendo a un tipo muy emocional. Tras esa imagen de tipo duro se escondía una persona tierna.

—¿Estaba enamorado de él? —preguntó Blanca sin tapujos.

Tomás se mostró vacilante. Le era difícil sincerarse de manera tan abierta ante una desconocida.

—¿Supo Max en algún momento de sus sentimientos hacia él? —insistió ella.

—Nunca le demostré nada, pero creo que lo intuía.

—Y Max, ¿sentía algo por usted?

—Me contó que en su juventud algunos hombres habían intentado conquistarlo, pero siempre tuvo clara su heterosexualidad.

—Cuando lo asesinaron se encontraba con su pareja femenina.

—Sí, aunque le gustaba frecuentar algunos lugares.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pues…

—¿Acaso le era infiel a Azucena? ¿Se relacionaba con prostitutas?

—Apunte este nombre: La Guarida del Dragón. No puedo decirle más.

Pese a que sabía que Max Labiano no había pisado nunca aquel prostíbulo, Tomás quiso proporcionar esa pista falsa a la mujer que acababa de visitarlo. Intuía que era muy buena en su trabajo y que podría extraer información de ese antro. Blanca Rubio dejó atrás el despacho de la travesía de Sant Antoni y volvió a la fragancia del mundo asiático de las calles emperifolladas del barrio de Gracia. Se le acercó una niña perfectamente maquillada con su rostro blanquecino, los labios de un color rojo intenso y un logrado *kanzashi* ornamentando su cabello. Parecía lista para la ceremonia del casamiento.

—¿Me dejas que te empolve un poco la carita? Se me da muy bien —susurró la jovencita.

—Quizás en otro momento.

—¿Has estado alguna vez en Japón?

—Es mi viaje soñado. Puede que algún día.

—¿Y cuándo piensas ir?

—Cuando mi chico me proponga casarnos en Kioto.

La niña derramó una tierna sonrisa de complicidad y encogió sus hombros con cierta vergüenza.

—¿Conoces la fábula del hilo rojo? —preguntó la menor.

—Por supuesto, es un relato muy bonito.

—Eres muy guapa y atractiva. Tu novio debe estar muy enamorado de ti.

—Así es. Y, tú, ¿qué tal vas de amores?

—Me gusta mucho un chico del barrio, pero es muy infantil.

—Algunos hombres nunca maduran, te lo aseguro. ¿Cuántos años tienes?

—Dentro de unos días cumpliré trece.

—Con esos ojos azules tan preciosos que tienes seguro que lo tienes loquito.

—Sí, no me lo quito de encima, ja, ja, ja. Ese Hugo es terrible.

—¿Vives cerca?

—En la calle de detrás.

—¿Y tus padres no están por aquí? ¿No participan en la fiesta?

—Nunca llegué a conocer a mis padres biológicos y me adoptaron al poco tiempo de nacer.

—¡Oh, lo lamento! —Blanca acarició el rostro de la chica.

—Cuando era pequeñita me contaron que tenía una hermana gemela.

—¿Y nunca has sabido de ella?

—No, nunca.

—¿Sabes? Fui policía hace unos cuantos años. ¡Ojalá hubiera podido descubrir quién era tu hermana!

—Mi tío también es policía.

—¡Vaya! Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Ayra.

ଓ

El subinspector Jon Eringuren se bajó en la parada de metro de Diagonal después de realizar un transbordo en plaza Catalunya. A escasos diez minutos caminando tenía la comisaría. Le gustaba llegar a primera hora para leer tranquilamente la prensa del día con su té verde bien caliente.

—Buenos días, Eusebio. ¿Qué tal todo?

—Hola, Jon. Dentro de quince días cierro el tenderete. Me voy a los fiordos noruegos con mi mujer.

—Pues a disfrutarlo. Las vacaciones son sagradas. ¿Alguna novedad importante en el caso de Max Labiano?

—Deja de venir un día por aquí y se lía bien gorda.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ha sucedido? —preguntó con sorpresa el subinspector.

—A eso de las diez de la mañana de ayer apareció un tipo que decía saber algo del asesinato de Max.

—¿Y qué pasó? ¿Quién le tomó declaración?

—El inspector Sebastián Gómez. Estuvo reunido con él durante una media hora.

—¿Y dónde está el lío?

—Después de abandonar el despacho de Gómez salió a la calle y, al cruzar al otro lado, fue atropellado por un vehículo que se dio a la fuga.

—¿Y nadie vio nada? ¿No tenemos la matrícula?

—El coche se largó rápidamente sin dejar rastro. El inspector se encargó de todas las diligencias.

—¿Y en qué estado se encuentra el hombre que fue arrollado?

—Ha sido trasladado a la Vall d'Hebrón.

—¿Pero está vivo?

—No dispongo de más información.

—Al menos sabremos su nombre.

—Sí, le tomé sus datos antes de hacerlo pasar al despacho del inspector. Un tal Víctor Aranda.

—Muchas gracias, Eusebio. No se olvide nada en la maleta. Y coja ropa de abrigo.

Jon Eringuren siguió meciendo la cucharilla en el té que se había

enfriado completamente. Tuvo de nuevo la sensación de que era un cero a la izquierda en el caso de Max Labiano. Su jefe continuaba dándole la espalda y seguía sin contar con él. Por muchas vueltas que le daba, seguía sin saber los motivos de por qué era marginado de esa forma tan vil. Pese a todo, y con el peligro de meterse en terreno arenoso, estaba dispuesto a llevar a cabo una investigación paralela. Salió de la comisaría apresuradamente y volvió a la estación de metro de Diagonal. Le esperaba la línea 5 hacia la Vall d'Hebron.

—Buenas tardes. Soy Jon Eringuren, subinspector de policía. ¿Sería tan amable de indicarme en qué box se encuentra Víctor Aranda? —preguntó al tiempo que mostraba su placa identificativa.

—En el número 7 —respondió la recepcionista de urgencias.

El subinspector caminó por un ancho pasillo hasta llegar a la habitación de Aranda. Junto a él, una mujer semidormida se encontraba sentada en una butaca habilitada para los acompañantes del enfermo. Al escuchar los pasos de Eringuren, ella se despertó.

—¡Uf, perdone! Me había quedado traspuesta.

—Lógico. Supongo que debe llevar muchas horas aquí con él.

—He pasado toda la noche. Soy compañera de quirófano del doctor Aranda.

—¿Trabaja con él?

—Por si no lo sabe, el señor aquí presente es uno de los neurocirujanos más prestigiosos de Barcelona. Y yo poseo el privilegio de formar parte de su equipo.

—Tengo entendido que el accidente ocurrió ayer cuando abandonaba la comisaría de la calle Balmes.

—Así es. El hijo de su madre que lo atropelló se dio a la fuga.

—No se preocupe. Estamos sobre la pista —dijo Jon en un intento de disimular su total ignorancia del caso—. ¿Cómo se encuentra?

—Está en coma inducido. Recibió un golpe muy fuerte en la cabeza al caer al suelo.

—¿Y cuál es el pronóstico, según los doctores?

—Las primeras horas son claves. Si sigue evolucionando como parece es posible que pueda salvarse. Aunque no sabemos las secuelas neurológicas que todo esto podría tener.

—¿Cree que ha sido un desafortunado accidente o una acción premeditada?

—Creo que eso les toca investigarlo a ustedes. Yo no soy nadie para sacar conclusiones.

—Soy subinspector. Mi nombre es Jon Eringuren.

—Encantada —dijo ella al tiempo que recorría con su mirada la estampa del policía—. Disculpe, pero estoy agotada. ¿Le importa si seguimos nuestra conversación fuera de aquí? Le propongo tomar un café cerca de mi barrio. Deseo descansar un poco.

—Sin problema. Por cierto, creo que no me ha dicho su nombre.

—Candela Landázuri, neurocirujana del hospital de la Vall d'Hebrón.

Aunque pareciera un tanto rocambolesco acompañar a aquella mujer, Eringuren no podía perder la oportunidad de recabar más información sobre el caso. Era un clavo bastante sólido al que aferrarse. A través de su jefe poco podría saber, con lo que seguir hablando con Candela era, de momento, su única alternativa. El subinspector se subió al coche de ella y se dirigieron hasta la plaza de la Bonanova. Dejaron el vehículo en el aparcamiento subterráneo. Emergieron a la superficie y se sentaron en la terraza de la cafetería El Fornet.

—Así que este es su barrio. No ha escogido cualquier lugar.

—Aquí se vive bien. Es una zona tranquila. Un tanto residencial, ya conoce Barcelona.

—No tanto como cree. No soy de aquí.

—Bueno, por el acento eso me parecía, pero como esta ciudad es tan cosmopolita.

—Nací en Mundaka.

—Eso me suena al norte.

—Es un pueblo pequeño del golfo de Vizcaya.

—Estuve una vez en Bilbao capital, pero solo de paso.

—Pues tiene un apellido bien vasco.

—Mi padre era navarro. Trabajó de ferroviario y lo destinaron a Barcelona. Aquí conoció a mi madre, que había emigrado de Extremadura.

—Pues le recomiendo toda aquella zona. Además, se come de

maravilla.

—Sí, lo sé.

—Entonces, volviendo a lo que nos concierne. ¿Sabe si el doctor estaba metido en algún lío o cree que es un mero accidente?

—No conozco su vida privada, pero puedo asegurarle que es una persona encantadora. Dudo que pueda tener enemigos. Y menos aún que deseen acabar con su vida.

—¿No había notado nada extraño en su conducta durante los últimos días?

—No, para nada. Bueno, espere…

—Dígame.

—No sé si tiene importancia, pero la otra noche se sintió indispuesto y tuvo que irse a casa antes de finalizar el turno. Estábamos de guardia.

—¿Qué noche dice que ocurrió?

—De la madrugada del martes al miércoles.

El subinspector palideció interiormente, aunque trató de preservar su hieratismo. Esa misma noche había sido asesinado Max Labiano. En principio no tenía que existir ninguna conexión entre un hecho y el otro, pero la mente de Eringuren ya había empezado a fabricar sus primeras cábalas.

—Por curiosidad, ¿sabe dónde vive el doctor?

—En la plaza de Ibiza, en el barrio de Horta.

El rostro de Eringuren comenzó a parecerse al de un pasaje fantasmagórico de Stephen King. Era el dato revelador que le faltaba en su rompecabezas. Ahora sí que la coincidencia no era por casualidad. La sospecha de que el accidente de Víctor Aranda podía haber sido suscitado por alguien cobraba cada vez más consistencia. Estaba claro que el doctor había sido testigo de alguna circunstancia relacionada con el crimen y se lo habían querido quitar de en medio. Y a buen seguro que su jefe tenía la respuesta a todo ello. Tenía que urdir algún plan para sacarle información al inspector. Pero tenía que ser a través de otra persona.

—Señor subinspector, tendrá que disculparme, pero necesito una ducha y descansar un poco. Si le apetece, le puedo ofrecer un café y puede seguir haciéndome las preguntas que quiera.

Eringuren pensó que la persona capaz de sonsacarle alguna que otra averiguación a su jefe podría ser la mujer que tenía delante. Por lo poco que la conocía era muy hábil y sutil en la conversación. No dudó que haría valer sus armas de mujer a la perfección.

—No quisiera molestarla más —se excusó él.

—Le encantará conocer a mi gato.

Candela Landázuri vivía en un sobreático de la plaza Bonanova esquina con la calle Muntaner. Pese a que se trataba de un inmueble de más de treinta años, la decoración minimalista y sin grandes artificios le conferían un aire de modernidad. Tras indicar a Jon Eringuren dónde se encontraba el comedor, Candela se fue al cuarto de baño para recrearse con la ducha prometida. Por descuido o de forma premeditada dejó la puerta entreabierta. Lo suficiente como para que el ángulo de visión se proyectara hasta el sofá del comedor donde Eringuren estaba sentado junto a un british shorthair. Era como un osito de peluche al cual era difícil dejar de acariciar. Aunque la imagen distorsionada de Candela a través de la mampara de la ducha le distrajo la atención del mimoso felino. Era imposible apartar la vista de aquel escenario. Pese a que jamás le sería infiel a su pareja, el subinspector tenía claro que debía llegar lo más lejos que pudiera para ganarse la confianza de Candela. La necesitaba para sus pesquisas. Transcurridos diez minutos, la neurocirujana apareció en el comedor con un albornoz corto de color fucsia que dejaba entrever gran parte de sus preciosas piernas y una toalla blanca enrollada en su cabeza que resaltaban aún más sus llamativos ojos verdes. Era misión harto complicada el no perder la compostura. Se trataba de una mujer hipnotizante y donde el juicio no tenía razón de ser. Sucumbir a sus encantos era lo más fácil.

—Mire. Estoy aprendiendo a tocar *Wild is the wind* de David Bowie —dijo Candela al tiempo que acariciaba su clarinete como si fuera Benny Goodman, el rey del swing.

—No deja de sorprenderme ¿Tiene más superpoderes ocultos?

—De jovencita siempre me llamaban para actuar en el teatro del colegio. Solían darme los papeles protagonistas.

—No me cabe la menor duda —dijo Jon pensando en el plan que

trajinaba ya por su cabeza.

Eringuren relató a Candela toda la información que disponía del caso del asesinato de Max Labiano desde que su cuerpo sin vida fuera hallado en la plaza de Ibiza. Ella lo escuchó atentamente. Al final de su exposición, Candela se levantó y se quitó la toalla que cubría su cuero cabelludo. Meció su melena con los dedos un par de veces y encendió uno de sus cigarrillos largos de color negro.

—Creo que tiene razón. Su jefe le oculta muchos detalles de la investigación.

—En el tiempo que llevo de servicio a su lado nunca me había sucedido nada igual.

—Quiere resolver el caso él solo para después colgarse la medalla.

—Pero si somos un equipo, no entiendo por qué está actuando de esa manera.

—Déjelo en mis manos. Mañana me pasaré por la comisaría. Creo que a ese inspector le interesará la declaración de una neurocirujana que forma parte del equipo del doctor Aranda.

—¿En serio que hará eso por mí?

—Sé muy bien cómo seducir a los hombres.

Eringuren clavó sus ojos debajo del cuello de Candela. Tenía su albornoz entreabierto y pudo adivinar el contorno de sus pechos. Respiró hondo varias veces para intentar no caer en cualquier tentación libidinosa. Ella exprimió una última calada a su cigarrillo y una nebulosa de humo separó sus miradas. El subinspector abandonó el sobreático de la Bonanova con la melodía de Bowie mariposeando por su cabeza.

28

Katmandú, 2016

Fue el peor despertar que recordaba. Ni con la resaca más abrumadora de gin-tonics había sentido algo semejante. Todavía le daba vueltas la cabeza y tenía cierto mareo. William Wright iba abriendo poco a poco los ojos intentando acostumbrarse a la luz cegadora que entraba por una pequeña ventana. Le habían metido

sedante hasta en las orejas, o algo parecido. El último recuerdo que tuvo fue cuando bajó del coche y escuchó cierto jolgorio en la calle. Estaba tirado en un viejo colchón en el suelo. La *suite* soñada. Hurgó en sus bolsillos y comprobó que le habían requisado su teléfono móvil. El contacto con el mundo de ahí afuera era infructuoso. Tan solo dos personas podrían inquietarse por su ausencia; su amigo Robert Taylor y el monje tibetano. Seguramente el bajista acudiría a la academia de Norbu, ya que aquella era la última ubicación que le había enviado. Pero hasta que se produjera ese momento podían transcurrir días, quizás una semana. Estaba condenado a marchitarse en ese zulo deleznable. Trataba de dilucidar la razón por la que se encontraba allí apresado. Parecía claro que solo existía un motivo que justificara su situación crítica: el descubrimiento que hizo Max en torno al secuestro de París. Y eso sólo se lo había desvelado a dos personas: al propio Taylor y a su editora, Katharine Snow. Piensa mal y acertarás, pensó. Porque si su cautiverio se encontraba relacionado con lo acaecido en la capital parisina no había duda de que uno de los dos se había ido de la lengua. Y lo peor es que todo apuntaba que quien había conspirado contra él podría estar también implicado en esa oscura trama. ¿Pero qué relación podía tener Katharine o Robert con el secuestrador de Mayale?

El silencio en el antro era abrumador. El londinense tan solo escuchaba de vez en cuando el gorgojeo de algún que otro pájaro que se posaba en lo alto del tejado. No había duda de que lo tenían retenido en la última planta de algún maldito edificio de Katmandú. Aquella solitud tan tremebunda tan solo quebrada por el sonido de alguna que otra ave le hizo acordarse de su particular postulado de los cronotipos del sueño. Blanca Rubio era el exponente de la alondra. Aprovechaba como nadie los rayos del sol para realizar sus

ocupaciones habituales. Solía acostarse bastante pronto y despertaba con el cacareo del primer gallo. Aquel fue uno de los principales motivos por los que decidió abandonar su vocación policial. Solía trabajar a turnos y esa circunstancia la iba consumiendo poco a poco. Esa anarquía de horarios se convertía en una epopeya para una mujer tan sumamente ordenada y meticulosa. María de Hita era el polo opuesto. Simbolizaba a la perfección el título honorífico de búho. Cuando el atardecer asomaba por el horizonte comenzaba su metamorfosis y desplegaba todo su esplendor. Era su momento de máxima productividad y lo aprovechaba para dar rienda suelta a su creatividad artística. Acostumbraba a abrir los ojos a partir de las diez de la mañana. Se hacía la remolona en la cama hasta que al final se levantaba de un salto para preparar su preciada taza de café. Azucena Castro era el portaestandarte del espíritu del colibrí. Se mostraba exultante tanto a la luz del día como en el resplandor de la luna. Tenía la facultad de poder trasnochar hasta altas horas de la madrugada y a la vez despertarse con los primeros latidos del alba. Su círculo más íntimo la conocía como la guerrera espartana. Era difícil que se arrugara ante las adversidades. De repente, mientras navegaba en aquellas cavilaciones, escuchó una voz que parecía provenir de un agujero de la pared.

—Espero que te encuentres mejor —espetó el susurro.

Wright se levantó como pudo y trató de buscar el boquete en el muro de la habitación.

—No puedes verme, pero podrás oírme —reiteró aquella misteriosa voz.

—¿No tenéis suficiente con tenerme aquí como un terrorista? ¿Me queréis también volver loco haciéndome creer que las paredes hablan?

—No vamos a hacerte daño.

—Entonces, ¿qué diablos hago aquí dentro?

—Por ahora, no puedo decirte nada.

—¡Hay que joderse! Al menos, ¿me podríais conceder un último deseo antes que me pudran los gusanos?

—Tranquilo, nadie va a matarte ¿Qué necesitas?

—Me gustaría hablar con Katharine Snow.

—No conozco a nadie por ese nombre.

—Es mi editora. Supongo que estará a punto de llegar a Katmandú. O eso espero.

—Le diremos que se ponga en contacto contigo.

—¿Estás de broma? ¡Nadie sabe que estoy en este antro!

—Descansa. Todavía no te has repuesto de los efectos del sedante y estás delirando.

Gastón Sagairi tapó con un trozo de yeso aquella mirilla de la pared y de un portazo cerró la habitación contigua a donde se hallaba William. Cogió su móvil.

—Hola Katharine. Acabo de hablar con Wright.

—¿Y cómo se encuentra?

—Quiere hablar contigo.

—En ese caso, tendré que volar a Katmandú.

—¿Realmente hace falta que vengas?

—Se lo prometí. Si todo esto sale bien no tiene por qué saber que estoy implicada en este asunto.

—Me parece una auténtica locura.

—Cuando llegue, le dejaréis un momento el teléfono para que me llame. Hay que actuar con normalidad.

—¿Y después?

—Tenemos que vernos para que no sospeche nada. Le haremos creer que me tenéis vigilada.

—Muy novelesco. Está bien, lo haremos a tu manera —sentenció Gastón.

—Gracias a mi trabajo inventamos historias. Nos ganamos la vida escribiendo.

ଔ

Allá donde el planeta tierra se mece en una hamaca, emerge un micromundo de corrientes marinas tanto dulces como saladas. Un paraíso exótico conformado por novecientos kilómetros de ríos, lagos y canales donde los cocoteros y las cabañas con techo de palma conforman un espectáculo inusitado para la vista. No es fácil ni cómodo vivir en esos lares. No cualquier persona está capacitada para hacerlo. Sus habitantes, los que eligen ese lugar por decisión propia, han aprendido a morar de una forma lenta, sin prisas, en

consonancia con la tranquilidad que allí se respira. Robert Taylor había decidido trasladarse a la ciudad de Kochi, en el sudoeste de la India. Había renunciado a su situación de confort en Londres para emprender una nueva aventura a nivel profesional. Lo tenía todo en la capital británica, pero una atractiva oferta laboral viró su rumbo de forma inesperada. Le habían ofrecido la dirección de una organización no gubernamental de niños analfabetos y familias sin recursos económicos. El proyecto era casi irrechazable y Taylor no se lo pensó dos veces. Se trataba de un gesto humanitario muy plausible, así como una oportunidad envidiable para mostrarle a la sociedad materialista que se puede vivir felizmente de forma sencilla y austera. El británico había cambiado su lujoso apartamento en Hampstead por una casa flotante en medio de ese oasis natural conocido como los backwaters. El techo de aquel palacete se había construido con esteras de bambú, unos cuantos palos y varios troncos de árbol de nuez de areca. Para el suelo se las apañaban con alfombras de fibra de coco y tablones de madera. Y su lugar de descanso estaba ideado a base de la materia prima extraída de los cocoteros de la zona. Para la iluminación se utilizaba algún que otro candelabro para esculpir de romanticismo ese paraje tan fascinante.

—Ya veo que todavía no te has afeitado la barba —pronunció la voz del hombre que se le acercaba.

—Y cada vez con más canas —respondió Robert ante la presencia de aquel inesperado intruso.

Taylor y su hermano se fundieron en un emotivo abrazo y sintieron las energías de antaño durante su niñez y parte de su adolescencia. Pese a que apenas habían convivido bajo el mismo techo, siempre habían intentado mantener un estrecho vínculo fraternal. Las circunstancias no fueron fáciles. Eran hermanos por parte de madre, con lo que tenían apellidos diferentes. Taylor echó raíces en Londres mientras que su hermano vivía aquí y allá debido en gran parte a su trabajo inestable y eventual.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Robert.

—Ya sabes que mi instinto de supervivencia siempre me acompaña.

—Era tan difícil como encontrar una aguja en un pajar. Aún no me

lo creo. Venga, te invito a una copa de sake. Vamos a celebrarlo. No cada día uno tiene la oportunidad de brindar con un familiar.

—¡Sake por aquí! ¡Menudo privilegio! Ya veo que sigues teniendo buenas influencias allá donde vas.

—No preguntes cómo, pero me lo consigue un íntimo amigo. Es de importación.

—En ese caso, no voy a rechazar esa invitación.

Pese a la repentina alegría, una corazonada asaltó a Robert Taylor. Su hermano no había recorrido medio mundo para tomarse un sake con él en pleno paraje salvaje del sudoeste asiático. Aquel Miguel Strogoff que había irrumpido de forma inesperada no era por un motivo de buen agüero.

—Me temo que no traes buenas noticias, ¿verdad? —espetó Taylor aguardando la peor de las contestaciones.

Su hermano dejó el vaso encima de la mesa y volvió a abrazarlo.

—Ya sabes que su estado de salud era muy delicado. Fue todo muy rápido. No sufrió mucho. Le dimos sepultura la semana pasada.

Taylor apretó con fuerza las manos de su hermano.

—¿Recuerdas? Mamá siempre nos decía que el día que nos dejara brindáramos en su ausencia.

Ambos alzaron el vaso con aquel jarabe japonés y apuraron la botella entre lágrimas agridulces y silencios perturbadores. Estuvieron hablando durante casi dos horas. Robert le contó cómo era su vida allí y los obstáculos que había tenido que sortear en un lugar nada fácil para un europeo recién llegado. El momento de la despedida volvió a disparar la emotividad entre ambos. Se prometieron la mejor de las suertes y se comprometieron a verse al menos un par de veces al año. Es lo que la madre hubiera deseado.

Mientras su hermano se difuminaba por el horizonte con una lancha a motor, Taylor cogió su guitarra acústica y se sentó en una de las esquinas del pequeño muelle de su terraza. Recordó sus tiempos pretéritos de mozo en Camden Town y los sentimientos le asaltaron por momentos. Había estudiado solfeo y clases de bajo durante cinco años con la ilusión de ser una rock & roll star. Aquella banda tenía madera de éxito, pero la industria discográfica les negó

la posibilidad de viajar al estrellato. Desde la desaparición del grupo de sueño adolescente, la música siempre le acompañó y alguna que otra noche deleitaba con sus acordes a la fauna marina de aquel lugar. Las nutrias, tortugas, charranes y cormoranes, entre otras especies acuáticas, tenían de vez en cuando el privilegio de asistir a un concierto inesperado de forma gratuita. En un remanso de paz bajo un cielo estrellado dio vida al último réquiem musical en memoria de su madre.

ଔ

Apenas había podido dormir. Demasiadas emociones agolpadas durante las últimas horas. Robert Taylor se levantó de aquel camastro que parecía más bien de la familia de Tarzán y cogió su caña de pescar. Tenía la esperanza de capturar alguna carpa en aquellas aguas mansas de los backwaters. Una carne muy codiciada por ser una de las más ricas en hierro. Una delicatesen al alcance de unos pocos. Había encendido el fuego para cocinarla despacio a la brasa. Si no se trataba de alguna carpa, algún bicho pescaría, aunque buscaba el máximo galardón. Mientras esperaba a que alguna presa picara el anzuelo, revisó los mensajes de su móvil. Llegó al contacto de William Wright. Llevaba ya dos días sin enviarle la ubicación y, además, según su última conexión, hacía más de un día que no entraba en la aplicación. Le invadió cierta preocupación. Podía tratarse de un descuido por parte de Wright o quizás había sucedido lo no deseado. Antes de aventurarse a coger un vuelo hacia Katmandú, pensó que podría hablarlo con Lázaro Espinosa. Marcó su número.

—El señor Taylor. El bajista más grande que ha dado la historia de la música —respondió el batería.

—Son más las ganas que le pongo que otra cosa.

—¿Cómo estás, amigo mío?

—Para ser sinceros, no te llamo para felicitarte la Navidad.

—¿Malas noticias?

—¿Revisaste el chat de nuestro grupo?

—No. Últimamente tengo el teléfono un poco olvidado.

Robert le dio tiempo a Lázaro para buscar en su historial y leer la conversación entre William y Robert.

—No puedo creerlo. ¡Malditos cabrones! Pero ¿de verdad no se sabe por qué lo han matado? —dijo Lázaro.

—William cree que fue debido al descubrimiento que hizo Max desde su ordenador en el SSI.

—¡Asesinos de mierda! Y yo tan feliz sin saber nada. Os pido mil disculpas.

—No te preocupes. No podías ni imaginar que esto hubiera ocurrido —tranquilizó Robert.

—¿Y cómo se encuentra William?

—Hace dos días que no me envía la ubicación y su última conexión es de anteayer.

—¿Crees que le ha podido suceder algo?

—Tan solo hay una forma de averiguarlo.

—¿Me sugieres que vayamos en su búsqueda?

—Si mañana no se conecta al chat y no me comunica dónde está, querrá decir que algo le ha pasado.

—Estoy en el mar Rojo practicando submarinismo. Voy a mirar la disponibilidad de vuelos.

—A más tardar, pasado mañana estaremos en Katmandú.

—¡Nos encontraremos allí, amigo!

Las brasas se iban consumiendo y la ansiada carpa no aparecía por aquellos lares. Robert Taylor guardó su caña de pescar en el armario de su habitación. Tenía colgada en la puerta una foto del grupo en una de sus últimas actuaciones en Camden Town. Max ya no se encontraba con ellos y William no daba señales de vida. Las Sombras del Anochecer emanaban un sentimiento luctuoso.

ଔ

Con algo más de media hora de retraso, el vuelo procedente de Kochi aterró en el aeropuerto internacional de Katmandú. Era la primera vez que Robert Taylor pisaba suelo nepalí. Cogió un taxi en dirección al Thamel. Había reservado dos habitaciones individuales

en un modesto hostal de la zona turística. Al menos, si tenía que ocurrir algo, que hubiera el máximo de gente pululando por ahí cerca. Deshizo su maleta y colocó gran parte de su ropa en el vetusto armario. Encendió el ordenador y se conectó al wifi de la pensión. Buscó el plano de la ciudad. Tenía curiosidad por saber dónde estaba y lo que había a su alrededor. Encontrar a Wright en una urbe de casi un millón y medio de habitantes no iba a ser nada fácil. Pese a que el trayecto no había sido muy largo, el madrugón que había supuesto tomar el avión comenzó a hacer mella. Taylor quedó sumido en la siesta del borrego. Esa cabezada maravillosa que nada tiene que envidiar a la que sucede después de una copiosa comida. Sin apenas tiempo de seguir disfrutando de ese momento tan gozoso golpetearon la puerta. Robert se levantó como un muelle.

—Lamento haberte despertado, mi bella durmiente —advirtió Lázaro Espinosa al tiempo que se fundía en un abrazo con su amigo.

—No te esperaba tan pronto. ¿Qué tal tu viaje?

—Estaba mejor en las profundidades del Mar Rojo.

—Si te sirve, por aquí tienes el río Bagmati.

—Prefiero pescar a los malditos secuestradores de William.

—Solo tenemos un punto de referencia. Esperemos que esa única pista nos lleve hasta él.

Robert y Lázaro abandonaron la posada y se dirigieron hacia el barrio de Boudhanath. El sol de mediodía iluminaba con intensidad la gran estupa budista de la plaza.

—La última ubicación que me envió Wright nos marca aquí.

—Parece una academia de yoga —indicó Espinosa.

Llamaron al timbre. Los dos exmúsicos se miraban con la mayor de las incertidumbres. Hacía mucho tiempo que no se habían visto. No estaban en el local de ensayo, sino más bien viviendo una actuación tan extraña como surrealista. Y de la música pasaron al cine cuando aquel personaje surgido de la gran pantalla les abrió la puerta.

—¡Válgame, señor! —exclamó Taylor—. ¡Si es la viva reencarnación de Bruce Lee!

—No se asusten. Estaba haciendo unas pruebas —contestó el que parecía una calcamonía del célebre artista de artes marciales.

—Por un momento pensé en la resurrección de aquel maestro hongkonés —dijo Espinosa.

—¿Qué les trae por aquí, caballeros?

—Buscamos a un amigo, William Wright. Sabemos que estuvo por aquí hace un par de días.

—En ese caso, tendrán que hablar con mi hermano.

Mientras el doble de Bruce Lee se esfumaba por el final del pasillo, Norbu Amithaba acudió a saludar a los dos foráneos.

—Ya perdonarán el susto, pero le encanta jugar a caracterizarse de aquellos personajes que admira —explicó el monje tibetano en alusión a su hermano.

—Está muy logrado. Por un momento creímos que se trataba de él.

—Supongo que habrán venido para encontrar a William.

—Así es —contestó Robert.

—Lamento no poder darles información. Hace cuarenta y ocho horas que no sé nada de él.

—¿Nada que pueda iniciar un punto de partida? —preguntó Lázaro.

—Hace dos días cogió mi bicicleta y estuvo en Bhaktapur. Me dijo que iba a inspirarse para acabar de escribir su libro.

—¿Y regresó aquí? —dijo el bajista.

—Encontré la bicicleta tirada en el suelo.

—No hay duda de que lo tenían vigilado y esperaron el momento adecuado —sostuvo Taylor.

—¿Si tuviera que tener retenido a alguien en esta ciudad dónde lo haría? —preguntó Lázaro.

El monje no vaciló ni un instante.

—Lo más fácil sería alejarse del centro de la ciudad, pero quizás se encuentre en la zona del Thamel. Con tanto turista se pasa más desapercibido.

—Estamos alojados allí —dijo el batería.

—¿Y qué van a hacer si no tienen ninguna pista?

—Solo nos queda el comodín de la llamada telefónica —decidió Robert.

—Aquí estaremos por si necesitan algún tipo de ayuda durante los próximos días. Toda la suerte del universo.

—Quizás volvamos a vernos —asintió Lázaro.

Los dos músicos abandonaron la academia y tomaron asiento en uno de los bancos de la plaza. Miraban a diestro y siniestro sorprendidos del clima místico y espiritual de aquel lugar. La música celestial de los mantras no pasaba desapercibida.

—Si tuviéramos que componer ahora nueva canción podríamos incluir un poco de música tibetana en una intro —sugirió Lázaro.

—Sería una opción interesante. Ya imagino la voz de Wright cantando.

—Estamos rodeados de tanta energía que sería tan fácil encontrar la inspiración adecuada. ¿Vas a hacer esa llamada? ¿Quién puede ayudarnos?

—Solo hay una persona.

Robert Taylor abrió el buscador de su móvil. Trataba de localizar el teléfono de la editorial para la que trabajaba William. Katharine Snow era la salvación. El todo o la nada. Encontró un número fijo. Debía ser del despacho. La llamada con Londres iba a salir por un ojo de la cara. Después de varios tonos, respondió la voz sugerente de una mujer.

—Buenos días. Sí, dígame.

—Hola, no me conoce. Me presento. Mi nombre es Robert Taylor, íntimo amigo de William Wright.

—¡Oh, William! Hace tiempo que no sé nada de él. ¿Le ha ocurrido algo?

—Creemos que han podido secuestrarlo.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo?

—Puede que lo tengan retenido en Katmandú.

—¿Y qué demonios hacía allí?

—Pensaba que usted podría saberlo.

—Ya le he dicho que hace semanas que no hablo con él. ¿Y por qué motivo cree que lo tienen preso?

—Descubrió algo que, por lo que parece, puede comprometer a alguien importante.

—¿Algo? ¿A qué se refiere?

—El secuestro de una niña en París. El caso fue archivado en su día por la policía internacional. Asesinaron a la persona que destapó

la noticia y ahora puede que hayan secuestrado a Wright para asegurar su silencio.

—Pero eso es terrible. ¿No tenemos ninguna pista?

—Hemos hablado con el monje que ocultó a William estos últimos días. No sabe nada.

—¿Y si lo comunicamos a la policía británica?

—De momento, tendríamos que llevar este asunto con la máxima discreción posible. No sabemos si algún alto cargo puede estar implicado.

—Veré que puedo hacer. Me guardo su contacto.

—¿Eso es todo? —preguntó Taylor con resignación.

—Ahora mismo no se me ocurre nada.

—De acuerdo. Ya sabe dónde encontrarnos.

Robert colgó el teléfono y se quedó contemplando las bandas de oración tibetanas.

—Está mintiendo. Lo que no sé es por qué.

—¿En qué te basas?

—William me dijo que también le había comunicado a su editora lo del secuestro de la niña en París. Sabe lo mismo que nosotros. Y, además, le ha sorprendido que se encontrara en Katmandú. ¿Crees que podría estar relacionada?

—No encuentro ninguna conexión lógica, pero a estas alturas, ya nada me sorprende.

—Creo que es cuestión de esperar. Algo me dice que esa mujer volverá a llamarnos.

Katharine Snow deambulaba de un lado a otro de su despacho. El corazón le palpitaba a doscientos por hora. El caso se estaba desmadrando. Ya existían demasiadas personas conocedoras de todo lo ocurrido en la capital francesa. Quizás, si decidía dar un vuelco a la situación, su presunta inocencia podría ir ganando enteros. Al fin y al cabo, solo había acompañado a un secuestrador en un vuelo de París a Katmandú. Podría declarar que no sabía realmente la vileza que había cometido Gastón Sagairi. Ella solo era su amante. Y hacía muy poco que se conocían. Ahora lo más importante era salvar a Wright. Era su amigo y su principal valedor para que su editorial pudiera salir a flote. William le había pedido que se reuniera con ella

en Katmandú y no podía dejarlo en la estacada. Una oleada hinduista empezaba a hilar los ovillos de su pelirroja cabellera.

29

Barcelona, 2016

Tras abandonar el barrio de Gracia engalanado para su festividad, Blanca Rubio se dirigió hacia la avenida Diagonal para coger el metro que le tenía que llevar a la zona del Paralelo. Tenía que corroborar que Max Labiano frecuentaba aquel prostíbulo que le había desvelado Tomás Vallverdú. De camino a la calle Blasco de Garay, el aroma de los kebabs de la zona le abrió el apetito. Pese a que estaba realizando el curso de hostelería y huía del mundo de la fast food, de vez en cuando le gustaba zamparse un dúrum completo con salsas picante y de yogurt. Tras ensuciarse de modo premeditado con el sublime pan de pita turco que chorreaba como un riachuelo de jugo, se lavó las manos en la icónica Font Farola con sus surtidores de color negro como el azabache. Caminó unos cuantos metros hasta alcanzar la entrada de La Guarida del Dragón. En la parte izquierda de la puerta había un caballete de madera que anunciaba la actuación de la tarde-noche. «Tangos y boleros desde lo más profundo del corazón», rezaba el tablón. La artista invitada era Sol Gutiérrez. Blanca corrió las cortinas de terciopelo y entró en la gran sala. Rememoró durante un instante que, en su época de agente encubierto, había estado en lugares semejantes, sobre todo en su etapa en Madrid y La Coruña, cuando investigaba contra el narcotráfico. Después de escudriñar con atención para tener una visión global de la estancia se acercó a la barra de bar situada en la parte izquierda. La cantante argentina tenía una voz portentosa. Entonaba *Confesión* de Santos Discépolo. Ponía la piel de gallina.

—Esta mujer tiene mucho talento —advirtió Blanca a la camarera que enjuagaba varias copas.

—Suelen traer a artistas muy buenos.

—Me resulta curioso, pero creo que soy la única mujer en esta sala.

—Aunque no lo dice en ningún sitio, es un lugar que atrae a muchos hombres.

—Supuestamente es un cabaret, ¿verdad?

—Así es.

—La semana pasada hubo un crimen. Parece ser que ese asesinato tiene alguna conexión con este lugar —dijo Blanca.

—¿Eres policía?

—Lo fui, pero ya no ejerzo. Mi pareja es subinspector y está con el caso. Le echo una mano.

—¿Y qué tiene que ver ese homicidio con este lugar?

—Todo son hipótesis. Una de las personas con las que he hablado me insinuó que viniera por aquí —Blanca miró a su alrededor para cerciorarse que no había nadie cercano merodeando—. ¿Llevas mucho tiempo trabajando en el cabaret?

—Casi desde que abrieron.

—¿Eso es mucho?

—Unos cuantos años. Cuando llevas tanto tiempo en un mismo trabajo puede ser porque te pagan bien o porque sea vocacional.

—¿Y en tu caso?

—¿Crees que ser una prostituta es vocacional?

—Ya me disculparás, creí que eras camarera. No era mi intención ofenderte.

—No te preocupes. Nadie piensa que puedo ser una puta. Mi nombre es May Zambranos. Me hubiese gustado dedicarme a la psicología, pero no pudo ser.

—Pareces joven. Todavía estás a tiempo.

—Demasiado tarde. Al final acabas trabajando allí donde te permite pagar las facturas.

—¿Y no has pensado nunca en salir de este antro? ¿Montar un negocio con algún colega de profesión o trabajar para alguien?

—Hace tiempo llegué a planteármelo, pero…

—¿Qué ocurrió?

—Conocí a un policía. Me dijo que algún día me sacaría de aquí pero ya ves.

Blanca analizaba cada respuesta de aquella mujer. Había algo en ella que le inspiraba una gran ternura.

—Me da la impresión de que no estás muy a gusto en este lugar.

—¿Por qué lo dices?

—Intuición femenina. Entonces, ¿te acuestas con los hombres que vienen a este sitio?

—¿Por qué tendría que contestarte?

—Me gustaría ayudarte.

May Zambranos se secó las manos con un trapo. Se sirvió un ron con dos hielos y encendió un cigarrillo rubio.

—¿De verdad puedes ayudarme?

—Confía en mí. Podría sacarte de aquí si tú quieres.

—¿Por qué tendría que creerte? ¿Quién eres?

—Me llamo Blanca Rubio. Fui una de las primeras mujeres en formar parte del ejército profesional español y después me convertí en un agente encubierto.

—Eres muy guapa para haber sido policía.

—Gracias. Hace años estuve en Estambul tras la pista de un tipo que se dedicaba a la prostitución infantil y que operaba en Barcelona. Giuseppe Zola. ¿Te suena el nombre?

La camarera guardó silencio y le dio un par de caladas profundas a su cigarro.

—No sé quién mueve todo esto, pero lo de las actuaciones musicales es tan solo una tapadera.

—¿Prostitución infantil? ¿Tráfico de drogas?

—Más bien lo primero.

—Ahora falta saber si es ese Zola quién maneja los hilos.

—Solo conozco a un tipo que podría estar relacionado con ese hombre.

—¿Quién?

—No sé si debo —musitó May—. Pongo mi vida en peligro.

Blanca acarició con suavidad el hombro de la camarera.

—He salvado a muchas mujeres en mis años de servicio. Atraparemos al cabrón que está al mando de este cabaret.

—Te contaré algo que pasó hace unos años.

Mientras el humo se esfumaba haciendo círculos en el aire, May

comenzó su relato:

Todo pasó en Formentera. Habían alquilado un yate. Estaban los mejores clientes de Barcelona que veraneaban por allí. Me habían propuesto, junto a otras chicas del cabaret, un trabajo muy bien pagado. No podía rechazarlo. Era mucho dinero. Cuando el barco navegaba por alta mar comenzó la fiesta. Empezaron a meterse cocaína. Yo estaba a la expectativa. No soy de esas que se van a la cama con cualquiera. Me tienen que seducir con una conversación interesante. Y, entonces, apareció él. Parecía italiano. Sabía cómo conquistar a una mujer. Al principio me pareció muy educado y amable, pero a medida que se iba drogando y bebía se convirtió en vulgar. Me llevó a uno de los camarotes. Antes de tener sexo estuvimos hablando en la cama durante mucho rato. Creo que buscaba conversación más que otra cosa. Y con alguien que no conocía y que además era una prostituta se sentía más cómodo.

—Eres muy bonita. No sé por qué te dedicas a esto —me dijo.

—No quiero que nadie me mantenga.

—¡Pero podrías tener al hombre que quisieras!

—Quizás ya lo tuve y no me interesó.

—¿Sabes? Yo sí que la tuve. Estaba profundamente enamorado —me confesó él.

—¿Y qué ocurrió?

—Empezamos a distanciarnos y ella me engañó con otro hombre.

Por un momento, traté de hacer el papel del abogado del diablo.

—Todos nos podemos equivocar.

—Hasta aquel día nunca le había sido infiel.

—Entonces, ¿la dejaste?

—No, tuvimos dos hijas.

—¿Y eso no os unió más?

El hombre rompió a llorar como un niño.

—Después de un año, me confesó que no era el padre de las niñas.

—¡Oh, vaya! Lo siento.

—Me sentía rabioso y cogí a una de las niñas y me largué.

—¿A dónde te fuiste con ella? ¡Eso es un secuestro! —le dije un tanto asustada.

—Nos fuimos a vivir a un país asiático. Es una chica preciosa. ¡Tendrías que ver qué ojos azules tiene!

—¿Y nunca supiste quién era el padre?

—Creo que fue un pintor o algún marchante de arte. Pagué a un tipo para que investigara con quién había estado, pero hizo el peor trabajo de su vida.

Blanca Rubio escuchó casi sin pestañear el relato de May al tiempo que un presentimiento acechaba su cabeza. Concordaba con

lo que le había sucedido a su amiga María de Hita. Pese a que hacía años que no se habían visto recordó que Azucena le dijo que había sufrido una profunda crisis nerviosa a raíz del secuestro de una de sus hijas. Rememoró la cena en Barcelona donde María les confesó que había conocido a un italiano que actuaba como relaciones públicas en un cabaret. No había duda de que se trataba del mismo hombre.

—¿Por qué nunca le contaste esto a nadie?

—Aquel hombre me dijo que si se lo explicaba a alguien mataría a mi familia, que está en Venezuela. Pero ya estoy cansada de todo esto y de vivir siempre amenazada.

—¿No te dijo cómo se llamaba?

—No. Aunque fuera bebido actuó con mucha discreción.

Blanca abrazó a May.

—Te agradezco tu confianza. Como ya te he dicho, mi pareja es policía y…

—¡No me lo puedo creer! Sería demasiada casualidad, pero esta mañana me ha ocurrido una cosa en el barrio de Gracia.

Blanca relató a May su encuentro con la niña que le propuso pintarle la cara.

—Sí, es Ayra, ¡la niña azul! Es la hija adoptiva de mi hermana. He tratado de ayudar a los padres en su educación. Esa cría se merece un futuro mejor que el de todos nosotros.

—Seguro que eres una tía muy buena.

—Me gustaría que pudiera estudiar una carrera. Me ha dicho más de una vez que le gustaría ser psicóloga.

Justo antes de que Sol Gutiérrez concluyera su actuación, la voz contundente de una mujer quebró aquella conversación entre ambas.

—¡Te he dicho una y mil veces que no hables con los clientes!

—Disculpe, señorita. Pero no me está molestando —dijo Blanca en defensa de May.

—Lárgate de aquí y vuelve a lo tuyo —reiteró la mujer a la camarera—. Y a ti, no sé qué se te ha perdido por aquí —le advirtió a Blanca Rubio.

Mientras May se retiraba de la barra, un súbito *déjà vu* disparó las

alarmas en el cerebro de la expolicía. Aquella mujer tan déspota y maleducada se había cruzado ya por su camino en algún lugar del mundo. Revisó con rapidez el disco duro de su memoria y la mente viajó a Estambul. No había duda. Era aquella bailarina que se mecía entre los brazos de Giuseppe Zola a los pies de la torre Galata.

—Por cierto, ¿has visto la película *La pasión turca*? Un poquito de sensualidad y buenos modales no te vendrían mal.

—¡Te crees muy lista! Si no te largas de aquí ahora mismo avisaré a seguridad.

—Te ahorraré ese trabajo. Ya me voy.

Candela Landázuri siguió con el ceño fruncido los vestigios de altanería que iba dejando Blanca Rubio al tiempo que abandonaba la sala. Se le sucedieron varias preguntas. ¿Qué diablos había venido a hacer allí esa mujer? ¿Por qué tenía aquella envidiable seguridad en sí misma y esa apabullante soberbia? ¿Qué podía interesarle de una fulana? ¿Qué había querido insinuarle con lo de la pasión turca? Estaba claro que no era la cobradora del frac ni una inspectora de trabajo. Cogió el teléfono.

—Hola, Enric. Quizás te parezca una tontería, pero tenía que decírtelo.

—¿Qué ha sucedido?

—Acabo de llegar a La Guarida del Dragón y me he encontrado a May Zambranos hablando con una mujer. Parecía que tenían mucha complicidad.

—¿Y de qué cojones hablaban? ¿Cuánto tiempo han estado juntas?

—No tengo ni idea. Pero parecía como si se conocieran de toda la vida.

—Tendrás que hablar con esa ramera. Ahora que lo tenemos más o menos controlado solo faltaría que May se haya ido de la lengua —espetó Enric Llauradó.

—Ya me encargo de taparle la boca a esa camarera.

—¿Y esa mujer que ha venido? ¿Quién es?

—Es la primera vez que la veo.

—Pero ¿tenía pinta de poli?

—No lo sé, pero podría ser. Voy a revisar las cámaras de grabación y te envío la cara de esa zorra.

Candela Landázuri se fue para el despacho y realizó varias capturas de Blanca Rubio. Escaneó las imágenes y se las envió por email a Enric. La búsqueda cibernética de la expolicía había comenzado.

ଔ

Tras abandonar La Guarida del Dragón como una actriz famosa de Hollywood que pasea con clase y elegancia por encima de la mítica alfombra roja, Blanca Rubio se dirigió al Paralelo para tomar un taxi. No quería correr el riesgo de ir en metro. Estaba convencida de que aquella mujer que había interrumpido su conversación con May Zambranos no era pájaro de buen agüero. Más bien un ave de rapiña bastante peligroso. Tenía que hablar con Jon imperiosamente. Una vez que subió al vehículo, marcó su número.

—Hola cariño. Ahora pensaba en ti. ¿Qué tal ha ido por el cabaret? —dijo Jon al descolgar.

—Por eso te llamaba. Voy en taxi. ¿Dónde nos vemos?

—Estoy en la comisaría. ¿Quedamos en el Monster Sushi de la Vía Augusta y picamos algo?

—En veinte minutos estoy ahí.

Jon Eringuren cerró la puerta de su despacho y cuando iba a abandonar la comisaría, el oficial Cándido Benítez salió a su paso.

—¡Enhorabuena, subinspector!

—¿A qué se debe esa felicitación?

—Pensaba que ya se lo habían comunicado.

—¿Me he perdido algo? ¿Qué tendría que saber?

—Me han dicho que está al mando de la investigación del asesinato del hombre de la plaza de Ibiza.

Eringuren trató de encubrir la sorpresa que le invadió. Empezaba a acostumbrarse a este tipo de situaciones. La comisaría se había convertido en una especie de sala de redactores de prensa rosa. Solo

faltaba que empezaran a sucederse líos de faldas entre compañeros. No salía de su asombro.

—¡Ah, bueno! ¡Se refería a eso! —dijo el subinspector.

—¿Sabe por qué Gómez ha solicitado la baja? Ayer parecía estar bastante bien.

—Son temas internos, señor Benítez —contestó Jon tratando de dar una respuesta coherente a la par que intentaba ocultar su perplejidad.

Eringuren se encaminó hacia el restaurante donde había quedado con Blanca. La computadora de su cerebro empezaba a echar humo. Acudir cada mañana a la comisaría se estaba convirtiendo en una caja de sorpresas. Su jefe había intentado exiliarlo y ahora se había convertido en el nuevo patrón para llevar las riendas de aquel caso de homicidio. Sus deseos se habían convertido en realidad. Como por arte de magia, se hallaba al mando de la situación, aunque oficialmente nadie se lo había comunicado. ¿Y el inspector? ¿De verdad se había puesto enfermo de repente? ¿Y el requerimiento que le había hecho su amigo Daniel Barragoitia de acudir a Arequipa? Poder hablar con su pareja de todo ello y compartir esa serie de enigmas se convertía en un bálsamo redentor.

—¡No sabes cómo te echado de menos, mi amor! —dijo Jon al abrazar con efusividad a Blanca.

—Yo también, cariño. Tengo muchas cosas que contarte.

Se acomodaron en la zona más apartada del Monster Sushi. La iluminación tenue otorgaba al local un clima de cierta relajación. Una vela y una pequeña flor artificial decoraban la mesa. Escogieron el menú del día. Lo de menos era la comida.

—No sé por dónde empezar. Han sucedido tantas cosas —advirtió Blanca.

—Yo también tengo un notición que comunicarte. Todo esto es muy extraño.

Blanca Rubio relató con minuciosidad los detalles que había vivido desde su visita al despacho de Tomás Vallverdú, pasando por su encuentro con Ayra en el barrio de Gracia hasta concluir en La Guarida del Dragón. Por su parte, Jon le explicó la llamada que había recibido de su amigo Daniel Barragoitia.

—Todas las piezas se van engarzando. Ahora entiendo muchas cosas. Y, además, me acaban de comunicar que estoy al frente de la operación.

—¿Y el inspector?

—Un oficial me ha dicho que ha cogido la baja de forma repentina.

—¿Y te lo crees?

—Ni harto de vino.

—Algo me dice que Gómez ya no está en Barcelona.

—¿No estarás pensando que vuela hacia Arequipa?

—No es una idea descabellada.

—Claro, todo encaja. Daniel me ha explicado que Azucena logró escapar de su primer secuestro. Y justo cuando iba a reunirse con ellos fue capturada de nuevo.

—Han enviado a alguien de confianza para hacerse cargo de ella y no tener más complicaciones. Sebastián es muy bueno.

—Y tú, ¿cómo sabes cómo trabaja? —preguntó Jon sorprendido.

—Todavía hay cosas de mi pasado que no conoces. Gómez y yo fuimos compañeros cuando trabajaba en Madrid.

Eringuren dejó de saborear los fideos salteados al wok. La batería de desconciertos no cesaba ni un instante.

—Jamás te hubiese relacionado con ese indeseable.

—Formábamos una buena pareja profesional. Es un tipo con pocos escrúpulos. No deja títere con cabeza y si hace falta es capaz de pasar por encima de tu cadáver.

—Doy fe de ello.

—Una vez estuvimos por trabajo en Estambul. Fue una falsa alarma, pero la mujer que me he encontrado en el cabaret estaba con el tipo ese que estábamos investigando. En casa tengo los archivos de aquel informe.

—¿Te acuerdas de su nombre?

—Claro, Giuseppe Zola.

—¿Y qué ocurrió?

—Teníamos información de que Zola dirigía una red de prostitución infantil en Barcelona. Pero en Estambul no hizo ningún movimiento extraño.

—¿Y quién es la mujer esa tan borde del cabaret?

—No recuerdo su nombre. Lo tengo en el informe.

Jon depositó los cubiertos sobre el plato y se limpió la boca con la servilleta de papel.

—El siguiente paso es encontrar a Azucena. Max descubrió algo de suma importancia y por eso se lo cargaron. Supongo que ella también accedió a esa información y la tienen secuestrada.

—Tiene que ser algo bestial para que Gómez cruce el Atlántico.

—Barragoitia me ha pedido que vaya a Arequipa —dijo Jon.

—Cariño, creo que deberías quedarte aquí. Estás al frente del caso y no puedes desaparecer así como así. Tu ausencia levantaría muchas sospechas.

—En eso tienes razón.

—Además, conozco muy bien a Gómez y sé por dónde atacarle.

—¿A qué te refieres?

—Padece una enfermedad crónica y tiene que tomar a diario una especie de insulina. En algún instante u otro del día tiene que ir a la farmacia. Ese será nuestro momento clave.

—La verdad, no sé por qué dejaste todo esto.

—Porque tenía que conocerte.

La noche empezaba a gestarse sobre el barrio de Gracia. En la plaza de la Villa ultimaban los preparativos para la actuación de una orquesta local como colofón a los actos festivos. Música de los años ochenta y noventa. El baile estaba asegurado, seguramente hasta salir el sol. Hugo, el chico que andaba enamorado de Ayra, aprovecharía para pedirle que saliera con ella. Amor de adolescencia. El más puro. El más bonito.

ଔ

A la mañana siguiente, la espesa niebla había poblado gran parte del monte Carmelo. Pero la cruz tridimensional de esa curiosa obra arquitectónica creada por Antoni Gaudí permanecía siempre visible al ojo humano. Blanca Rubio se recostó en la barandilla del balcón del piso ubicado en la calle Larrard para contemplar la belleza y los encantos del Parc Güell. Nunca había creído en princesas ni

caballeros, pero no había duda que aquel lugar siempre la había atraído desde su llegada a Barcelona. Era una acérrima devota del diseño gaudiniano y había escogido a conciencia ese pequeño apartamento para vivir. Inhaló el aroma etéreo que desprendía la densa bruma nacarada y trató de guardar en la memoria la magia de aquel momento. Quería llevárselo consigo a Arequipa, lo iba a necesitar. Entró en la habitación y se tumbó en la cama que compartía desde hacía diez años con el auténtico amor de su vida. Recorrió con la palma de su mano los pliegues de la colcha del edredón y acarició con mimo la cabecita de Lullaby. Era una westy de color blanquecino con dos ojazos negros tan tiernos como expresivos. Nadie la conocía mejor que su perra. Habían vivido juntas los mejores momentos de la vida. También los peores. Los triunfos y los fracasos. Su *gordi*, como Blanca la llamaba en ocasiones, había sido cómplice de sus risas y, a veces, testigo de sus lágrimas. Mientras el can se retozaba en uno de los cojines de terciopelo que estaba debajo del cabezal, sus pensamientos volaron hacia Jon. Pensó en aquellos instantes de calor y pasión junto a su pareja. Había llegado a la ciudad condal para iniciar una nueva etapa alejada del universo policial. Sumamente aborrecida de ese trabajo que acostumbraba a resultar siempre tan ingrato. No era nada fácil tratar todo el día con asesinos, violadores, contrabandistas, corruptos o proxenetas sin que ese mundo infernal pudiera influir después en su vida personal. Se había alistado a clases de hostelería para dedicar su tiempo en otros asuntos que poco tuvieran que ver con su existencia anterior. Nueva en la ciudad, decidió apuntarse a una página de amistad por internet. Y el

caprichoso destino quiso que conociera a un subinspector de policía. Los extraños designios de la ley de Murphy. Al principio le costó digerir la fatal casualidad o causalidad, pero el carácter adorable de Jon le hizo olvidar enseguida aquella asombrosa coincidencia. Además, eso le permitía no desconectar de manera definitiva con la que había sido su vocación desde muy jovencita. Jon le relataba de vez en cuando sus andanzas policiales y ella imaginaba que todavía se encontraba persiguiendo a doscientos por hora por una autopista al malhechor más cruel y despiadado. Revolvió los cajones de su armario y en poco más de diez minutos ya había poblado la maleta que tomaría el rumbo a Perú. Se dirigió a la habitación donde tenía instalado su despacho y buscó entre los separadores de cartón de la estantería que tenía encima del ordenador. Pese a que hacía tiempo que no ejercía había guardado con celo los documentos de sus andanzas como policía. Buscó por orden alfabético hasta llegar al separador de Estambul. Y allí halló el informe que en su día redactó junto a Sebastián Gómez junto al archivo de fotografías. Hizo una copia de todo y se lo envió por mensaje telefónico a Jon. Era el método más seguro. Quizás habían intervenido ya el email de su pareja. Lanzó una última ojeada a su casa para empaparse de aquel recuerdo visual. El taxi para el aeropuerto la esperaba abajo. Los volcanes inactivos de Arequipa empezaban a propagarse ya por su cabeza.

El arsenal de mensajes enviados por Blanca hizo vibrar la mesa del despacho de Jon, quien se sentía como Luis XIV aposentado en su gran sillón de madera de haya. El estar al mando de la operación que tanto deseaba le equiparaba al monarca con el reinado más longevo de la historia. Había pasado por encima del inspector Gómez y eso reforzaba notablemente su ego profesional. Aunque

tenía que averiguar también el paradero de su jefe. Desbloqueo su teléfono y accedió a los documentos que le había enviado Blanca. Pasó las fotografías una a una hasta que una gélida exudación recorrió su cuerpo. Aquella mujer que estaba en Estambul era la misma que había intentado seducirlo en el ático de la Bonanova. Recordó cómo tocaba el clarinete con su bata entreabierta. El informe sobre la figura de Candela Landázuri citaba que había tenido varios trabajos eventuales como camarera y dependienta de una tienda de ropa. En ningún momento se apuntaba que hubiera desempeñado las funciones de neurocirujana. Porque, en teoría, esa era su dedicación el día que la conoció en el hospital de la Vall d'Hebrón cuando fue a visitar al accidentado Víctor Aranda. Se iban encadenando algunos fragmentos del puzle. Tenía que hablar de modo imperioso con Blanca.

—Hola, cariño. Supongo que vas camino del aeropuerto —dijo el subinspector.

—Así es, Jon. ¿Has abierto el informe que te he enviado?

—De eso mismo quería hablarte. Resulta que la tal Candela Landázuri es la mujer que me encontré en el hospital cuando fui a ver al hombre atropellado delante de la comisaría.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me dijo que formaba parte del mismo equipo médico de Víctor Aranda y en vuestro informe no se cita en ningún momento que trabajara como neurocirujana.

—Esa pelandrusca no tiene pinta de doctora. Alguien la envió al hospital para vigilar su evolución clínica.

—Eso apuntaría a que Aranda fue arrollado deliberadamente.

—Exacto. Podría ser que hubieran querido matarle, pero al no fallecer al instante tenían que asegurarse de que guardara silencio.

—¿Y qué podía saber aquel pobre hombre para que quisieran cargárselo?

—Si fue a la comisaría es porque algo importante tenía que comunicaros. ¿Sabes quién le prestó declaración?

—Gómez. ¡Quién sino!

Jon se quedó pensativo durante unos segundos.

—¿No estarás pensando que mi jefe tuviera algo que ver con ese

accidente?

—Amor, creo que el inspector está metido en todo esto hasta las trancas. El *show* no ha hecho sino comenzar. Me espera un gran espectáculo en Arequipa —vaticinó Blanca.

—Avísame cuando aterrices. ¡Feliz viaje, preciosa!

El subinspector volvió al informe de Estambul. El otro gran protagonista era Giuseppe Zola. Un italiano misterioso del que no existía demasiada documentación policial. Eringuren accedió a su historial. Se le intuía cierta implicación como proxeneta internacional pero no existían pruebas fehacientes. Recorrió diferentes instantáneas de aquel tipo hasta llegar a una que le llamó poderosamente la atención. Estaba en la puerta de un *pub* brindando con cerveza con dos personas más. Y una de ellas le resultó familiar. Hacía poco que había visto aquel rostro. Rememoró su archivo facial y trató de recordar dónde y cuándo ese hombre se había cruzado en su camino. En cuestión de segundos, su memoria viajó al despacho donde trabajaba Max. El sujeto de la foto se parecía al compañero del hombre asesinado en la plaza de Ibiza. Se enfundó su cazadora de cuero negra y, como si fuera un ángel del infierno a lomos de una Harley-Davidson, salió como una exhalación hacia la travesera de Gracia. Sin motocicleta. Sin más recursos que sus dos piernas.

Cuando llegó al despacho donde Max Labiano había pasado sus últimas horas, Tomás Vallverdú miraba de pie a través de la ventana.

—La puerta estaba entreabierta. Por eso he entrado sin llamar —entonó el subinspector a modo de disculpa.

—Hace una semana que ya no la cierro. No para de venir gente a preguntar.

—¿Me recuerda?

—Supongo que será poli.

—¿Conoce a estos tipos? —preguntó Jon al tiempo que le mostraba la fotografía del *pub*.

Vallverdú miró la instantánea y emitió una leve sonrisa nostálgica.

—Aquel día pillamos una buena borrachera.

—¿Qué relación tiene con ellos?

—¿Sabe que la noche que mataron a Max hubo una tormenta como la de hoy? —advirtió Tomás intentando sortear la pregunta del policía.

—¿Hace tiempo que los conoce? —insistió Eringuren mientras balanceaba la fotografía con sus dedos índice y pulgar.

—He perdido el contacto con ellos.

—Pero, ¿entonces lo tuvo?

—No creo que eso sea de su incumbencia.

—Cualquier dato, por irrelevante que pueda parecerle, puede servirnos de ayuda para encontrar al asesino de Max.

—No creo que un fracaso amoroso pueda interesarle a la policía. Bastante pena tuve en su día.

—¿A qué se refiere?

—Fuimos pareja durante dos años. Me prometió el cielo y las estrellas, pero al final me regaló el peor de los infiernos.

—¿Cuál de los dos?

—Caballero, tengo un gusto exquisito. La duda ofende. Además, no me gustan los italianos. No me fio de ellos.

—No todos son parientes de Corleone —dijo Jon advirtiendo que el hombre que no era Giuseppe Zola había sido el amante de Tomás.

—Tendrá buen gusto para las mujeres, pero está claro que no entiende de hombres.

—Y si no es indiscreción, ¿qué sucedió para que aquel amor no funcionara?

—Yo vivo el día, a Enric le gusta la noche. Éramos incompatibles y acabó engañándome con otro hombre.

—¿Enric?, y, ¿cuál es su apellido?

—Ya le he dado demasiada información.

El subinspector no pudo reprimir su cara avinagrada.

—Entonces no le perdonó aquella infidelidad —dijo Jon tratando de seguir el hilo de la conversación.

—Estaba dispuesto a hacerlo, pero él no lo aceptó. Supongo que se sintió tan culpable que su vergüenza le impidió que nos reconciliáramos.

—¿Y lo perdió de vista sin más?

—Antes se encargó de que no me faltara de nada. Me propuso trabajar en este despacho junto a Max.

—¿Y no ha sabido nada más de él?

—Nunca me interesaron sus negocios nocturnos.

—¿A qué tipo de negocios se refiere?

—No creo que un cabaret dé para tanto.

Eringuren trató de ocultar que ya sabía de la existencia de ese lugar, puesto que Blanca Rubio le había relatado su presencia allí con la conversación que había mantenido con May Zambranos. Tenía que comprobar que Tomás no lo engañaba.

—Entiendo que ese lugar se encuentra en la ciudad —sostuvo el subinspector.

—Cerca del Paralelo. ¿Ha estado alguna vez en La Guarida del Dragón? Dicen que es para dar a conocer a nuevos talentos musicales.

—¿Algo le dice que no es así?

—Solo acuden hombres a ese antro. ¿A usted qué le parece?

—¿Se trata de un prostíbulo encubierto?

—Eso lo está afirmando usted.

—¿Y qué sabe del italiano?

—Prácticamente nada. Es una persona muy inaccesible.

—¿Cree que trabaja con Enric?

—Tratándose de un italiano cualquier cosa es posible.

—Y usted, ¿conoce a su jefe o superiores?

—No los he visto en mi vida. Nos comunicamos por email.

—Señor Vallverdú, creo que le vendrían bien unos días de descanso.

El subinspector abandonó el despacho y caminó unos metros por

travesera de Gracia. Cruzó al otro lado de la acera y se detuvo en una tienda de vinilos de segunda mano. Quedan ya pocos lugares de esa índole por el mundo. En el escaparate lucía majestuosa y radiante la portada de *Downtown train* de Tom Waits. Jon tarareó en su pensamiento aquella canción que se sabía de memoria intentando emular su voz grave y rasgada. Cuando entonaba el estribillo, el sonido de su móvil quebró la aureola de magia. Era una llamada del oficial Cándido Benítez.

—Hola, Jon. Acaban de comunicarnos que el doctor Víctor Aranda acaba de despertar del coma. Pensé que podría interesarte.

—No hay duda de que es una excelente noticia.

—Estaré en el despacho por si me necesita.

La jornada continuaba deparándole nuevas sorpresas. Su intención era volver a la comisaría, pero aquella llamada del oficial le hizo cambiar de planes. Tenía que actuar con celeridad ante cualquier contingencia que se sucediera. Se dirigió a la estación de metro de Fontana rumbo al hospital de la Vall d'Hebrón. Le gustaba viajar en transporte público y rodearse de todas las clases sociales. Había viajado casi por la inmensidad del planeta y le encantaba interactuar con cualquier ciudadano de cualquier raza o nacionalidad. Pensó que la aparición del doctor Aranda en escena podría aportar nuevas pistas en el caso. Aunque había que saber en qué circunstancias había despertado. Cuando Jon Eringuren llegó a la habitación 528, las enfermeras aseaban al neurocirujano. Esperó unos cinco minutos fuera. No había ningún detalle que indujera a que alguien lo había visitado hacía poco. Tan solo una botella de agua en la mesita contigua a su cama articulada. Ni rastro de flores ni cajas de bombones. Víctor Aranda abrió los ojos advirtiendo la presencia del subinspector.

—Doctor, ¿puede oírme? —sugirió Jon con un tono suave acercándose al oído del paciente.

Aranda intentó articular alguna palabra, pero resultó infructuoso. Ni tan siquiera podía balbucear.

—¿Puede mover alguno de sus dedos?

El neurocirujano meció levemente su mano en señal de asentimiento. El subinspector reclinó la cama y le cedió su móvil para que pudiera teclear en su bloc de notas.

—Sé que no puede hablar, pero intuyo que quiere decirme algo. Escriba aquí.

Eringuren cogió el dedo índice de Aranda y le ayudó en la redacción del mensaje. Tras varios intentos y con el temblor de su mano, escribió tres palabras: «Mago Airam. Asilah». El subinspector volvió a recostar al doctor y le apretó con ternura la mano.

—Encontraremos al cabrón que intentó matarlo. Se recuperará. Le veo pronto, amigo.

El norte de Marruecos se había convertido en algo así como un viaje maldito para Jon. Por diferentes circunstancias había tenido que anular varias veces esa escapada que tanto le seducía. Pero ahora más que nunca, el aroma de hummus y a piel curtida comenzaron a pulular por sus sentidos.

30

Arequipa, 2016

Era la primera vez que pisaba terreno peruano. Por motivos de trabajo había deambulado por casi toda Europa, pero la oportunidad de cruzar el charco nunca se le había presentado. La singladura profesional de Sebastián Gómez había sido meteórica antes de que se topara en su camino Giuseppe Zola. Ambos se habían conocido en Roma. El italiano había ascendido vertiginosamente en el seno del SSI y quería rodearse de los mejores hombres. Gómez tenía un currículum envidiable. Y todo tenía un precio. Desde entonces, el inspector se encargaba de realizar ciertos asuntillos oscuros al margen de su quehacer cotidiano en la comisaría de Barcelona. Por un lado, huía del soporífero funcionariado y, por otra parte, su cuenta corriente aumentaba de forma considerable. Tras sus fracasos sentimentales, comenzó una vida de desenfreno. Vivía durante la noche y sobrevivía por el día. Coqueteó con el mundo de las drogas y el alcohol y, en más de una ocasión, tuvieron que ingresarlo a causa de un coma etílico. Su credibilidad laboral se fue al traste hasta

que apareció May Zambranos, una prostituta de lujo que puso orden en su vida. Aquella mujer venezolana invadió de dulzura y amor un hogar hasta entonces sepultado por la tristeza y la melancolía.

El taxista Manuel Cisneros lo esperaba a su llegada al aeropuerto Alfredo Rodríguez Ballón de Arequipa. Aprovechó el largo camino hasta el valle del Colca para ordenar su agenda y preparar los próximos movimientos. Llegaron cerca del mediodía a Chivay. Se vaticinaba un cambio de tiempo y el viento soplaba con virulencia. El inspector entró con sigilo por el jardín. Azucena Castro se hallaba detrás de una gran quina, contemplando las nubes que se multiplicaban por momentos.

—Te he echado de menos desde la última vez que te vi en la plaza de Ibiza —comentó Sebastián Gómez.

—Tendré que creerlo, porque has hecho unos cuantos kilómetros para venir a verme —contestó ella apenas sin inquietarse por la presencia del inspector.

—Una mujer como tú no aparece cada día por tu vida.

—¿Has cruzado todo el océano para seducirme?

—Algo parecido dijo el conde Drácula.

—No eres mi tipo. Lamento decepcionarte.

—Y a mí me sorprende que hayas venido a la otra punta del mundo para ver los volcanes de Arequipa.

—En otra vida debí ser geóloga.

—Nos diste muy poca información en tu declaración tras el asesinato de Max. No me lo tragué. Sabes más de la cuenta; si no, no estarías aquí.

—¿Qué se supone que tendría que saber?

El inspector se mostró desafiante.

—Podemos hacer las cosas por las buenas o por las malas. Tú eliges.

—¿Conoces el mito del cóndor? Dicen que, cuando la hembra muere, el macho no puede soportar esa pérdida y se suicida. Es el ave más fiel del planeta.

—Bonito relato —indicó el inspector—. Voy a estar unos días por aquí. Podíamos ir a ver volar a esos bichos.

—Puedes ahorrarte tu generosidad. No iría contigo ni a la vuelta

de la esquina.

Sebastián Gómez se sentó en la silla de madera situada delante de la hamaca donde Azucena permanecía recostada.

—Ya veo que no estás dispuesta a colaborar.

—¿Qué se supone que tendría que hacer? ¿Negociar con unos matones?

—Lo que ocurrió con Max es pasado. Ahora tenemos que pensar qué hacemos contigo.

—¿Y qué posibilidades tengo? ¿Vais a tenerme prisionera el resto de mis días?

—Tienes dos opciones.

Azucena giró su cabeza y emitió una sonrisa sarcástica.

—Me muero de ganas de saberlo.

—O te conviertes en carnaza para esos cóndores o nos cuentas lo que sabes —propuso el inspector.

—Estáis locos. No tardarán mucho tiempo en encontraros.

—Ningún amiguito tuyo sabe que estás aquí.

—Ahora que voy a ser alimento de esos pájaros podrías decirme qué hay detrás de aquello que descubrió Max.

—Tuvo mala suerte.

La mujer estaba a punto de perder los nervios.

—¿Asesináis a alguien solo por mala suerte?

—No debió meter las narices donde no lo llamaban.

—Estaba haciendo su trabajo.

—Fue más allá. Lo sabes. Accedió a información confidencial.

—¿Y eso es motivo para acabar con él?

—Eso no nos importa ni a ti ni a mí.

—¿Cuánto te pagan? ¿No tenías suficiente con tu sueldo de inspector?

Gómez se levantó de la silla enojado.

—¡Cállate!

—Eres cómplice de toda esta mierda.

—¡Qué coño sabrás tú!

—¿Para quién diablos trabajas?

—¡He dicho que te calles! ¡Se acabó la conversación por hoy!

Sebastián Gómez la miró con rabia. Aquella mujer había sabido

ahondar en su lado más emocional. Si tenía algún resquicio de sentimiento, Azucena lo había descubierto. Pensó que en realidad tenía razón en lo que le había dicho. Pero no había vuelta atrás. Ahora le tocaba el papel de centinela, aguardando las próximas instrucciones de Giuseppe Zola.

ଔ

Le vino a la memoria la receta de pollo al curry de su abuela. Aquella mujer no había viajado por el mundo como su nieta, pero su pasión por la cocina le había hecho probar y experimentar con nuevos sabores. Y las especias de la India y Marruecos siempre la habían seducido. Blanca Rubio había heredado esas trazas familiares y, cuando decidió enterrar su placa de policía, tuvo claro cuál sería su dedicación a partir de aquel momento. Deseaba ser cocinera profesional y beneficiarse de la sabiduría transmitida por su abuela. Y ahora, como si hubiera anidado la mayor de las casualidades, se encontraba volando a la otra parte del planeta para liberar a la que había sido su profesora en los fogones. Se prometió que era su última cruzada. La póstuma misión como justiciera. Porque había demasiado en juego. Moralmente, se veía obligada a ayudar a Jon en lo que podía ser la hoja más brillante de su trayectoria profesional. Conocía como nadie al canalla de Sebastián Gómez y, por supuesto, iba a socorrer a una mujer con la que había establecido una relación de amistad. Apenas sin darse cuenta, entre esa marea de vacilaciones, salió a la zona del aparcamiento exterior de la terminal del aeropuerto de Arequipa. El encuentro era allí. Según los planes acordados, una furgoneta de color rojo le esperaba. Recorrió con la mirada la pequeña flota de vehículos estacionados. En ese instante, un hombre salió de uno de ellos, y le hizo un gesto con la mano. Ella se acercó con cierta precaución. Pensaba que, siendo embajador, se presentaría en un coche oficial. Aunque quizás no era la mejor opción si en realidad tenían que pasar desapercibidos.

—¡Hola! Supongo que eres Daniel —indagó Blanca ante la presencia de aquel desconocido.

—Así es. Espero que hayas tenido un feliz vuelo.

—No llevo muy bien lo de las turbulencias, pero por lo demás bien.

—Lamento que tengamos que conocernos en estas circunstancias. Jon me ha hablado mucho de ti.

—Lo sé. Erais casi invencibles con la pelota vasca.

—Si todo esto sale bien volveremos a Mundaka a echar una partida —anunció él con una sonrisa.

—Y bien, ¿cómo están las cosas por aquí?

—Enseguida te pongo al día. Tenemos tiempo de sobra hasta llegar a Chivay. Pero antes debemos hacer una visita por las afueras de la ciudad.

El embajador le relató lo acontecido durante las últimas horas. Se dirigían al domicilio del taxista Manuel Cisneros.

—Toma, esto es para ti. Yo no sé utilizarla —dijo Daniel al tiempo que le entregaba una pistola de 9mm.

—¿Crees que se tipo nos llevará hasta el valle del Colca?

—No tiene otra elección.

—¿Y este hombre que nos acompaña?

—Se encargará de la mujer de Cisneros.

Cuando llegaron a casa del taxista, Manuel regaba las plantas del jardín de entrada. Al advertir la presencia de la furgoneta, apagó apresuradamente la manguera e hizo un ademán de entrar en la vivienda. Blanca Rubio reaccionó como en sus viejos tiempos y, en un esprint olímpico, se abalanzó sobre su presa. Le colocó el cañón de la pistola en la nuca.

—Si te mueves, te vuelo la tapa de los sesos —vociferó con semblante bélico.

—¿Qué queréis de mí?

—Eres taxista, ¿verdad? Pues tengo un viajecito preparado para ti.

Montaron los tres en el coche. Blanca se situó en la parte trasera junto a Manuel, al tiempo que Daniel lo hacía al lado del conductor. Tras un par de horas, llegaron a la provincia de Caylloma. Blanca acercó la pistola al pecho del taxista.

—No quiero juegos. Vamos directos al grano. ¿Dónde están?

—¿Por qué tendría que ayudaros? —inquirió Cisneros.

—¿Deseas celebrar las bodas de oro con tu mujer?

—¡No seréis tan miserables!

Blanca le mostró el vídeo que le había enviado el hombre de la

furgoneta a la salida del aeropuerto. Su mujer estaba amordazada en el comedor de su casa.

—Si colaboras, no le ocurrirá nada —afirmó ella.

—Tenemos que coger la carretera de la derecha hasta Chivay —apuntó el taxista con claros signos de nerviosismo.

—Daniel, llama al conductor de la autocaravana para que se dirija hacia allí. Vamos a establecer en ella nuestro cuartel general mientras estemos por aquí —instó la expolicía.

Cuando llegaron a Chivay, Manuel Cisneros los llevó hasta la calle de atrás donde se encontraba la vivienda con aquel jardín presidido por el majestuoso árbol de la quina. Blanca Rubio ató de pies y manos al taxista y lo estiró en el asiento. Se hizo una coleta, cambió sus gafas de sol por otras menos llamativas, y se colocó una gorra de color blanco.

—Quedaos aquí hasta que llegue la *roulotte*. Voy a dar una vuelta de reconocimiento. Si en una hora no he vuelto llama a la policía.

—Ten mucho cuidado —advirtió Daniel.

Blanca bajó del vehículo. Se encontraban en las afueras de la ciudad. La adrenalina comenzaba a multiplicarse a través de sus glándulas suprarrenales y el ritmo cardíaco iba *in crescendo*. En un momento u otro Sebastián Gómez tendría que acudir a la farmacia para buscar la insulina que le permitía paliar su enfermedad. Se sentó en la terraza del bar que se encontraba en la otra esquina de la casa. Era cuestión de esperar. Se pidió un café. Recordó las vistas de su apartamento en Barcelona. Allí no había ni rastro de la obra de Gaudí. Pensó en Jon. Era su chico quien tendría que estar allí ocupando su lugar, pero paradójicamente era ella quien se encontraba a escasos metros de la escena más comprometida. Una sensación que le resultó tan trepidante como familiar. Porque Gómez no era un cualquiera. Lo conocía a la perfección y sabía que su falta de escrúpulos podría llevar a matarla si hiciera falta.

Transcurrió una media hora y, como si hubiese invocado el alma de aquel demonio, Blanca observó al inspector salir de la casa. Esperó que se perdiera de vista y se plantó en la puerta. Forzó la cerradura de forma suave y accedió al jardín de entrada. Recorrió el pequeño pasadizo de plantas y arbustos hasta llegar a la hamaca donde Azucena pasaba gran parte del tiempo. Parecía casi una escena paradisíaca. Solo faltaba el mar de fondo de alguna playa de arenas blancas del Caribe.

—Estás un poco lejos de donde nos vimos la última vez —dijo la expolicía al tiempo que retiraba sus gafas de sol y dejaba su rostro al descubierto.

—¿Blanca Rubio? ¿Eres tú? —susurró Azucena.

—Fui alumna tuya en la escuela de hostelería. Cocino un pollo al curry que quita el hipo.

—Sí, lo recuerdo. Ya veo que dejaste la olla por la pistola.

—Es una larga historia. Nuestro amigo no tardará en volver. Mantenlo entretenido. Buscaré un lugar para esconderme.

Cual Superman en busca de la energía solar para seguir sobreviviendo con sus plenos poderes, Sebastián Gómez llegó de la farmacia con su insulina debajo del brazo.

—¿Hace mucho tiempo que tomas ese fármaco? —preguntó Azucena.

—Mi vida clínica no es de tu interés.

—Creo que esa insulina te da la vida, pero te la puede quitar.

—¿Se puede saber a qué viene tanta filosofía barata? —increpó el inspector.

Blanca Rubio se había ocultado detrás de unas zarzas de aquel sucedáneo de jardín botánico. Como el sigiloso leopardo que se acerca con cautela para arremeter contra su presa, caminó muy despacio y se colocó de espaldas a Gómez, clavándole la pistola en su cabeza.

—No es filosofía. Es la cruda realidad. Despacio, ponte de rodillas, las manos contra el suelo y abre las piernas —ordenó Blanca.

La otrora subinspectora lo cacheó de arriba a abajo. Llevaba una pistola y un puñal.

—Estás más flaco que en Estambul. Esta doble vida de

pluriempleo te va a dejar en los huesos, mi queridísimo Sebastián.

—Ya veo que quien tuvo, retuvo. Te formé demasiado bien.

—Todo lo que sabía lo aprendí antes de conocerte.

—Algún mérito debo tener.

—¿No tenías suficiente con tu sueldo de funcionario?

—Ya sabes que tengo vicios muy caros.

—¿Quién te paga por todo esto? ¿Vas a cantar por las buenas o tengo que utilizar los tortuosos métodos que me enseñaste?

Blanca colocó las esposas a Gómez y le vendó los ojos.

—Despídete de los cóndores. Quizás no vuelvas a ver la luz en los próximos días —masculló Azucena con tono victorioso.

La expolicía desató a la que había sido su tutora culinaria y se abrazaron con efusividad.

—Ha sido una clase magistral digna de MasterChef.

—Nunca he sido de programas televisivos. Vamos, Daniel nos espera ahí fuera. Por cierto, señor inspector, ¿cómo prefiere viajar? ¿En furgoneta o autocaravana?

31

Barcelona, 2016

Durante los últimos meses, la afluencia de público había caído de modo ostensible en La Guarida del Dragón. El mítico cabaret barcelonés dejaba de estar de moda. Quizás tenían que plantearse un giro en cuanto a la programación. Aquella noche actuaba una cantante portuguesa de fados. La sala se hallaba medio vacía. Enric Llauradó y Candela Landázuri observaban preocupados la discreta asistencia desde la cristalera del despacho del piso de arriba. Sonó el teléfono. Enric activó el altavoz para que ambos escucharan la conversación.

—Ha sucedido lo que nunca tenía que ocurrir —anunció la voz de Giuseppe Zola.

—¿Malas noticias? —preguntó Enric.

—El móvil de Gómez lleva ya unas cuantas horas apagado. No

recibe mensajes ni llamadas.

—Han secuestrado al secuestrador —reflexionó ella.

—No ha recibido ninguna orden para abandonar Chivay —inquirió Zola.

—Entonces, o han dado con él o nos está traicionando —sospechó Llauradó.

—¿Por qué debería traicionarnos? —preguntó el italiano.

—Ya sabes que Gómez es un tipo imprevisible —dijo Enric.

Zola hizo una pausa. Enric y Candela permanecían a la expectativa.

—Pero, aunque tenga el móvil apagado, lo tenemos localizado.

—¿Cómo es posible? —preguntó Candela.

—Gracias a ti —dijo Giuseppe—. Hemos averiguado la identidad de la mujer que estuvo en el cabaret hablando con May. Y… ¡bingo!

—¿De quién se trata?

—Su nombre es Blanca Rubio. Un expediente bastante brillante. Y curiosamente trabajó durante unos años con el inspector en Madrid. Hemos intervenido su teléfono. Está llegando a Arequipa.

—Deben llevar a Gómez —dijo Enric.

—Todo parece indicar que así es.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió Llauradó con cierta preocupación.

—Lo primero, cerrar el cabaret. Señores, nos vamos de vacaciones.

—¿Crees que Gómez va a cantar? —preguntó Candela.

—No. Es duro de pelar. Confío en él. Por cierto, ¿adiviná is con quién comparte cama la tal Rubio?

Candela y Enric se miraron sin emitir respuesta alguna.

—Con el subinspector Jon Eringuren.

—¡Hum!, Vaya, vaya con el poli vasco —intervino Candela.

—¿Lo conoces?

—Tengo que acabar de tocarle con el clarinete una canción de Bowie.

—Encárgate de él. No lo pierdas de vista. Seguramente, la tal Rubio ya le habrá comunicado que han apresado a Gómez —dijo Giuseppe.

Justo cuando Enric estaba a punto de colgar el teléfono, la voz de

Zola apareció de nuevo.

—Se me olvidaba —el italiano hizo una pausa—. Supongo que tenéis controlado al periodista ese argentino que publicó la noticia del asesinato de Max.

—Sí, puedes estar tranquilo. De momento, ese no escribe ni una línea más.

Su deslumbrante trayectoria profesional le había permitido crearse un nombre en el mundo periodístico. Ariel Godoy había dejado su Buenos Aires natal para formar parte de uno de los periódicos más acreditados de la ciudad condal. El director de *El eco y la voz*, Alberto Ruiz, había acudido a la capital argentina para realizar un reportaje sobre la tremenda rivalidad futbolística que imperaba entre Boca Juniors y River Plate. Y en esa tarea de recabar información había conocido a un colega nativo que le proporcionó gran parte de la documentación que requería. El grado de afinidad entre Godoy y Ruiz fue tan colosal que este último le propuso formar parte de su equipo de redacción. El cronista latinoamericano no se lo pensó dos veces y aceptó el reto de venir a Barcelona. Durante los últimos años había vivido épocas de esplendor. Pero ahora, una publicación lo había apartado de su gran pasión. Se detuvo en una cafetería de la rambla del Poble Nou, cerca de donde vivía su tía Lucía, para empezar sus pesquisas. ¿Quién había sido el artífice de su destierro?, se preguntaba una y otra vez. Sobre la mesa tenía varios nombres que conformaban la cúspide del grupo editorial: Luis Ramírez, Joan Capdevila, Enric Llauradó y Vicenç Pujol. Cualquiera de ellos podía ser el causante de su ostracismo. Apenas tenía información de ninguno de ellos. Godoy se había dedicado a lo suyo, que era escribir. Y como había seguido siempre

la línea que marcaba la empresa, nunca tuvo problemas con nadie. Empezar a indagar en la vida personal de cada uno se antojaba como una hazaña harto complicada. Lo más coherente para tirar del hilo era acudir a donde había trabajado Max Labiano. Le pidió la dirección a su amiga Valentina Lombardi y se plantó en el despacho de travesera de Gracia.

—Con permiso —dijo Godoy al comprobar que la puerta no estaba cerrada.

—¡Que pase el siguiente! Ya me parecía muy tranquilo esto hoy —dijo Tomás Vallverdú, sin tan siquiera apartar la cabeza de su ordenador.

—Supongo que estará feliz, ¿verdad? —preguntó el periodista señalando el escudo del Barça que Tomás tenía en su mesita de trabajo.

—No nos podemos quejar. La temporada está siendo buena. Por cierto, por su acento parece argentino.

—Está hablando con un gran hincha de Boca Juniors.

—Claro, en Buenos Aires eres de Boca o de River.

—Y, además, nací en el barrio de la Boca. Viví esa pasión desde chico. ¡Era tan lindo! —advirtió Godoy henchido de orgullo y honor.

—Yo también soy del Barça de toda la vida.

Como buen maestro de la psicología, el cronista había conseguido captar la atención de su entrevistado. Tenía que desmarcarse con sutileza y elegancia del resto. No podía ser uno más del gran elenco de husmeadores que había aparecido por allí. No había duda de que aquel hombre estaba agotado de largos interrogatorios y de eternas preguntas.

—No sé si pudo leer un artículo que se publicó recientemente en *El eco y la voz*.

—Lo siento, pero ya no estoy para mirar más periódicos.

—A alguien no le gustó lo que escribí y me han puesto en la guillotina como a Robespierre.

—¡Vaya! Todavía no había aparecido ningún periodista por aquí.

Tiene el privilegio de ser el primero.

—Ya no lo soy. Me han apartado de mi trabajo.

—Lo lamento. ¿Y qué dijo para que eso haya sucedido?

—Dejaba entrever que detrás del asesinato de Max podría haber una trama oscura.

—¿A qué se refiere?

—El que fuera su compañero de trabajo estaba haciéndole un favor a un amigo suyo y encontró información acerca de un secuestro en París ocurrido hace años.

—¿Y cómo sabe eso?

—Azucena y la expareja de Max se conocían. Valentina es amiga mía y me contó el descubrimiento que había hecho Max, y que también Azucena Castro sabía.

—¿Y cree que por eso lo mataron?

—Hasta tanto no llego, pero no me diga que no es mucha casualidad que me hayan apartado del periódico.

—Y, ¿de quién sospecha?

Godoy enumeró a Tomás las cuatro personas que había apuntado en su libreta. El compañero de trabajo de Max apenas movió una ceja ante la mirada atenta del periodista, que esperaba algún tipo de indicio al pronunciar los nombres de cada uno de ellos.

—¿Por qué cree que tendría que ayudarle? —indicó Tomás.

—¿No desea saber quién es el asesino de Max? ¿Vamos a dejar que los malos se salgan con la suya?

—Ya han pasado por aquí unos cuantos policías que ya estarán haciendo ese trabajo. Usted es solo un periodista.

—Max era el padre del niño de Valentina. ¿No cree que algún día ese chico debería saber quién y por qué mataron a su progenitor?

Tomás calló durante un instante. En cierta medida, le habían enternecido aquellas últimas palabras del periodista.

—Cerca del Paralelo existe un cabaret, La Guarida del Dragón. Quizás encuentre por allí a uno de los nombres que ha citado.

—¡Que Dios lo bendiga!

—¡No me lo agradezca! ¡Y encuentre a ese hijo de puta!

—¡La concha de su madre! —Ariel se sumó a la retahíla de improperios vertidos contra el autor del crimen de Max.

El cronista argentino desplegó sus alas y, como un águila imperial, voló hasta la parada de metro más cercana. En el hilo musical de la estación sonaba *Creep* de Radiohead. No había tiempo que perder. Durante el trayecto lo atrapó una madeja de contradicciones. Los últimos acontecimientos le habían destapado su esencia como explorador de *boy scout,* aunque no podía ocultar que se adentraba en terreno muy pantanoso. Aquello no era un juego de niños después de una comida de Navidad. Si habían matado ya a un hombre, quien fuera el asesino no le volvería a temblar la mano a la hora de cobrarse una víctima más. Durante el trayecto consultó la ubicación del lugar que le había citado Tomás. En poco menos de media hora arribó al pie de la calle Blasco de Garay. Recordó que al poco tiempo de llegar a Barcelona había estado por esa zona de copeo con varios compañeros de la redacción. Incluso había asistido a algún concierto en la sala Apolo. La puerta blindada de acero que daba entrada a La Guarida del Dragón se hallaba cerrada a cal y canto. Un pequeño cartel con forma rectangular anunciaba el típico mensaje de «cerrado por vacaciones.» Ariel Godoy miró a ambos lados de la calle con el deseo de que algún ángel le enviara un mensaje celestial.

—Si está buscando a esos señores, acaban de marcharse hace unos diez minutos —le sopló una voz que le pareció realmente un santo bendito.

—Pensaba que el local estaba abierto en esta época del año.

—Siempre ha sido así. A mí también me ha extrañado leer esa nota.

—¿Sabe cuándo volverán a abrir?

—Ni idea. Si tiene suerte, la señorita Candela suele ir de vez cuando a esa cafetería de la esquina a tomar algo.

—Usted es como un serafín llegado del cielo. Deme dos de esos

cupones que acaban en dieciséis. A ver si por fin empieza mi buena suerte —Ariel guardó el boleto en su cartera y se dirigió al garito al que le había guiado aquel bienaventurado vendedor ambulante. Era un bar como los de antes, con sus mesas de mármol y las sillas de madera de color negro con el asiento en forma circular. En la barra todavía resplandecían restos de churros y porras. Quedaban pocos sitios por la ciudad condal donde se podía desayunar o merendar de esa guisa junto a una taza bien caliente de chocolate. Ariel Godoy se adentró en el local y se fue acercando a una mujer sentada de espaldas en un taburete alto. Ella, al notar su presencia, se giró rápidamente y el reportero quedó atrapado por el espectacular brillo de sus ojos verdosos.

—Ya no se encuentran lugares como este —apuntó Godoy.

—Es cuestión de moverse bien por la ciudad.

—Había venido a ver una actuación al cabaret de aquí al lado. Me han hablado muy bien de él.

—Pues tendrá que esperar unas semanas. Parece ser que se han tomado unos días de descanso.

—He visto el cartel de la puerta. ¿Tiene alguna vinculación con La Guarida del Dragón?

—¿A qué viene tanta pregunta? Ni que fuera policía o periodista —dijo ella un tanto atosigada.

—Disculpe, no era mi intención incomodarla.

—Tengo que irme, lo siento.

—Espere, busco a uno de estos hombres —Godoy en su intento de retenerla le mostró la libreta que hacía un rato le había enseñado a Tomás Vallverdú.

—¿Por qué tendría que conocerlos?

—Sea quien sea, no se ha portado bien conmigo.

—Entonces, ¿ha venido por un ajuste de cuentas?

—Tan solo quiero recuperar mi puesto de trabajo.

—¿Y cree que encontrando a ese tipo le van a levantar el castigo?

—Escribí una crónica relacionada con un asesinato.

—No me equivocaba, entonces. Así que es usted periodista.

—Además de escritor.

—¿Y qué publicó para que lo hayan apartado?

—Es de dominio público. Apareció en prensa hace unos días.

—Como comprenderá, no me leo todos los periódicos.

—La muerte de Max Labiano.

Godoy percibió cómo aquella mujer titubeó un tanto al escuchar ese nombre. Aprovechó para repasar con su mirada la efigie que tenía delante. Vestía un ceñido suéter beige de lana de cachemira que divinizaba todavía más sus sugerentes curvas. Siempre le habían atraído las féminas con pechos por encima de la media. Su medida predilecta era una 95 con copa C. Parecía que la mujer que tenía delante respondía a esos cánones.

—¿Sabe a qué se dedicaba la víctima? —preguntó ella.

—Trabajaba en el Servicio Secreto Internacional. Descubrió una noticia importante del pasado y eso le costó la vida.

Candela seguía disimulando su estado de asombro. Hacía tan solo una hora que había hablado con Giuseppe Zola acerca del periodista argentino que publicó aquella noticia y, sin comerlo ni beberlo, él solito había venido hasta ella. La presa yacía ahí delante, pero había que comportarse de forma serena y sin sobresaltos y medir cuidadosamente las palabras para no levantar ningún tipo de sospecha. Aquel hombre sabía demasiado. Tenía apuntado en su bloc el nombre de Enric Llauradó. Si alguien lo relacionaba con el negocio del prostíbulo, la prensa de Barcelona se volvería en su contra y la situación se convertiría en un polvorín. Había que desviar su atención y sugerirle alguna que otra pista para que pudiera entretenerse.

—¿Quién le ha mandado hasta aquí? —preguntó ella.

—Ahora es usted quien está haciendo de policía o periodista.

—Si quiere que le ayude, tendrá que decírmelo.

—Estuve en el despacho donde trabajaba Max y hablé con su compañero.

—¿Sabe a qué hora se produjo el homicidio de ese hombre?

—La madrugada del martes al miércoles. Exactamente a las 1:39 horas. ¿Por qué lo dice?

—Cerca de las tres de la mañana apareció un hombre por La Guarida del Dragón. Parecía que llevaba unas copas de más.

—¿Y qué pasó?

—Quería seguir bebiendo, pero el personal del cabaret se negó a darle más *whisky*.

—¿Cómo era?

—Iba todo de negro. De complexión fuerte. Tenía el pelo largo lacio y llevaba pendientes, collares y pulseras. Vaya, un tipo bastante friki.

Ariel apuntaba en su bloc de notas cuanto le relataba Candela.

—Le dije que el local estaba a punto de cerrar y que, si quería, podía llamarle un taxi para que le llevara a su casa.

—¿Y se fue?

—Lo acompañé hasta la puerta de salida. Me invitó a un cigarrillo y me dijo que se encontraba en Barcelona de paso y que no tenía ningún sitio donde dormir. Entonces, llamé a un amigo que tiene un hostal cerca de aquí y le consiguió una habitación.

Candela observaba como despertaba la curiosidad de Ariel.

—En el camino al hostal me confesó lo que había ocurrido unas horas antes. Parecía derrumbado y muy arrepentido.

—¿Fue él quien asesinó a Max? —preguntó el argentino con los ojos exaltados.

—Le habían encargado un trabajo. Necesitaba dinero.

—¿Y no denunció los hechos a la policía?

—Lo hice, claro. Llamé al inspector Sebastián Gómez. Lo conozco desde hace tiempo. Trabaja en la comisaría de la calle Balmes.

—Y, ¿no lo arrestaron?

—La policía no tardó en llegar, pero cuando entraron en la habitación ya no se encontraba allí.

—¿Y no han dado todavía con él?

—Tengo entendido que continúan con su búsqueda.

—¿Le dijo cómo se llamaba?

—No, pero tenía acento valenciano.

Candela Landázuri se bajó del taburete de la barra y se despidió del periodista argentino. Cogió un taxi y se plantó en la zona del Eixample. Giuseppe Zola le había ordenado que no perdiera de vista al subinspector Jon Eringuren. Ya casi se había aprendido todos los

acordes de *Wild is the wind* de David Bowie.

ଔ

Tres días después

Bañada por la costa del Atlántico se esconde uno de los tesoros mejor guardados del norte de Marruecos. El azul añil y el turquesa inundan de color las paredes de las viviendas que se encuentran semiocultas en la antigua medina de Asilah. El recinto amurallado que rodea aquella parte de la ciudad constituye uno de los vestigios históricos más importantes. Era fácil adivinar cómo en tiempos pretéritos los lugareños se protegían del invasor que venía surcando los mares a bordo de un velero bergantín. La de Asilah no es una medina al uso; el diseño neoárabe de sus construcciones, la limpieza de sus calles, las pinturas y murales proyectados por autores locales que decoran los adoquines y fachadas, y el silencio que impera en aquel lugar tan mágico la convierten, probablemente, en la antigua ciudad marroquí más bella. En uno de los extremos del fortín de la muralla se abre hacia el mar un pequeño mirador donde las vistas rozan el éxtasis onírico. Una recóndita cala, casi inaccesible, exalta los sentidos. Las olas del mar se cuelan con osadía para salpicar las rocas erosionadas. Un gato callejero, huido del centro de la ciudad, se adormece en las zapatillas de una pareja de enamorados que acaricia las dunas de aquella playa. Ella moja sus pies descalzos en la orilla y su imaginación vuelve a invocar que en otra vida fue una sirena. Allí no hay rastro de piratas ni de bucaneros con parche y pata de palo. Impera la pasión y el amor.

Los destellos del atardecer pintarrajeaban de naranja la puerta 44 de la calle Jama'a Zecouri. En su interior, se abría un gran patio poblado de arganes y palmeras. Brillaban con gran intensidad las piedras preciosas que Airam Ascanio estaba trabajando en su taller de aquel íntimo paraíso inmerso en la medina. Tras perderse en varias ocasiones por el laberinto de estrechas callejuelas, Jon Eringuren llegó por fin a la casa del mago con la ayuda inestimable de dos hermanos gemelos de once años de edad. Los premió con un billete de 20 dirham y uno de ellos le entregó una moneda de chocolate. La dulzura de aquel mozalbete no era comparable a la de

la golosina. Por fin, se encontraba a los pies de su destino. El mago era conocido en la ciudad por sus espectáculos tan increíbles como sorprendentes.

—El doctor Aranda me dijo que lo encontraría aquí —dijo Eringuren en el instante que Airam abría la puerta.

—¿Viene de parte de Víctor? ¿Le ha ocurrido algo?

—Se pondrá bien. Lo peor ya pasó. Han intentado asesinarle.

—Ese hombre nunca haría daño a nadie.

—Soy subinspector de policía. Me gustaría hacerle unas preguntas.

Airam acabó de abrir la puerta y convidó al agente para que entrara en aquella casa que tenía alquilada.

—Hace un par de años estuvo por aquí. Había conocido a una mujer y se le veía completamente enamorado.

—No sabía que tenía relación alguna. Pensaba que vivía solo en Barcelona.

—Fue un breve romance. Ella es mi amiga. En realidad, conocí a Víctor a través de esa mujer.

—¿De quién se trata?

—De una gran artista.

—¿Diseña también piedras preciosas como usted? —preguntó Eringuren al contemplar el taller que tenía el mago allí montado.

—No, pero le aseguro que compraría cualquiera de sus cuadros.

—¿Vive también por aquí?

—No, ahora mismo está lejos. Muy lejos.

Airam desgranó con sumo detalle todo lo que sabía de María de Hita desde aquel día que la conoció en su puesto ambulante en San José. El rostro de Jon Eringuren se encendió como uno de los volcanes de Arequipa. Quizás el hecho de pensar en Blanca Rubio lo embarcó hacia la lava incandescente de un cráter en erupción. No daba fe a lo que estaba escuchando en boca de aquel prestidigitador. Su pareja le había hablado de ella en más de una ocasión, merced a su amistad en la escuela de hostelería.

—Es la mujer más atractiva que he conocido en mi vida —dijo Airam en referencia a María.

—No es de extrañar que el señor Aranda cayera en sus brazos.

—Se conocieron aquí por casualidad. María había venido a verme unos días y él asistía a un congreso de neurocirugía.

—¿Y no se volvieron a ver más?

—Víctor no me lo cuenta todo —respondió el mago con una sonrisa picarona—. Por cierto, voy a preparar un té. ¿Le apetece uno?

—Que sean tres —vociferó la voz de una mujer que, de un salto, se abalanzó sobre Jon Eringuren.

Candela Landázuri había trepado por la pared de la casa del mago y como una ardilla se había ocultado entre el frondoso ramaje del argán casi centenario que se alzaba en medio del jardín botánico de Airam.

—Ya disculparéis que me presente sin avisar, pero tenía un tema pendiente con el señor policía.

—¿Me has seguido hasta aquí para tocar aquella canción de Bowie? —dijo Jon, siguiendo el tono hilarante de Candela.

—Esa era mi intención, pero no podrá ser. Los polis marroquíes me quitaron el clarinete en el aeropuerto.

—Puedes cantar a capela. Airam y yo estaremos encantados de escucharte.

El mago no daba crédito a aquella conversación de tintes cómicos. ¿Quién era la mujer que se había descolgado del árbol de su casa como si se tratara de la esposa de Tarzán?

—¡Basta de bromas! —gritó ella—. ¡Entrégame tu pistola y sentaos uno delante del otro apoyando espalda contra espalda!

El inspector se echó mano lentamente a la parte trasera de su pantalón. Candela se fue hacia él, cogió el arma y la lanzó al otro extremo del jardín.

—Ya no la vas a necesitar.

—Nunca nadie me había apuntado con una pistola —dijo Airam.

—El subinspector sabe mucho de eso. Lástima que ya no podrá hacerlo más.

—¿Vas a dispararnos a sangre fría? —preguntó Jon.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Podemos hacer un trato.

—¿No pretenderás que te cante otra canción de Bowie?

—Mi libertad por la de Sebastián Gómez. ¿Qué te parece?

—¿Te crees que tu chica se va a salir con la suya? A estas horas tiene a varios matones peruanos sobre su pista.

—Debe joderos bastante que una policía retirada desarticule todo vuestro plan, ¿verdad?

—Si aprieto el gatillo, vuestro bonito programa se va a la mierda.

Airam Ascanio escuchaba a uno y otro como si se tratara de un partido de tenis. Y cual juez de pista, decidió intervenir.

—Ya que vas a acabar con nosotros —dijo mirando a Candela—, ¿me concedes un último deseo?

—No es el momento para hacer juegos malabares.

El mago hizo caso omiso y se sacó un pañuelo de su bolsillo.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo?

—Deja que limpie tus manos asesinas —advirtió el mago al tiempo que cubría la mano de Candela con la pistola.

—¡Aparta de aquí! —gritó ella enfervorizada.

Cuando Candela se apresuró a quitar el pañuelo observó atónita que su arma había desaparecido.

—El ilusionismo es una de las artes escénicas más maravillosas que existen. Es un espectáculo fascinante que conjuga habilidad e ingenio. Obligas al público a mirar a un punto al que le interesa al mago, pero el truco real está sucediendo en otro lugar —pronunció Airam con una entonación casi solemne.

—¡Maldito loco! ¡Devuélveme la pistola! —profirió Candela mientras cacheaba al mago de arriba abajo.

—Por favor, señor subinspector, si es tan amable de descubrir lo que tiene en uno de los bolsillos de su cazadora.

Jon Eringuren se había levantado aprovechando ese momento de confusión. Escarbó en su chaqueta y en ese pálpito advirtió que se trataba de un objeto metálico con forma de empuñadura. Lo extrajo despacio ante la mirada patidifusa de Candela, que vio cómo su pistola se hallaba ahora en manos de su contrincante.

—Me habían hablado muy bien de ti, pero no pensaba que fueras tan bueno —dijo Jon mirando al mago—. Pensándolo bien, creo que ya no hay trato con la libertad de Gómez —añadió, al tiempo que le guiñaba el ojo a Candela.

El subinspector ató las manos de la mujer con una cuerda y le

vendó los ojos con el pañuelo de Airam.

—Ya sé que no puedes ver, pero yo te sujetaré el clarinete. Solo tendrás que soplar la boquilla y me irás diciendo qué agujeros tengo que ir tapando para que suene la melodía que me prometiste —le susurró a ella en la oreja.

—¿Nos acabamos el té? —advirtió el mago—. Debo irme en breve. Tengo un espectáculo en Katmandú que no puedo perderme por nada del mundo.

32

Barcelona, 2016

Atrás quedaron aquellas reuniones con *gin-tonics*, cacahuetes, pistachos y cierto clima distendido en el palacio restaurante El Bosco. En las últimas semanas, los acontecimientos se estaban precipitando. Los buenos apresaban a los malos y el guion había dado un giro de ciento ochenta grados. La cadena de la banda se desmembraba y en el seno del Servicio Secreto Internacional imperaba un clima de nerviosismo. Por ese motivo, la cúpula de la organización tenía que tomar con urgencia cartas en el asunto. Giuseppe Zola había citado de nuevo a Enric Llauradó. Ni el uno ni el otro recordaban ya aquellos pasajes de disfrute y deleite en Pekín o Hanoi.

—Candela ya no contesta a nuestras llamadas —dijo Zola visiblemente angustiado—. Ese maldito subinspector la debe haber detenido.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Ya no contamos ni con ella ni con Sebastián Gómez. Solo nos queda la carta de William Wright. Y, para postre, ese periodista argentino que sigue metiendo las narices.

—Podemos negociar todavía mientras tengamos retenido al escritor en Katmandú —aseguró el italiano.

—Pero ¿y si ese reportero sigue investigando?

—Tengo una idea.

—Espero que sirva para salvar nuestro pellejo.

—Ese tal Godoy vive con su tía, ¿verdad?

—Así es. Trabaja como profesora de literatura en la Universidad de Barcelona.

—Tenemos que desviar la atención de ese tipo.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Vamos a hacer que pique el anzuelo y haga un viajecito hasta Londres.

—¿Y qué tiene que hacer allí?

—Hablar con alguien que le remueva su pasado.

—¿A dónde vas tan rápido?

Giuseppe Zola abandonó el lugar que hacía las veces de despacho en la zona del Born y se dirigió hacia la plaza Catalunya. Caminó por la calle de Pelai hasta llegar a la Universidad de Barcelona. Entró en el edificio y accedió a la recepción.

—Tengo un paquete para la señorita Lucía Godoy —le dijo el italiano a uno de los empleados de aquel centro.

—¿Quién lo trae?

—En el interior está toda la información. Es una sorpresa. Si es tan amable de entregárselo.

—Pasaremos el recado.

Cuando finalizaron las clases vespertinas, el bedel le llevó el paquete a Lucía.

—Han traído esto para ti.

—No esperaba recibir nada y menos aquí en el trabajo.

—Vino un tipo que nunca había visto y me dijo que se trataba de una sorpresa.

Lucía Godoy se retiró a la mesa del aula donde había impartido la última clase. Abrió el paquete. Había un libro envuelto. En la portada aparecía la imagen de una sirena. Lo hojeó por encima y, a medida que iba leyendo, no pudo evitar detenerse en cada una de las frases. Aquella forma de escribir le resultaba familiar. Era un estilo literario único. Retrocedió unas cuantas páginas hacia el inicio y la invadió una sensación de estupor. Las referencias al cabo de Gata eran constantes y, entre línea y línea, se hablaba de la misteriosa desaparición de una muchacha. Cerró la novela para ver de nuevo la portada y comprobar quién era el autor de aquella obra. El nombre no le sugirió nada especial. No era un escritor conocido, al menos para ella, pensó. Cogió el teléfono y marcó el número de su sobrino.

—Hola, Ariel. ¡No podés imaginar lo que ha ocurrido!

—¿Qué pasó?

Lucía le narró a su sobrino una parte del contenido del libro que había llegado sorprendentemente a sus manos. Ariel se quedó

absorto, apenas sin poder articular palabra.

—Entiendo cómo podés llegar a sentirte —dijo ella, tratando de apaciguar aquella situación tan asombrosa como desesperante.

—¿Quién trajo el paquete?

—Lo dejaron hace un rato en la recepción.

—¿No hay remitente?

—No. Y, ¿ese escritor? ¿Lo conoces?

—Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿Quién lo publica?

—Es una editorial de Londres.

—¿Cómo ha podido llegar hasta allí?

—¡Desde Buenos Aires a Londres! ¡Habrá pasado por unas cuantas manos!

—No podemos perder más tiempo. He esperado treinta años a que llegara este momento.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a hacerle una visita a esa editorial de libros robados.

ଔ

El olor a curry y comino se percibía desde cualquier esquina. Santo y seña de la gastronomía hindú. Tampoco faltaba el aroma a comida japonesa o el de *mozzarella* gratinada con sabor a pesto de albahaca. Era cerca del mediodía y la mayoría de garitos ya estaban inmersos en los preparativos del almuerzo. Aquella mezcla ecléctica de restaurantes convertía al Soho en uno de los barrios más genuinos y carismáticos de la capital británica. Ariel Godoy había llegado a Londres para tratar de conocer la identidad del ladrón de su manuscrito. Disponía tan solo de esa pista, pero podía ser suficiente para encontrar a aquel cleptómano que le arrebató su tesoro en Buenos Aires. Treinta años después, se veía a las puertas de pillar al cuatrero. Se dirigió al número 11 de Sheraton Street, la sede de la editorial que había publicado aquella novela escrita de su puño y letra. The Ocean Books estaba especializada en publicar libros de

ficción y novela negra. No era de la más conocidas, pero contaba con muchos años de tradición literaria.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo la voz de una mujer pelirroja, la cual parecía una de las mandamases del despacho.

—¿Es aquí donde convierten los sueños de un escritor en realidad? —preguntó Ariel con otra pregunta.

—Al menos, lo intentamos.

—Tengo algo que puede interesarles.

—Pase y cuénteme. ¿De qué se trata?

—De hecho, ya les interesó tiempo atrás —observó él con cierto hálito de misterio.

—No entiendo qué quiere decir con eso.

—Pues que mi obra ya ha sido publicada.

—Entonces… ¡enhorabuena! —exclamó la mujer.

—Es un *thriller* psicológico.

—Nosotros también nos dedicamos a ese género. ¿Cuál es el argumento?

—Una historia de amor e intriga basada en hechos reales.

—¿De algo que ocurrió realmente?

—Una tragedia en el cabo de Gata en España. La desaparición de una muchacha de catorce años. ¿Le suena esa trama?

La mujer se levantó y se dirigió al mueble bar. Había palidecido tanto que casi se difuminaban las pecas de su rostro albino.

—¿Le sirvo una copa? —propuso ella.

—En mi tierra bebemos fernet.

—No tengo de eso. ¿Le vale un *whisky* o una ginebra?

—Tomaré un *whisky* con un hielo, por favor.

—Disculpe, no me he presentado. Mi nombre es Katharine Snow.

—Y ahora que ya nos conocemos…

—Supongo que querrá saber cómo llegó su manuscrito a mis manos.

—Sería todo un detalle por su parte —dijo Ariel entre rabia e ironía.

La editora se sentó de nuevo en el sillón de su despacho y miró un

tanto avergonzada el rostro de Ariel.

—Hace años conocí a un hombre en París. Tuvimos un encuentro fugaz. Cuando nos despedimos, me entregó el manuscrito de una novela.

—¡Maldito ladrón de mierda! —exclamó Ariel.

—Apenas me dijo nada más.

—¿Y dónde está ahora ese desgraciado?

—No nos hemos vuelto a ver —inquirió la editora, a sabiendas de estar ocultando la verdad.

—¿Y por qué publicaron algo que no era suyo? ¿A eso se le llama profesionalidad? —preguntó Ariel, cada vez más enfurecido.

—¿Y qué quería que hiciéramos? ¿Poner un anuncio en los periódicos a ver si aparecía el misterioso autor?

—Era mi novela. El regalo de mi chica. Una historia de amor escrita en su memoria —confesó el argentino cada vez más cabizbajo.

—Lo siento mucho, muchísimo. Le aseguro que, si hubiera sabido que algún día sucedería esto, jamás la hubiésemos publicado.

—Pero lo hicieron. Todo por el puto dinero, ¿verdad?

—Nos pareció una gran obra.

—¿Y quién es ese tal William Wright que se permitió la licencia de suplantarme?

—Le puedo asegurar que él no tiene la culpa de nada.

—¡Es el autor de mi libro!

—Es el escritor más brillante de esta editorial. Pensé que nadie mejor que él podía darle un final digno y acorde a la calidad de su obra.

—¡Voy a denunciarles! ¿Por qué prefiere? ¿Por robo, por plagio o por usurpación de derechos de autor?

—Tiene toda la razón del mundo, pero póngase en nuestra piel.

—Al menos, ¡dígame dónde puedo empezar a buscar al malnacido que me robó!

—Ya le he dicho que no he vuelto a saber de él.

—¿Al menos sabrá cómo se llama?

—No me acuerdo de su nombre, pero por su acento parecía italiano.

Katharine Snow trataba de serenar aquel clima de crispación. Un

sentimiento de culpabilidad comenzó a planear sobre ella. Rememoró el instante en el que un auténtico desconocido le propuso participar en el secuestro de una niña de dos años al Nepal. Una de las tramas de la novela de Wright.

—Nos veremos en los tribunales. Quizás allí recuerde algo más de lo que pasó —sentenció Ariel al tiempo que abandonaba la sede de The Ocean Books.

La editora siguió con la mirada la estela de aquel hombre mientras se marchaba. Sintió rabia y tristeza a la vez. ¿Quién era realmente Gastón Sagairi? Si había sido capaz de robarle a una madre a su propia hija, ¿por qué no podía ser él quien le robó el manuscrito a Ariel? ¿O quizás todo formaba parte de un retorcido entramado? Ahora más que nunca tenía la necesidad imperiosa de acudir a Katmandú. El malo de la película parecía más despreciable que nunca.

33

Katmandú, 2016

Pese a que aquella madriguera sombría estaba aislada a conciencia al mundo exterior, William Wright pudo escuchar a lo lejos cómo la lluvia volvía a convertirse en la banda sonora de la ciudad. Los monzones no daban tregua y tornaban a sacudir las calles de Katmandú. Estirado en el camastro de aquel hoyo de mala muerte proseguía ajeno a la humanidad. Su cabello y su barba le otorgaban ya cierto aire a la de un náufrago perdido desde hacía meses en una isla desierta. De pequeño, su madre lo obligaba a llevar el pelo corto y él se negaba. Siempre había sentido auténtico pavor cada vez que pisaba una peluquería. De hecho, a los trece años se escapó una vez de ella. Lo cogieron *in fraganti* en su huida y el barbero se encargó de consumar la consigna de su progenitora. Desde ese dramático día se prometió emular la imagen de una especie de Robinson Crusoe y

dejar que la madre naturaleza ejerciera sus poderes cabelludos a su libre albedrío. Aquel aspecto bohemio había llamado la atención de gran parte de las mujeres que habían desfilado por su vida. Wright derrochaba un atractivo especial que encandilaba a ciertas féminas que buscaban en él esa particularidad que lo hacía diferente al resto de hombres. Como tenía todo el tiempo del mundo, no pudo evitar pasar revista mental a las tres mujeres que más huella le habían dejado.

Blanca Rubio era la abanderada de la sensualidad. Sin duda era la más bella de las tres. Se enamoró perdidamente de ella desde la noche que la conoció en una sala musical de Madrid. Recordó aquel pasaje inolvidable en Estambul. Pese a todo, eran incompatibles. La policía tenía el lado masculino demasiado desarrollado y la extrema sensibilidad de William propiciaba que de modo habitual todo estallara como un polvorín. La idealizó en su físico de forma excesiva y durante el tiempo que estuvo con ella brillaron más las sombras que las luces. Estaba destinada a ser la mujer de su vida y, tras la ruptura, el escritor quedó muy tocado en lo emocional. Blanca lo había querido como a ningún hombre y también sufrió un largo proceso para recuperarse de aquella ruptura. Pese a todo, de vez en cuando la zaragozana aparecía en sus sueños y tan solo el destino sabía si algún día sus vidas podrían volver a cruzarse. María de Hita emanaba sexualidad a raudales. Si bien no era tan preciosa como Blanca, su fogosidad y su pasión suplían de sobra la sensualidad de la primera. Fueron dos encuentros esporádicos, pero suficientes como para arraigar en el corazón enamoradizo de Wright. Un deseo frenético sin concesiones que nació en París, pero que desapareció a la velocidad de la luz, la característica que siempre le han otorgado a la capital francesa. No le dejó la huella afectiva de Blanca, pero aquella mujer influyó de manera decisiva en algunas de sus composiciones narrativas. El último vértice del triángulo amoroso había sido Azucena Castro. La gaditana encarnaba la más pura sensibilidad. De las tres, era la mujer más fácil de llevar y la que

supo entenderle mejor. Desde que descubriera su espíritu ardiente en ese apartamento de Dover, Wright eternizó aquel episodio durante mucho tiempo. Castro era ocurrente e imaginativa como ninguna y ese rasgo le atraía de forma descomunal. Le volvía loco su continua predisposición a tener cualquier tipo de encontronazo sexual. Daba igual la hora del día para ensayar las escenas más férvidas. Teniendo en cuenta su carácter afable y empático era la mujer con la que sería más fácil envejecer. Las diferentes características de todas ellas conformaban el perfil de su mujer ideal. Como si de un Frankenstein se tratara, hubiese podido crear con el mejor retazo de cada una la criatura femenina de sus sueños. Y mientras la estela de la escritora Mary Shelley se disolvía en la mente de Wright, no demasiado lejos de allí el teléfono de Robert Taylor vibró con virulencia en la habitación de aquel austero hostal en el que se encontraba.

—Acabo de aterrizar en el aeropuerto de Katmandú. En media hora puedo estar en el centro de la ciudad —subrayó una voz femenina al descolgar el móvil.

—¿Eres Katharine? ¿La editora de William? Sabía que podíamos confiar en ti —dijo Taylor al reconocer su inconfundible acento escocés.

—No me des las gracias. Lo hago por Wright.

—Al final de Trivedi Sadak, casi en la esquina con Kanti Path, se encuentra el Jardín de los Sueños. Nos encontraremos allí.

Aunque ambos eran agnósticos, Robert Taylor y Lázaro Espinosa se detuvieron un par de veces en varios templos hinduistas para admirar la íntima devoción religiosa que procesaban los lugareños a sus dioses. A su manera, le pidieron a alguna deidad –con seguridad a las satánicas majestades de los Stones- que el encuentro con la editora sirviera para salvar la vida de su amigo. Era la única opción de encontrar a Wright. En aquel entorno idílico de fuentes, tinajas y aviarios, los músicos adivinaron sin grandes dificultades la llegada de Katharine Snow. Ninguna mujer en toda Katmandú podía lucir una melena ensortijada pelirroja como aquella. Se saludaron con cierta frialdad.

—Durante el trayecto hasta aquí he hablado con William —dijo

ella.

—¿Cómo se encuentra? —se interesó Taylor.

—Está bastante entero, dadas las circunstancias.

—A nuestro cantante no lo tumban con facilidad —Lázaro alabó la condición de su amigo.

—Ahora lo que nos importa es que lo dejen salir un rato para hablar conmigo.

Robert mostró cierto recelo.

—¿Crees que los secuestradores accederán a tu petición?

—Vendrá muy vigilado, pero me han asegurado que sí.

—Tendremos una media hora para prepararlo todo —adelantó Lázaro con cierto tono misterioso.

—¿Qué estás tramando? Si ven algo extraño acabarán con Wright y con nosotros.

El batería apuntó el dedo índice a su cabeza.

—Tengo un plan. No temas. Todo saldrá bien.

Apenas sin pestañear, Katharine y Robert escucharon con atención la estrategia urdida por Lázaro.

—Que Shiva reparta suerte y se apiade de nosotros —concluyó la editora.

Se separaron cada uno por su lado y se perdieron por las polvorientas calles de la zona del Thamel. Katharine todavía recordaba algunas de las imágenes de su anterior estancia en Katmandú. Había llegado como prófuga y cómplice a la vez del secuestro de una niña. Una auténtica locura fruto de una pasión repentina. Y ahora se hallaba ahí de nuevo como una heroína redentora de causas perdidas. Gastón Sagairi, el hombre que tan rápido la encandiló, era ahora la única opción para salvar a Wright. La vida en la capital nepalí no estaba hecha para ella y, a los tres meses de aquel dislate, decidió volver a su querido Londres.

La escocesa caminó durante quince minutos hasta llegar a una pizzería del Thamel. Gastón Sagairi aguardaba su presencia entre la expectación y el recelo. Aquella mujer tenía ya demasiado información y había sido protagonista en primera persona del rapto de la menor.

—Sigues tan radiante como el día en que te conocí —advirtió

Gastón.

—Tú también has hecho un pacto con el diablo.

—Lamento que hayas tenido que venir hasta aquí. Todo se ha ido complicando poco a poco.

—¿Era realmente necesario asesinar a aquel hombre?

—Descubrió todo el pastel. No era solo un secuestro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Las personas que me ayudaron a escapar tienen cargos importantes.

—La maldita corrupción de este planeta.

—Personas influyentes me ayudaron a huir de París.

Katharine endureció los rasgos de su rostro.

—Esa niña debería saber quién es su padre.

—La madre nunca me lo dijo. Menos mal que fue así porque si no seguramente lo hubiese matado.

—¿Cómo está la chica?

—Ha heredado la belleza de su madre. Es casi imposible que pase desapercibida en esta ciudad.

—Por eso llamó la atención de William. Una niña morena con ojos azules y rasgos occidentales.

—Es cierto, aquello desencadenó todo esto. Pero ahora tenemos que comportarnos como si no sucediera nada. Vamos a concederle a Wright su deseo de reunirse contigo.

—¿Dónde nos veremos?

—Hay un restaurante cerca de aquí que se llama Carpe Diem Lounge. Cuatro personas lo vigilarán. Tenéis sesenta minutos para que te explique su vida. Ni uno más.

—De acuerdo. Te lo agradezco. Es importante para él.

—Confío en ti. Como aquella vez que me ayudaste en París.

La editora se despidió de Gastón. Aquel hombre seguía impresionándola por su infinita frigidez a la hora de afrontar los momentos más delicados. Atesoraba una sangre fría prodigiosa. Pensaba que la fotografía había sido una tapadera en su vida. Mas bien personificaba la imagen de un sicario capaz de vender su alma al diablo por una apetecible cantidad de dinero. Antes de enfilar el camino hacia el restaurante, Snow le envió un mensaje a Robert

Taylor.

El Carpe Diem Lounge había sido la sede de una antigua biblioteca. Quedaban algunos vetustos tomos desparramados por las estanterías. Se respiraba un ambiente tranquilo y relajado. La iluminación era tenue e invitaba a leer cualquiera de las grandes obras que por allí se divisaban. La parte musical también estaba bien cuidada. En una *playlist* interminable no dejaban de sonar canciones de jazz y soul. Katharine tomó asiento en una de las mesas del ahora restaurante. Al cabo de diez minutos, cinco hombres entraron en la sala. William Wright se adelantó a ellos y se dirigió al sitio donde se había acomodado su editora.

—Tu deseo ha sido concedido —dijo ella.

—Hubiera preferido verte en un *pub* de Londres tomando unas pintas.

—Ahora mismo te pedirían el pasaporte para poder entrar en el país —comentó Katharine en tono irónico—. Estás casi irreconocible.

—No me fío de los peluqueros nepalís.

—¿Te tratan bien esos tipos?

—Bueno, no me puedo quejar ni de la comida ni del confort del hotel.

—Tu novela ya ha sido publicada. Apenas tuvimos que retocarla.

—¿En serio? Me muero de ganas de tenerla en mis manos —dijo William, que ya no recordaba un momento de emoción desde hacía meses.

—Espero que se convierta en ese *best* seller que nos saque de esta miseria.

—Me estaba aburriendo ya de escribir reseñas de cocina. ¿Te han dicho cuándo van a soltarme?

—Espero que pronto, pero no depende de mí.

—Hay algo más que el secuestro de una niña, ¿verdad?

—No queramos saber más. Mira qué ha pasado con Max.

—Espero que Robert y Lázaro sigan adelante con la investigación.

—No es el momento ni el lugar para hablar ahora de eso. Esos tipos que te vigilan pueden estar leyéndonos los labios.

—Siempre con tus ocurrencias novelescas.

—Puede que sí, pero ya no nos queda más tiempo para hablar.

El escritor no entendía lo que estaba ocurriendo.

—Me habían dicho que teníamos sesenta minutos.

—Así es, pero ahora tienes que ir al lavabo y quedarte allí hasta que pase el resto del tiempo. Cuando esos tipos se extrañen y vengan a verte al baño les dices que te ha entrado una gastroenteritis de caballo.

—¿Y qué se supone que tendré que hacer metido allí dentro?

—¿Has estado alguna vez en un parque de atracciones?

—Sí, claro. ¿A qué viene esa pregunta?

—Pues agárrate fuerte, que vienen curvas.

William Wright se levantó de la mesa y se dirigió hacia el servicio de caballeros. Sin apenas tiempo de entrar, una mano le tapó la boca y lo introdujo para dentro. Aquel pequeño habitáculo parecía el camarote de los hermanos Marx. Tres personas eran demasiadas para un espacio tan minúsculo.

ଔ

Katharine Snow abandonó el restaurante donde se había citado con William. Al instante llegó Robert Taylor. La editora le relató la conversación que había mantenido con Wright. Caminaron de forma discreta unos cuantos metros hasta que se detuvieron en la esquina de Tridevi Sadak con Amrit Marg. En un cartel a pie de calle se anunciaba la función de un tal Airam Ascanio. El espectáculo de magia estaba programado para las siete de la tarde.

—¿Hace cuánto no vas a una actuación de ilusionismo? —preguntó el bajista.

—De pequeña, mi padre me llevó alguna vez en Portree.

—Si consiguiéramos que la pequeña Mayale fuera a ese espectáculo.

—¿Qué estás tramando?

—Ir más allá de las leyes de la naturaleza.

—Permíteme un momento.

La editora se alejó un instante de Taylor y marcó en su teléfono el número de Gastón Sagairi.

—Quería agradecerte que me hayas dejado hablar un rato con William.

—Lo prometido era deuda.

—Lo he visto bastante agotado.

—Espero que todo esto se aclare pronto y podamos dejarle en libertad. No es mi intención tenerlo retenido.

—Mañana volveré a Londres.

—¡Vaya! Ya veo que sigue sin enamorarte esta ciudad.

—Tengo mucho trabajo en el despacho, aunque antes de irme, si no te importa, me gustaría estar un rato con la pequeña Mayale.

—Ya no es tan jovencita.

—Lo imagino. Esta noche hay una función de magia. ¿Qué te parece si os venís a verlo?

—¡Claro! Le encantará.

—Es en el Shilpee Theatre.

Katharine guardó el móvil en su mochila al tiempo que esbozaba una sonrisa en su rostro.

—Pensaba que te habías despistado —advirtió la editora al encontrarse de nuevo con Taylor.

—Es difícil perder de vista esa piel blanquecina llena de pecas.

—¿Dónde has estado?

—He ido a ver a un futuro amigo.

—Ya veo que tienes facilidad para hacer nuevas amistades.

—Nunca se sabe quién puede ayudarte, aunque te encuentres en la otra parte del mundo.

—Tengo buenas noticias. Mayale vendrá esta tarde al espectáculo.

—Tú tampoco pierdes el tiempo.

Ambos se miraron con cierto aire de triunfo. Aunque se habían conocido hacía unas horas parecía que llevaban varios meses planeando algún plan para liberar a William Wright.

—Vamos al hostal a llevarle unas cuantas viandas a nuestro hombre.

—Esas pizzas para llevar no tienen mala pinta —dijo Katharine.

—Vamos a necesitar una buena dosis de hidratos de carbono para

dentro de unas horas.

34

Arequipa, 2016

Parecían los preparativos de una gran boda. La cocina de aquel ático soleado se había convertido en una sala de *ballet* donde las ollas bailaban al son del vapor, las sartenes danzaban a fuego lento, el horno zascandileaba sin dirección alguna mientras tres bailarinas saltaban de puntillas de un extremo a otro en aquel paraíso de exquisitez culinaria. Era como si Bach, Mozart y Beethoven se hubiesen confabulado para crear la melodía más sublime de la historia de la música. Como si Van Gogh, Picasso y Dalí hubieran ingeniado el lienzo más asombroso. Azucena Castro, María de Hita y Blanca Rubio revivían aquellos años atrás en la escuela de hostelería de Barcelona. Brindaban con un vino blanco semidulce dándole las gracias al universo por haber permitido estar juntas de nuevo al calor de los fogones.

—Esta noche no la supera ni la de fin de año —aseguró María de Hita al tiempo que se recogía el cabello con una mano y contoneaba sus caderas siguiendo los acordes de *Trash* de los Suede.

—¡Qué ombligo tan bonito tiene la tía! —exclamó Blanca Rubio.

—¿Todo esto os lo enseñé yo en la academia? ¡Qué peligro tenéis!

—¡Vamos a volver locos a los vecinos! —dijo la expolicía.

—Tranquilas, al menos los de arriba no se quejarán —aseguró María, quien había alquilado el ático.

—Por cierto, ¿cómo está nuestro *boy* para esta velada? —preguntó Blanca en alusión a Sebastián Gómez.

—¿Y si lo sacamos a bailar? —propuso Azucena con escarnio.

—Voy a comprobar si tiene ganas de fiesta.

Blanca Rubio se dirigió a la habitación donde ocultaban al inspector.

—Al menos me podrías servir un *whisky* y me añado a la fiestecita que tenéis ahí montada —apuntó Gómez.

—¡Menuda bacanal ibas a organizar con tres mujeres!

—Me vale contigo. Eres la más bonita.

—Guarda tu pasión para cuando estés en la prisión de Barcelona. Allí tendrás unos cuantos tipos que querrán intimar contigo.

—Me pone muy cachondo tu versión masculina. No te valió con el escritor, ¿verdad?

—¿Qué sabes tú de eso?

—Nos conocimos en Estambul. Quería acostarse contigo y…

—¿Me estás diciendo que el encuentro que tuve con William no fue casual?

—Estuvo cenando en el mismo restaurante que nosotros. Ya sabes, él trabajaba en su guía gastronómica. Cuando te fuiste al baño vino hacia mí y me preguntó por ti. Quería saber a qué te dedicabas y en qué hotel estabas.

—¿Le dijiste a un extraño quiénes éramos y dónde dormíamos?

—Me cayó bien. Me dijo que necesitaba nuevas historias de amor para su futura novela. Aquella que parecía que nunca iba a escribir.

—¡Eres un cerdo!

—Entre los hombres tenemos que ayudarnos. Ya que tú no tenías el mínimo interés conmigo.

—Vas a ser un viejo verde muy peligroso. Suerte que te vas a convertir en mierda seca en una cárcel de poco más de cinco metros cuadrados.

—Me casaré contigo si salgo de esta.

—¡Estás loco! *¡Bonsoir, monsieur!* Le traeré las sobras de la cena.

Blanca Rubio volvió a la sala de máquinas donde sus dos camaradas continuaban con aquel *show* de gourmets de alto standing.

—Necesito más vino. Ese cabronazo me ha puesto de mala hostia.

—¡Que no le falta de nada a mi excompañera de clase! —dijo María de Hita al tiempo que le rellenaba la copa.

—¿Qué te ha contado ese gilipollas para que te haya cambiado la

cara?

—No tiene importancia. Nada ni nadie nos va a joder nuestra fiesta.

María de Hita trató de quitar hierro al asunto.

—Vamos chicas, a estas alturas ya sabemos que casi todos los hombres van a lo que van.

—Pensaba que había tenido una bonita historia de amor. Ahora ya tengo claro que los escritores van buscando mujeres por ahí para rellenar sus páginas en blanco.

—¿Un escritor? Una vez yo también conocí a uno —relató Azucena—. Comenzó siendo un cliente y acabamos follando como locos en el apartamento que fui a enseñarle.

—Una vez vi un gag muy bueno de los Monty Phyton. Era una reunión de amigos y cada uno explicaba una historia. La intención era ver quién la decía más gorda —reveló María.

—¿Y cuál es la tuya? Venga, ¡sorpréndenos! —indagó Blanca.

—El padre de mis dos hijas es...

La almeriense no tuvo tiempo de acabar la frase. Una voz potente que parecía provenir de los infiernos había irrumpido en la cocina.

—¿Necesitáis a un *boy* para que os haga un *striptease* para la fiesta de esta noche? —dijo Sebastián Gómez al tiempo que sujetaba del cuello a Blanca Rubio.

—¡Maldito bastardo! —vociferó María de Hita.

—No debiste olvidar el cuchillo de pelar las patatas encima de la mesita de noche —dijo el inspector mientras acariciaba con la hoja de aquella arma su garganta.

—¡Suéltala! ¡Ni se te ocurra hacerle daño! —gritó Azucena.

—Vamos a continuar el fiestón en esa terraza tan maravillosa que tenéis ahí afuera. Luego pensaré qué hago con vosotras.

Sebastián Gómez fisgoneó el bolso de Blanca y le confiscó la pistola.

—Me encantaría probar algunos de esos platos tan deliciosos que habéis preparado. Pero, ¡sin prisas, chicas! Tenemos toda la noche por delante.

—Voy a ver si queda veneno por ahí —amenazó María de Hita.

—Un poco de cariño, por favor. Si me tratáis bien os dejaré retenidas a las tres juntitas en el mismo zulo.

—En unas horas vas a tener a toda la policía peruana por aquí —afirmó Blanca.

—Si son tan corruptos como yo, seguro que se ponen de mi parte.

—¿No te gustan las películas americanas? Los buenos siempre ganan a los malos —argumentó Azucena.

—¿Sabéis, chicas? Me siento como William Wright. En este espectacular ático con estas vistas y con las tres sirenitas a mis pies. Ahora entiendo por qué ese tipo se enamoró de vosotras.

—Aparte de corrupto, eres el hombre más repugnante que he conocido nunca. Debí darme cuenta mientras trabajábamos juntos.

—No te quejes, cielito. Gracias a mí, pudiste acostarte con ese escritor.

—¡Estás como una puta regadera! —gritó Azucena.

La llegada a lo lejos de una manada de nubes ponía en peligro el resplandor de la luna llena, aunque las estrellas continuaban brillando en la patria celestial de Arequipa. Las fuerzas de las tres ninfas comenzaban a flaquear. Demasiado tiempo varadas en tierra firme. Sus escamas se estaban resecando. Necesitaban un poco de agua para revitalizar sus energías. La llamada del mar las requería.

ଔ

A base de unos ungüentos de cera de abeja con propóleo, las heridas de sus piernas habían cicatrizado poco a poco. Aquella anciana lo había acogido en su casa como si de un hijo se tratara. De no haberse topado con esa especie de hechicera, a buen seguro que Sandro Vallverdú se hubiera desangrado en la cama de la habitación donde Azucena le abandonó, marcado con dos aguijones casi letales. Mientras sorbía un té de hierbabuena escuchando un programa de radio vespertino, sonó su teléfono móvil.

—¿Cómo está mi hermanito favorito? —preguntó una voz amable.

—Estaría mejor en una playa tropical de Madagascar.

—Bueno, estás a tiempo. Se me había ocurrido que quizá te apetecería ir a echar unos tragos y dejarnos caer otra vez por la sala Verdi. Proyectan una peli bastante interesante.

—Es todo un planazo, pero me pilla un poquito lejos, *brother*.

—Siempre dando tumbos por el mundo. ¿Se puede saber dónde cojones estás?

—No lo adivinarías.

—Ni puta idea. Venga, ¡no te hagas de rogar!

—En una aldea perdida relativamente cerca de Arequipa.

—Eso está en el Perú, ¿verdad?

—Y rodeada de volcanes.

—No sabía que te gustara ese tipo de turismo.

—Ni a mí. Lo estoy descubriendo ahora. Y tú, ¿qué tal por Barcelona?

—No paso por mi mejor momento.

—¿Estás bien? ¿Qué te ocurre, hermanito?

—Se trata de mi excompañero de trabajo. No sé si alguna vez te he hablado de él.

—Que yo recuerde, no.

—Era un tipo cojonudo.

—¿Era?

—Lo mataron hace una semana. En la madrugada que estuvimos viendo aquella peli de cine mudo.

—¡No jodas!

—Algo gordo debió hacer para que se lo cargaran a quemarropa mientras dormía. Algún hijo de puta anda suelto por ahí.

—Vaya, lo lamento.

—Desde entonces, la oficina ha sido un ir y venir de polis, inspectores y periodistas para interrogarme. Estoy más que saturado. Necesito unas vacaciones.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—De momento, me he venido a pasear por la plaza de Ibiza. Max vivía aquí.

—Tengo que dejarte, *bro*. Me estoy quedando sin batería.

—No te preocupes. Hablamos en otro momento.

Sandro colgó el teléfono. No tenía el valor de continuar aquella conversación. Ya no recordaba si sus ojos eran capaces de derramar lágrima alguna. La vida embrollada que lo había acompañado

durante los últimos años lo había convertido en un ser tiránico e inhumano. Estaba en las antípodas del comportamiento de su hermano, quien le acababa de comunicar la crueldad del asesinato del que había sido su colega de despacho. Sin apenas tiempo de digerir aquel episodio criminal sonó el timbre de la casa. La mujer que le había salvado la vida se apresuró a abrir.

—Me ha dicho el propietario de la taberna que el hombre que hirieron el otro día se encuentra aquí —inquirió una voz al otro lado de la puerta.

—¿Qué quieren de él? ¿Quién es usted? —preguntó ella.

—Manuel Cisneros. Soy el taxista que lo trajo aquí desde el aeropuerto. Vengo a ayudarlo.

—Sandro, preguntan por ti.

Mantuvieron una conversación de varios minutos. Cisneros lo puso al corriente de todo lo acontecido desde que Azucena se librara de su tutela. Sandro cogió las manos de quien era ya su segunda madre y le besó la frente.

—Me acaban de comunicar que se ha ganado un lugar privilegiado en el cielo —recitó, despidiéndose de ella.

El coche de Cisneros aguardaba afuera en la calle.

—El señor Zola me llamó esta mañana para decirme dónde se encuentra el inspector.

—Esa mujer debe ser muy buena para haber atrapado a Gómez —dijo en alusión a Blanca Rubio.

—Vinieron a mi casa y amenazaron a mi mujer. Saben cómo hacer daño. Tenga cuidado. Esto no es un juego.

En poco más de media hora, entraron en la parte antigua de Arequipa.

—Es aquí. Están en el ático. La puerta B.

—¿Sabemos si hay más personas con ellos?

—Seguramente. Venían conmigo desde el valle del Colca.

Sandro abandonó el vehículo y giró la vista atrás para contemplar la cara asustada de Cisneros. Antes de entrar en el portal, alzó su mirada hacia arriba. Un escuadrón de nubarrones grises amenazaba lluvia. El vestíbulo del edificio era bastante amplio y en la parte izquierda figuraba la garita del portero. El valenciano recordó de su

infancia esa entrañable figura, la cual se había ido perdiendo con el transcurso del tiempo. Era domingo y seguramente el día de fiesta de aquel hombre que atesoraba un duplicado de las llaves de todos los pisos. La edificación debía datar del segundo tercio del siglo pasado. Al fondo de la sala de entrada relumbraba como una reliquia arquitectónica el vetusto y lúgubre ascensor; una gran estructura metálica de color negro que guarnecía la cabina de madera del elevador. Sandro pasó su mano por los barrotes como el que acaricia el cañón de un barco pirata.

El taxista le había proporcionado una pistola. Decidió no utilizar el ascensor para evitar ruidos. Comenzó a ascender despacio por las amplias y reviradas escaleras de caracol. Los peldaños eran de mármol y de un tono salmón que había palidecido con los años. Solo había dos puertas por planta. El final de la escalinata expiraba con los dos privilegiados áticos del edificio. Como hiciera en aquel piso de la plaza de Ibiza donde vivían Max y Azucena, Sandro abrió la puerta con la lámina de acetato de una radiografía. Empezaba a consagrarse como un auténtico ladronzuelo de guante blanco. El piso contiguo al ático B parecía hallarse vacío. Con la luz vaporosa de una linterna, Sandro caminó hasta el fondo de la vivienda para llegar a la terraza. Los propietarios tenían un gusto exquisito para la decoración. Una gran pérgola cubría la zona de chill out. Dos bancadas de madera con unos cojines con motivos asiáticos invitaban a apoltronarse y no salir nunca de ahí. Las plantas con flores de colores engalanaban un espacio que tocaba casi el firmamento. Al contemplar aquella divinidad ornamental, Sandro se hubiese servido un cóctel y se hubiera olvidado del mundo de ahí afuera. Una celosía de aluminio cubierta con el serpentear de una frondosa buganvilla separaba la terraza de la del vecino. Se ocultó tras esa sinuosa vegetación para escudriñar lo que acontecía al otro lado de la frontera. Rememoró la reciente conversación con su hermano. Le invadía en su cabeza la disyuntiva de ayudar a liberar a las tres mujeres o seguir sumándose a la cruzada liderada por Sebastián Gómez. Pese a que había aceptado aquel sucio trabajo de matar a un hombre debido a su precaria situación económica no era un tipo sin escrúpulos. En su fuero más interno emanaba cierto

sentimiento. Y, en cuestión de segundos, decidió enderezar el rumbo de su vida. Atisbó la figura del enemigo a tan solo unos pasos. Tenía que aguardar el momento hasta que se colocara de espaldas ante él y poder sorprenderlo. El adversario apenas se movía. No tenía prisa. Cualquier paso en falso podría desmoronar todo el plan. Sandro se deleitaba con la melodía de la voz de aquellas tres mujeres que parecían provenir de mar adentro. Pese a que Sebastián Gómez había tratado de amilanarlas lo cierto es que no se mostraban demasiado atemorizadas. Sandro había tenido la oportunidad de conocer a una de ellas de forma bastante íntima. Primero, en aquel piso de Barcelona, cuando la encontró durmiendo al lado de Max Labiano. Salvo que la invadiera un frío procedente de Alaska, Azucena siempre dormía desnuda y pudo descubrir su bella estampa entre las sábanas. Esa noche se empezó a gestar una inusitada atracción por esa mujer. Y, después, durante todo el vuelo transoceánico para acabar en ese lecho de mala muerte previo a que le propinara las dos brutales estocadas. Había acariciado sus labios antes de convertirse en un toro de Miura desangrado. Aunque había estado a punto de mandarlo al otro barrio, se sentía profundamente atraído por sus encantos. Levantó la cabeza y le hizo un gesto a la que había sido agente inmobiliario. Azucena trató de ocultar su estado de sorpresa al visionar la estampa del hombre que días atrás la había secuestrado. Pero si estaba ahí tratando de buscar su complicidad no había duda de que su intención era tratar de ayudarlas. Tenía que aferrarse a él como un clavo ardiendo. La elección entre Sebastián Gómez y Sandro parecía clara.

—¡Hay que ver cómo se lo gasta el vecino! ¡Menudo chiringuito tiene aquí montado! —exclamó Azucena, mientras asomaba su cabeza entre la celosía.

—¡Vuelve aquí, listilla! —instó la voz del inspector.

—Tiene hasta una pequeña piscina hidromasaje. ¿Por qué no nos damos un bañito todos juntos? Vamos poli, ¿no me digas que no te mueres de ganas de vernos a las tres desnudas?

Azucena se desprendió de su ropa ante la mirada atónita de Blanca Rubio y María de Hita.

—¡Venga, no seáis mojigatas! Quitaos esos trapitos que lleváis

encima y venid aquí conmigo —dijo ella al tiempo que les guiñaba el ojo en señal de complicidad.

Las otras dos mujeres se quedaron luciendo su atractiva lencería. Saltaron el pequeño muro que lindaba con el ático contiguo y se hicieron un hueco en el despampanante *jacuzzi* del vecino. El inspector no podía creer que estuviera sucediendo aquella esperpéntica escena. Era como la recreación de un lienzo de Botticelli. El nacimiento de las tres Venus Afroditas había cobrado vida ante sus ojos. Solo faltaba la gran concha de mar. Cualquier varón hubiese dado todo el oro del mundo por contemplar aquella acuarela que se presentaba tan real como seductora. Y cuando más ensimismado estaba con aquella estampa del pintor del Quattrocento italiano, un fuerte golpe en su espalda lo devolvió a la barbarie de la tierra y se estrelló de bruces contra el parqué flotante de la terraza. Sandro recogió rápidamente del suelo la pistola del inspector antes de que reaccionara a la contundencia del mazazo. Con un arma en cada mano parecía un *cowboy* del viejo oeste antes de dirimir un duelo bajo la tutela de las estrellas.

—Sabía que volverías a traicionarnos —dijo Sebastián Gómez, todavía medio aturdido al descubrir al autor del topetazo.

—¿Ayudar a personas inocentes es traición?

—Vamos, cuéntales a estas chicas lo que sucedió aquella noche. ¡Cómo te cagaste en los pantalones y no fuiste capaz de hacer el trabajito que te habíamos encargado!

—Me alegro de haber sido un cobarde.

—¡No eres más que un paleto de pueblo!

—Entonces, ¿no fuiste tú quien mató a Max? —dijo Azucena mientras salía de las aguas de la piscina en miniatura.

—Mi instinto policial me dijo que este tarambana sería incapaz de acabar con la vida de tu amorcito y lo seguí hasta la entrada de vuestro piso para rematar la faena que este inepto no fue capaz de

hacer.

—¡Dame una pistola, que me cargo a este hijo de puta! —vociferó Azucena.

—Vamos a mantener la calma —advirtió Blanca Rubio, deteniendo el arrebato de ira de su amiga.

—Estoy hablando con Daniel. En diez minutos tendremos aquí a los soldados del ejército —informó María de Hita.

—Estamos en América, mi querido Sebastián. Aquí todavía existen los finales felices y los buenos derrotan a los malos —aseguró Blanca.

Repartidos en dos grupos de una decena de hombres, los miembros de las fuerzas armadas de la ciudad irrumpieron en la terraza de ambos áticos. María de Hita abrazó con efusividad a Daniel Barragoitia.

—La pesadilla ha terminado —proclamó el embajador.

Blanca cogió el móvil para llamar a Jon Eringuren y le comunicó la detención de Gómez. Cuando colgó el teléfono, Azucena se acercó un instante a María de Hita.

—Por cierto, no acabaste de decirnos quién es el padre de tus dos hijas.

La almeriense se acercó a Azucena y le susurró unas palabras al oído. Ambas sonrieron al unísono.

—¿Ocurre algo, chicas? ¡A qué viene tanto cuchicheo! —Blanca las había seguido con la mirada.

—Nada, nada… aunque la policía siempre se acaba enterando de todo —respondió María mirando de soslayo a la exsubinspectora.

Azucena se apartó un instante de todos ellos para enviar un mensaje de texto. Cada vez llovía más y los relámpagos aparecían y se fugaban en el tenebroso cielo de Arequipa. Los siete volcanes permanecían absortos al galimatías del firmamento y optaron por seguir durmiendo plácidamente sin indicios de entrar en cólera.

35

Barcelona, 2016

Desde que se separara de Max Labiano, la vida de Valentina Lombardi dio un giro radical. De golpe y porrazo se encontró sola y

con un niño pequeño en una ciudad desconocida por completo. Además, su singladura cinematográfica iba poco a poco en caída libre y ya no le llegaban propuestas interesantes. Tenía que conformarse con películas de bajo presupuesto o miniseries para la televisión. Atrás quedaron los días de gloria en los que, gracias al efecto Bellucci, la habían encumbrado como la actriz de moda del momento. Antes de instalarse en la capital catalana, había estado allí varias veces promocionando algunos de sus trabajos más aclamados. Su participación en *Vivirás al borde de una lágrima* de Woody Harrylson significó su lanzamiento al estrellato. La prensa se encargó de difundir su soberbia actuación y los medios más prestigiosos intentaban conseguir una entrevista con ella. Entre ellos, *El eco y la voz*, el diario con mayor tirada de la ciudad condal. Había forjado una estrecha amistad con Ariel Godoy, al que había conocido de modo fugaz en un viaje en tren. La actriz acudió a la sede del periódico en la calle Almogàvers.

—Lo siento, señorita, pero el señor Godoy hace días que no viene por aquí —le contestó el recepcionista que se encontraba en la estancia previa a la sala de redacción.

Valentina salió de nuevo a la calle. Miró a ambos lados. Pese a que se encontraba en pleno centro del Eixample, la ciudad barcelonesa le empezó a transmitir una imagen algo tétrica. Parecía como si extrañas circunstancias comenzaran a sucederse una tras otra. Recordó aquel pasaje con Godoy en el ferrocarril de Praga a Viena. Se habían visto en varias ocasiones tras el encuentro fortuito en ese vagón. En un principio lo había prejuzgado gratuitamente, pero poco a poco fue descubriendo a un hombre muy sensible. Y con la carencia de haber forjado un círculo de amigos en Barcelona, el periodista argentino se había convertido en una especie de confesor para ella. Buscó su contacto en el móvil.

—¡Valentina! ¡Qué sorpresa! —dijo Ariel tras descolgar el teléfono.

—Necesito hablar contigo.

—¿Qué ocurre? ¿Le has contado algo a Hugo?

—Le he dicho que su padre se ha ido de viaje muy lejos de Barcelona.

—Muy sutil.

—Supongo que en un momento u otro me hará más preguntas.

—Seguro que sabrás decírselo con las mejores palabras. En cambio, a mí, no me las han dado.

—¿Por qué dices eso?

—Acaban de suspenderme de mi puesto de trabajo.

—¿Por qué motivo?

—He sido el primer periodista en publicar la noticia del asesinato de Max.

—¿Fue por aquello que te expliqué que me dijo Azuzena?

—Lamentablemente, sí. Tengo pocos detalles todavía. Tan sólo lo que la policía nos ha querido contar.

—¡Pues los de tu periódico tendrían que estar orgullosos de ti!

—A alguien de arriba no le ha gustado en absoluto.

—¿Sabes quién ha sido?

—Si lo supiera, ya le habría pedido explicaciones. Está claro que esta decisión refrenda nuestra teoría de que detrás de la muerte de Max hay un trasfondo de intereses.

—¿Crees que dentro del periódico hay alguien que pueda estar implicado? ¿No sospechas de nadie?

—No conozco en persona a nadie del grupo editorial. Hay accionistas que nunca han aparecido por la redacción. ¡No sé qué voy a hacer ahora! —exclamó Ariel cada vez más abatido.

—Intentar pasar lo más desapercibido posible. Y, sobre todo, que nadie sepa que nos conocemos.

—Quizás debería contárselo a la policía.

—Puede que sea lo más conveniente. Yo aprovecharé para desaparecer unos días de aquí.

—¿Y a dónde piensas ir?

—Me escaparé a Roma.

—Ya. Supongo que a saludar a la familia.

—Sí, claro. Además, tengo que solucionar un temilla del pasado.

—¿Hay algo que te preocupe? —dijo Ariel al percatarse que Valentina había cambiado ostensiblemente el tono de su voz.

—Un viejo asunto de juventud, pero nada importante. No te preocupes.

—Pues ahora ya no me quedo tan tranquilo. Al menos, decime con quien tenés que verte. Para eso están los amigos, ¿no?

—Su nombre es Zola, Giuseppe Zola.

Por la tarde, Valentina Lombardi llevó a su hijo Hugo al Tibidabo. Al lado de la entrada principal germina desde el suelo calcáreo una de las emblemáticas atracciones de la montaña mágica barcelonesa. Casi tocando el firmamento se alza la Talaia. El día de su inauguración, a principios del siglo XX, los habitantes de aquella época le atribuyeron propiedades curativas y abogaron por la teoría de que era capaz de sanar a los niños que padecían la tosferina. Valentina pensó que, desde lo más alto de la ciudad, el jovencito Hugo estaría más cerca de las estrellas para escuchar los acordes de la guitarra de Max. Le besó la frente antes de que subiera a la cesta roja de aquel vaivén febril para los sentidos. Cuando bajara de la atracción quizá sería el momento más idóneo para afrontar el reto más amargo que hasta ahora se había enfrentado: contarle a un crío de trece años que su padre se había alejado de la tierra para surcar el cielo eterno.

ଔ

Tras aquella conversación con Valentina, Ariel Godoy se dirigió a la calle Almogàvers. No podía evitar el sentimiento de nostalgia de estar cerca de su habitual sala de máquinas. Se detuvo en la acera de enfrente a unos metros de distancia de la puerta de entrada de *El eco y la voz*. Observó cómo algunos de sus compañeros entraban y salían del edificio. Sintió una envidia sana. Era como si le hubieran arrancado el corazón, porque su alma permanecía intacta. Nada ni nadie le usurparía su esencia como periodista. Recordó sus inicios, cuando acudía a sus primeras entrevistas con una grabadora de cinta de casete. En aquellos tiempos no existía internet y tenía que

documentarse con los libros y revistas que había ido recopilando con los años. Caminó hasta la entrada de metro de Marina. Había quedado con su tía en una cafetería de la calle Aribau esquina con Muntaner. Llegó antes que ella y se sentó en una mesa a hojear la prensa del día. Evitó tomar el diario del que hace unos días era una de las plumas más brillantes, pero aun así la emoción volvió a embargarlo. Lucía Godoy llegó a los pocos minutos. Llevaba un abrigo tres cuartos de terciopelo y unas botas grises de montar a caballo. Su *look* evocaba a una Cleopatra de tiempos remotos. Tenía un peinado a lo *bob,* con un flequillo recto y desfilado y una media melena que le llegaba hasta los hombros. Estaba a punto de cumplir los cincuenta, pero sus rasgos finos y apenas sin arrugas le conferían un aire bastante juvenil.

—Por favor, discúlpame por haberte raptado de tus clases —dijo Ariel.

—No importa. Mis alumnos son ya mayorcitos. Les he dejado trabajo para un rato.

—¡Quién pudiera trabajar!

—Lo siento, sobrinito. No era mi intención ahondar en la herida.

—Lo sé, era por poner una nota de humor.

—¿Alguna novedad?

—Decidí ir a la comisaría de la calle Balmes.

—¿Vas a hablar con el inspector que te dijo la mujer de aquel cabaret?

—Sí, quizás él sepa algo más de los cuatro nombres que presiden el grupo editorial.

—¡Buf! Te estás metiendo en el caso hasta el fondo.

—No tengo otra elección.

—Ya te he dicho muchas veces que no me gusta nada todo este asunto. Han matado ya a un tipo.

—No puedo quedarme con los brazos cruzados.

—Podrías buscar trabajo en otro periódico y olvidarte de esta

pesadilla.

—No lo hago solo por mí. También por Valentina y su chico.

—Te entiendo, pero eso no evita que sufra por ti.

—Sí, lo sé también. Por cierto, ¿podría pasar unos días en tu casa? Sería temporal. Hasta que todo esto comience a aclararse.

—Claro. Sabés que es tu casa.

Godoy se despidió de su tía y enfiló la vereda hacia la jefatura de la policía nacional de la calle Balmes. Depositó sus objetos metálicos en la bandeja de entrada y, tras pasar el control inicial, accedió al interior.

—Buenos días. Me gustaría poder hablar con el inspector Sebastián Gómez.

—Buenos días, caballero. El señor inspector no se encuentra en estos momentos —respondió uno de los policías de la recepción.

—Tengo información en torno al asesinato de Max Labiano.

El oficial se retiró y Ariel aguardó en uno de los rincones de la sala de espera. Hacía muchos años que no pisaba una comisaría.

—Puede pasar —invitó el oficial que le había atendido.

Godoy accedió a un pequeño pasillo donde había varias dependencias a ambos lados. Entró en el despacho que le habían indicado.

—Me dijeron que el señor Gómez no está.

—Soy el subinspector, Jon Eringuren. Estoy al mando del caso.

—¡Vaya! Entonces, no me informaron bien.

—Mi compañero me ha comentado que sabe algo en relación al crimen de Max Labiano.

El periodista argentino relató todo cuanto había sucedido desde la llamada de Azucena a Valentina en el aeropuerto hasta su encuentro con Candela Landázuri.

—Sus exposiciones coinciden con el contenido del informe en que estamos trabajando.

—No vine hasta acá para inventarme una trama policíaca.

—No dudo de ello. Pero entenderá que puede aparecer cualquiera por aquí dando la versión de sus hechos.

—Imagino que eso pasa. Quiero que sepa que no voy a meterme en su investigación, pero necesito saber quién es el desgraciado que

me apartó de mi trabajo.

—Vamos a trabajar con esos cuatro nombres que nos ha facilitado.

—De acuerdo. Se lo agradezco. ¿Le importa que investigue también por mi cuenta? Creo que esa Candela no me dijo toda la verdad.

—Acompáñeme un momento.

Eringuren y Godoy bajaron unas pequeñas escaleras y accedieron a la cripta de la comisaría.

—¿Es acá donde esconden el cementerio de esqueletos? —preguntó el periodista.

—Nos sirven los vivos. Los muertos ya están bien en el hoyo. Mire a través de ese cristal.

La mirada del cronista se turbó de forma irrevocable. Ahí dentro se encontraba la mujer del suéter beige de cachemira que se había topado en aquella churrería contigua a La Guarida del Dragón.

—Tranquilo, no puede verle. En la otra parte hay un espejo.

—¡Qué rápido se movió! Hace solo tres días que estuve con ella en la cafetería que le mencioné.

—Esta pequeña fiera merecía un poco de descanso.

Candela daba vueltas como una leona enjaulada. Le habían despojado de su habitual glamur. Una especie de chándal de rebajas cubría su cuerpo. Toda su elegancia al carajo. Acostumbrada a dominar el mundo desde las alturas, ahora respiraba el aire de las cavernas. Pese a todo, conservaba su aureola radiante y cautivadora.

—Aquí está a buen recaudo —dijo el subinspector mirando de soslayo a Ariel—. Tarde o temprano cantará.

—De acuerdo, no le molesto más. Lo dejo trabajar.

—Veremos qué podemos averiguar de los cuatro nombres que nos dejó. Lo acompaño hasta la puerta de arriba.

Tras despedirse del periodista, Jon tornó a su despacho. Los últimos días habían sido trepidantes y desde su llegada de Asilah apenas había tenido tiempo de poner un poco de orden al inmenso papeleo. Mientras removía la cucharilla del café que acababa de servirse sonó su teléfono. Era Blanca Rubio.

—¿Qué hace mi chica favorita? Hace un momento que pensaba en

ti.

—Hola, amor. Todo ha terminado. ¡Por fin! Han pasado tantas cosas que no sé por dónde comenzar.

—¿Estás bien? ¿Todo según lo previsto?

—Estoy agotada. Ya no recordaba lo duro que era eso de ser poli.

—Yo tampoco me he aburrido, te lo aseguro.

—Tenemos al asesino de Max.

—¡Bingo! —exclamó el subinspector—. ¿Y qué hacía ese malnacido en Arequipa?

—No te puedes imaginar quién lo mató.

—¿Lo conozco?

—Nadie mejor que tú.

Eringuren se levantó de su silla y empezó a dar vueltas por el despacho. Una estancia que había ocupado desde que Sebastián Gómez había desaparecido misteriosamente del mapa. Desde entonces no había sabido nada de él. Tras el accidente de aquel neurocirujano, su jefe se hallaba en paradero desconocido. Recordó cómo el inspector lo había apartado del caso. Nunca contó con él. Una extraña circunstancia que le había dado vueltas en todo momento.

—Vamos, cariño, ¿qué te dice tu instinto policial? — requirió Blanca.

—Recuerdo ahora unas palabras que comentó Azucena el día que le prestamos declaración tras la muerte de Max. Se dirigió a Gómez y le dijo: «Usted es el poli. Espero que sea bueno y el bueno».

—¡Bravo! ¡Este es mi chico! ¡Examen aprobado! —Blanca lo felicitó.

—¿Lo has detenido tú?

—Ya sabes que no me gusta tirarme flores.

—¡Joder! ¡Eres la bomba! Me siento orgulloso de ti.

—Ha sido una victoria de equipo. No he podido decirte nada hasta ahora. Temía que tuviera el teléfono intervenido. Mañana partimos para Barcelona. Cuando llegue te lo cuento todo.

—Por aquí también han ocurrido muchas cosas. Tenemos encarcelada a Candela Landázuri.

—¿Aquella loba que me crucé en La Guarida del Dragón?

—Es una de las integrantes del organigrama de un turbio negocio

de prostitución. Estamos desgranando la información de su móvil. A ver quién diablos está también metido en esto.

—Algo me decía que aquel antro no era solo un cabaret.

—En efecto. ¿Me confirmas más tarde el vuelo para tenerlo todo preparado para vuestra llegada?

—Así lo haré. Cuando estemos en Barcelona tomaremos declaración a Gómez.

—Tengo ganas de verte.

—Un beso, mi amor.

El subinspector volvió a sentarse ante el ordenador. Tenía que engarzar un inmenso puzle que había pasado de quinientas a mil piezas. Seguramente estaba ante el caso de su vida. Aquel por el que siempre había suspirado desde jovencito, cuando se sentaba los domingos por la tarde con sus padres ante el televisor para ver una película policiaca de serie B.

—Tenemos noticias frescas —reveló el oficial Eusebio Sánchez al tiempo que entraba en el despacho de Eringuren.

—Siéntese. Como si estuviera en su casa.

—Hemos accedido a los mensajes del móvil de Candela. Tiene un grupo de chat que nos puede dar muchas pistas.

—Espero que no sea el de aprendices de clarinete.

—Ja, ja, ja. ¿Adivina quienes están metidos? —preguntó el oficial.

—Ya veo que hoy os habéis puesto todos de acuerdo para hacer trabajar a mis neuronas.

—¡Tachán, tachán!

El oficial quería tomarse su tiempo otorgando un clima de misterio.

—Dispare, Sánchez, que no tenemos todo el día.

—Giuseppe Zola, el capo del SSI; Enric Llauradó, uno de los mandamases de un grupo editorial; y otro que apodan El Yanqui.

—¿Y quién ese último?

—Estamos en ello. No tardaremos en descubrir su identidad.

—Buen trabajo, Sánchez. Puede retirarse de momento. En cuanto sepa algo de ese gringo me lo hace saber.

Jon Eringuren salió de su despacho y se dirigió a la celda de Candela. Quería comprobar que todo estaba en orden y que aquella

fierecilla no arañaba las paredes con la intención de cavar un túnel para su fuga.

—Espero que la estén tratando bien y que no le falte de nada a mi *mademoiselle* —dijo el subinspector.

—Disfrutas sintiéndote superior, ¿verdad?

—He tenido una buena maestra. Todavía no entiendo por qué te juntaste con esa gentuza.

—Cuando me echen en falta vendrán a por ti. ¡Te vas a arrepentir de haberme metido aquí!

—Aquí abajo la cobertura es un desastre. No creo que te encuentren.

—No tienes ni idea de con quién estás tratando.

—Creo que sí. Acabamos de descubrir que formáis un póker la mar de majo. Solo me falta descubrir quien demonios es El Yanqui.

—Tiene muchos contactos. ¡Ándate con ojo!

—Ahí fuera hay un par de grandullones con muchas ganas de hablar contigo. Espero que te portes bien y les cuentes todo lo que sepas.

—Estoy entrenada para guardar silencio.

—Es tu elección. Por cierto, es una verdadera lástima que aquí dentro no puedas retocarte esas bonitas uñas negras.

El estómago de Eringuren empezó a reclamarlo. Hacía bastantes horas que pendoneaba en los báratros de la comisaría y no había probado bocado alguno. Salió a la calle Balmes y se metió en el bar Zubeldia, propiedad de un vasco amigo suyo. Se pidió un pincho de *foie* con compota de manzana, una ración de bacalao al pil pil y un txacolí. Mientras saboreaba aquellos placeres volvió a sonar su teléfono. Durante las últimas horas, su móvil parecía la centralita de una teletienda.

—Hola, Jon —bisbiseó una sugerente voz femenina.

—¡Por la virgen de Aránzazu! ¡No me lo puedo creer!

—Sí, lo sé. Hace mucho tiempo que te tengo abandonado. Siempre digo: "tengo que llamarle, tengo que llamarle".

—Yo también me acuerdo a veces de ti. Y de aquella aventura en la cueva de Santimamiñe.

—Más bien desventura —ambos rieron.

—Sí, pobre William. Casi no lo cuenta. ¿Qué tal tu curro de brillante psiquiatra?

—Hace tiempo que trabajo fuera de España. Me ofrecieron un proyecto interesante y además en un lugar incomparable.

—No me digas que te has mudado a las islas Seychelles.

—Ja, ja, ja… ¡no! —Un poco más cerca. En un pequeño condado irlandés rodeado de prados y acantilados. Y tú, ¿qué tal? ¿Sigues en nuestra amada Euskadi?

—Hace cinco años me vine a Barcelona. Estoy de subinspector en la comisaría de la calle Balmes.

—Sabía que aquel chico intrépido llegaría lejos.

—Bueno, ¿y a qué se debe esta llamada tan nostálgica?

Ainara Duhalde se quedó pensativa durante unos segundos. Había tenido una corazonada y esperaba no meter la pata. Al margen de ser un policía, Jon era su amigo de la infancia. ¿A quién mejor confiar un secreto profesional?

—Verás, estoy tratando con un paciente. Llevamos varios meses de terapia. Estoy ahondando en su pasado para analizar algunos de sus comportamientos. El otro día me hizo una confesión.

—Soy todo oídos.

—Hubo algo que me chirrió. Quizás te parezca una tontería, pero quería saber tu opinión.

La psiquiatra relató a Eringuren la charla mantenida con Ariel Godoy en Capri en torno al accidente de Irati.

—No te lo vas a creer —dijo el subinspector.

—¿El qué?

—Conozco a ese periodista argentino. Ayer estuvo aquí en la comisaría.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad!

—Lo han apartado de su trabajo por un artículo que no ha gustado a la dirección del periódico.

—Ariel es tan emocional que a veces no mide sus palabras.

—En este caso, creo que ese periodista escribió una noticia bien

cierta. Estamos investigando un asesinato y una trama de prostitución infantil. Nos faltan todavía pruebas, pero puede ser que todo esté relacionado.

—¿Y qué te parece lo que ocurrió con esa niña en el cabo de Gata? ¿Fue un accidente o un asesinato? Llevo muchos días pensando en eso.

—Si fue un crimen, desgraciadamente el caso ya prescribió después de tantos años.

—¿Quieres decir que ese asesino podría estar libre por ahí y que no tendría ningún castigo?

—Mi querida Ainara, yo no he inventado las leyes.

—Al menos, te pido que hables con Ariel. Quizás pueda darte alguna pista más que a mí se me haya pasado por alto.

—¿Y crees que confiará en mí? Tú eres su psiquiatra.

—No tengo dudas, si le dices que tratarás de ayudarlo en resolver la desaparición de su chica.

—Hablaré con él, entonces.

—Hay algo más que debo decirte —añadió Ainara.

—Te voy a cobrar tarifa doble.

—¡Ja, ja, ja! Se trata de otra de las pacientes del hospital donde trabajo.

—¿Otra trama de asesinato?

—Desde hace muchos años esa pobre mujer vive en una profunda depresión. Su padre era policía como tú y parece ser que metió las narices en un caso que no debía.

—¿A qué te refieres?

—Nunca ha querido contarme nada. Fue algo que ocurrió hace tiempo. Obligaron a su padre a guardar silencio o de lo contrario matarían a su hija.

—¿Extorsión? ¿Chantaje? —preguntó Jon.

—Puede que sí. Incluso se vio obligada a cambiar de identidad. Adoptó otro nombre y se fue a Perú.

—¡Qué gran putada vivir siempre bajo la coacción!

—No sé por qué te cuento ahora todo esto. Tú ya debes tener bastante con lo tuyo.

—En cuanto liquide este caso de prostitución infantil me pongo

con todo lo que me has contado.

—No sabes cómo te lo agradezco.

Jon Eringuren abandonó el bar todavía con el regusto a *foie* en su paladar. No podía perder ni un minuto más. El volumen de trabajo se estaba reproduciendo como una colonia descontrolada de *gremlins*. Por si le faltaba todavía alguna sorpresa más y como si hubiera estado escuchando la conversación anterior, Ariel Godoy aguardaba en la puerta de entrada de la comisaría.

—Ha acudido a la llamada de mi mente —dijo el subinspector—. Hace un instante hablaba de usted.

—Espero que para bien. Recordé algo que podría resultarle relevante para la investigación.

—Vayamos al despacho. Por cierto, ahora que ya nos conocemos puedes tutearme.

Descendieron de nuevo a la oquedad de la comisaría. Por el camino, el subinspector cogió un fajo de fotocopias que le había preparado el oficial Eusebio Sánchez.

—Quizás se trate de un presentimiento, pero quería que lo supieras —avanzó Godoy.

—Ahora mismo cualquier prueba puede ser valiosa.

—Cuando estuve en Pekín trabajando para cubrir la información de unos campeonatos de atletismo descubrí a Enric Llauradó, uno de los editores del periódico, saliendo de un prostíbulo.

—¿Enric Llauradó? ¿Estás seguro?

—Sí, es uno de los nombres que están en el listado que te di.

—¿Iba solo o le acompañaba alguien?

—Estaba con otro tipo que nunca vi en mi vida.

El subinspector cacharreó un instante en el ordenador y giró la pantalla.

—¿Podría tratarse de este hombre?

—¡Sí! ¡Es el! —exclamó Ariel.

—Me alegro. Tu testimonio puede ser determinante.

—¿Puedo saber quién es?

Eringuren vaciló durante un instante. No había duda de que iba a

revelar información confidencial, pero de una forma u otra tenía que ganarse la confianza del periodista para que le informara de aquel suceso que le había relatado Ainara. Tanto das, tanto recibes, pensó.

—Mi querido cronista, presuntamente esos dos tipos forman parte de una red de prostitución infantil que se nutre de muchachas de países asiáticos. El susodicho no es otro que Giuseppe Zola, el máximo mandatario del Servicio Secreto Internacional y que además podría estar relacionado con la muerte de Max Labiano. Ahora ya sabes por qué te apartaron de tu trabajo. Llauradó temía que, con la publicación de tu artículo, pudieras seguir husmeando en el tema de aquel secuestro de París.

—Un momento —interrumpió Ariel—. ¿Dijiste que se llama Zola?

—Así es.

—Discúlpame un momento.

Ariel se separó unos metros del policía y marcó un número en su teléfono móvil. Sus dos llamadas resultaron infructuosas. A continuación, escribió con rapidez un texto corto y lo envió por mensaje.

—¿Algún problema?

—Preciso hablar urgente con una amiga.

—¿Estás bien? Te noto muy nervioso.

—No es nada, de verdad. Entonces, ¿por eso mataron a Max? ¿Porque descubrió la noticia de aquel secuestro?

—Todo parece indicar que sí. Halló información confidencial. Se supone que Zola y alguien más ayudaron con sus influencias a que Gastón huyera con su hija al Nepal. Curiosamente, la policía internacional archivó el caso.

—Claro, a nadie le interesaba que removieran el tema teniendo en cuenta que ellos estaban metidos hasta el cuello con el tema de la prostitución.

—En efecto. Gastón Sagairi había trabajado en La Guarida del Dragón y se sirvió de la ayuda de ellos para escapar a Katmandú. Solo nos falta conocer la identidad de cierta persona.

—¿Candela no ha confesado todavía?

—Es dura de pelar. Ha vendido su alma al diablo.

—Entonces sigue faltando el cuarto jefe de la tribu.

—Sí. Un tipo al que apodan El Yanqui.

Ariel Godoy palideció sin poder evitarlo. Bajó los párpados y colocó la mano derecha en su frente.

—¿Te ocurre algo? —se interesó el subinspector.

—Estoy bien, no te preocupes.

—¿Acaso tiene que ver con ese hombre?

—¿A quién os referís?

—Te cambió la cara cuando pronuncié a El Yanqui.

—No creo que se trate de la misma persona —titubeó Godoy.

—¿Qué sabes de él?

—Una vez conocí a un tipo con ese nombre.

El subinspector se levantó y cerró la puerta del despacho. Apagó los focos del techo y encendió una pequeña lámpara que tenía al lado de la mesa. Requería de un ambiente más íntimo y relajado.

—Esto ocurrió hace muchos años —prosiguió Godoy—. Mi amiga Irati me invitó a ir con su familia a España para veranear en el cabo de Gata. Su madre tenía una relación amorosa con un tal Thomas Burkley, un hombre poderoso al que apodaban El Yanqui. En aquel momento trabajaba en el departamento de Seguridad Nacional de los EE.UU. El día había amanecido muy nublado, pero se decidió que íbamos a salir a dar una vuelta en el barco del americano. Cuando estábamos mar adentro nos sorprendió una tormenta y…

Ariel Godoy rompió a llorar. La emoción lo había embargado.

—Tranquilo, relájate —dijo el subinspector—. No tenemos prisa.

—Todo fue muy rápido y confuso. Thomas nos ordenó que nos resguardáramos en el camarote, pero le dijo a Irati que se quedara con él para ayudarlo a plegar las velas y preparar el bote salvavidas.

—¿Y por qué no recurrió de tu ayuda o la de su madre?

—Irati había hecho un curso de navegación y sabía cómo reaccionar en caso de emergencia.

—Entiendo.

—Diez o quince minutos más tarde, Burkley comenzó a gritar el nombre de Irati de forma descontrolada. La madre y yo salimos de inmediato del camarote muy asustados. El Yanqui nos dijo que Irati se había resbalado desde la proa.

—¿Y qué hicisteis, entonces?

—Burkley se vistió con el traje de buzo y se lanzó al agua en su búsqueda. Supongo que la chica no estaría muy lejos del barco. Había un gran oleaje y apenas se veía. Thomas estuvo dando vueltas por toda la zona cercana al velero y no encontró ni rastro de ella.

—¿Y no requeristeis la ayuda de nadie más?

—Sí. Llamamos a la Guardia Civil naval. Vinieron a socorrernos y ellos continuaron con la búsqueda. Pero jamás encontraron su cuerpo.

—Deduzco que hay algo que no te cuadra de aquella tragedia.

—Me cuesta imaginar que Irati muriera ahogada.

—¿Y qué motivos crees que hubiera tenido Burkley para haberla matado?

—Es la chica más preciosa del mundo.

—¿Crees que ese hombre intentó aprovecharse de la muchacha?

—Quizás se encaprichó de ella.

—Si tuviéramos en cuenta esa hipótesis, quizás Irati estuviera a punto de revelar a su madre el acoso de Burkley y por eso él perpetró el crimen —reflexionó el subinspector.

—Ese podría ser un argumento bastante creíble.

—¿Ella nunca te insinuó algo?

—No, era muy reservada para sus cosas.

—¿Y no observaste nunca ningún coqueteo por parte de El Yanqui?

—¡No! ¡Quién lo podía imaginar! ¡Era la hija de su pareja!

—Me cuesta creer que nunca encontraran su cuerpo. ¿No hubo un seguimiento posterior del caso?

—Al cabo de unos meses dejamos de tener noticias. Aunque…

—¿Qué ocurre? —inquirió Jon.

—Cuando el inspector me tomó declaración, evité un comentario porque estaban presentes Thomas y la madre de Irati.

—¿Guardaste silencio premeditadamente?

—Sí y no. Cuando el inspector acabó de interrogarnos, me fui tras de él para hablarle. Le dije que Irati era una excelente nadadora, además de timonel. Y que no me entraba en la cabeza que pudiera haberse ahogado.

—¿Recuerdas el nombre del inspector?

—¡Buf! ¡Han pasado tantos años!

—Tendré que tirar de hemeroteca.

—Bueno, por si te sirve de algo…

—Dime.

—Creo que ese inspector vive todavía en San José, un pueblo de Almería. Muy cerca de La Isleta del Moro, donde ocurrió el accidente.

Eringuren requirió la presencia del oficial Eusebio.

—Necesito un vuelo a Granada y un coche de alquiler a mi llegada al aeropuerto.

Godoy emitió un leve suspiro. El subinspector se había labrado su confianza y decidió ahondar todavía más con sus revelaciones.

—Tras la desaparición de Irati, retomé la escritura de una novela.

—¿En relación con todo aquello que sucedió?

—Al ocurrir esa tragedia, ya tenía unas cuantas páginas escritas, pero lo que pasó se convirtió en el argumento principal de la trama.

—Supongo que sería todo un éxito de ventas.

—Hasta hace poco no sabía siquiera que se había publicado.

—¿A qué te refieres?

—Me robaron el manuscrito en mi casa de Buenos Aires.

—¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Fue en 1984, el año que ocurrió todo. Hubo un incendio en la casa de al lado donde vivían mis padres y aprovecharon ese momento de confusión para entrar a robarnos. Sabían muy bien lo que buscaban y dónde encontrarlo.

—Entonces, debió ser alguien que te conocía bien.

—Solo Irati, su madre y Burkley sabían que estaba escribiendo esa novela.

Jon Eringuren se quedó pensativo durante unos instantes.

—Me huele que ese ladrón podría estar relacionado con El Yanqui.

—¿Y qué interés podía tener en robármela?

—Supongo que ese hombre sospechaba de tus dudas acerca de que Irati se hubiese ahogado. Quizás te la robó para un posible chantaje.

Ariel volvió a lividecer y su mirada se perdió por el techo del

despacho. En los últimos días había tenido que confesar varias veces el capítulo más trágico y amargo de su vida. Llevaba casi tres décadas viviendo aquella tristeza en soledad. Hasta hacía poco nunca la había compartido con nadie.

Mientras deambulaba por la calle Balmes, tras dejar el despacho, se decía para sí mismo: «Qué suerte que de vez en cuando puedo estar con vos, mi amor. Hace muchos días ya que no nos vemos. Esperame esta noche. Tengo nuevos relatos que leerte».

ଔ

Pese a que había pasado cientos de veces por ahí, cada vez que rondaba aquella zona tenía nuevas sensaciones. En su adolescencia, a primera hora de la mañana recorría la adorable Via dei Fori Imperiali para ir al colegio. Todavía guardaba la imagen en su retina del cartel publicitario de la película *Vacaciones en Roma* con una dulce Audrey Hepburn a lomos de una motocicleta con el reluciente Coliseo como telón de fondo. Ya desde entonces soñaba con ser actriz. Pese a que sus padres trataron de quitarle esa idea de la cabeza, ella hizo caso omiso a las continuas advertencias y se matriculó en una *accademia teatrale* para probar suerte. Allí pudo descubrir la dificultad que comportaba dedicarse a esa vocación tan bohemia como impredecible. Tras cursar dos años aquellos estudios decidió mudarse a Londres para buscar nuevas oportunidades. Sin duda, la capital británica le ofrecía un abanico cinematográfico mucho más amplio. Desde su salto a la fama, Valentina Lombardi no había vuelto a la ciudad eterna. Tras dejar a la derecha las ruinas del Circo Massimo giró hacia el lado opuesto para tomar una de las avenidas paralelas al río Tíber. En apenas cinco minutos se encontró en el laberinto de callejuelas del barrio del Trastevere. *La dolce vita* todavía preservaba su carisma de antaño. En la entrada de aquella

cafetería continuaba aparcada la misma bicicleta de siempre. El manojo de flores del cesto delantero pendía hasta las varillas de las ruedas. Entró; en una de las mesas del final la aguardaba un hombre que asomaba ya a la sesentena de edad. Vestía de forma pulcra y elegante con una americana de color burdeos y una camisa negra con el cuello alargado. Llevaba el cabello engominado hacia atrás. Todavía conservaba algunos detalles de su envidiable porte de antaño.

—Espero que esta sea la última vez que nos veamos —advirtió Valentina al tiempo que tomaba asiento.

—Una forma muy educada de saludar.

—No te mereces mucho más y no voy a caer más en tus chantajes y amenazas. Te denunciaré por extorsión.

—No te servirá de nada. Ya sabes que tengo a todos los polis bajo control.

—Eres un maldito corrupto.

—Ya veo que no has perdido nada de romanticismo.

—¡Estoy harta de ti! ¡No te aguanto más!

—Te hice el mayor regalo de tu vida.

—Fue un accidente. Aquella noche íbamos muy borrachos.

—Nadie te obligó a que te acostaras conmigo.

—No sabía lo que hacía. ¿Tengo que volver a repetírtelo?

—¿Por qué no le contaste a Max que Hugo no era su hijo?

—No estaba segura de quién era el padre. No me cuadraban los días.

—¡No te da vergüenza haberlo engañado así!

—No vas a conseguir que me ponga a gritar como una loca.

—Te interesó entrar en ese juego. Mi silencio tenía un precio.

—Pero ahora todo ha acabado entre nosotros. No volveremos a vernos nunca más.

—Te guste o no, cada vez que mires a ese niño te acordarás de mí.

—Guarda tus recuerdos en una urna de cristal.

Mientras Valentina hacía zigzag con la cucharilla en la taza de

café vibró su teléfono móvil. Tenía dos llamadas perdidas. Al cabo de unos segundos, apareció un aviso en la pantalla. Era un mensaje de Ariel Godoy. Lo miró con disimulo. Una frase tan escueta como contundente: «Giuseppe Zola está detrás del asesinato de Max». Trató de disfrazar el recado letal que acaba de recibir.

—¿Malas noticias? —preguntó él.

Más que nunca, la actriz italiana tenía que dar muestras del máximo aplomo posible. Irradiar seguridad sin contemplaciones. Exprimir al máximo sus grandes dotes interpretativas. ¿No habías imaginado alguna vez una escena bailando con el enemigo?, fue la primera pregunta que le rondó la cabeza. Tenía allí delante a uno de los artífices del asesinato del que fuera su pareja. En cuestión de segundos, su mente urdió un plan que presentaba cierta coherencia. Tenía que actuar con frialdad a sabiendas que cualquier paso en falso la podría delatar.

—¿Qué te parece si hacemos un trato? —dijo ella.

—Es lo más coherente que has dicho desde que has llegado.

—¿Y si cogemos ahora mismo un avión y te presento a Hugo?

—¿Y qué me ofreces a cambio?

—Podrás verlo un día al mes, pero me borrarás por completo de tu vida. Se acabaron los chantajes.

—¿A qué hora sale ese vuelo?

Valentina volvió a coger el móvil y le escribió un mensaje a Ariel. Había representado el gran papel de su vida. Sin un guion establecido. Improvisando la secuencia más inverosímil. De la forma más sutil y elegante había conseguido atraer a su presa. El pez gordo había mordido el anzuelo. El máximo mandatario del SSI estaba a punto de enredarse entre las redes. Un dispositivo de la Guardia Civil aguardaba la llegada de Giuseppe Zola al aeropuerto de Barcelona para darse un festín sin precedentes.

36

Cabo de Gata, 2016

Tras aterrizar en el aeropuerto de Granada, Jon Eringuren recogió el vehículo de alquiler que tenía contratado y se dirigió hacia el sur de la comunidad andaluza. Le hubiese gustado visitar aquel lugar

para regocijarse en sus preciosas playas naturales y en las calderas volcánicas de toda la sierra de su interior. Pero las circunstancias eran bien diferentes. Tras dejar atrás el municipio de Níjar y después de culebrear unos cuantos tramos de carretera de curvas y más curvas llegó a su destino.

El pueblo de San José acababa de despertarse y, al tiempo que alzaba sus brazos para desperezarse, los primeros rayos de sol brillaban en las aguas de la bahía como diamantes de plata. Ariel Godoy no le había podido concretar el nombre y apellido de con quien tenía que encontrarse ni tampoco había encontrado información alguna en la hemeroteca, pero al tratarse de una pequeña villa a buen seguro no le costaría mucho dar con aquel hombre. No habría demasiados inspectores jubilados en ese lugar del planeta. Preguntó a varios lugareños y el último de ellos le indicó la casa donde vivía el supuesto sujeto. La vivienda estaba ubicada en una pequeña cuesta de una calle estrecha, a escasos metros del mar. Cuando se levantaba el viento, las olas golpeteaban contra unas pequeñas rocas y acostumbraban a salpicar el umbral de la puerta. Un hombre de unos setenta años barnizaba la barandilla de acceso a la casa. No había dudas. No podía ser otro que el tipo que buscaba.

—Buenos días, exinspector. Espero no equivocarme de persona —saludó Jon.

El individuo apenas dio atisbos de haberse percatado de la presencia de Eringuren y prosiguió con su faena de bricolaje.

—Nunca encontró al asesino de aquel accidente de 1984, ¿verdad?

El vasco había escogido a plena conciencia la pregunta lapidaria para llamar su atención.

—¿Quién es usted? —preguntó el policía veterano.

El subinspector se presentó cortésmente y le relató la conversación que había mantenido con Ariel hacía escasas horas en el despacho de la comisaría de Barcelona.

—Mi nombre es Teodoro Guzmán. El caso quedó archivado a los dos años de la desaparición de aquella muchacha.

—Supongo que por no encontrarse el cuerpo y al carecer de pruebas incriminatorias.

—¿Qué más podíamos hacer? Uno de los sospechosos fue

asesinado y al otro le metieron tres tiros y quedó tetrapléjico.

—¿Fue entonces cuando decidió abandonar la investigación?

—Amenazaron con matar a mi familia si seguía avanzando en el caso.

—¿Quiénes?

—Nunca pude averiguarlo. Tuve que trabajar a la sombra, pero cada vez se hacía más complicado sin levantar sospechas.

—¿Y ningún compañero suyo tomó las riendas del asunto?

—Nadie se atrevió a arriesgar su vida. Esa gentuza sabía cómo coaccionar. Mi hija pagó un precio muy alto por todo aquello.

—¿Le sucedió algo?

—Tuvo que cambiar de identidad y se fue a Perú. Con otro nombre, con otra vida.

—Lo lamento.

—Cayó en una profunda depresión y…

Teodoro Guzmán dejó el pincel sobre el bote de barniz y se sentó en un viejo taburete que había en la puerta de entrada.

—Esa tragedia nos destrozó la vida a todos. No tengo dudas de que fue aquel malnacido.

—¿Se refiere a Thomas Burkley?

—Estoy seguro de que fue él quien asesinó a la niña.

—¿Y su secretario? ¿El tal George Thomson?

—¡Ah, Jorgito! —exclamó el inspector—. Creo que colaboró en el crimen y ayudó a Burkley a deshacerse del cuerpo.

—¿No pudieron interrogarlo antes de que lo mataran?

—No, todo sucedió muy rápido.

—¿Y no hallaron ninguna pista por los alrededores?

—Unos días antes del intento de asesinato de Burkley en Buenos Aires ordené que bucearan de nuevo la zona del accidente.

—¿Tuvo alguna corazonada?

—Algo parecido. Encontramos la diadema de la muchacha en una cueva cercana.

—Eso confirma la posibilidad de que llevaran a la chica hasta allí para deshacerse del cuerpo.

—Después de encontrar aquella pista me fui a Buenos Aires para contárselo a la madre de Irati y para ver cómo se encontraba Burkley

tras el intento de homicidio.

—¿Pudo hablar con él?

—Había quedado casi paralizado y sin habla. Dejé que la policía argentina se ocupara del caso.

—¿Se volvió para España, entonces?

—No, permanecí un par de días allí.

—¿No tenían indicios de quién trató de matar a Burkley? ¿Nunca se averiguó su identidad?

—No. Tan solo sabíamos que tenía un tatuaje en su muñeca izquierda.

—¿Algún dibujo en concreto? —preguntó Jon.

—Una geisha con un abanico que cubría parte de su rostro.

—Una imagen difícil de olvidar.

—Cuando salí del hospital fui a ver a Ariel Godoy para decirle que habíamos encontrado la diadema de Irati y, tras despedirme del chico, el hombre del tatuaje volvió a amenazarme en plena calle.

—¿Volvió? ¿Quiere decir que ya le había acosado antes?

—Así es. En un garaje de coches en Almería.

—¿Volvió a intimidarlo en la otra punta del planeta?

—Me aseguró que mataría a mi hija si continuaba en el caso.

—¿Y cree que ese cabrón todavía está vivo en algún lugar del mundo?

—Mucho me temo que sí.

—Por cierto, supongo que la familia de Burkley vendería aquella residencia en La Isleta del Moro.

—Tengo entendido que una hermana suya la alquiló a una alemana.

—¿No ha vuelto más por ahí?

—No. Ese lugar no me trae buenos recuerdos —dijo Guzmán cabizbajo.

—Creo que me voy a dar una vuelta por allí antes de volver a Barcelona.

—Tenga —dijo Teodoro al tiempo que le extendía una nota al subinspector—. Este es mi teléfono. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Jon Eringuren se despidió de aquel hombre, que prosiguió

dándole brillo a la barandilla descascarillada por el paso del tiempo.

Condujo unos quince kilómetros hasta llegar a La Isleta del Moro. Aparcó el coche al final del pueblo, al lado de un pequeño muelle cerca del mar. Su mirada lo llevó a la deslumbrante cala que había a su izquierda. Por un momento, imaginó que estaba con Blanca Rubio practicando *snorkel* y descubriendo los encantos de aquel fondo marino. No había duda de que se encontraba en un oasis impagable a los pies del Mediterráneo. El refugio soñado para quien desea vivir en la excelsa tranquilidad rodeado de un precioso ecosistema. Caminó por la estrecha avenida Terrera Magina hasta llegar a la calle Delfines. El ladrido de un perro delató su presencia. El subinspector se detuvo en la vivienda que se levantaba ante él. Como el resto de las edificaciones de la zona, la casa era prácticamente blanquecina en su totalidad. El azul de los marcos de los ventanales contrastaba con aquella palidez pictórica. Eringuren se asomó con disimulo al interior para cerciorarse de que el centinela que seguía vociferando cada vez con más ahínco era un robusto pastor alemán. Llamó al timbre con la esperanza de que algún ser humano estuviera en el interior de aquella fortaleza. Como si hubiera exhortado sus súplicas a la virgen de la Macarena, una voz grave y profunda asomó al otro lado del interfono.

—Dígame, ¿le puedo ayudar en algo?

—Buenos días. Soy un primo de George Thompson —contestó el policía.

—¿Thompson? ¿A quién se refiere?

—¡Jorgito! ¿Lo conoce? El que fuera el secretario del señor Thomas Burkley.

—¿Jorgito? ¿Aquel británico con acento español?

—El mismo. Chapurreaba bastante bien el castellano.

—¿Y qué lo trae por aquí?

—Me dejó unos documentos del pasado.

—¿Unos documentos? —dijo la voz en un tono ya no tan profundo.

—Nunca los he abierto. Son confidenciales.

—Deme un par de minutos y enseguida bajo a abrirle.

Eringuren respiró con más calma. La idea de encarnar al primo de Thompson parecía que había colado y en principio se había ganado la confianza de aquel tipo.

—No se preocupe por el perro. Si no se le provoca es un bonachón —advirtió el hombre con el que había hablado por el interfono al tiempo que abría la puerta.

—Tiene una casa preciosa.

—Gracias. Lo mejor de todo es el lugar. Supongo que conocerá los encantos del cabo de Gata.

—Creo que yo también me dejaré caer por aquí cuando me jubile —sonrió el subinspector.

Tras dejar atrás el coqueto jardín con varios olivos y una gran palmera entraron en la casa y se acomodaron en el amplio comedor con vistas al mar.

—Vaya pena lo de Jorgito. Hace tantos años que se nos fue.

—Una lastimosa pérdida. Es una gran putada morir tan joven y asesinado —dijo Jon, clavando la mirada en aquel hombre que no había sufrido ningún titubeo tras oír sus palabras.

—No somos nadie.

—Así es. ¿Vive solo aquí? —preguntó Eringuren

—En efecto. Me cansé de las mujeres. Con Dandy, mi perro, vivo muy tranquilo. Nunca se queja de nada ni me da problemas.

—Intuyo que no le ha ido nada bien en materia amorosa.

—Parece más bien un periodista de la prensa rosa. ¿Acaso esos documentos que trae tienen que ver con mis relaciones con las mujeres?

—Quizás mi primo guardaba un gran secreto que solo usted conoce.

El sujeto se levantó del sillón, encendió un pitillo y se dirigió al mueble bar.

—¿Brandy o *whisky*?

—Un brandy con un hielo, por favor.

Mientras el hombretón estaba de espaldas preparando las copas, el subinspector envió un mensaje de texto a través de su teléfono móvil. «Es el mejor regalo que puedo hacerle», pensó para sí mismo Eringuren haciendo referencia al destinatario del aviso. No había duda de que aquel tipo no era otro que Thomas Burkley. A priori, todo coincidía. Guardó el móvil y lanzó una mirada rápida al tambache de libros que tenía apilados de forma desordenada en una de las mesitas del comedor.

—¡Ya veo que es un gran amante de la literatura!

—Es lo que tiene estar jubilado y disponer de tiempo.

El subinspector asió uno de los libros y lo hojeó un instante por encima. No podía creerlo. Entre los miles de millones de volúmenes editados a lo largo de la historia de las letras había elegido aquél con la mirada. Como si se tratara de una piedra preciosa, el libro lo había escogido a él. Una criatura engendrada por su gran amigo de juventud. Al final se salió con la suya y pudo encaminar su vida hacia una de sus dos grandes vocaciones, pensó para sus adentros.

—*La magia de una sirena*. Bonito título.

—Es una gran obra.

—Escrita por un tal William Wright.

—¿Lo conoce?

—Pues no tengo el placer. ¿De qué trata?

—Del amor de dos adolescentes y de la desgracia que ocurrió con uno de ellos.

—¿Está basada en hechos reales?

—No lo sé, pero algunas novelas son autobiográficas.

—¿Puede que tenga que ver con su pasado, con un pasado muy lejano? —interrogó Jon, quien empezó a intuir cierto nerviosismo en el semblante de aquel hombre.

—No me diga que también es crítico literario. No trago con eso. ¡Así que ya me está diciendo quién cojones es y qué hace aquí! —amenazó el hombre con semblante irascible.

Con sumo cuidado y gran disimulo, Eringuren introdujo la mano por debajo de la chaqueta y sacó su pistola.

—Relájese, señor Burkley, no me gustaría que le diera un infarto. Le necesito vivo.

—Y además conoce mi nombre. Podía imaginarme que se trataba de un poli. Sois auténtica escoria.

—La verdad es que se mueve a las mil maravillas para haberse quedado tetrapléjico.

—¿No sabía que la ciencia avanza cada día a gran velocidad?

—Menos mal que alguien no creyó nunca en su inocencia y siguió investigando para encontrar al asesino.

—¿Me da tiempo de hacerme la maleta antes de que me lleve a la cárcel?

—¿Le suena el nombre de Candela Landázuri?

—¿Otra españolita como usted?

—Le tiene agendado como El Yanqui —dijo Eringuren.

—Todo un honor ser hijo de los Estados Unidos de América.

—¿Y La Guarida del Dragón? ¿Le dice algo? Siendo benévolos, espero que le caiga un año de cárcel por cada señorita que ha extorsionado.

—Menudo regalito había en esos documentos confidenciales que ha traído —dijo Burkley con sátira.

—Lástima que aquel crimen ya prescribió y no pueda pagar la condena que merece.

—Entonces, ¿me deja en libertad? —preguntó el americano con tono burlón.

—Me voy a encargar de que se pudra entre barrotes. ¿Cómo tuvo agallas de asesinar a una niña de catorce años?

—No sé de qué me está hablando.

—No fue muy lejos de aquí, ¿verdad? —insistió el subinspector—. Después de matarla, la ocultó en una cueva bajo el mar y luego se deshizo del cuerpo con la ayuda de su secretario.

—Tiene mucha imaginación. Podría haberse dedicado también a escribir novelas.

—Pensó que había perpetrado el crimen perfecto, pero no reparó en un pequeño detalle.

—Vamos, sorpréndame —dijo Thomas con sarcasmo.

—La joven Irati era una gran nadadora. Es difícil que una chica

con sus dotes pudiera ahogarse en el mar.

—No hay pruebas que demuestren mi culpabilidad.

—Encontraron una diadema de la muchacha en aquella cueva cercana al lugar de los hechos. Solo un especialista bajo el agua como usted pudo llegar hasta ese pasadizo subterráneo.

—¡Jodidos polis!, ¡os pensáis que lo sabéis todo!

—¡Mataste a una niña y destrozaste la vida de su madre y del joven que la amaba! ¡Espero que pagues por ello en otra vida! —tuteó el subinspector que sentía cómo su estado de rabia se elevaba.

—Te crees muy listo, ¿verdad? Quizás dentro de un minuto estés muerto —amenazó Thomas.

Cuando Eringuren se disponía a levantarse para esposar a Burkley sintió la empuñadura de un arma sobre su cabeza.

—¿Pensabas que sería tan fácil llegar a aquí y arrestarme? —gritó El Yanqui—. Mi ama de llaves es como mi ángel de la guarda —añadió el americano. Al instante cogió la pistola que sujetaba aquella mujer que había salido sigilosamente desde la falsa compuerta de una alacena.

El subinspector volvió a acomodarse en el sillón.

—Tengo dos noticias para ti. ¿Cuál prefieres antes? ¿La buena o la mala? —preguntó Burkley.

—¿Puedo utilizar el comodín de la llamada?

—Te puedo volar la tapa de los sesos en mi comedor o quizá prefieres que te mate en el espigón con vistas a la playa.

En el preciso instante en que se acallaron las palabras de Thomas, un ruido ensordecedor se adueñó de la estancia. Cuatro hombres habían trepado por la terraza del comedor y, con la ayuda de un pequeño detonador, habían hecho estallar el gran ventanal de acceso a la vivienda. Los cristales habían saltado por los aires y crearon una especie de neblina. Eringuren aprovechó el momento de confusión, y con una certera patada arrojó al suelo la pistola que sostenía Burkley. La puerta del comedor se abrió despacio y entró un hombre de unos setenta años.

—¿Me reconoces? —dijo la voz del tipo.

—¿El inspector Guzmán? —masculló Burkley mientras sus manos quedaban inmovilizadas por las esposas.

Dandy comenzó a emitir ladridos más intensos. Dos patrullas de la policía nacional aguardaban en el exterior de aquel palacio blanquecino. Metieron a El Yanqui en uno de los vehículos mientras Jon se excusó con sus colegas agentes.

—Tengo que volver con urgencia a Barcelona. Por cierto —dijo el subinspector a Teodoro Guzmán mientras le guiñaba su ojo izquierdo—, ahora que por fin lo ha arrestado no pierda de vista a ese tipo.

—Le estaré eternamente agradecido por haberme enviado ese mensaje y dado la oportunidad de detener a este malnacido —enfatizó el policía retirado.

Eringuren caminó despacio hacia el lugar donde había aparcado. Trataba de asimilar todo cuanto le había ocurrido durante las últimas semanas. Desde el asesinato de Max Labiano hasta la detención de Thomas Burkley hacía escasos instantes. Estaba a punto de cumplir los cincuenta y parecía que se abría una nueva etapa en su viaje profesional. Tras lo acontecido en torno a Sebastián Gómez y después de su brillante trabajo, con seguridad cobraría mayor protagonismo en la comisaría de la calle Balmes. Quizás había llegado el momento de plantearse ascender al rango de inspector. Mientras sus cábalas ondeaban por las aguas de su añorada Mundaka observó a un pescador acomodado en una de las piedras del espigón donde había estacionado su coche. Tenía tres cañas clavadas en las rocas y alineadas de modo estratégico. Junto a él, una nevera donde guardaba la carnaza para los peces y alguna que otra cerveza para paliar los largos momentos de espera.

—Espero que tenga mucha suerte y pueda capturar un buen puñado de bichos salvajes para la cena de esta noche —advirtió Eringuren en señal de saludo mientras se acercaba a aquel hombre.

—Se lo agradezco —contestó el pescador—. Y usted, ¿ha cazado ya a su presa?

El subinspector reculó unos pasos hacia atrás.

—Tranquilo, no soy ningún brujo —dijo el hombre al advertir la postura de recelo que había adoptado Eringuren—. He visto la funda de su arma entre la camisa y su chaqueta.

El policía inspeccionó sus ropajes y se aderezó la zamarra para

ocultar la pistola.

—Al final, el tiempo pone a cada uno en su lugar —dijo Jon.

—Sabe, hace unos treinta años ocurrió algo terrible por aquí. Quizás se enteró por las noticias.

—No sé a qué se refiere.

—La desaparición de una niña de catorce años.

El subinspector no podía creer aquella revelación. Hacía escasos minutos había apresado al autor del supuesto crimen pretérito que ahora el pescador estaba a punto de relatar.

—¿Me invita a una de esas cervezas fresquitas que tiene por ahí? —sugirió Eringuren con la intención de proseguir la conversación.

—¡Claro, cómo no!

—¿Recuerda qué ocurrió exactamente?

—Nadie puede olvidarlo. Vivimos con el recuerdo de aquella desgracia.

—Me gustaría saber qué ocurrió —instó el policía.

—Era un domingo de otoño bastante nublado, pero aun así el señor Burkley salió a navegar con su pareja y los dos muchachos.

—¿Burkley?

—Sí, un tipo americano. Tenía una casa a dos calles de aquí. Creo que la alquiló a una alemana.

Eringuren relacionó a la ama de llaves que había salido de la alacena con la mujer teutona.

—Al cabo de unas horas el tiempo empeoró y hubo una fuerte tormenta. La niña resbaló del barco y se ahogó. Por lo que contaron, el tal Burkley buceó por la zona, pero no la encontró.

—¿Y qué fue del otro muchacho?

—¡Ah! ¿Se refiere a Ariel Godoy? Volvió a Argentina junto a la madre de la niña desaparecida.

—¿Nunca más vinieron por aquí?

—Por supuesto que sí. Ariel seguía apareciendo con la esperanza de poder encontrarla en algún lugar bajo el mar.

—¿Y la encontró?

—No, pero le sirvió de argumento para escribir una novela sobre todo aquello.

—La buscaré por alguna hemeroteca —advirtió el subinspector,

ocultando la información descubierta en casa de Burkley.

—No la encontrará.

—¿Por qué?

—Cuando estaba a punto de terminarla, le robaron el manuscrito en Buenos Aires.

—¿Y no volvió a reescribirla?

—Eso lo desconozco. Solo sabemos una parte del argumento, que ha ido corriendo de boca en boca.

—¿Y de qué trataba?

—Ariel creó una ciudad sumergida donde vivía Irati Maidana. Él la visitaba de vez en cuando y le prometía que algún día se reuniría con ella para siempre.

Jon Eringuren escuchó absorto el relato de aquel hombre. Recordó la conversación que había mantenido con su amiga Ainara Duhalde.

—¿Sabe? Una vez, un mago que vive cerca de aquí, aseguró haber visto a Irati en el arrecife de las sirenas —desveló el pescador.

—¿Es cierto eso?

—Lo tomaron como un loco.

—¿Y usted cree que existe realmente ese lugar imaginario ideado por Ariel? —preguntó el subinspector.

—Aquel mago dijo que «desde este malecón se puede contemplar la ciudad más preciosa que jamás verán tus ojos».

Parte quinta
La magia

37

Katmandú 2016

Parecía la viva reencarnación del teatro de Dionisio. El ingeniero holandés Liam Verhoeven había simulado con mimo y acierto una calcamonía en miniatura del histórico templo griego. Una gran escultura del dios del arte y las viñas presidía la entrada principal del Shilpee Theatre de Katmandú. Era como si hubieran usurpado el tesoro de la Acrópolis y lo hubieran acomodado en una de las calles principales del Thamel. Durante la temporada de ciclos culturales

solían representarse algunas tragedias clásicas de Eurípides o Aristófanes. Pero aquella tarde la función distaba bastante de las piezas dramaturgas. Airam Ascanio había sido invitado por una organización no gubernamental de la India para llevar a cabo una serie de espectáculos de magia por diferentes países asiáticos. Lo hacía de manera desinteresada y se alojaba en casas de lugareños que le ofrecían pernocta y los gastos derivados de la manutención.

El escenario del teatro era una plataforma larga y estrecha que tenía como telón de fondo un gran mural policromado donde se retrataban diferentes divinidades hinduistas. Detrás se ubicaba una cámara que se utilizaba como camerino para los actores. Tenía una pequeña compuerta que comunicaba con unas escalerillas con la parte subterránea del tablado. El artista canario ultimaba los detalles de su puesta en escena. Era la primera vez que actuaba en suelo nepalí. El espectáculo había llamado la atención de las familias más pudientes de la ciudad. El público infantil no tenía demasiadas oportunidades para disfrutar de un evento de aquellas características. Poco a poco, el graderío se fue llenando. Se habían vendido en tiempo récord las doscientas setenta y cinco entradas del aforo. El rostro de Mayale dejaba entrever un cúmulo de emociones. Iba cogida de la mano de Gastón Sagairi que hacía tan solo unas horas le había comunicado esa sorpresa tan inesperada. Katharine Snow aguardaba en el vestíbulo previo al anfiteatro de butacas. No pudo reprimir cierta conmoción al ver cómo aquel bebé con el que se había fugado de París se había convertido ya en una preciosa mujercita.

—Te presento a Kathy, una vieja amiga de papá —dijo Gastón a modo de saludo.

—¡Madre mía! ¡Cómo has crecido desde la última vez que te vi! —la editora besó su frente con dulzura.

Mayale clavó sus ojos en aquella mujer repleta de pecas y lunares. Su intensa mirada, herencia irreductible de su madre, recorrió sus curiosos rasgos escoceses. Nunca había tenido la oportunidad de ver tan de cerca a una pelirroja de pura cepa.

—¿Estáis preparados para una tarde de magia y sorpresas? —indicó Katharine, señalando el lugar donde debían sentarse.

Se acomodaron en la segunda fila. En el instante que se apagaron las luces entraron en el teatro de forma escalonada Lázaro Espinosa y Robert Taylor. Tomaron asiento en distintas butacas. Airam era un maestro con la baraja. Durante casi media hora deleitó a los asistentes con un arsenal de trucos de mano sorprendentes. Con un inglés que rayaba lo académico le gustaba interactuar con los niños de las primeras filas. Intentaba que público y mago tuvieran idéntico protagonismo. Después sobrevino uno de los momentos de máxima concentración. En un poderoso ejercicio de mentalismo, Airam se mezcló entre los espectadores y realizó varias adivinaciones. Llegados a ese punto, era la hora de acometer el momento álgido de la función. El mago tornó de nuevo al escenario y solicitó la más absoluta atención. Recorrió con su mirada los asientos más cercanos y señaló a aquella niña de doce años de ojos azules. Con evidentes señales de nerviosismo, Mayale accedió al estrado. Airam volvió hacia el público y apuntó a otro de los asistentes. Lázaro Espinosa no acaba de creerse que la lotería hubiera caído sobre él. Se hizo paso entre las gradas hasta llegar al punto en que se encontraba Mayale.

—Damas y caballeros, por fin, el gran momento que estaban esperando —espetó Airam—. Voy a hacer desaparecer a estos dos voluntarios.

Mientras el mago cubría a Mayale y a Lázaro para el momento cumbre de la prestidigitación, Gastón Sagairi dio un brinco de su asiento. Aquellos dos rostros le resultaban familiares. El chip de su cerebro empezó a procesar a la velocidad de la luz. Y las imágenes lo llevaron a Marruecos. No había duda de que el tipo que estaba allí en el escenario era quien le había salvado la vida en ese accidente ocurrido cuando volvía del desierto del Sáhara. Y aquel hombrecillo mayor con pinta de hechicero le había vendido una amatista en la medina de Fez. Una extraña coincidencia que disparó su válvula de emergencia cerebral.

—Espere un momento. ¡Detenga ese truco ahora mismo! —gritó con vehemencia.

El público de la sala no daba crédito a la súbita aparición de Gastón. Más de uno pensó que el espontáneo formaba parte del *show*

y que se encontraba conchabado con el artista.

—Señor, le ruego que vuelva a su asiento. El espectáculo tiene que continuar —advirtió Airam.

—Haga lo que quiera, pero escoja a otra chica —ordenó.

Ante la impasibilidad del mago, Sagairi enfiló el camino del escenario con la intención de desbaratar el truco preparado por Airam. Cuando subía el último peldaño, un hombretón se abalanzó sobre él y lo besó en las mejillas efusivamente. El fotógrafo apartó la cabeza de aquel amante repentino y descubrió la cara de Robert Taylor.

—¡Hermanito! ¡Qué sorpresa más grande! —exclamó el bajista.

—¿Robert? ¿Pero qué haces tú aquí?

—Mi ONG ha organizado todo esto. Y no quería perderme la función.

—¿Y por qué no me llamaste?

—No sabía que te gustaran los espectáculos de magia.

—He venido por Mayale. A mí esto, ni fu ni fa.

—Vamos, siéntate aquí y seguimos hablando. Estamos dando la nota.

Gastón accedió a la petición de su hermano y se hizo un hueco a su lado.

—¿Por qué no me dijiste nada cuando te vine a ver el otro día a Kerala? —preguntó Sagairi.

—Estábamos de duelo por la muerte de mamá. No era el momento para hablar de diversión.

—Tienes razón, pero entenderás que, de golpe y porrazo, aparecen dos tipos en el escenario que conocí en el pasado. Demasiada casualidad, ¿no crees? No sé, he tenido un presentimiento.

—Yo también los conozco. ¿Recuerdas la banda que teníamos en Londres?

—¿Los Evening Shadows?

—Es Lázaro, el batería del grupo.

—Ahora que lo dices, me dijo que era músico. Incluso me invitó al concierto que iba a ver en Marrakech.

—Lo ves. Alguien de fiar —tranquilizó Robert.

—¿Y qué me dices de ese mago? Hace unos años me vendió una amatista y se hacía pasar por comerciante.

—Claro, lo de artista ambulante no le da para vivir.

—Recuerdo que también me dijo que quizá nos volveríamos a ver en otro lugar del planeta.

—¿Has visto? Todo cuadra, *brother* —dijo Taylor, tratando de apaciguar los ánimos de Gastón.

Airam Ascanio lanzó una sonrisa de complicidad al respetable congregado en la sala y acabó de cubrir con una tela roja de terciopelo los cuerpos de Mayale y Lázaro. En un abrir y cerrar de ojos, y ante una oleada de exclamaciones de sorpresa, desaparecieron del escenario. El músico asió a la niña de la mano y caminaron por las escalerillas subterráneas que conectaban con el camerino que se encontraba al otro lado. Katharine Snow los estaba esperando en un taxi fuera en la calle para ir en volandas hasta el aeropuerto. No había tiempo que perder. Merced a su condición de embajador, Daniel Barragoitia había mediado con las autoridades de Katmandú para proporcionarles todo tipo de facilidades. Había fletado un vuelo privado para llevarlos hasta Barcelona. Mientras, en el interior del teatro, el grado de estupefacción subía por momentos. Los dos voluntarios no aparecían en el escenario y la gente se impacientaba. Airam se vio obligado a intervenir.

—Lamento comunicarles que, por razones técnicas, el truco de magia no ha podido realizarse. Se le devolverá el dinero de la entrada a quien lo considere oportuno. Muy a mi pesar, la función ha terminado. Muchísimas gracias por su asistencia.

Se bajó el telón y la imagen del otrora vendedor de piedras preciosas desapareció como hacía unos minutos se habían esfumado Mayale y Lázaro.

—Espero que tengas una explicación lógica a esta pantomima —inquirió Gastón a su hermano.

—Te aseguro que no sé de qué va todo esto.

—Tú has montado este chiringuito. ¿Dónde está Mayale?

—Voy a hablar con ese mago para ver qué ha ocurrido.

—Más te vale que salga de ahí detrás —dijo Gastón señalando el

escenario que ya había bajado sus velas—. ¡Mi niña! ¡Mi amor! ¿Dónde está mi pequeña? —gritó el fotógrafo en un arrebato de impotencia.

—Lamento esta situación, *bro* —masculló Robert mientras lo abrazaba.

Taylor no sabía cómo gestionar la situación. ¿Cómo iba a decirle a su propio hermano que lo había traicionado? ¿Cómo contarle que era uno de los instigadores en la misión de arrebatarle a la muchacha?

—Creo que ha llegado el momento de que Mayale vuelva con su madre.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? —preguntó Gastón, que pasó en un santiamén de un estado de tristeza a la sorpresa.

—Solo sé lo que me han contado.

—¿Se puede saber qué coño está pasando aquí? ¿Qué sabes tú de todo esto?

—Mataron a mi amigo Max porque descubrió la noticia de un secuestro. Un asesinato tan cruel como injusto, ¿no crees?

Gastón se sentó en la butaca de la primera fila, justo delante de la tarima donde se había producido la escena del truco final. Rompió a llorar como un niño. Aunque no tenía la más remota idea de cómo su hermano se había enterado de aquel rapto de hacía diez años, no era momento para auto justificarse ni exculparse.

—Espero que no me juzgues por lo que hice. Lo creas o no, tenía mis motivos.

—No lo haré. Solo tú y la madre de Mayale sabéis lo que pasó en realidad.

—A veces, el ser humano actúa de la forma más miserable, fruto de la rabia y de la ira.

—No tienes que darme explicaciones. Todavía estás a tiempo de saber qué haces con tu vida. Buena suerte, hermanito —dijo Taylor posando la mano sobre el hombro de Sagairi.

Mientras Robert se perdía por los recodos de la trastienda del escenario, Gastón abandonó por la puerta principal el teatro en honor a Dionisio. Se sentía como un dios derrotado y vilipendiado.

Como si hubiera sufrido una abyecta cornada para caer ridiculizado en el ruedo de la plaza. Le habían pagado con idéntica moneda. Con la misma truculencia que él mismo había actuado años atrás con la madre de Mayale. Se detuvo un instante en un templo hinduista atraído por el aroma a palosanto. Curiosamente, era la primera vez que reparaba en la grandeza espiritual de los ciudadanos nepalís. Desde su llegada a Katmandú, se había convertido en un ser frío y calculador. Vivía bajo la sombra permanente de que algún día podrían dar con él y acontecer lo que al final había sucedido. No existe el secuestro perfecto. Tarde o temprano, las leyes del universo se alinean y se equilibra el principio de causa y efecto, pensó varias veces. La melodía del mantra de Padmasambhava dejó de sonar despacio mientras se alejaba de aquel lugar sagrado. Entró en el piso franco donde tenían retenido a William Wright. Destapó el agujero de yeso de la pared y comprobó que estaba allí estirado, cubierto con unas mantas viejas.

—La hora de la cena, señor escritor —espetó Gastón mientras le dejó un bollo de pan con un guiso de pollo. El italiano volvió a la habitación contigua.

—Vas a conseguir que vuelva a la talla de pantalón que tenía hace veinte años.

—No te quejes. Con otro secuestrador que no fuera tan generoso solo tendrías una comida al día.

—Doy gracias a Shiva, entonces.

—Justo viniendo hacia aquí me he detenido un instante en un templo.

—¿Y qué has sentido?

—Que el tiempo pone a cada uno en su lugar.

—¿Por qué dices eso?

—Estoy muy tocado. Más bien jodido, muy jodido.

—Tuviste una oportunidad para poder cambiar el rumbo de tu vida, ¿lo recuerdas?

—¿A qué te refieres?

—Aquel accidente en Marruecos.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Un ángel caído del cielo te concedió la posibilidad de seguir

viviendo.

—¿Eres un brujo o algo parecido? Nunca le expliqué ese incidente a nadie.

—Quizás alguien con nombre de mensajero de Dios como me dijiste tú una vez.

Ante la mirada de turulato de Gastón, el prisionero clavó las uñas en sus mejillas y empezó a deshacer la gruesa capa de maquillaje que llevaba encima. Se quitó la peluca de cabello ensortijado, despegó sus cejas postizas, descordó el molde de la incipiente barba canosa y se retiró las lentillas de color azul.

—Nada es lo que parece y todo es lo que parece ser —susurró quien había suplantado la identidad de William Wright.

—¡Eres Lázaro! ¡Aquel tipo que me salvó la vida!

—Con un par de kilos de más.

—Entonces, ¿el hombre que estaba en el escenario con Mayale era el escritor?

—Una auténtica obra de ingeniería del mundo de la caracterización. Estos asiáticos son unos maestros en lo que se proponen.

—Supongo que Katharine está al frente.

—Todos hemos puesto nuestro granito de arena.

Gastón dejó de observar por la mirilla minúscula. Cogió la pistola que tenía guardada y entró en la habitación donde estaba retenido Lázaro.

—Lo más sencillo sería matarte aquí mismo —dijo el fotógrafo apuntando con el arma.

—Pero no lo harás. ¿Recuerdas lo que me dijiste aquella vez?

—Poco importa eso ahora. ¡No te me pongas nostálgico!

—«Te debo una o unas cuantas» —rememoró Lázaro.

—No estoy para antiguos juramentos.

—Si acabas conmigo solo conseguirás alargar tu condena. Puedo hablar con María de Hita para que rebajen tu castigo.

—¿Cómo sabes el nombre de la madre?

—Estuve enamorado de ella mucho antes de que tú la conocieras —desveló Lázaro, rememorando aquel idilio platónico de sus años mozos en San José.

Gastón Sagairi bajó la cabeza y salió lentamente del zulo, dejando la puerta abierta. Ya no tenía sentido retener a Lázaro. Asumió de nuevo el tremendo mazazo que le había asestado el destino. Una nueva derrota. En tan solo unas horas había pasado de héroe a villano. De tenerlo todo bajo su dominio, contar con la compañía de Mayale y la complicidad de Katharine a quedarse en la más absoluta soledad. Aquella mujer que había sido cómplice de su canallada lo había engañado. Estaba tan aturdido que no atinaba a pensar con coherencia. ¿Qué opciones tenía? Entregarse a la policía o intentar huir a otro país e iniciar una nueva vida plagada de falacias y frustraciones. Había truncado su brillante carrera de fotógrafo por aquel negocio turbio de cazatalentos. La Guarida del Dragón lo engulló hacia un mundo oscuro de maldad y corrupción. Podía haber acatado su no paternidad de una forma más civilizada y no haberse tomado la justicia por su mano. Cogió su inseparable máquina de retratar y se perdió por las calles embarradas de la Durbar Square dejando que el destino dictara sentencia. Mientras se dispersaba con la amargura de aquella implacable derrota, recibió una inesperada llamada de teléfono. Un viejo amigo suyo lo requería de forma urgente.

El tráfico hasta el aeropuerto internacional De Katmandú era infernal. William Wright aprovechó el trayecto para adquirir de nuevo su verdadera apariencia.

—¡Qué ganas tenía de quitarme todo esto!

—¿Sabes que también estás muy atractivo con esa imagen de Lázaro? —advirtió Katharine.

—Ese maquillador es un genio.

—¡Quién te lo iba a decir cuando entraste en aquel lavabo!

—En tan solo media hora obró el milagro de los panes y los peces.

—Hablaré con algún director de Hollywood para que le encuentre un buen trabajo en alguna de sus películas.

—Me hubiese encantado darle las gracias.

—Nos espera en el aeropuerto junto a su hermano Norbu Amithaba para despedirnos.

—¿Y Robert y Lázaro?

—Taylor viene detrás en otro taxi. Espero que nuestro batería no

tenga complicaciones cuando Gastón descubra quién hay debajo del pastel.

—¿Cómo crees que reaccionará ese fotógrafo?

—Si es inteligente lo dejará marchar. Un nuevo secuestro ya no tendría razón de ser. Además, le debe una. Le salvó la vida en Marruecos.

En el lado noroeste de la pista del aeropuerto de Katmandú, el Airbus A320 calentaba motores. Katharine, William y la pequeña Mayale bajaron del taxi y se dirigieron hacia la aeronave. Al cabo de diez minutos llegó Robert Taylor mientras Lázaro Espinosa se sumaba al grupo un poco después. La pequeña Mayale se acurrucaba constantemente a Katharine.

—Durante el vuelo le explicaré como pueda todo cuanto ha sucedido —dijo la editora.

—¿Es así de nacimiento? —preguntó Wright mientras acariciaba el cabello de la muchacha.

—Sí, nació sordomuda.

—Pese a todo, tiene suerte; con esos ojazos azules tan expresivos es más fácil comunicarse.

—Si no te hubieran llamado la atención nunca la hubiésemos encontrado. Aunque el maldito destino se haya llevado a Max. Por cierto, Lázaro ha hablado con María de Hita. Acaba de coger un vuelo desde Perú a Barcelona —dijo la editora—. Por fin madre e hija volverán a estar juntas.

—No sabía que se conocían.

—Son amigos desde la infancia, cuando vivían en un pueblo de Almería.

El teléfono de Wright vibró de repente. Era un mensaje de Azucena Castro. Sus ojos brillaron tanto como los de Mayale. Miró a la niña y le dio un beso en la frente.

—No puedo tomar ese avión con vosotros —sostuvo el escritor.

—Pero William, ¿qué te ocurre ahora? ¡Hemos arriesgado nuestras vidas para volver todos juntos! —vociferó la editora.

—Debo resolver un enigma del pasado. Si me ocurre algo, heredaréis las ganancias de una autobiografía que escribí de un policía corrupto —sentenció, despidiéndose de todos sus amigos.

Parecía un adiós melancólico al estilo *Casablanca*. Mientras el resto de la tripulación subía a aquella aeronave con destino a la ciudad condal, Wright caminaba en sentido opuesto por la pista de despegue. En pocos minutos, el británico sintió cómo el gran pájaro metálico sobrevolaba su cabeza. Sus rizos le ocultaron el fulgor de sus ojos azules. Eran del mismo color que los de una niña que había cambiado el rumbo de su vida.

ଔ

Le vino a la memoria la célebre frase de Sigmund Freud de que «los sueños son la vía regia hacia el conocimiento del inconsciente». Quizás era una auténtica locura, pero debía desentrañar aquel misterio onírico. Tenía que comprobar qué había de cierto de la ensoñación que tuvo en el avión del viaje de Londres a Katmandú. Quizás su tatarabuelo destapara sin saberlo la caja de Pandora. La premonición de aquel clérigo podía haber sido una auténtica fantasmada, pero la fuerza que le despertaba ese enigma era fragorosa. Tras aterrizar en el aeropuerto de Múnich, William Wright alquiló un coche y se dirigió al sur del país. Se regocijó contemplando las bellas campiñas alemanas. Hacía tan solo dos días se encontraba cautivo en un zulo de cinco metros cuadrados y ahora su mirada se perdía en el horizonte de los campos y aldeas rurales. Tras una hora y media de viaje, el vehículo lo dejó en la puerta de entrada de la abadía de Benedikbeuern. Era como la había imaginado. La fragancia mística empezó a envolverlo. Preguntó por el padre abad. Al cabo de unos instantes, un hombre de pequeña envergadura y con una barba larga salió a recibirlo.

—Me han dicho que es usted escritor.

—Así es, mi reverendísimo señor. Muchas gracias por permitirme la entrada.

—¿Qué trae, hermano?

Tuvo que mentir piadosamente, pero era la única opción para conquistar el espíritu del hijo pródigo de San Benito.

—Estoy acabando mi novela y me faltan algunos detalles por

pulir.

—¿Y se encuentra aquí lo que está buscando?

—Eso parece, si los presagios de aquel clérigo fueron ciertos.

—¿De qué monje me está hablando?

—Perteneció a vuestra orden hace unos doscientos años, aunque no recuerdo su nombre.

—Ya veo que esto no va a ser nada fácil.

—Espere, creo que su apellido tenía el nombre de un río alemán.

—Bueno, eso descarta cientos de opciones.

El abad cogió un gran tomo de una de las estanterías principales de la biblioteca.

—Este documento es como nuestro gran certificado de familia. Digamos que estamos hablando de alguien que vivió a principios del siglo XIX.

—Así es.

—Veamos, a ver si le suena alguno de estos. Rin, Danubio, Spree, Isar, Neckar, Weser, Mosela…

—Un momento, ¿cuáles son los dos últimos que ha nombrado?

—Weser y Mosela.

—¿Puede comprobar si existió algún clérigo con alguno de esos apellidos?

—Vamos a ver —el padre desempolvó otro libro que había cogido—. Tan solo aparecen dos nombres; Adolph Mosela y Günther Weser.

—Es ese último. Ya no tengo dudas.

—No todos los clérigos dejaron algunas de sus vivencias por escrito. No será muy difícil acceder a esa documentación.

William Wright observó cómo en una de las esquinas de la biblioteca había una pequeña trampilla que dejaba entrever un tenue haz de luz.

—Disculpe mi indiscreción. Allí al fondo hay como una puerta falsa, ¿verdad?

—Ese pasadizo lleva más de un siglo cerrado.

—¿No me diga que fue un antiguo lagar?

—Realmente me da la impresión que ya ha estado en este sitio.

—A veces la realidad supera a la ficción.

—Mire, parece ser que estamos de suerte. A ese tal Weser le gustaba el arte de la literatura.

El escritor londinense empezó a hojear los papeles ya amarillentos que el abad le había entregado. La letra aparecía bastante emborronada, pero Wright pudo descifrar el contenido de un breve relato.

«Esta mañana vinieron a visitarme dos caballeros británicos. Mientras nos deleitábamos con las excelencias de nuestro maravilloso vino tinto, un pensamiento no demasiado halagüeño planeó sobre mi mente. A la futura generación de uno de los hombres le iba a deparar un destino desafortunado. Traté de ocultar mi estado de inquietud y preferí dejarlo aquí reflejado para los anales de nuestro monasterio. Aquella fatal premonición acaecería un par de siglos después. Una de las hijas de un escritor sufriría un desgraciado secuestro y la otra tendría graves problemas de salud al nacer. Además, uno de sus íntimos amigos sería asesinado de forma cruel».

Abadía de Benedikbeuern. Junio de 1816

El monje no había dejado de mirar a aquel hombre extraño que se había presentado sorpresivamente en su casa y que además parecía tener artes adivinatorias.

—Espero que haya encontrado lo que estaba buscando —dijo el abad.

—¿Sabe una cosa? Una parte de las ganancias de mi novela la destinaré a su orden benedictina.

—Vaya con Dios.

William abandonó el templo sagrado embargado por un estado de desconcierto. Todavía le temblaban las manos. Su tatarabuelo lo había teletransportado en un sueño al pasado para hacerle descifrar aquel secreto tan bien guardado. Recordó un libro que le habían regalado hace unos años, el *Kybalión*. Un interesante documento esotérico que recoge los postulados de las siete leyes del universo. El sexto precepto dice algo así como que todo ocurre a su debido

tiempo. De nada sirve apresurarnos hacia los resultados o las causas, porque hay que respetar los tiempos que el universo tiene destinados para ellos. Un sueño premonitorio le había avanzado lo que sucedería unas horas después a su llegada a la capital de Nepal. El destino lo puso delante a su propia hija para que pudiera reconocerla. El *shock* emocional fue demoledor. No se equivocaba. Y no se trataba de ninguna paranoia. Aquellos ojos azules eran el fiel reflejo de los suyos. El mismo mar dentro de un océano idéntico. Y la mirada tan intensa y penetrante era herencia de su madre. El fuego gemelo que procede del mismo incendio. La pasión arrebatadora de esa enigmática mujer que había conocido en un restaurante de París. María de Hita había dejado una huella fugitiva por su vida, pero a la vez inolvidable e imborrable. De retorno al aeropuerto de Múnich sonó en la radio del coche una versión de *Moon river* interpretada por Frank Sinatra. La letra decía así:

Moon river, wider than a mile
I'm crossing you in style someday
Oh, dream maker, you heart breaker
Where very ou'regoin', I'm goin' your way

El mensaje que había recibido en el aeropuerto de Katmandú de Azucena Castro refrendaba su paternidad. La memoria del escritor navegó hasta llegar a las aguas del Mediterráneo. Fue en aquel fin de semana de ensueño y pasión en el cabo de Gata. El archivo cinematográfico de su mente peregrinó a una escalera de incendios de un bloque de pisos de Nueva York de 1960. La voz dulce y delicada de María de Hita cantando en la cabaña cercana al arrecife de las sirenas no tenía nada que envidiar a la de una Audrey Hepburn con su cabeza envuelta por una toalla. El sortilegio de aquella ninfa que apareció ante ella y junto a Airam Ascanio se había cumplido. El día que María entonara la canción ante alguien se convertiría en el padre de sus hijos. Y esa dama le brindó el mejor

desayuno con dos diamantes que a partir de ahora deseaba disfrutar como nunca.

38

Barcelona, 2016

Las últimas peripecias vividas lo habían dejado un tanto extenuado. Había pasado de estar varios meses apoltronado en la silla del despacho sin que sucediera nada relevante a tener que salir pitando para coger dos vuelos casi de forma consecutiva. Su vida policial se había convertido en un auténtico vía crucis. Jon Eringuren tomó de nuevo posesión de su trono en la comisaría de la calle Balmes. Tenía que redactar unos cuantos informes referentes a la detención de Thomas Burkley. Se avecinaba trabajo hasta altas horas de la madrugada. Aunque lo más importante es que habían arrestado al cuarto miembro de la organización. Sin duda, era el caso más apasionante que había experimentado en todo su historial. Y, además, el destino había querido que se encontrara al mando de toda la operación. Recibió un mensaje de Blanca Rubio. Le informaba de que ya se encontraban en el aeropuerto del Prat de Llobregat procedentes del Perú. Sintió cierta inquietud. En un rato se iba a encontrar cara a cara con Sebastián Gómez. El que había sido su jefe durante los últimos años no ocuparía el despacho en el que ahora se encontraba, sino más bien la celda contigua a Candela Landázuri. Mientras aporreaba las teclas del ordenador sonó el teléfono. Le habían pasado una llamada del exterior.

—Buenos días, subinspector. Soy Benito Pérez, responsable del turno de noche del hospital de la Vall d'Hebrón —dijo la voz del otro lado del teléfono.

—Creo que nos conocimos el día que fue a visitar a Víctor Aranda.

—Justo de él quería hablarle.

—¿Le ha ocurrido algo? ¿Ha empeorado su estado de salud?

—No exactamente.

—Explíquese.

—Alrededor de la seis de la mañana apareció un tipo. Dijo que era íntimo amigo de Aranda.

—¿Recuerda su nombre?

—Sí, claro. Cualquiera que entra en el centro hospitalario tiene que identificarse.

—Sorpréndame.

—Un tal Enric Llauradó.

Un sudor frío recorrió la frente del subinspector.

—Y no me diga que…

—Llevaba un documento firmado de puño y letra por el señor Aranda que lo autorizaba para trasladarlo a un centro de rehabilitación.

—¿Y permiten que un paciente abandone el hospital por un simple papel?

—Ya sabe que el señor Aranda no tiene ningún pariente en Barcelona. Además, fuimos a la habitación para hablar con el neurocirujano y nos confirmó que el tal Llauradó estaba acreditado para sacarlo de allí y llevarlo a otra clínica.

—Y ¿a dónde lo han trasladado?

—Eso tendrá que averiguarlo usted.

—¿Tiene un listado de posibles centros?

—Ahora le envío la información por mail.

—Cualquier novedad no dude en llamarme —concluyó el subinspector.

Eringuren colgó el teléfono. La montaña rusa de emociones no cesaba ni un instante. Era como si le estuvieran disparando continuamente a discreción. No había tregua alguna. Llamaron a la puerta del despacho. Era el oficial Eusebio Sánchez.

—A usted precisamente quería verle —dijo Jon—. Necesito que me elabore con urgencia un informe con todas las clínicas de rehabilitación del área metropolitana de Barcelona. Llamen a cada una de ellas y pregunten si un tal Víctor Aranda ha ingresado en las últimas horas.

—De acuerdo. Venía a decirle que me han comunicado desde el coche patrulla que la señorita Blanca Rubio está a punto de llegar a la comisaría.

—Muy bien, Sánchez, puede retirarse. Y no olvide facilitarme el informe lo antes posible.

El subinspector pasó un instante por el baño. Se miró al espejo. Su rostro denotaba cansancio y ciertos signos de agotamiento. Se pasó agua por la cara unas cuantas veces y aderezó su cabello con los

dedos. Pensó que su chica no lo iba a ver en su mejor momento. Salió de las dependencias policiales. Al instante, llegaron dos patrullas que escoltaban a un vehículo no oficial. Blanca salió primero de un turismo de color blanco. Estaba radiante, como de costumbre. Llevaba el cabello recogido en una coleta. Aun así, su belleza no se resentía. Dos oficiales se encargaron de sacar a Sebastián Gómez del coche. Caminaba esposado. La imagen del inspector poco tenía que ver con la de su pareja. Gómez evidenciaba claras muestras de haber padecido un auténtico martirio. Blanca pasó por el lado de Jon y le acarició con cariño su hombro. No era el momento ni el lugar apropiado para hacer alardes sentimentales. Al fin y al cabo estaban trabajando y de manera ineludible eran el centro de miradas del resto de compañeros. Se había formado una especie de corredor dentro de la comisaría. Sebastián Gómez transitó aquel pasillo que habían improvisado los que habían sido sus subordinados. Iba con la cabeza gacha y sumido en la más absoluta vergüenza. Se dirigieron al despacho del subinspector.

—¿Todavía está mi taza de café por ahí? —musitó Sebastián Gómez.

—Creo que vas a necesitar unas cuantas cafeteras hasta que redactemos todo este informe —le contestó Blanca guiñándole el ojo a Jon.

Eringuren no paraba de observar al que hacía poco había sido su superior. En el fondo sentía cierta lástima hacia él.

—¡Joder, tío! ¿Por qué te complicaste la vida de esta manera? ¿No tenías suficiente con tu trabajo de inspector?

—¡Que os den a los dos!, ¡acabad con esto rápido y mandadme al talego!

—¡Menudo capullo estás hecho! ¡Ya se te irán bajando los humos! —exhortó la expolicía.

Blanca y Jon salieron un instante del despacho. Él besó sus labios mientras ella lo abrazaba con fuerza. Se moría de ganas de acariciar todo su cuerpo. De retozar con su compañera salvajemente. Pero tenía que contener ese arrebato furtivo. Se despegó despacio del calor que irradiaba y le relató la detención de Thomas Burkley con la ayuda de Teodoro Guzmán en el cabo de Gata y la reciente llamada

que había mantenido con el responsable del turno de noche de la Vall d'Hebrón.

—Algo me dice que no han llevado a Aranda a ningún centro de rehabilitación —apuntó ella.

—¿En qué te basas?

—Ese Llauradó ha huido a no sé dónde y se lleva al neurocirujano como rehén. Sabe perfectamente que ahora vamos a por él.

—¿Y dónde crees que se ha podido meter?

La mujer se quedó pensativa mientras caminaba hacia el otro extremo de la sala para seguir aireando el clima de fogosidad todavía latente.

—Creo que hay alguien cerca de aquí que nos puede dar alguna pista.

—Este caso está estimulando tu instinto policial.

—Dame una hora mientras tomas declaración a ese indeseable de Gómez.

Blanca Rubio abandonó la comisaría de la calle Balmes con un destino bien claro. Era una perogrullada que Llauradó no se había refugiado en su domicilio de Barcelona. Era el primer lugar donde irían a buscarlo. Su intuición la condujo al despacho de travesía de Gracia. Aquella sala de máquinas donde Max Labiano había cavado su tumba la tarde que descubrió el secuestro de la pequeña Mayale. La abrió la puerta el tipo que siempre llevaba unos tirantes por encima de su camisa. Tomás Vallverdú parecía la viva imagen de una momia de antiguas civilizaciones egipcias. La expolicía no estaba convencida de que el hombre pudiera ayudarla, pero al menos contaba con el comodín de Sandro para obtener la información que requería.

—Venía a comunicarle una noticia familiar —anunció Blanca.

—Espero que no le haya sucedido nada a mi hermano —Tomás se temió lo peor.

—Los indicios apuntaban a que Sandro era el principal sospechoso del asesinato de Max.

—¿Mi hermano? Pero, ¡si es un trozo de pan!

—El inspector Sebastián Gómez ha confesado ser el autor del crimen.

—Si le digo la verdad, ese tipo nunca me inspiró confianza.

Blanca le resumió todo lo acaecido en Arequipa.

—Necesito que me eche un cable por última vez.

—Estoy en deuda con usted.

—Si tuviera que esconderse en algún lugar de la tierra, ¿a dónde cree que iría el señor Llauradó?

—No sabría decirle con exactitud, pero tiene una segunda residencia en Ciutadella. En la época que fuimos pareja solíamos pasar algunas temporadas allí.

—No tiene mal gusto ese tipo.

—¿Lo dice por mí o por la isla?

Blanca Rubio sonrió con timidez.

—Intuyo que se ha metido en un buen lío, ¿verdad? —preguntó Tomás.

—Seguramente le habría ido mucho mejor si no hubieran roto.

—Nuestra relación era imposible.

—Es usted un sol. Espero que encuentre algún día a su verdadero amor.

La otrora subinspectora volvió de nuevo a las dependencias de la calle Balmes. Eringuren proseguía con el interrogatorio con Gómez.

—Me han sobrado diez minutos. ¿Ha cantado ya ese pájaro?

—Se hace de rogar, pero está escupiendo toda la mierda que lleva dentro.

—Si no te importa, tendré que continuar yo con la sesión de psicología con ese tipo.

—¿A qué te refieres?

—¿Has estado alguna vez en Menorca?

Cuando todavía no se había repuesto de las tribulaciones marinas del cabo de Gata, Jon Eringuren se disponía a volar de nuevo por encima de las aguas del Mediterráneo, pero esta vez rumbo al este. Mientras embarcaba en la terminal del aeropuerto de Barcelona con destino a las islas Baleares recibió una llamada de Blanca Rubio. El magnate Giuseppe Zola había llegado arrestado a las dependencias de la comisaría de la calle Balmes. Tan solo faltaba una pieza para completar el puzle. Aunque no iba a resultar una misión nada fácil.

Todo hacía presagiar que Enric Llauradó se había llevado consigo a Menorca a su amigo Víctor Aranda para que le sirviera de prisionero en caso de que la policía viniera en su búsqueda. Después de aterrizar en el pequeño aeropuerto de Maó, el subinspector tomó un taxi hacia la preciosa Ciutadella, situada en el otro extremo de la isla. Tras dejar atrás el puerto con el recinto amurallado como telón de fondo, el vehículo continuó por la carretera de la costa hasta llegar a la ronda de Sa Punta. Eringuren pagó al taxista y caminó unos pocos metros por una calle estrecha sin asfaltar y repleta de matorrales. Su mirada se avivó al contemplar la belleza que nacía debajo de sus pies. Un batallón de peldaños irregulares conducía a la edénica Cala'n Brothers. Estaba encuadrada en una escarpadura chiquita. En la cima de uno de los laterales rocosos se elevaba la casa de Llauradó. A diferencia de otras propiedades de aquella zona, la vivienda había sido diseñada en su exterior sin grandes detalles ostentosos. La intención era llamar la atención lo menos posible. No parecía destinada como lugar de veraneo ni nada parecido. La obra arquitectónica había sido concebida para dar cabida al tráfico de prostitución infantil procedente de países asiáticos. Antes de desembarcar en Barcelona, las niñas llegaban hasta allí para permanecer unos días y aclimatarse a su nuevo hábitat europeo. Después, en pequeñas comitivas, llegaban a la ciudad condal para ingresar en La Guarida del Dragón. El traslado se efectuaba vía marítima con el yate propiedad de la sociedad Llauradó-Zola. El empresario barcelonés se había encargado en persona de proyectar algunos de los espacios interiores de la casa. Siempre había tenido cierto gusto para la decoración. Su toque particular tenía su huella más notable en el gran salón. Desde allí se divisaba el acicalado puerto de Ciutadella. Enfrente del enorme ventanal, un chester capitoné de color morado invitaba a amodorrarse en él para regocijarse con aquellas vistas impagables. El histórico sofá lo había adquirido en una subasta de París. Había comprado también varios muebles japoneses pintados a mano. El suelo era de parqué de pino macizo importado de Escandinavia. La cocina estaba abierta al comedor con una gran isleta en el centro. El mobiliario era de un rojo chillón combinado con un blanco mate. Un biombo vietnamita de

relieves policromados separaba ambas estancias. Al otro lado de la sala, una escalera de caracol fusionaba la planta baja con la zona subterránea de la vivienda. En las tripas de la casa se cocía todo el trajín. Se habían habilitado varias salas a modo de dormitorios para las jóvenes. Pero la auténtica reliquia era la antigua bodega; con las paredes de piedra e iluminada con la luz de unas velas insertadas en unas cepas que colgaban de las paredes. Detrás de la vinoteca, donde yacían las botellas ordenadas según su denominación de origen, había una compuerta oculta que conectaba, a través de un estrecho pasadizo, con la Cala'n Brothers. Ese desfiladero secreto se utilizaba para la entrada y salida de las chicas asiáticas. Desde allí, una pequeña lancha las llevaba a la gran embarcación que aguardaba a un par de millas de la costa.

Jon Eringuren hizo alarde de sus pretéritas dotes como escalador en su Euskadi natal y trepó por las rocas del acantilado. Al llegar arriba se topó con el jardín que rodeaba toda la vivienda. Era de césped artificial para no tener que realizar trabajos de mantenimiento. Caminó con sigilo bordeando la fachada hasta llegar al frontal de la casa. El objetivo estaba allí junto al convaleciente Víctor Aranda. El neurocirujano permanecía recostado en una hamaca de madera con cojines. Enric Llauradó se encontraba de pie, a unos metros de él. Hablaba por teléfono. La acción tenía que ser rápida y concisa. El subinspector cogió un par de piñas del suelo y las arrojó al lado izquierdo del ángulo de visión de Llauradó. El empresario giró su mirada hacia la procedencia del ruido. Jon aprovechó esa pequeña distracción para embestir con violencia el cuerpo de Enric, que cayó sobre la hierba sintética.

—Como muevas una ceja te entierro ahora mismo para que te coman las larvas —amenazó el subinspector.

Eringuren movió con el pie la cabeza del empresario para que pudiera ver cómo le apuntaba con su pistola.

—Estás un poco lejos de la comisaría. ¿No te habrás perdido por aquí?

Jon palpó sus ropas y le sustrajo el arma que tenía debajo de su chaqueta.

—Ya me enseñarás tu licencia para utilizar este tipo de artilugios.

—Esto es un allanamiento de morada en toda regla. ¿Acaso traes alguna orden judicial para entrar aquí?

—¿Te vale el mismo documento con el que has secuestrado a nuestro amigo el neurocirujano?

—Está aquí por su propia decisión. Además, es mi amigo y no el tuyo.

—No estaría demasiado de acuerdo. Gracias a este hombre —dijo mirando a Aranda—, Candela está ya entre barrotes. Me sirvió de gran ayuda. Sebastián Gómez y Giuseppe Zola están también en prisión. ¿No me digas que no te mueres de ganas de reunirte con ellos?

—Después de todo esto, te van a ascender a inspector o comisario. ¡No te quejarás!

—Al menos, no seré un poli corrupto como Gómez. Era aquí donde coaccionabais a todas las niñas, ¿verdad?

—Les dábamos la posibilidad de un futuro mejor.

—¿Prostituirlas es un futuro mejor?

—¿Has venido hasta aquí para darme clases de moralidad?

—No te preocupes, no seré yo quien lo haga. Conozco a unos cuantos tipos en la cárcel que lo harán por mí.

Víctor Aranda continuaba recostado en la tumbona. Estaba bajo los efectos del sedante que le había dado el empresario.

—¿Qué te parece si me enseñas este pedazo de casoplón mientras nuestro neurocirujano se despierta? —propuso el subinspector.

Jon y Enric atravesaron el comedor y descendieron por las escalinatas hasta llegar a la parte inferior de la casa. Las habitaciones que servían de aposento para las jóvenes estaban cerradas. Al fondo, una bóveda con forma de arco de medio punto hacía presagiar la entrada a la bodega.

—Ya no te va a dar tiempo de beberte todos estos vinos.

—Te haré un buen precio. Puedes quedártelos.

Mientras Jon removía varias de las botellas, sonó el timbre.

—¿Esperas algún invitado? —formuló Eringuren.

—No, pero menos tú, todo el mundo es bien recibido en esta casa.

Los dos hombres subieron de nuevo a la planta superior. El subinspector le había ordenado que caminara con lentitud mientras

lo seguía apuntando con su revolver.

—Abre despacio y compórtate con naturalidad. Como hagas alguna tontería te vuelo la tapa de los sesos —advirtió Jon.

—¿El señor Enric Llauradó? —dijo una voz al otro lado de la puerta.

—Sí, soy yo.

—Traigo algo para usted.

—De acuerdo.

—Es una caja de cartón muy grande. Pesa un poquito. Tendré que entrar un momento con la carretilla.

—Déjelo allí —dijo Enric señalando un rincón de la cocina.

El mensajero salió de nuevo por la puerta sin advertir la presencia de Eringuren, oculto detrás del biombo vietnamita.

—Ya veo que continuas con tus habituales trapicheos —advirtió el subinspector.

—Es un paquete bomba. Estallará en los próximos diez minutos si no lo desactivamos.

—Una caja bastante grande para tratarse de un explosivo, ¿no crees?

—Saltaremos todos por los aires. Quien avisa no es traidor.

—Correremos ese riesgo.

De repente, una voz quejumbrosa reverberó en el jardín. Víctor Aranda despertaba de las secuelas del ansiolítico.

—¿Dónde estoy? —preguntó el neurocirujano llevándose la mano derecha a su cabeza.

—Hola Víctor. ¿Me recuerdas? —preguntó Jon.

Aranda lo miró de soslayo todavía semiadormecido.

—¿El subinspector que vino a verme aquel día al hospital?

—Celebro que todavía tengas buena memoria.

—¿Por qué llevas una pistola?

—Tu amigo, el aquí presente, te había preparado un viaje sorpresa.

—¿Y esta casa? ¿Dónde estamos?

—En las afueras de Ciutadella.

—Ciutadella. ¿En Menorca?

—Así es. Un bonito lugar para disfrutarlo de vacaciones.

—¿Qué has hecho, Enric? ¿En qué lío te has metido? —preguntó Aranda.

—¡Vamos, contéstale! —instó Eringuren a Llauradó—. Creo que tu amigo no sabe a qué te dedicas en realidad.

—Explícaselo tú, que para eso eres la estrella de esta película.

—Pues resulta que tu colega del alma gestiona en sus ratos libres un cabaret en el Paralelo.

—Hasta ahí llego. Fui yo quien le ayudó a encontrar el local a través de una vecina.

—¿Y crees que estaría aquí apuntándole con una pistola si se dedicara solo a la farándula nocturna?

—No entiendo nada de todo esto —dijo Víctor sumido en un cúmulo de contradicciones y aturdido todavía por las consecuencias del tranquilizante.

—Tu amiguito se dedica a la prostitución infantil. Gracias a sus contactos por el mundo, se trae a niñas procedentes de países asiáticos para que formen parte de su sucio negocio.

Como si se tratara de un espectáculo de magia, el gran bulto que estaba postrado en la cocina empezó a resquebrajarse. Una cuchilla rasgaba la caja desde dentro. Era como el capullo de una flor que acababa de abrirse. La diosa naturaleza le daba la bienvenida. Mientras, en el jardín, el neurocirujano clavó sus ojos en Llauradó. No podía creer lo que el subinspector le relataba. Todas sus convicciones se habían ido por tierra.

—¿Es cierto todo esto, Enric?

Mientras Llauradó trataba de buscar una respuesta convincente, Eringuren emitió un alarido de dolor. Una soga de esparto cubrió su cuello. El espectro que había salido de la caja de cartón lo tenía maniatado. Mientras intentaba girar su cabeza para poder respirar con mayor holgura descubrió el tatuaje de una geisha en la muñeca izquierda de aquel verdugo que trataba de ejecutarlo. El dibujo era en blanco y negro. Su mente peregrinó al cabo de Gata con la conversación mantenida con el inspector Teodoro Guzmán. No había duda de que se trataba del mismo individuo. El empresario barcelonés se levantó y cogió la pistola del subinspector.

—Ya te dije que esa caja contenía algo explosivo —dijo Enric

Llauradó con aires de gloria—. ¿Pensabas que iba a ser todo tan fácil? ¿Qué podías presentarte en mi casa y detenerme así como así?

—¿Qué está sucediendo aquí? —vociferó el neurocirujano.

—Discúlpame, Víctor. Te presento a otro íntimo camarada, Gastón Sagairi.

—¿Sagairi? ¿Quién es este tipo? —preguntó Aranda.

—Un viejo amigo mío. Hay que conservar las amistades. Nunca sabes cuándo te pueden echar un cable.

—Enric, no tenemos mucho tiempo. Hay que largarse de aquí —adujo Gastón un tanto nervioso, mientras seguía atenazando al subinspector.

—Tranquilo, todo está controlado. Tenemos que celebrar este maravilloso encuentro. ¿Por qué no te acercas un momento a la bodega a buscar un vinito y brindamos todos juntos?

Gastón le cedió el arma al empresario para que vigilara los movimientos del subinspector. Mientras el italiano bajaba las escaleras hacia la parte inferior, irrumpió el sonido de las hélices de un helicóptero sobrevolando por encima de la vivienda. Enric, Víctor y Jon miraron al unísono hacia el cielo despejado de Menorca. Era una aeronave de color azul y blanco de la policía nacional. A medida que se acercaba, el fuerte viento movía con vehemencia las hojas de los árboles del jardín.

—¿Esperas a algún otro invitado? —sugirió el agente.

—¿No me digas que esto es obra tuya? —gritó Llauradó.

—Yo también tenía guardada una sorpresa explosiva para ti.

Gastón Sagairi entró a la bodega de forma impetuosa. Allí abajo, en las entrañas de la casa, no se había percatado de la presencia del helicóptero. Estaba nervioso. No podía comprender cómo Llauradó actuaba con esa frivolidad. No tenían tiempo para recrearse en festín alguno. Mientras trataba de escoger una de las botellas se apagó repentinamente la luz de la estancia. Intuyó que algo no iba bien. En el momento en que intentaba palpar a oscuras la salida de la cueva de piedra se abrió la compuerta de la vinoteca. El resplandor de varias linternas le cegó los ojos.

—¿Habían llamado a un electricista? —inquirió la voz de uno de los cuatro hombres que habían entrado por aquel pasadizo que

conectaba con la Cala'n Brothers.

El que parecía el más mayor de la comitiva se acercó a Gastón. Asió sus muñecas para ponerle las esposas. Mientras colocaba sus manos en los grilletes asomó el tatuaje de una geisha, que pareció emitir un gran sollozo.

—No me hiciste caso. Si te hubieras matriculado en la universidad ahora no estarías aquí —masculló el hombre que lo aprisionaba—. ¡Maldito cabrón! ¡No sabes cómo había esperado que llegara este momento!

—Fui demasiado blando contigo. Debí matarte en alguna de esas dos ocasiones.

—¡Puto malnacido! Pagarás por todo el daño que has causado a mi familia.

Teodoro Guzmán y Gastón Sagairi, acompañados por el resto de los policías, subieron al jardín donde aquel pájaro volador de fibra de carbono les aguardaba con destino a Barcelona. Eringuren le guiñó el ojo al agente jubilado con una sonrisa de complicidad.

—Espero que acabaras de barnizar la barandilla de tu casa —dijo el subinspector.

Mientras el aparato despegaba, las aguas color turquesa de la Cala'n Brothers empezaron a removerse de forma agitada formando un enjambre de olas. No era el mejor momento para darse un baño.

39

Barcelona 2016, tres meses después

Todavía disponía de un poco de tiempo antes del gran evento que le aguardaba. William Wright se sentó en una de las terrazas de la plaza de la Vila y se pidió un café. El cielo de Barcelona parecía casi despejado, aunque pareció adivinar una nube con forma de corazón. Quizás fue una alucinación fruto de sus pensamientos. La nebulosa etérea se evaporó en cuestión de segundos. Bajó la mirada y delante de él descubrió un árbol con unos garabatos policromados. Parecía como si alguien lo hubiese pintarrajeado hacía pocos días. No pudo evitar aquel recuerdo de juventud de un verano inolvidable en Euskadi.

—A veces las hadas de un bosque encantado aparecen cuando

menos te lo esperas —le susurró una voz que provenía detrás de él.

William giró su cabeza muy despacio. Sus emociones se habían disparado en las últimas semanas. Aquella voz, tan grave como sensual, le resultó familiar. Se quitó las gafas de sol para comprobar si se trataba de un fantasma o de alguien real. Y estaba allí. Con toda su belleza intacta. Como si el tiempo no hubiese transcurrido para ella. Como una luciérnaga diurna deslumbrando cuanto había a su alrededor.

—Sabía que algún volvería a encontrarte —musitó el londinense.

—Durante mucho tiempo, cada vez que cerraba los ojos, podía escuchar tu voz entrecortada en las profundidades de la cueva.

—Todavía tengo la duda de si pudiste oír aquella declaración de amor.

Ainara Duhalde esbozó una sonrisa de conchabanza.

—Recuerda que aquel maldito *walkie-talkie* se averió.

—Caprichos del destino, quizás.

—Y casi cuarenta años después estamos aquí de nuevo.

—Ahora debes ser una brillante psiquiatra. Conseguías todo lo que te proponías.

—No me ha ido tan mal, aunque es una profesión a veces un tanto ingrata.

—Mi vida tampoco ha sido un camino de rosas.

—Bueno, lo que importa es llegar al final de ese recorrido. Y tú también has alcanzado tus metas. Cuando me enteré de la publicación de tu nueva novela fui a la librería más cercana para comprarla.

—¿Recuerdas la cita que pongo al principio?

—¿El poema de William Wordsworth?

—«Aunque ya nada pueda devolvernos la hora del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores, no debemos afligirnos, porque la belleza subsiste en el recuerdo» —recitó William con la voz pausada—. Nuestro amor fue imposible.

—Nunca he creído en las relaciones a distancia. En aquel momento no se me pasaba por la cabeza enamorarme de alguien que no pudiera estar cerca de mí.

—Tú siempre con los pies en la tierra. Tan pragmática y racional.

—Y tú siempre volando por las nubes. Tan romántico y soñador.

—Tengo que acudir a gran una cita. Me gustaría que me acompañaras —pidió él.

La plaza del Sol del barrio de Gracia era un hervidero de curiosidad y expectación. La prensa especializada había sido convocada para la presentación de la undécima novela del escritor británico. En las últimas semanas, *La magia de una sirena* se había posicionado en el *top ten* en ventas de toda Europa y se había convertido en un exultante *best seller*. Por expresa decisión de su autor, el acto se llevaba a cabo en el tercer piso del número 18 de la entrañable glorieta barcelonesa. El edificio se caracterizaba por el color ocre de su fachada. Sonó el teléfono. Wright se levantó y se dirigió hacia el balcón del comedor para contemplar el ambiente de afuera.

—Mi querido William, ¡lo hemos conseguido! Es el libro que ha vendido más ejemplares este mes —era la voz exultante de Katharine Snow.

—Prometí escribir esa gran obra. Te debo tanto. Todo esto no sería posible sin ti.

—Vamos, yo no he hecho nada. ¡Todo es mérito tuyo!

—Me liberaste en Katmandú.

—Formamos todos un buen equipo. ¿Estás preparado para lo que se te viene encima?

—Esto huele a éxito rotundo. Todavía no me lo creo.

—Vamos a ingresar unos cuantos milloncejos.

William guardó silencio por un instante.

—Una parte la tengo ya comprometida.

—Ya veo que te has encaprichado de algo.

—Sí, del espíritu místico de los benedictinos.

—¿A qué te refieres?

—Voy a donar parte de mis ganancias a unos monjes del sur de

Alemania.

—¡Este hombre no deja de sorprenderme!

—Y la otra parte para la educación de mis hijas.

—¿Cómo? ¿Me he perdido algo? ¿Desde cuándo eres padre?

—Desde hace doce años.

—William, ¿estás bien? Entendería que el éxito de la novela se te haya subido a la cabeza.

—Estoy más cuerdo que nunca, mi querida Kathy. La verdadera noticia es que tengo dos hijas maravillosas.

—Espera, voy a sentarme antes de que me desmaye.

La editora tomó asiento en el sofá de su despacho en el barrio de Soho de Londres. No salía de su asombro. Su escritor predilecto siempre había encarnado la figura de un auténtico mujeriego. Hubiera puesto la mano en el fuego para confirmar que era el hombre, de cuantos conocía, que se había acostado con más féminas. Nunca imaginó que pudiera adoptar el papel de padre.

—Fue en el cabo de Gata. Tuve una aventura con María de Hita.

—¿Me estás diciendo que de aquella relación nacieron Mayale y otro bebé?

—Las dos niñas más bonitas del universo.

—¿Y la otra chica dónde se encuentra? ¿Cómo se llama?

—Vive aquí, en el barrio de Gracia. Su nombre es Ayra. Fue adoptada por una familia tras la enfermedad de María.

—¿Te has visto ya con la madre?

—Sí, desde que llegó de Perú hemos comido juntos varias veces con Mayale.

—¡Esa niña tan especial! No dejo de pensar cómo pudiste encontrarla en la otra parte del planeta.

—Todo padre reconocería a su hijo en cualquier lugar del mundo.

—Bueno, no estoy muy de acuerdo. Pero, si tú lo dices… De todas formas, creo que ya tienes material para tu siguiente novela.

—Si mi editora me lo permite, ahora necesito una tregua y un tiempo de descanso.

—Deseo concedido. Por cierto, he concertado para después de la rueda de prensa una entrevista en exclusiva con un periodista muy acreditado.

—Te dije que, de momento, no quería ninguna interviú personal con nadie.

—¡Te pido solo una excepción! Es un cronista argentino. Ya verás, nos dará mucha publicidad en Latinoamérica.

—Como siempre, tú mandas.

Estaban empezando a entrar los primeros reporteros. Wright se despidió de Katharine y se acomodó en una silla cercana a la ventana. Era uno de esos momentos soñados para cualquier literato. La recompensa a todo el trabajo realizado. Estaba a escasos minutos de contarle al mundo lo que siente un escritor aclamado por el público. Le lanzaron la primera pregunta.

—Enhorabuena, señor Wright. Si bien al principio la novela no tuvo la aprobación que usted hubiese esperado lo cierto es que durante los últimos meses las ventas se han disparado. ¿A qué atribuye este éxito repentino?

—Quizás era cuestión de tiempo y esperar que los lectores la fueran conociendo poco a poco. La publicidad del boca a boca nunca falla.

—Eso de redactar crónicas culinarias está muy bien. ¿Se siente por fin un escritor valorado?

—Ha sido una etapa importante de mi vida en la que aprendí mucho. Me ayudó a valorar otros aspectos. Y, por supuesto, me permitió conocer los mejores restaurantes y viajar por unas cuantas ciudades.

—¿Cómo nació la trama de la novela?

—Cuando llegué a Katmandú para proseguir con el libro no tenía ni idea por donde iría el argumento. Tenía varios capítulos ya redactados, pero estaban inconexos.

—¿Y qué propició el hilo conductor?

—Paseando por la Durbar Square vi a una preciosa niña de ojos azules que me dejó cautivado por completo. ¿Y saben por qué? Hace tres meses descubrí que se trataba de mi hija.

El silencio se adueñó de la sala. Los periodistas se miraron atónitos ante la sorprendente confesión de William Wright.

—Pero de ese tema hablaré otro día. Siguiente pregunta, por favor.

—Al menos, díganos cómo se llama. Deles un regalo a sus lectores.

—Su nombre es Mayale. Nació sordomuda, pero se comunica con la mirada. Esa que atrae a cualquiera.

—Se especula que el asesinato de un amigo suyo está relacionado con parte de la sinopsis de su relato. ¿Qué hay de cierto en ello?

—El descubrimiento de Max ha servido para destapar una de las redes de prostitución infantil más importantes de Europa. Allá donde esté, a buen seguro estará tocando su guitarra.

—Un inspector de policía nacional, el máximo mandatario de la cúpula del SSI y un alto cargo de un grupo editorial, entre otros involucrados, están en prisión. La corrupción en este país no cesa ni un instante.

—No voy a entrar a valorar temas que no me atañen. Para eso ya está la justicia. Tan solo espero que la muerte de Max no quede impune.

—¿Qué sintió durante su cautiverio en Katmandú?

—Traté de relativizar al máximo lo que acarreaba vivir una situación como aquella. Estaba convencido que no serían capaces de asesinar a un hombre inocente.

—¿Cuánto hay de autobiográfico en esta obra?

—Puede serlo todo o nada. No cabe duda de que las vivencias de un escritor quedan plasmadas a veces de forma metafórica, otras de manera evidente.

—Y ahora que ya es una pluma valorada por la crítica especializada, ¿qué queda del William que se prodigaba como cantante por los *pubs* de Londres?

—La música siempre estuvo y estará presente en mi vida. Me permitió conocer a mis tres mejores amigos. Solo por eso, aquel viaje ya mereció la pena.

—Podría aprovechar el filón de su fama y grabar ahora un disco.

—Quizás tengan alguna sorpresa en un futuro no muy lejano. De momento, están todos invitados al concierto que daremos dentro de una hora.

Tras una breve sesión fotográfica, la sala quedó vacía en cuestión de minutos. Wright se levantó de nuevo para asomarse al pequeño balcón. Estaban ultimando los preparativos para la inminente

actuación musical. Habían contratado un potente equipo de luces y sonido.

—Lo felicito. Parió algo grande —inquirió una voz grave al entrar.

—Agradecido por su halago. No sé cómo se lo ha ingeniado para haber convencido a mi editora.

—Mi nombre es Ariel Godoy. Es mi primera entrevista después de algunas semanas. El desgraciado de Enric Llauradó me bajó de un plumazo de mi puesto de trabajo.

—Lo lamento.

—Todo esto nos ha salpicado un poco a todos. Lo importante es que usted y yo estamos aquí, frente a frente.

—Eso suena muy solemne.

—No todos los días uno tiene la oportunidad de entrevistar a un escritor de tanto renombre.

—Le agradezco sus palabras.

—¿Le parece que comencemos con las preguntas?

—Claro, dispare cuando quiera.

—Su novela está ambientada sobre todo en tres ciudades. ¿Por qué esas y no otras?

—He tenido la fortuna de viajar bastante. Katmandú y Arequipa fueron mis primeras experiencias por Asia y Latinoamérica, respectivamente. Y Barcelona es una ciudad fascinante. Su parte antigua da mucho juego para un argumento de intriga.

—Ha creado mucha magia en sus páginas. ¿Cuándo decidió incorporar al personaje de Airam Ascanio?

William se sentó de nuevo en la mesa donde antes había atendido a los periodistas en la rueda de prensa.

—Una vez tuve la oportunidad de visitar el cabo de Gata y descubrir uno de los lugares con más energía del planeta, el arrecife de las sirenas.

Ariel sintió cómo una turbación se apoderaba de su cuerpo. Trató de enmascarar su estado de intranquilidad.

—Eso cae por Almería, ¿no? —dijo el periodista.

—Así es. Una mujer me contó la fábula del pescador que sería el abuelo del personaje del mago y a su vez vendedor de piedras preciosas —expuso el londinense, recordando todo cuanto le había

relatado María de Hita aquel fin de semana que estuvieron juntos.

—No hay duda que ha introducido algunas partes fantásticas que animan la trama.

—¿Fantasía? No sé hasta qué punto.

—¿Qué intenta decir con eso?

—Estoy seguro de que lo que vio ese hombre fue tan real como que estamos usted y yo aquí.

—¿Acaso está afirmando que existen las sirenas?

—¿Cree que Homero estaba loco cuando escribió *La Odisea*?

Ariel no daba crédito al contenido que adquiría la conversación. Nadie como él defendía la teoría de la subsistencia de aquellos seres mitológicos. Se había leído la obra del poeta heleno una decena de veces.

—Los científicos han investigado su posible existencia y nunca se encontraron pruebas evidentes —aseguró el argentino.

—¿Está seguro de lo que dice?

—No lo digo yo. Lo asegura la ciencia.

—¡Al diablo con la ciencia! Siempre he sido un hombre de letras.

El periodista se moría de ganas de tomar a aquel hombre por el pescuezo, mirarle con fijeza a los ojos y decirle que su amada Irati era la más bella sirena de la historia de la naturaleza.

—No creo que ni el mago Airam Ascanio ni María de Hita se hubieran fumado unos porros de marihuana —dijo el escritor británico.

—Pero eso son solo dos personajes de ficción de su novela.

—Está completamente equivocado.

—¿Quiere decir que existen de verdad?

—Comprenderá que no voy a desvelarle los secretos de mi libro.

—No quise incomodarlo.

—Solo le diré que María de Hita no tuvo una vida fácil y acabó en Perú.

—¿A qué se refiere?

—Padeció una enfermedad mental y, tras recuperarse, adoptó una vida diferente con una nueva identidad. Pasó a llamarse Mika Burton.

—Entonces, ¿ya está bien?

—No, volvió a recaer. Ahora sigue en tratamiento en un hospital psiquiátrico en Irlanda.

—Durante el libro hace varias referencias a esa especie de manicomio.

—Sí, hay alusiones en el sueño de Mika en Aguas Calientes y el encuentro del escritor londinense con Pandora en la biblioteca de París.

—¿Existió esa tal Pandora?

—Inventé en la ficción su relación como tataranieta de una amante de Charles Baudelaire, pero su condición de directora de un centro psiquiátrico es verídica.

—¿Qué me dice de sus tres sirenas? ¿Son vivencias basadas en hechos reales?

—Permítame que me reserve mi vida íntima.

—Solo dígame si Blanca Rubio es la mujer de sus sueños.

—Es la sirena de la sensualidad —matizó William.

—Su teoría de la triple «S».

—Exacto, aunque también podría añadir la simpatía, la serenidad, la sutileza, la sinceridad, entre otras.

—Siempre con su búsqueda infructuosa de la mujer perfecta. De todos modos, todavía no me ha contestado a la pregunta —instó Ariel.

—Es la mujer más guapa que jamás he conocido.

—¿Sigue enamorado?

—Como bien dice ella: «el amor se va transformando».

—¿Cree usted que quizás no luchó lo suficiente?

—Es cuestión de incompatibilidad y de no querer hacerse daño.

—¿Una retirada a tiempo?

—Quedará para siempre una bonita amistad.

—¿Nada más? —preguntó Ariel.

—¿Por qué tenemos que ponerles título a las cosas?

—Y, además, le ha dado las gracias públicamente en su novela.

—Lo merece. Estaba en deuda con ella. Nunca tuvo ningún rencor por todo lo que sucedió la primera vez que rompimos y quiso que nos diéramos una nueva oportunidad para intentarlo de nuevo.

—¿Qué me trata de decir? ¿Todavía la quiere?

—Ya le he dicho; tan solo queda una amistad especial. Una vez estuve viendo tocar una banda en Madrid y…

—¿Y?

—La letra de una de sus canciones decía algo así como: «si hay una esperanza la encuentro en ti, en nosotros, en este baile de almas».

—Es todo un romántico.

—A veces me gustaría ser más práctico.

—¿Y cómo se ve en el futuro? —preguntó el reportero.

—Escribiendo más novelas.

—Eso está lindo; plasmar su mundo interior en la trama de una ficción.

—Me sentiré realizado si algún lector me dice que se ha identificado con alguna de las vivencias de mis libros.

—¿Entierra para siempre su espíritu de lord Byron?

—Espero no llegar a cojear como él.

El periodista soltó una pequeña risotada.

—¿Y María de Hita? ¿Quién se esconde detrás de esa mujer tan misteriosa?

—Tuvo un paso fugaz por mi existencia, pero fue tan efímero como intenso. Su mirada es tan arrolladora que puede llegar a incomodar. Me inspiró una parte del argumento de la novela. Es una gran retratista. Espero que pueda vivir de sus cuadros.

—¿La misma mirada que Mayale?

—No hay duda de que madre e hija están cortadas por el mismo patrón.

—¿Y nunca más volvió a ver a María?

—Desapareció tan rápido como entró en mi vida. Un visto y no visto.

—¿La echa de menos? ¿Todavía la recuerda?

—Alguna vez me he preguntado qué habrá sido de ella. Espero que algún día pueda leer mi novela allá donde esté.

—Según sus descripciones, debe de ser una mujer muy bella.

—Es tan guapa como atractiva. La princesa de la sexualidad. Y, sobre todo, muy coqueta. Jamás se separaba de su barra de carmín.

Godoy se mostraba exultante de puertas para adentro. Estaba consiguiendo que su entrevistado le revelara sus entresijos mejor guardados. Solo le faltaba conocer algún detalle más de la tercera sirena.

—¿Y Azucena Castro? —planteó el argentino.

—Estoy convencido de que nació mar adentro. Le haré una confidencia.

—¿No me diga que es hija de Poseidón?

—Puede que así sea, pero confeccioné el perfil de aquella mujer sin saber que existía en realidad.

—¿La conoció después en la vida real? —instó Ariel.

—Era tal cual la había recreado en su personaje.

—¡Qué bueno! ¿Y qué fue de aquella relación?

—Es una mujer con mucho *sex appeal*. La diosa de la sensibilidad. Siempre derrochaba cariño y de las tres sirenas fue la que mejor supo llevarme.

—Eso es importante. Usted no parece un tipo fácil —espetó Ariel.

—¿Acaso tiene poderes adivinatorios? —Wright se mostró un tanto incómodo ante aquella afirmación del periodista.

—Disculpe. No quise incomodarlo.

—Pasemos a la siguiente pregunta, por favor.

—Recuerdo un capítulo donde se cita que Azucena acude a una playa muy especial.

—Me descubrió *La cala de las sirenas olvidadas.* Un lugar mágico cerca de Barcelona.

—¿Sucedió algo allí?

—Una noche, en uno de sus baños habituales, cuando salió de las aguas vio a un hombre que la esperaba en la orilla con una copa de vino.

—¿Era usted?

—¡Señor Godoy, frene el carro! —exclamó William—. Creo que ya le he contado demasiado.

Pese a que no había podido desvelar aquel último enigma, Ariel respiraba aires de triunfalismo. Había conseguido sonsacarle mucho

más de lo que hubiese imaginado en un principio.

—Menos mal que no iba a explicarme su vida más íntima —dijo el reportero.

—Tiene un don muy particular. Sabe llevar la entrevista a su terreno.

—Mi tía, Lucía, dice que tengo una sensibilidad poco habitual en los hombres y un sexto sentido muy desarrollado.

—Pues, hágala caso. Las mujeres rara vez se equivocan.

—¿Y si le dijera que no me equivoco al decirle que una parte de esa novela que ha publicado ya había sido escrita hace muchos años? —desveló Ariel.

Wright se levantó para asomarse a la plaza. Una pareja de abuelitos sentada en un banco apuraba una tarrina de helado de melón y caramelo amargo. El londinense se giró de nuevo para observar el rostro del cronista. Quería mirarle fijamente a los ojos.

—Siempre tuve curiosidad por conocer al verdadero autor de aquel libro tan especial que cayó en las manos de mi editora —reconoció William—. Pero ¿qué podíamos hacer? No sabíamos si el tipo estaba vivo o muerto.

—Le aseguro que estuvo más acá que allá.

Las palabras de Ariel rimbombaron en la mente de Wright. Tenía el presentimiento de que el hombre que se hallaba ante él no había llegado hasta allí por casualidad. No había concedido ninguna entrevista personal, pero el argentino había conseguido meterse hasta la cocina. Katharine Snow era dura de pelar con esos temas. Por eso no entendía cómo había podido convencer a su editora.

—¿Quién es usted en realidad? —dijo Wright quebrando el silencio de la sala.

—Esta mañana podía haber estado sentado ahí delante de los periodistas recibiendo el reconocimiento de tu novela. Mi novela.

Los indicios del británico se habían consumado. Aquel hombre con el semblante más bien triste y mohíno era el verdadero ingeniero de su *best seller*.

—Lo lamento. Puedo hacer una nota de prensa explicando la verdad —dijo William.

—¿Después de treinta años? Esto es como los crímenes. Todo ha prescrito.

—Ahora soy yo quien debe felicitarle. Escribió una preciosa historia de amor.

—Y usted ha estado a la altura de las circunstancias. Consiguió reescribir una nueva obra respetando mi estilo e idea original.

—Ya me disculpará por la inclusión de otra historia paralela y los tres personajes de las sirenas.

—No importa. Tiene su lógica y montó una trama que engancha.

—Aunque para usted solo hubo una sirena.

—Y la sigue habiendo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que me está esperando.

—¿Dónde?

—En una ciudad sumergida bajo el mar.

William trató de disimular su desconcierto. El manuscrito de la novela de Ariel relataba cómo su chica había desaparecido en las aguas del cabo de Gata. Hasta donde él sabía, nunca más se supo de su existencia.

—¿Quiere decir que todavía sigue viva? —preguntó el británico con total estupefacción.

—¿Quién cree que sigue leyendo y corrigiendo mis escritos?

Wright continuaba embebecido. Empezó a creer que Godoy podía seguir bajo los efectos de un sempiterno *shock*. Que no había podido encajar la dureza de aquel siniestro y que había ideado un mundo fantasioso en su mente. Pensó que su amiga Ainara Duhalde podría tomar las riendas de ese caso clínico para tratar de ayudar al hombre que tenía delante. Con la intención de no embarrarse en terreno oneroso, intentó cambiar de tema de forma sutil.

—Le agradezco que haya encajado todo esto con una tranquilidad absoluta. Otro en su lugar estaría ahora presentando una denuncia —reiteró William tratando de remontar la conversación anterior.

—Estuve visitando su editorial en Londres y hablé con Katharine.

Debo reconocer que mi primera intención fue querellarme contra ustedes.

—Pero cambió de opinión.

—¿Y qué iba a conseguir con ello? ¿Una gran indemnización en forma de millones? Eso no sirve para darme lo que de verdad deseo.

—¿Y qué es?

—Estar con Irati el máximo de tiempo posible. Ahora solo la puedo ver de vez en cuando.

—No hay mayor felicidad que envejecer junto a la persona de la que estás enamorada.

Los ojos de Ariel se encendieron como una luz incandescente refulgiendo bajo el océano. Y rompió a llorar como un chiquillo. Como aquel adolescente que una mañana de domingo de 1984 perdió al gran amor de su vida, a la única mujer que ha amado a lo largo de su existencia. Wright se levantó para abrazarlo. Tras unos minutos de mudez y circunspección, el londinense quebró el clima de velorio.

—Por cierto, ¿no sabrá usted tocar la guitarra?

La plaza del Sol era un clamor ante los primeros acordes de Evening Shadows. Era su primera actuación después de unos cuantos años y además lejos de su Londres natal. Lázaro Espinosa en la batería, Robert Taylor en el bajo, Ariel Godoy en la guitarra sucediendo al malogrado Max Labiano y William Wright con el micrófono en ristre hicieron un recorrido de versiones de la década de 1980 y 1990. Sonaron canciones de los Smiths, The Cure, The sisters of Mercy, The Waterboys, Muse y alguna de David Bowie, entre otros grandes artistas británicos. Ainara Duhalde pudo comprobar cómo aquel tipo que había estado enamorado de ella era un auténtico camaleón. Jon Eringuren estaba haciendo cola en una de las barras de la plaza y quedó anonadado con las dotes de su amigo de juventud encima del proscenio. Necesitaba entonarse un poco para desestresarse de sus últimos trajines. Blanca Rubio se abrazó tiernamente a May Zambranos. La venezolana ya no trabajaba en La Guarida del Dragón y había enviado unos cuantos currículums a varias clínicas de psicología. Sandro había ido a buscar un par de vermuts. Le dio uno a Azucena Castro. Ella le

sonrió con aires de seducción mientras le introducía en uno de los bolsillos de su pantalón un par de horquillas de pelo. A unos metros de ellos, María de Hita se contorneaba al son de aquella música que tantas veces había sonado en el tocadiscos de su casa. Mientras Hugo seguía coqueteando con Ayra, su hermana Mayale contemplaba con emoción cómo su padre se movía encima de aquella tarima como una auténtica estrella del rock. Aunque no pudiera oírlo.

—Y con esta canción vamos a despedirnos —vociferó Wright ante el público congregado en la plaza—. Porque hoy puede ser un hermoso día.

Entonces, sonó *Beautiful day* de los U2 y tras los últimos acordes, las cuatro Sombras del Anochecer se fueron difuminando despacio hasta que el humo del escenario ocultó definitivamente sus destellantes figuras.

40

Acantilados de Moher, unas horas después

Allí donde el océano Atlántico salpica sus primeras olas en la vetusta Europa fueron engendradas hace trescientos millones de años una de las formaciones rocosas más bellas que existen en el planeta. Ubicados en el condado irlandés de Clare, los acantilados de Moher adquirieron su apelativo de las ruinas del fuerte Mothar que fue demolido durante el transcurso de las guerras napoleónicas para convertirse después en una torre de vigía. Desde lo alto de su atalaya se atisban las islas Aran y la preciosa bahía de Galway. El taxi había dejado a Lucía Godoy a los pies de la edificación que el arquitecto Thomas Linstey había diseñado a principios de la década de 1970. La profesora de literatura se detuvo un instante para dejar que un suave céfiro acariciara su rostro mientras su mirada se fundía en el colosal despeñadero que languidecía en el mar. Las laderas de color verde

esmeralda lisonjeaban a un cielo nublado que comenzaba a sollozar sus primeras lágrimas. Durante el trayecto en coche había estado escuchando un programa local de música celta. Ante aquel marco incomparable que parecía haber surgido de una acuarela, resultó inevitable que su mente rememorara el sonido de las gaitas y del bodhrán. Llamó a la puerta del recinto que se levantaba en medio de aquel paraíso engendrado por la tierra apenas a doscientos metros del inmenso precipicio costero. Desde fuera parecía una gigantesca casa de muñecas. Un ladrillo de color rojizo envolvía toda la estructura. La fachada estaba construida con bordes en forma de festones y ondas de piedra. Nacían del suelo unos porches redondeados y balaustrados que acababan encaramándose a unas elegantes torrecillas que parecían acariciar el empíreo. Los azulejos de las ventanas dejaban pasar una tímida luz de colores oscuros. La atmósfera de la época victoriana invadía todas sus estancias. Cuando la portalada se abrió, una mujer de mediana edad con rasgos típicamente irlandeses la convidó a entrar en aquel universo que parecía haber sido engendrado bajo la tutela de James Joyce. La melodía ceremoniosa del *Canon* de Pachelbel reverberaba a través del hilo musical. En la sala principal de entrada, una colosal chimenea desprendía el aroma de unos troncos de roble consumiéndose a pasos agigantados. Lucía tomó asiento en uno de los sillones y sintió de cerca el crepitar de aquel fuego intenso.

—Espero que hayáis tenido un agradable viaje —dijo Pandora mientras besaba sus mejillas en un tierno gesto de recibimiento.

—Estos paisajes son una preciosidad. Todo se hace más llevadero.

—Al margen de Argentina, hay pocos lugares más bellos que Irlanda.

—¿Cómo está mi sobrino? —Lucía no podía disimular cierto temor

al diagnóstico de Ariel.

—Lamentablemente, no muestra signos de mejora. Proseguimos con la psicoterapia y el tratamiento con fármacos para que sus eventuales brotes no sean tan intensos.

—Pensaba que me darías mejores noticias.

—El trastorno disociativo es difícil de tratar, pero con el tiempo algunas personas aprenden nuevas formas de afrontarlo y llevan incluso una vida productiva.

—¿Cuándo podrá volver a casa?

—No hay una respuesta científica a esa pregunta. Esta condición es compleja —aseveró la directora—. Lo más preocupante es su múltiple desdoblamiento de personalidad y su adopción de diferentes identidades.

—¿A qué te refieres?

—Un día puede levantarse y actuar como si fuera Oscar Wilde, por la tarde es capaz de tomarse un té con galletas creyendo que es Franz Kafka y por la noche sentirse el mismísimo conde Drácula.

Lucía no demostró gran sorpresa. La explicación de la directora del centro psiquiátrico coincidía con aquel pasaje que vivió con su sobrino en París, donde Ariel se hizo pasar por Wilde.

—Ya veo que los encuentros con esa psiquiatra no están sirviendo para mucho.

—Ainara Duhalde es una gran profesional, pero no es ninguna curandera —afirmó Pandora taxativa.

—Cuando volvió de Capri pareció remontar.

—Sí, es cierto, pero los arrebatos psicóticos continuaron sucediéndose.

—Supongo que esa novela que está escribiendo lo estará ayudando mucho.

—Está a punto de acabarla. Justo esta mañana interpretaba el papel de periodista y había escenificado una entrevista con un tal William Wright, uno de los protagonistas del libro.

—Ariel siempre fue un gran comunicador.

—Voy leyendo el manuscrito día a día. Se trata de una obra de intriga muy interesante. Hay un asesinato, varios secuestros y mucho amor. Seguro que va a enganchar al lector.

—¡Eso suena genial!

—Un *thriller* psicológico en toda regla. Incluso me ha metido a mí en el libro.

—¿A vos?

—Me cambió el apellido y tengo el privilegio de ser la tataranieta de la amante de Baudelaire.

—¡Qué suerte que tenés! Esperemos que se convierta en un *best seller* y pueda salir algún día de acá.

Los ojos de Lucía Godoy brillaron por un instante. Pese a la gravedad de la situación se sentía orgullosa de su sobrino.

—Por cierto, Ariel debe haber sufrido mucho en amores, ¿verdad? —dijo Pandora.

—¿Por qué lo decís?

—Si el libro tuviera algo de autobiográfico, parece ser que tres mujeres lo marcaron de sobremanera.

—No creo que eso sea cierto —instó la tía.

—Lo digo porque hay tres sirenas protagonistas a las que les tiene mucho cariño.

—Debe tratarse de ficción. Te aseguro que Ariel solo ha tenido un gran amor en su vida.

—¿Y qué ocurrió?

Con sumo detalle, la profesora de literatura le relató la tragedia ocurrida en el cabo de Gata.

—¡Por Dios! ¡Eso es horroroso!

—Mi sobrino nunca asumió la desgracia y creó en su mente su historia particular.

—Entonces, ¿todavía está viva en su mundo?

—Siempre nos hizo creer que Irati habita en una ciudad sumergida bajo el mar. Y él sigue redactando con su antigua máquina de escribir anclada en las profundidades mientras ella escucha atenta los pasajes que va inventando.

—Ahora entiendo los informes de Ainara cuando volvió de Capri.

—Repite una y otra vez que, cuando se muera, se va a reunir con ella en el fondo del océano.

—Una historia de amor tan bonita como trágica.

De repente, un suave golpeteo en la puerta quebró aquella profunda conversación.

—No quisiera molestar, pero creo que tenéis que saber algo importante —dijo la voz de Ainara Duhalde mientras irrumpía en el gran salón.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Pandora.

—Me acaba de llamar el subinspector Jon Eringuren —dijo la psiquiatra.

—¿Buenas noticias?

Ainara reveló a las dos mujeres el contenido de la conversación que había mantenido hacía escasos días con Jon en torno a la supuesta hipótesis del crimen de Irati.

—Y ahora acaban de detener a Thomas Burkley —siguió diciendo—. Ha confesado lo que pasó el día que salieron a navegar.

La directora no pudo contenerse y emitió un pequeño bramido.

—¿Estás bien, Pandora? ¿Ocurre algo? —se interesó la psiquiatra.

—No, no es nada. Tranquilas, estoy bien.

—¿Burkley? Recuerdo ese apellido, pero no sé qué relación tiene con todo esto —dijo Lucía.

—Era la pareja de la madre de Irati —reveló Ainara.

—¿Y qué le dijo ese Thomas a la policía? —Pandora era un cúmulo de tensión.

La psiquiatra se hizo un hueco en el sofá de aquel grandilocuente salón y se sentó al lado de Lucía. No quería que ninguna de las dos se perdieran un detalle de su explicación.

—Cuando llegó la tormenta, Burkley ordenó a tu sobrino y a la madre de la muchacha que fueran al camarote a resguardarse. Pasados unos minutos, con la sangre fría más cruel, ese canalla golpeó a la joven con una barra de hierro. La ató con una cuerda a una de las anclas que tenía en la proa del barco y la arrojó al fondo del mar. Con la excusa de ir a rescatar su cuerpo, se puso el traje de buzo y la escondió en una cueva submarina cercana al lugar. Una semana después, cuando la Guardia Civil marítima suspendió por el momento la búsqueda de la víctima, una lancha a motor se acercó al lugar del suceso. Era George Thomson, el secretario personal de

Burkley. Buceó hasta las profundidades para recuperar el cuerpo de Irati que Thomas había escondido en la cueva. Lo subió a la lancha, roció el cadáver de gasolina y esparció todas sus cenizas al mar.

Pandora rompió a llorar. Se había quedado lívida y su ritmo cardíaco se había acelerado de forma considerable.

—Pandora, ¿estás bien, de verdad? —insistió Ainara.

—Esta noticia me conmovió. No se preocupen. Ya se me va a pasar.

La profesora de literatura acarició el rostro de la directora y miró de soslayo a Ainara.

—Ahora entiendo por qué nunca se encontró su cuerpo.

—¿Y por qué se supone que la mató? —preguntó Pandora, que empezaba a reponerse de su estado anímico.

Ainara prosiguió con su relato.

—Había intentado abusar de la menor en varias ocasiones. La niña le había dado un ultimátum y le dijo que si continuaba intimidándola revelaría a su madre ese acoso. Burkley, temeroso, aprovechó ese día de confusión para acabar con la vida de Irati.

—¡Espero que se muera en la cárcel! —exclamó la tía de Ariel.

—Pero será por otro motivo; durante los últimos años ha colaborado con una red de prostitución infantil. El crimen prescribió y no pueden condenarlo por eso.

—¡Qué puede llevar a una persona a ser tan despreciable! —exclamó Lucía.

—Pero aún hay más —desveló Ainara—. Ese malnacido ha escupido toda la mierda que llevaba dentro.

—¿Más todavía? —preguntó la profesora.

—Thomas ha confesado también que organizó un plan para matar a la madre de Irati después del asesinato de la niña. Simuló su muerte con la ayuda de un amigo suyo y luego aquel hombre arrojó el vehículo por un acantilado con la mujer dentro.

—¿Y murió? —preguntó Lucía.

—No, quedó paralítica para siempre. Ahora ya saben por qué estoy en una silla de ruedas —Pandora no pudo reprimirse más.

Ainara y Lucía se miraron con perplejidad y se levantaron al unísono para abrazar con efusividad a la directora.

—¡Pandora, mi amor! ¿Por qué nunca nos contaste nada? —exclamó la tía de Ariel.

—Estaba segura de que ese hijo de puta fue quien mató a mi hija. Pero nunca se encontraron pruebas en su contra y no pudieron inculparlo.

Ainara volvió a rodear con sus brazos a Pandora.

—Aunque te resulte muy duro, nos gustaría saber qué ocurrió el día de tu accidente.

—Tres meses después de la muerte de Irati salimos a hacer una excursión por unos acantilados cercanos a Buenos Aires. De repente, apareció un coche volcado en medio de la carretera. Burkley fue a interesarse por si había algún herido. Entonces, salió un hombre del interior del vehículo accidentado. Llevaba una pistola. Se metió en nuestro coche y obligó a conducir a Thomas hasta los pies de un precipicio.

—No puedo creer lo que estás diciendo —Lucía no salía de su asombro.

—Aquel hombre me ató de pies y manos y a continuación le disparó tres veces a Thomas. Yo gritaba como una loca. Instantes después, el asesino sacó el freno de mano y empujó el coche por las rocas del acantilado. Cuando desperté del accidente en el hospital, no sentía mi cuerpo de cintura para abajo.

—El subinspector Eringuren me ha dicho que todo fue un montaje. Burkley llevaba un chaleco antibalas y te hicieron creer que había quedado tetrapléjico. Una obra teatral perfecta para simular el asesinato. Y, además, se encargaron de crear todas las pistas falsas necesarias para que tu accidente fuera del todo creíble.

—¿Y quién fue el hombre que me tiró por el acantilado? —preguntó Pandora.

—Lo acaban de detener en Menorca. Su nombre es Gastón Sagairi.

Lucía quedó pensativa.

—¿Sagairi? Nunca había escuchado ese apellido.

—Pero la malicia de ese hombre no acaba aquí. Gastón fue quien robó el manuscrito de tu sobrino en su casa de Buenos Aires.

—Entonces, ¿está reescribiendo de nuevo aquel libro? —preguntó la tía de Ariel.

—Así es. Hay unos cuantos personajes reales que tienen vida en la ficción —asintió Pandora.

La directora se dirigió a un cajón debajo de la gran biblioteca y revolvió en el interior de una especie de purera. Encendió un cigarro largo de color oscuro.

—¿Y qué van a hacer con Burkley? ¡Mató a mi hija e intentó acabar conmigo! ¿No puede haber justicia para eso? —vociferó Pandora.

—Los dos delitos han prescrito, pero van a inculparlo por colaborar con la red de prostitución —le recordó—. Teniendo en cuenta su edad se pudrirá en la cárcel. No te quepa duda de eso.

—¡Me alegro de que así sea! ¡Ese hijo de puta se merece lo peor!

—Bueno, voy a ver qué hace Ariel. Cualquier cosa, me decís —dijo la psiquiatra despidiéndose.

Ainara acarició la espalda de Pandora y abandonó el salón con los troncos de la chimenea convertidos casi en brasas. La directora dio una gran calada a su pitillo y miró con fijeza a Lucía. Le relató que, tras su accidente, rompió de modo definitivo su relación con Thomas Burkley.

—¿Y nunca te preguntaste qué había sido de él?

—Lo borré de mi vida. Durante un tiempo rezaba cada día para que lo metieran en la cárcel.

—Y, además, te preocupaste en todo momento de la salud de mi sobrino.

—Tras mi accidente, Ariel se puso peor y necesitó más ayuda que nunca.

—¿Y cómo llegó él hasta aquí?

—Con la fortuna que me habían dejado mis padres reformé este antiguo edificio en un hospital psiquiátrico. Mis abuelos fueron inmigrantes irlandeses. Me prometí que ayudaría a todas aquellas personas con enfermedades mentales.

—Tienes el corazón más grande del universo ¡Y yo dando vueltas por Europa sin saber nada de todo esto!

—Ariel se metió para adentro y creó su propia realidad. Por eso nunca te contó nada.

Lucía se levantó del sofá y miró al mar a través de los cristales de la sala.

—Ahora entiendo mejor por qué mi sobrino imaginara que Irati vive todavía en las profundidades. Sus restos debieron permanecer durante un tiempo en aquel lugar.

—Esa horrible tragedia hace más creíble el argumento de su libro.

—Ojalá cuando salga de aquí podamos explicarle toda la verdad.

—Ese sería nuestro deseo —aseveró la directora—. Su vida siempre estuvo marcada por desgracias, ¿verdad? Nunca supe el porqué de su rostro desfigurado.

La tía de Ariel volvió a sentarse al lado de Pandora.

—Son las consecuencias de haber tenido un padre alcohólico. Una noche, después de su ronda por los bares, llegó a casa más agresivo de lo habitual. Ariel jugueteaba en el comedor con sus muñequitos de indios y vaqueros. Siempre ganaban los apaches. Gritaba de emoción como niño que era. Su padre le ordenó que callara, pero él seguía dando voces.

—¿Y qué pasó?

—No supo contenerse y lo empujó con toda su rabia.

—¡Oh! ¡Dios mío!

—Con tanta mala suerte que se cayó del lado de la chimenea. El fuego quemó la parte derecha de su cara.

—La familia nunca me contó nada de aquel terrible accidente.

—Lo encubrieron todo. Además, ya sabes que tenían poco dinero y no pudieron llevarlo a un cirujano plástico.

—¡Pobre Ariel! Ha tenido que vivir siempre con esa marca en su piel. Por eso dudaba de que mi hija pudiera fijarse en un chico con la cara medio quemada.

—¿Sabés? Mi sobrino me decía que le sorprendía que una chica tan bonita como Irati valorara tanto la belleza interior de las personas.

—Todo esto me recuerda a la historia de amor ente la bella y la bestia.

La directora quedó pensativa por un instante. Pandora recordó cómo Ariel había otorgado un gran protagonismo en su novela a alguien que también se encontraba en el hospital psiquiátrico.

—¿Sabés que su sobrino ha hecho buenas migas con una paciente de este centro?

—Ariel siempre encuentra a alguna musa para su inspiración.

—Esa mujer también ha sufrido lo suyo.

—¿Qué le ocurrió?

—Su enfermedad está relacionada de modo indirecto con la tragedia de mi hija.

—¿En serio? ¿Qué le pasó?

—Su nombre real es María de Hita. Es la hija del inspector que se encargó del caso de la desaparición de Irati. Amenazaron a ese hombre con matar a su familia si no se retiraba de las investigaciones.

—¡Dios! ¡Qué coincidencia fatal!

—Tuvo una crisis nerviosa a causa del suicidio de su madre.

—¿Dijiste que María era su nombre real?

—Sí, sufrió una esquizofrenia paranoide. Su madre también la padeció. Se fue a Perú y cambió su vida por completo haciéndose llamar Mika Burton. Por suerte para ella, ha conseguido rehacerse de todo aquello. Esta mañana vamos a tramitar su alta.

—¡Por Dios! ¡Qué cruel es la vida!

—Ariel ha creado en su libro el álter ego del personaje de María de Hita y ha inventado su propia historia.

—Supongo que nada bueno.

—Secuestran en París a una de sus hijas y a partir de ahí se sucede una de las tramas.

—Al menos, todo lo que pasa por su mente lo está aprovechando para seguir escribiendo.

—Tengo muchas ganas de leer esa novela terminada.

—No es recomendable que me vea, ¿verdad?

—Creo que no. Podría condicionar su proceso curativo. Ahora está en el jardín. Acompáñame —sugirió la directora del hospital psiquiátrico.

Lucía Godoy contempló desde uno de los grandes ventanales a su sobrino reclinado en un banco. Iba ataviado con una larga bata blanca que cubría parte de sus rodillas. Tenía el cabello recogido en un moño y sus ojos color añil brillaban tanto como el mar que se escuchaba desde allí. Acariciaba los pétalos de una orquídea violeta mientras mantenía la mirada perdida hacia un cielo infinito teñido

de nubes grises. Mientras Ariel permanecía abismado en su mundo, se le acercó una mujer.

—Vengo a despedirme —dijo ella.

—Esto se va a quedar muy vacío sin ti.

—Yo también te había cogido un poco de cariño. Aunque ya no sé quién eres realmente.

—Siempre seré quien tú desees. Me devolviste la ilusión para escribir.

—¿Tanto te recordaba a ella?

Ariel hincó sus ojos en la lejanía de aquel parterre.

—Irati es irremplazable. Nunca habrá nadie como ella.

—Claro, pero me alegro de que gracias a mi hayas retornado a la literatura.

—¿Crees que estarás mejor en ese mundo de ahí fuera?

—Ainara me ha dicho que han detenido al hombre que estuvo amenazando a mi familia durante muchos años. Ahora, tanto mi padre como yo podremos vivir más tranquilos.

—¿Volverás a ser María de Hita?

—Sí, enterraré para siempre a Mika Burton.

—Tus hijas estarán muy contentas de volver contigo.

La mujer vaciló por un instante y clavó su mirada en Ariel.

—Nunca las hubo. Me inventé el secuestro de Mayale para que te sirviera de argumento para una de tus tramas. Me metieron aquí después de la trágica muerte de mi madre. En aquel momento no pude asimilar que se suicidara. Me derrumbé y…

Ariel percibió como un par de lágrimas brotaron de los ojos de María. Se apresuró a abrazarla. Ya no recordaba el contacto carnal con ninguna mujer.

—¿Sabes que es lo primero que voy a hacer cuando llegue a mi casa?

—No.

—Nadar y nadar hasta que no pueda más por las aguas del cabo de Gata.

—¿Podrías hacer algo por mí?

—Claro. Cuenta con ello.

—A unas cuantas millas de La Isleta del Moro hay una ciudad bajo

el mar. Si te encuentras con Irati, dile que muy pronto me reuniré con ella.

María de Hita acarició los dedos de Ariel. Eran largos y delgados. Como los de un pianista. Llevaba las uñas pintadas de negro. Por primera vez en mucho tiempo, sintió deseo hacia un hombre. Se retiró lentamente mientras él acabó deslizándose por la hierba. Cerró la puerta de acceso al jardín y se perdió por aquel largo pasillo, tiempo atrás lúgubre y oscuro, pero que ahora irradiaba más luz que nunca. Lucía y Pandora habían contemplado impertérritas aquella sobrecogedora escena.

—Si ahora mismo me concedieran un deseo —musitó la tía de Ariel.

—Lo puedo imaginar. Algún día saldrá de aquí, ya verás —dijo Pandora cogiendo por el costado a Lucía.

—Daría lo que fuera por verlo golpetear su antigua máquina de escribir en el comedor de mi casa.

—¿Sabés qué cita tu sobrino varias veces en su libro? "El ilusionismo es una de las artes escénicas más maravillosas que existen. Es un espectáculo fascinante que conjuga habilidad e ingenio".

—Eso es magia, ¿verdad?

—Algo parecido a lo que sucedió en aquel arrecife de las sirenas.

Prólogo

Hay libros que no se leen: se escuchan. Las palabras se abren paso como acordes que buscan un eco en el alma, y las páginas laten con el pulso de una batería invisible.

La magia de una sirena es uno de esos libros que parecen escritos con los cinco sentidos… y un sexto, el de la emoción. Cuando Juan Barco me invitó a escribir este prólogo, lo sentí como un privilegio y una responsabilidad. Estoy acostumbrado a contar historias en tres minutos y medio, entre guitarras, luces y el rugido del público. Pero aquí, en estas páginas, las canciones se transforman en palabras, y

los silencios en respiraciones hondas. Porque este libro, al igual que una buena melodía, no se entiende: se siente. A medida que me adentraba en su lectura, me descubrí caminando entre sus personajes como quien entra en una canción. Ariel Godoy, William Wright, Irati… todos ellos podrían ser parte de una misma banda, de un mismo sueño colectivo. Cada uno con su ritmo, su tono, su compás interior. Y en el fondo, todos buscando lo mismo: una nota que les salve. El amor, la literatura, la locura, la pérdida… cada historia aquí vibra como una cuerda pulsada con el corazón.

La magia de una sirena tiene ese don que muy pocos libros —y muy pocas canciones— poseen: el de hacerte mirar hacia dentro. Nos recuerda que crear, ya sea escribir o componer, es un acto de fe. Que la inspiración no se busca: se encuentra, o te encuentra a ti, cuando menos lo esperas. Y, que a veces, lo que nos impulsa no es la razón, sino una voz —una melodía, un susurro, el canto de una sirena— que te arrastra hacia lo desconocido.

Como músico, sé lo que es vivir atrapado en esa frontera entre la cordura y la pasión.
He sentido cómo una letra puede abrir heridas y cómo un acorde puede curarlas.

En este libro, Juan Barco juega con esa misma alquimia: convierte las emociones en atmósferas, las ideas en melodías literarias, y la nostalgia en belleza pura.
Hay páginas que suenan a blues, otras a tango, algunas a rock británico y muchas al eco eterno del indie, donde lo frágil y lo salvaje conviven sin pedir permiso. Y es que, en el fondo, *La magia de una sirena* es una canción larga, una de esas que se escuchan con los ojos cerrados, dejando que la historia te atraviese sin prisa. Un viaje entre

mares y ciudades, entre sueños rotos y esperanzas que resisten, entre los acordes de lo que fuimos y los silencios de lo que aún no somos.

Al firmar estas líneas, no lo hago solo como lector, sino como alguien que ha aprendido que el arte —cuando es verdadero— siempre busca una misma cosa: tocar lo invisible.

Y este libro lo consigue. Tiene alma, tiene ritmo y, sobre todo, tiene verdad.

Gracias al autor por invitarme a formar parte de esta sinfonía literaria. Y gracias a ti, lector, por abrir este libro como quien pone el vinilo de su vida en el tocadiscos del alma.

Sube el volumen. El canto de la sirena está por empezar…

Denis Vélez Santos

vocalista y compositor del

grupo musical gaditano DenisDenis.

Agradecimientos

A mi hijo Guillem. Por ser la luz que ilumina mi vida y soporta mis momentos más oscuros.

A mis padres Pilar y Antonio. Por el cariño recibido y la herencia literaria.

A mi hermana Cristina. Por su apoyo constante en los momentos más jodidos.

A Pilar Domeque. Por la brillante confección de la portada, sus apuntes policiales y encarnar los valores de nuestra queridísima tierra aragonesa.

A mi editor Pepe Ruiz. Por confiar en mí y permitir que mi sueño literario se haya convertido en realidad.

A Cris Milher. Por ser mi lectora beta más exigente e instruirme en la cultura argentina.

A Denis Vélez. Por su brillante prólogo y ser el alma mater de una de las bandas más prometedoras de la música indie de este país.

A Toño Leza. Por su maravillosa y original disertación sobre el éxito y por ser uno de los grandes abanderados de la movida musical zaragozana de la década de los años 90.

A Danny Caravan. Por su incuestionable talento artístico y liderar

a uno de los grupos de rock más brillantes de todo el panorama español.

A Rocío de Juan. Por sus primeras correcciones y por toda la empatía y amabilidad que desprende.

A un puñado de amigas/os que me habéis alentado en todo momento mientras engendraba esta criatura.

A la música inspiradora de Eurielle, Svrcina, Loreena McKennitt o Enya, entre otras, por inundar mis páginas en blanco.

A todos esos rincones maravillosos del planeta que han servido como escenario de todo el argumento.

Y finalmente, a ti lector, por haber llegado hasta aquí y haberle dedicado tu valioso tiempo a mi primera novela.

Sobre el éxito

Hay un punto de no retorno para cualquier adolescente que se quiere dedicar a la música. Es el escenario. Ahí confluyen expectativas, anhelos, sueños y ensayos. Todo cobra sentido cuando estás delante de cien, de mil o de diez mil personas que ponen su mirada en lo que haces. El escenario es adictivo. Los nervios antes de cualquier concierto generan más endorfinas que un chute de opioides y te ponen en un estado de alerta máximo, residuo del que generaban nuestros ancestros homínidos cuando salían a cazar o resultaban heridos.

Pero el escenario sin el aplauso del público es fuego fatuo. La acción de golpear una mano con la otra, produciendo ese característico ruido, es la antesala del éxito. Palabras mayores.

Al menos, eso crees cuando escuchas la ovación y notas cómo te vas elevando por encima de las cabezas de los asistentes a tu espectáculo, alcanzando un peculiar y egocéntrico nirvana, como un globo de helio a punto de perderse fuera de la atmósfera hasta que explota con figuras lumínicas de pirotecnia.

El éxito es vanidad de vanidades, pura idealización. Relato continuo de lo excelso que has estado encima de aquel escenario, de lo maravillosas que son tus canciones, del talento que tienes aunque tal vez no lo tengas, de la imagen tan autentica que proyectas cuando sólo te has puesto una raída camiseta y unas bermudas

descoloridas.

Eres ya un ídolo. Bravo.

Aun no lo sabes, pero mejor que haya alguien cerca que cuide de ti para que no se te vaya la chaveta. Para que no se te suba el éxito a la cabeza, como una intoxicación etílica. Para que no acabes siendo un maravilloso gilipollas con una resaca narcisista de por vida por culpa del éxito.

Toño Leza
vocalista y compositor de la banda zaragozana Las Novias

Tener una banda de rock significa, en el mayor de los casos, buscar un lugar al que pertenecer. Casi todo lo que conlleva tiene que ver con el desarraigo y la búsqueda de algo invisible que nunca vas a encontrar, pero estás seguro que debes seguir buscando. No se trata de llegar a la fama, de ganar dinero, de vender millones de discos, porque eso, con total seguridad, no va a terminar de llenar el vacío.

El éxito debe ser, simplemente, tener el coraje para seguir caminando con la frente alta hacia un horizonte que por cada paso que das, él se aleja dos pasos más. Como decía Galeano hablando de la utopía «para eso sirve, para caminar».

¡Que le jodan a la fama, disfruta el viaje!

Danny Caravan
cantante y compositor del grupo madrileño Whisky Caravan

Apéndice / curiosidades

Tras publicar el poemario *El viaje hasta encontrarte* (ViveLibro, 2023), me asaltó el reto de escribir mi primera novela. Siendo sincero, no tenía la más remota idea de cuál sería la trama. Rescaté unas cuantas líneas de un pasaje que había escrito en el 2015. Era una especie de tributo a mi primer viaje por tierras asiáticas que había realizado unos años antes. Quedé tan eclipsado de aquella experiencia en Katmandú que decidí cantar aquellas excelencias en

forma de prosa junto a un hipotético hilo argumental que, evidentemente, quedó en agua de borrajas. Aquel primer manuscrito relataba como un escritor en plena crisis intelectual, un tal William Wright, viajaba a la capital del Nepal para nutrirse de la inspiración necesaria e intentar sacarse de la chistera una obra magistral que reflotara la nave empresarial de su editorial. Paseando por la parte histórica de la ciudad, el novelista londinense quedó prendado por la intensa mirada de una niña de ojos azules. Y ahí se acabó aquella efímera historia. Años más tarde, durante una Semana Santa tuve la oportunidad de visitar el cabo de Gata en Almería. Fue otro shock existencial. El descubrimiento del arrecife de las sirenas y de La Isleta del Moro me removieron las entrañas. La energía y el magnetismo que sentí en aquellos dos parajes originaron que me planteara otra línea argumental a lo que ya rondaba por mi cabeza. Allí nació el germen de la trama de Irati Maidana y Ariel Godoy. Cuando volví de aquel periplo, las neuronas de mi cabeza se desinhibieron en un frenesí narrativo difícil de detener. En poco más de nueve meses había creado la primera maqueta de la novela. El año siguiente lo dediqué a las correcciones y reestructuraciones pertinentes.

La magia de una sirena destapa mi pasión por la música, el cine, la literatura, los viajes y la gastronomía. A excepción de Buenos Aires, he tenido el privilegio de visitar cuantos lugares se describen en el libro. Ya disculparán si en algún momento podría parecerles que se trata de una especie de *travel book*, pero siempre tuve claro que todas esas ciudades que aparecen me iban a servir como telón de fondo para ir presentando a los personajes e ir creando paulatinamente

todo el entramado. Aunque debo confesarles que tanto Perú como Nepal me marcaron tan profundamente que decidí otorgarles mayor protagonismo. Y, por otro lado, Barcelona fue siempre una metrópoli que me cautivó desde jovencito. La zona del Born y fundamentalmente el barrio de Gracia siempre me despertaron una curiosidad inusitada.

Cuando cursé mis estudios de Filología Hispánica siempre me sentí atraído por la vida caótica y desenfrenada que llevaron algunos escritores ilustres como Óscar Wilde, Charles Baudelaire, Lord Byron o Franz Kafka. Era irremediable no hacerles un guiño y que poblaran alguna que otra página. Tuve la suerte de tener a varios profesores que me estimularon a conocer la vida más íntima de aquellas ínclitas plumas que se alejaban de cualquier convencionalismo. En aquella época universitaria devoraba toda pieza literaria que caía en mis manos. Creo que conociendo los pormenores existenciales de un autor nos otorga una visión más amplia para entender el porqué de sus composiciones.

En cuanto a mis preferencias musicales, comprobarán que van quedando reflejadas desde el inicio hasta el final. Me enorgullezco de haber nacido el siglo pasado y haber mamado toda aquella oleada de bandas británicas de la década de los ochenta y noventa. ¡Afortunada generación X! Lástima que en aquellos tiempos no pudiéramos disfrutar de un Spotify o de un YouTube para haber buceado más todavía en todo aquel fascinante universo melódico. Nos teníamos que redimir a que llegara cada mes a nuestro buzón de casa la entrañable revista *Discoplay* para elegir casi a ciegas algún vinilo interesante. Aunque también tengo que desvelar que muchos de aquellos grupos los conocí en las tiendas de música de antaño donde te daban la posibilidad de ponerte unos auriculares y con el tocadiscos podías elegir aquellas piezas que habías escuchado en

alguna radiofórmula con infaustos anuncios de publicidad. Aquello sí que era puro romanticismo filarmónico.

Paralelamente a la realización de mis estudios, tuve la oportunidad de iniciarme en el mundo del periodismo como crítico de cine en una revista local. Para dilatar mi sabiduría cinéfila, en aquel momento álgido podía llegar a visionar hasta cuatro o cinco películas por día. Eran los tiempos del videoclub con cintas en VHS y de la inagotable filmoteca de la segunda cadena de TVE. Me convertí en un yonqui del celuloide de la década de los cuarenta y cincuenta. Aquellas escenas tan refinadas y elegantes con las dos Hepburn —Katharine y Audrey—, Gary Grant, Gene Tierney o James Stewart me dejaban totalmente embobado. He intentado también rendir un pequeño homenaje a algunos de los actores de aquella gloriosa época.

Y finalmente, mi devoción por la cocina no podía quedar congelada en un frigorífico. De hecho, las tres protagonistas femeninas de la novela se conocen en la Escuela Superior de Hostelería de la ciudad condal. El arte culinario también es pura magia. Los que nos gusta cocinar sabemos valorar todavía más las excelencias de un plato de gran elaboración. Si el bolsillo lo permite, es un bendito placer poder visitar cualesquiera de los restaurantes de renombre del mundo y descubrir los cientos de aromas y sabores que emanan de la gastronomía autóctona de cada lugar. Sin ir más lejos, quise volcar esa circunstancia en el personaje de Wright. Debido a su trance narrativo, el británico deviene algo así como un crítico de cocina y se dedica a puntuar los platos de varios locales de Europa. Además, el ficticio restaurante parisino *Le Petit Château de Mayale* se convierte en unos de los escenarios más importantes del relato. Allí se inicia el breve romance entre María de Hita y William que propiciará el nacimiento de la niña que deslumbró al escritor

británico a su llegada a Katmandú.

Tanto los lectores beta como mi círculo de amigos más íntimo no han cesado de preguntarme cuánto hay de autobiográfico en este libro. Es la sempiterna pregunta que se le formula al escritor que ingenia su ópera prima. Como bien dice uno de mis personajes en el penúltimo capítulo al ser preguntado por la misma cuestión «puede serlo todo o nada. No cabe duda que las vivencias de un escritor quedan plasmadas a veces de forma metafórica, otras de manera evidente». Pues ahí tienen parte de la respuesta. He tenido la gran suerte de vivir intensamente durante los últimos años y ello me ha permitido volcar parte de todas esas experiencias en las hojas de este relato. Las dosis de fantasía y veracidad conviven de forma armoniosa en un cosmos donde prácticamente todo tiene cabida.

La novela tuvo hasta tres finales diferentes. Una tarde, corriendo por la montaña, se me ocurrió el que ya conocen. Fue como una revelación. Originariamente, el libro acababa de otra manera. Antes de empezar a prodigarme por los viajes a países asiáticos o de Latinoamérica siempre hubo un lugar en la vetusta Europa que me sedujo de forma especial; los acantilados de Moher en Irlanda. E imaginé que no había más bello paraje para enmarcar el hospital psiquiátrico donde Ariel Godoy era tratado para curar su enfermedad y que sirve de colofón a la trama.

Y la gran pregunta del millón… ¿quiénes son las tres sirenas? ¿son personajes reales o ficticios? Por fortuna, las mujeres dominan el mundo de las emociones. Aunque existan hombres sumamente sensibles, ellas tienen un cerebro mucho más privilegiado y nos otorgan una visión completamente diferente de la vida. Creo que si no fructifica una relación amorosa, es vital y esencial conservarlas como amigas. Una amistad femenina es un tesoro muy preciado. Quise incluir en boca de uno de los personajes principales la teoría de las cuatro atracciones, la triple «S» o los cronotipos del sueño. Las elucubraciones del amor y del desamor. Bueno, toda esa verborrea está muy bien pero sigue sin dilucidarse la respuesta. «¡Señor Godoy, frene el carro! Creo que ya le he contado demasiado», como diría William Wright. Que cada cual deje volar su imaginación. Y si

algún día descubren la existencia de una sirena ya no habrá cabida para la magia. O, ¿sí?...

Primera edición, octubre 2025
Segunda edición, diciembre 2025
© Juan Barco Oliván
© Pilar Domeque Rubio, imagen de portada y fotografía del autor
© de la presente edición: Tierra de Nadie Editores

Instagram: @juan.barco.olivan

Facebook: Juan Barco Oliván

Email: johnxvi@rocketmail.com
Moaré Espacio Creativo S.L.
Polígono Santa Cruz, Jerez de la Frontera (Cádiz)
Diseño y maquetación: Saulo Ruiz Moreno
www.tierradenadie.eu
Depósito legal: CA 501–2025
ISBN: 979-13-991073-3-3
Todos los derechos reservados.
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso del autor.